



LAWRENCE BLOCK



EL LADRÓN
QUE NO
QUERÍA
ROBAR

Lectulandia

Desaparece una valiosa colección de cromos de béisbol. La policía acusa a Bernie Rhodenbarr, ya que existen irrefutables pruebas de su culpabilidad. Sin embargo Bernie cuenta con una coartada excelente, salvo por el pequeño detalle de que no puede revelarla a la policía: en el momento de cometerse el delito él se hallaba robando en otra casa, y para colmo allí había un cadáver...

Lectulandia

Lawrence Block

El ladrón que no quería robar

Bernie Rhodenbarr - 6

ePub r1.1

Ledo 02.09.14

Título original: *The burglar who traded Ted Williams*

Lawrence Sanders, 1994

Traducción: Daniel Aguirre

Editor digital: Ledo

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*Esta novela es para todas las personas
que se me han acercado durante los últimos diez años
para preguntarme si alguna vez
iba a escribir otro libro sobre Bernie.
Si la mitad de vosotros lo compra, voy a hacerme rico.
También es para Sue Grafton,
sin duda una dama con mucha clase,
y para Steve King, que quería un libro sobre gatos.
Y también es para Lynne.
¿Queréis que os cuente un secreto?
Todas las novelas son para Lynne...*

Para el autor es una satisfacción dar las gracias por su colaboración a The Writers Room, de Greenwich Village, donde se llevó a cabo buena parte del trabajo preliminar para este libro, y al hotel Gaylord, de San Francisco, donde fue escrito.

1

—Un *ladrón* que no tiene mal aspecto —dijo—. Supongo que no tendrá por casualidad una *coartada* decente, ¿verdad?

No oí las palabras en cursiva. No las empleo aquí para indicar énfasis al hablar, sino para mostrar que eran títulos o, cuando menos, títulos acortados. *C de coartada* y *L de ladrón*, estos eran los libros en cuestión, y él acababa de dejar un ejemplar de este último sobre el mostrador delante de mí, lo cual debería haberme permitido adivinar a qué se refería. Pero no fue así, y tampoco oí las palabras en cursiva. Lo que oí fue a un tipo rechoncho con voz ronca llamarme ladrón, aunque no con mal aspecto, y preguntarme si tenía una coartada. He de reconocer que me dio un susto.

Porque lo cierto es que soy un ladrón, aunque se trata de algo que he procurado que no trascienda. También soy vendedor de libros, y como tal estaba sentado en un taburete detrás del mostrador de Barnegat Books. De hecho, prácticamente había conseguido abandonar el robo de pisos por completo para dedicarme a la venta de libros, siendo así que había pasado más de un año desde la última vez que había entrado en el domicilio de un extraño. Sin embargo, últimamente tenía la sensación de que me encontraba al borde de lo que esa gente tan seria que aparece en los programas sobre temas sociales denominaría probablemente un desliz.

Almas menos caritativas lo denominarían un delito con premeditación.

En cualquier caso, estaba un tanto susceptible al respecto. Me quedé helado; luego mis ojos se posaron en el libro y caí en la cuenta.

—¡Ah! —exclamé—. Sue Grafton.

—En efecto. ¿Tiene *C de coartada*^[1]?

—Creo que no. He tenido un ejemplar de la edición del club del libro, pero...

—No estoy interesado en las ediciones del club del libro.

—Ya. Bueno, incluso si lo estuviera, tampoco podría vendérselo. Ya no lo tengo. Lo han comprado.

—¿Cómo es posible que alguien compre la edición del club del libro?

—Bueno, la letra es algo más grande que la de la edición de bolsillo.

—¿Y?

—Resulta más fácil de leer.

Por la expresión de su cara supe qué pensaba de la gente que compraba libros sin otro motivo que leerlos. Le faltaría poco para cumplir los cuarenta, iba bien afeitado, llevaba traje y corbata y lucía una abundante mata de brillante cabello castaño. Tenía los labios abultados y expresión de estar de morros, y para que se le notara la mandíbula debía perder unos cuantos kilos.

—¿Cuánto? —preguntó con apremio.

Miré el precio que había escrito a lápiz en la guarda.

—Ochenta dólares. Con el impuesto... —eché un vistazo a la tabla de los impuestos— es un total de ochenta y seis dólares y sesenta centavos.

—Le pagaré con un cheque.

—De acuerdo.

—Aunque puedo darle los ochenta dólares en efectivo —dijo—, y así nos olvidamos del impuesto.

A veces esto da resultado. A decir verdad, no es difícil persuadirme de que haga un descuento del diez por ciento con muchos de los libros que tengo en mis estanterías, incluso sin el incentivo de pegársela al gobernador. No obstante, le dije que prefería que me pagase con el cheque, y que lo extendiera a nombre de Barnegat Books. Cuando hubo terminado de garabatear, miré el cheque y leí la firma. «Borden Stoppelgard» había escrito, el mismo nombre que aparecía impreso en la parte superior del cheque junto con una dirección de la calle 37 Este.

Miré la firma y lo miré a él.

—¿Me enseña algún documento de identidad? —dije.

No me preguntes por qué. No pensaba realmente que él o su cheque tuvieran algo de sospechoso. Los individuos que extienden cheques falsos no te ofrecen dinero en efectivo para evitar pagar el impuesto sobre la venta. Supongo que no me caía bien, eso es todo, y que me había propuesto ser, lisa y llanamente, un pesado.

Me miró con una cara que daba a entender precisamente eso, y luego sacó bruscamente la cartera y me tendió una tarjeta de crédito y un permiso de conducir. Comprobé la firma, apunté su número de American Express en la parte de atrás del cheque y luego miré la fotografía del permiso. Era él, sin duda, aunque con un poco menos de papada. Leí el nombre, Stoppelgard, Borden, y al fin caí en la cuenta.

—Borden Stoppelgard —repetí.

—Eso es.

—De Fincas Hearthstone.

En su cara se dibujó una expresión de cautela. No había sido muy abierta desde un principio, pero ahora era una fortaleza, y él se había puesto a cavar un foso en torno a ella.

—Usted es el propietario de mi local —dije—. Acaba de comprar el edificio.

—Tengo muchos edificios —repuso—. Los compro y los vendo.

—Usted ha comprado este, y ahora se propone subirme el alquiler.

—No negará que es ridículamente bajo.

—Son ochocientos setenta y cinco dólares al mes —dije—. El contrato vence el uno de enero, y usted me ofrece un nuevo contrato por diez mil quinientos dólares al mes.

—Imagino que le parecerá alto.

—¿Alto? —exclamé—. ¿Qué le hace pensar eso?

—Le puedo asegurar que...

—¿Y por qué no estratosférico? —sugerí.

—... se ajusta bastante al mercado.

—Lo único que sé es que es completamente imposible. Quiere que pague al mes más de lo que pago por todo un año. Eso es una subida de... ¿cuánto? ¿El mil doscientos por ciento? Diez mil quinientos al mes es más de lo que gano en bruto, por amor de Dios.

Se encogió de hombros.

—Pues tendrá que mudarse.

—No quiero mudarme —respondí—. Me encanta esta tienda. Se la alquilé al señor Litzauer cuando se jubiló y decidió irse a Florida, y quiero que siga siendo mía hasta que yo me jubile, además...

—Quizá debería empezar a pensar en una jubilación anticipada. —Le miré fijamente—. Afróntelo —añadió—. No le subo el alquiler porque quiera acabar con usted. Créame, no es nada personal. El alquiler que paga es un robo desde antes incluso de que usted comprara la tienda. Un idiota le ofreció a su amigo Litzauer un contrato por treinta años, y las subidas escalonadas que este incluía no se correspondían con el ritmo que impone la realidad del mercado inmobiliario en una economía inflacionaria. En cuanto le saque de aquí, arrancaré todas esas estanterías y alquilaré el local a un tailandés que quiera abrir un restaurante o a un coreano que quiera poner una verdulería. ¿Y sabe qué alquiler cobraré por un local tan grande como este? Pongamos quince mil. Si pido quince mil dólares al mes, el arrendatario se alegrará de pagármelos.

—Pero ¿y qué voy a hacer yo?

—Ese no es mi problema, aunque estoy seguro de que hay zonas en Brooklyn o en Queens donde puede encontrar esta cantidad de metros cuadrados por un alquiler razonable.

—¿Y allí quién va a comprar libros?

—¿Y aquí? ¿Quién viene aquí a comprar libros? Usted es un anacronismo, amigo. Es una reliquia de los tiempos en que la Cuarta Avenida era conocida en todo el mundo como calle de los libreros. Había docenas de librerías y ¿qué ha ocurrido con ellas? El negocio ha cambiado. Los libros de bolsillo prácticamente han acabado con el mercado de segunda mano. Las típicas tiendas de libros usados se han convertido en algo del pasado, y sus dueños se han jubilado o han muerto. Las pocas que quedan están contando los días para que se les acabe el contrato, que es de renta antigua como el suyo, o son propiedad de astutos vejetes que compraron sus edificios en su totalidad hace años. Está usted en un negocio en vías de desaparición, señor Rhodenbarr. Es una preciosa tarde de septiembre y yo soy el único cliente de su librería. ¿Qué dice esto sobre su negocio?

—Supongo que debería dedicarme a vender kiwis —dije—. O macarrones fríos con salsa de sésamo.

—Lo que debería hacer es conseguir que esta empresa sea lucrativa —dijo—. Tirar a la basura el noventa por ciento de esta basura y especializarse en costosos artículos de coleccionista. Con un negocio así podría arreglárselas con una décima parte del local. Podría dejar la calle y ocuparse de todos los asuntos desde una oficina situada en un piso, o incluso desde su casa. Pero no quiero decirle cómo ha de ocuparse de su negocio.

—Ya está diciéndome que lo deje.

—¿Tengo yo la obligación de mantenerle en un negocio que está condenado a fracasar? No me dedico a los negocios a causa de mi salud.

—Pero... —dije.

—Pero ¿qué?

—Pero usted es un mecenas —dije—. Vi su nombre en el *Times* la semana pasada. Ha donado un cuadro a una subasta organizada para recaudar fondos destinados a la Biblioteca Pública de Nueva York.

—Me lo recomendó mi asesor fiscal —dijo—. Me explicó que así ahorraré más en impuestos que lo que habría ganado si hubiera vendido el cuadro.

—De todos modos usted tiene interés en la literatura. Las librerías como esta son un bien cultural, un bien tan importante a su manera como la biblioteca. Estoy seguro de que lo comprende. Como coleccionista...

—Como inversor.

Le señalé *L de ladrón*.

—¿Es eso una inversión?

—Por supuesto. Es una inversión muy buena. Las escritoras de novelas policiacas están muy de moda. *Coartada* valía menos de quince dólares hace doce años, cuando se publicó. ¿Sabe cuánto se paga ahora por un ejemplar de la edición original con sobrecubierta?

—Pues no.

—En torno a los noventa dólares. Así pues, me dedico a comprar cosas de Sue Grafton, de Nancy Prickard, de Linda Barnes... He dejado aviso en Tinta China de que me guarden ejemplares de las primeras novelas de todas las escritoras, porque ¿cómo puede saber uno quién va a acabar siendo importante? La mayoría no valen gran cosa, pero de este modo no tengo que preocuparme de quedarme sin un libro que en cuestión de pocos años pasa de valer veinte dólares a valer mil.

—De modo que está interesado únicamente en la inversión —dije.

—Ni más ni menos. No creerá que leo esta basura, ¿verdad?

Arrojé su tarjeta de crédito al mostrador y a continuación hice lo mismo con su permiso de conducir. Cogí su cheque y lo rasgué por la mitad una vez y luego otra

más.

—Largo de aquí —dije.

—¿Qué mosca le ha picado?

—No me ha picado ninguna mosca —respondí—. Vendo libros a personas que disfrutan leyéndolos. Es algo anacrónico, lo sé, pero a eso me dedico. También vendo a personas que obtienen satisfacción coleccionando ejemplares raros de sus autores favoritos y probablemente a unas pocas almas que están más orientadas hacia lo visual y a las que sólo les gusta el aspecto que tienen los buenos libros en la pared al lado de la chimenea. Es posible incluso que tenga unos cuantos clientes que compran con idea de hacer una inversión, aunque no me parece que esta sea una manera muy segura de ahorrar dinero para la vejez. Sin embargo no he tenido ningún cliente que menosprecie abiertamente lo que compra, y no creo que quiera tener esa clase de clientes. Tal vez no pueda pagar el alquiler, señor Stoppelgard, pero mientras sea esta mi librería, debería poder decidir a quién le acepto los cheques.

—Le pago en efectivo.

—Tampoco quiero su dinero en efectivo.

Alargué la mano para coger el libro, pero él me lo arrebató.

—¡No! —gritó—. Lo he encontrado y lo quiero. Tiene que vendérmelo.

—Ni hablar.

—¡Le demandaré! Pero no va a ser necesario, ¿verdad? —Sacó un billete de cien dólares de la cartera y lo estampó contra el mostrador—. Puede quedarse con el cambio —añadió—. Me llevo el libro. Si trata de impedírmelo, haré que le acusen de asalto.

—Por amor de Dios —dije—. No voy a pelearme con usted por un libro. Espere un momento, que le dé su cambio.

—Le he dicho que se lo quede. No me importa el cambio. Acabo de comprar por cien dólares un libro que vale quinientos. Es usted un verdadero estúpido, no sabe ni poner precio a sus artículos. No es de extrañar que no pueda pagar el alquiler.

2

Había acertado. Fue una semana ajetreada.

—Según Oscar Wilde —le dije a Carolyn—, un cínico es un nombre que sabe el precio de todo y no sabe el valor de nada. Creo que esto define bastante bien a Borden Stoppelgard. Ni siquiera lee los libros, pero sabe cuánto cuestan. He llamado a un par de librerías especializadas en novela de misterio y me he enterado de que el muy hijo de perra ha acertado con los precios. Se han llegado a pagar mil dólares por un ejemplar en buen estado de *C de coartada*. Y mi ejemplar de *Ladrón* vale quinientos dólares.

—Yo tengo los dos.

—¿De veras?

—En edición de bolsillo.

—En edición de bolsillo cuestan un dólar cada uno.

—Da igual, Bern. No pensaba venderlos. Tengo todos sus primeros libros en edición de bolsillo. No empecé a comprar los libros de Sue Grafton en tapa dura hasta que publicó la novela del fotógrafo que hacía fotos al director de escuela y la monja para hacer chantaje. No me acuerdo del título.

—*P de parada*.

—Ese es. Creo que es la primera novela suya que compré en tapa dura. ¿O fue la del terapeuta sexual explotador?

—¿Esa no es *L de lugar*?

—Un libro estupendo. Sé que lo tengo en tapa dura, y creo que también tengo el de la P. De todos modos no los compré como inversión, sino porque no quería esperar un año a que saliera la edición de bolsillo... ¿Tú crees que es lesbiana?

—¿Sue Grafton? Pues... no, no lo creo. ¿No está casada?

Carolyn hizo un gesto de negación, impaciente.

—No me refería a Sue Grafton —dijo—. Estoy segura de que Sue Grafton es heterosexual. ¿No te he dicho que la conocí la primavera pasada en Foul Play? Estaba firmando libros. Su marido también estaba. Es un hombre muy musculoso; parecía capaz de levantar un Pontiac a pulso. No, yo diría que es heterosexual, sin lugar a dudas.

—Eso pensaba yo.

—No tiene aires de lesbiana para nada: es ciento por ciento heterosexual. Esa es la impresión que me da esa mujer. —Suspiró—. Es una pena...

—Bueno, si es heterosexual...

—Está claro, Bern. No cabe la menor duda.

—¿Entonces a quién te referías?

—A Kinsey.

—¿A Kinsey?

—Kinsey Millhone.

—¿Kinsey Millhone?

—¿Pero qué eres? ¿Un eco? Sí, Kinsey Millhone. ¿Te ocurre algo, Bernie? Kinsey Millhone, la detective privada más importante de Santa Teresa, California. Por Dios, Bern, ¿es que no lees sus libros?

—Claro que leo sus libros. ¿Crees que Kinsey es lesbiana?

—Hay muchas probabilidades de que lo sea.

—Está divorciada —dije—, y tiene relaciones con hombres de vez en cuando. Además...

—Eso es camuflaje, Bern. Vamos a ver, fíjate en los hechos. No le gusta llevar maquillaje, tiene un vestido para todas las ocasiones que no se ha quitado en los diez libros de la serie, tiene una actitud práctica y poco sentimental, es una mujer dura, sensata, lógica...

—Debe de ser lesbiana...

—A eso me refiero. Por Dios, fíjate en los tíos con que se lía, como ese policía idiota. No es más que camuflaje. —Se encogió de hombros—. Eso sí, entiendo que no lo saque a la luz. Perdería muchos lectores. Pero ¿quién sabe en qué clase de líos se meterá entre libro y libro?

—¿No se lo preguntaste a Sue Grafton?

—¿Estás de guasa o qué? Apenas pude articular palabra... Lo último que se me hubiera ocurrido es preguntarle qué le gusta a Kinsey hacer en la cama. Me firmó su libro, Bern. De hecho me lo dedicó personalmente.

—Qué bien.

—¿Verdad que sí? Le dije: «Señora Grafton, me llamo Carolyn, y soy una verdadera aficionada a Kinsey Millhone», y ella puso: «Para Carolyn, una verdadera aficionada a Kinsey Millhone».

—Muy original.

—Eso digo yo. Bueno, se dedica a escribir, Bern... El caso es que compré un ejemplar firmado de uno de sus libros, pero dudo que valga mil dólares, ya que debe de haber una tonelada de ellos. Ese día la fila daba la vuelta a la esquina. Es el libro sobre el médico. ¿No lo has leído todavía?

—Aún no.

—Pues yo no puedo prestarte mi ejemplar, porque está firmado. Tendrás que esperar a que salga la edición de bolsillo. Como no la has leído, no voy a contarte sobre el método que emplea para cometer el asesinato, pero permite que te diga que es sensacional. El tipo es proctólogo, para que te hagas una idea. ¿Por qué nunca me acuerdo de los títulos?

—*P de preparación.*

—Ese. Un libro estupendo. De todos modos creo que es lesbiana, Bern. De veras.

—Carolyn.

—¿Qué?

—Carolyn; es un personaje. Un personaje de novela.

—Ya lo sé. Bern, ¿sólo porque dé la casualidad de que alguien sea un personaje de novela crees que no puede tener inclinaciones sexuales?

—Pero...

—¿Y no piensas además que podría haber tomado la decisión de no contárselo a nadie? ¿Acaso crees que en los libros no hay personas que mantienen en secreto que son homosexuales?

—Pero...

—Déjalo. Lo comprendo. Estás disgustado por lo del alquiler, por la posibilidad de quedarte sin la librería. Ese es el motivo por el que no puedes pensar con claridad.

Eran aproximadamente las seis de la tarde. Habían pasado unas tres horas desde que Borden Stoppelgard me había pagado una quinta parte del valor de mercado de mi ejemplar de la segunda novela sobre la famosa lesbiana Kinsey Millhone y me encontraba con Carolyn Kaiser en el Bum Rap, un barucho entre la calle Once y Broadway. Aunque pueda evocar la época en que la Cuarta Avenida estaba ocupada en su mayor parte por vendedores de libros de segunda mano, Barnegat Books está situada en la calle Once, a mitad de camino entre Broadway y University Place. (Cabría decir que está a un tiro de piedra de la Cuarta Avenida, pero se encuentra a manzana y media de distancia, y si puedes arrojar una piedra a esa distancia, no sé qué pintas en la Cuarta Avenida o en la calle 11 Este. Deberías estar en el Bronx, jugando de lateral derecho para los Yankees).

También en la calle Once, aunque dos números más cerca de Broadway, está la Casa del Caniche, donde Carolyn se gana la vida a duras penas bañando perros, muchos de los cuales son más grandes que ella. Nos conocimos poco después de que yo comprara la librería, congeniamos desde el primer momento y hemos sido amigos desde entonces. Solemos almorzar juntos, y casi siempre vamos al Bum Rap después del trabajo para beber una copa.

Lo típico es que yo dé cuenta de una botella de cerveza y que Carolyn despache un par de *whiskies* escoceses. Aquella tarde, sin embargo, cuando la camarera se acercó a preguntarnos si queríamos lo de siempre, yo empecé a decir:

—Sí, por supuesto... —Pero me interrumpí—. Espera un momento, Maxine —dije a continuación.

—Ay, ay, ay... —exclamó Carolyn.

—Nada de cerveza —dije—. Que sean dos *whiskies*, uno para cada uno. —Y volviéndome hacia Carolyn, pregunté—: ¿Qué significa eso de «ay, ay, ay»?

—Falsa alarma —respondió—. Me has tenido preocupada por un momento, eso es todo.

—¿Ah sí?

—Temía que fueras a pedir un agua Perrier.

—Y como sabes que beber eso me vuelve loco...

—Bern...

—Es por las burbujitas. Son lo bastante pequeñas como para traspasar la barrera hemoencefálica, así que para cuando uno quiere darse cuenta...

—Ya basta, Bern...

—La mayoría de la gente —dije— se inquietaría si pensara que un amigo va a pedir un *whisky* y sentiría alivio si el tal amigo acabara pidiendo agua de seltz. En tu caso ocurre lo contrario.

—Bern —dijo ella—, los dos sabemos qué significa que determinada persona pida Perrier.

—Significa que quiere tener la mente despejada.

—Y los dedos ágiles, los reflejos rápidos y todas esas cosas necesarias cuando estás a punto de entrar a robar en casa de alguien.

—Espera un momento —dije—. Son muchas las veces que pido una coca-cola o una Perrier en lugar de una cerveza, y no siempre significa que estoy preparándome para cometer un delito.

—Ya lo sé. No pretendo comprenderlo, pero sé que es cierto.

—También sé que por sistema no bebes absolutamente nada de alcohol antes de cometer allanamiento de morada y que...

—Allanamiento de morada... —repetí.

—Es una expresión, ¿no?

—Sí, y bastante elocuente. Mira, ya nos traen las copas.

—Y en el momento oportuno. Bien. Brindo por la delincuencia. Olvida eso, no lo decía en serio.

—Ya, ya... —dije, y bebimos.

Hablamos del dueño de mi local, el amante de los libros, y luego hablamos de Sue Grafton y su lesbiana encubierta. En cierto momento pedimos otra ronda.

—Dos *whiskies* —dijo Carolyn—. Creo que esta noche no tengo que preocuparme por ti.

—Puedes dormir tranquila —dije—, sabiendo que si sigo así voy a emborracharme. —Miré la superficie de la mesa, donde me había dedicado a entrelazar anillos con el fondo de mi vaso, intentando dibujar el logotipo de los juegos olímpicos—. A decir verdad —añadí—, tengo un motivo para pedir *whisky* esta tarde.

—Yo siempre pido *whisky* —dijo ella— y, créeme, siempre tengo un motivo. Sin embargo he de reconocer que tu motivo es especialmente bueno tras la escena que has tenido con tu amigo Stoppelgard.

—Ese no es el motivo.

—¿No lo es?

Negué con la cabeza.

—Estoy bebiendo —dije— para tener la seguridad de que no voy a robar esta noche. Llevo diez días aguantándome las ganas.

—Debido a...

—La subida del alquiler. ¿Sabes una cosa? No me metí en el negocio de los libros para ganar dinero. Supuse que me daría lo suficiente para los gastos. El dinero de verdad lo ganaría robando y la tienda me daría una fachada respetable aparte de toda la lectura que pudiera desear. Además, pensé que sería un buen lugar para conocer chicas.

—Bueno, me has conocido a mí.

—He conocido a un montón de personas, y la mayoría de ellas muy simpáticas. Algo bueno del negocio de los libros es que tus clientes suelen ser cultos y en tu relación con ellos rara vez hay un enfrentamiento, si exceptuamos el episodio de hoy. Por asombroso que parezca, a medida que he aprendido más acerca del negocio, la tienda ha ido dando más dinero hasta el punto de resultar rentable. Nunca será una mina de oro, por supuesto. Nadie se hace rico dedicándose a esto. Pero durante el último año he conseguido vivir de lo que me llevo a casa de la librería.

—Eso es estupendo, Bern.

—Supongo que sí. No llegué a tomar la decisión de dejar de robar. Simplemente fui aplazándola, hasta que un buen día me di cuenta de que habían pasado más de seis meses desde mi último robo; para cuando quise darme cuenta, ya había pasado un año entero. Entonces pensé: Bueno, quizá me he reformado, quizá los principios morales con los que me educaron han calado finalmente, o quizá es la madurez que poco a poco se ha apoderado de mí. Fuera lo que fuese, parecía preparado para ser un ciudadano decente que vive conforme a la ley. Pero voy y me entero de lo que el nuevo dueño de mi local se propone hacer con el alquiler y de pronto me doy cuenta de que nada tiene sentido.

—Comprendo.

—No conseguía quitarme la subida del alquiler de la cabeza, pero no se me ocurría qué podría hacer al respecto. Créeme, no hay manera de ganar diez mil dólares al mes vendiendo más libros. ¿Qué voy a hacer? ¿Subir de golpe el precio de los libros que vendo en la mesa de «tres por un dólar»? En definitiva, me sorprendí a mí mismo pensando: Bien, podría cubrir el aumento robando ciento veinte mil dólares al año.

—Que reinvertirías en el negocio.

—Ya sé que no tiene sentido, pero no puedo soportar la idea de renunciar a la tienda. En cualquier caso, todo iba bien hasta hace diez días.

—¿Qué sucedió hace diez días?

—Quizá fueron nueve.

—¿Qué sucedió hace nueve días, pues?

—No; lo he dicho bien la primera vez. Fue hace diez días.

—Bernie, por Dios...

—Perdona. Bien, estaba haciendo cola para comprar entradas para *Si los deseos fueran caballos*. Conseguí un par para la función de la noche siguiente; la mujer que tenía delante, en cambio, compró entradas con diez días de antelación. Llevaba pieles y un montón de joyas, y estaba manteniendo una conversación de lo más tonta con una mujer que iba forrada y enjoyada como ella. Entonces empecé a pensar que sabía su nombre y su dirección y que ella y su marido iban a estar fuera de casa cierta noche de septiembre.

—¿Esa noche es la de hoy?

—Así es —dije asintiendo. Levanté una mano para llamar la atención de Maxine e hice ese movimiento circular con el que uno pide otra ronda—. Esa noche es la de hoy. Cuando se levante el telón a las ocho de la noche en el teatro Cort, en el público se encontrarán Martin y Edna Gilmartin, residentes del piso 6 L del 1416 de la avenida York.

—¿Te piden el número de tu piso cuando compras entradas para el teatro?

—No cuando las compras con diez días de antelación. Pero me enteré de algunos datos escuchando la conversación con su amiga y luego investigué un poco por mi cuenta.

—¿Tenías planeado entrar a robar en su casa?

—No exactamente.

—¿No exactamente?

—Pensé en ello —dije—. Eso es todo. No quería descartar la posibilidad. De ahí que Stoppelgard me diese tal susto al principio, cuando habló de ladrones y coartadas antes de que yo me diera cuenta de que estaba refiriéndose a libros. —Dejé de hablar cuando Maxine nos trajo los *whiskies*; luego bebí un trago y proseguí—. Sería una estupidez volver a robar, y en cualquier caso no saldría bien. No puedo robar para ser solvente.

—¿No puedes trasladarte?

—Tendría que irme lejos del vecindario. He mirado si hay algún local vacío por aquí, y lo mejor que he encontrado es uno en la calle Nueve, a bastante distancia en dirección este, que mide la mitad de metros que Barnegat Books y un alquiler tres veces más alto que el que pago ahora y con unas subidas escalonadas que habrán

doblado la cantidad dentro de cinco años.

—Eso no soluciona nada.

—También he mirado áticos, pero para la clase de tienda que tengo necesito un bajo. Necesito a los clientes que pasan por la calle, a las personas que se detienen a hojear libros en la mesa de saldos y acaban pasando al interior. Para conseguir lo mismo que tengo ahora he de largarme de Manhattan, y ¿de qué me valdría eso? Nunca entraría un cliente en la tienda. Ni siquiera yo, porque no querría ir allá. No quiero moverme ni un centímetro de donde estoy, Carolyn. Quiero estar a dos números de la Casa del Caniche para que siempre podamos almorzar juntos, y quiero estar a una manzana del Bum Rap para que podamos venir aquí después del trabajo y coger una trompa.

—¿Estás cogiendo una trompa?

—Una pequeña quizá.

—Bueno, estás en tu derecho —dijo Carolyn—. Además, es una buena manera de asegurarte de que no irás a visitar a los Gilhooley esta noche.

—Los Gilmartin.

—Eso quería decir.

—Él se llama Martin Gilmartin. Si te apellidaras Gilmartin, ¿pondrías a tu hijo Martin?

—Probablemente no.

—Bien. ¿Cómo se le puede hacer algo así a un chaval?

—Bueno, al menos no vas a ir a forzarles las cerraduras.

—¡Pero qué dices! Jamás he bebido más de una cerveza antes de salir. Y ¿cuánto he bebido ya, tres copas?

—Tres y media, para ser exactos. Has estado bebiéndote la mía.

—Perdón.

—No importa.

—Tres *whiskies* y medio —dije—. ¿Y piensas que podría forzar una cerradura en este estado?

—Bern...

—No podría forzar ni una puerta abierta —dije.

—Bern, no levantes tanto la voz.

—Era un chiste, Carolyn. «No podría forzar una cerradura; no podría forzar ni una puerta abierta». ¿Lo coges?

—Sí, lo cojo.

—Pero no te has reído.

—He pensado que sería mejor reírme luego —respondió—, cuando tenga más tiempo. Bern, estás levantando mucho la voz para hablar de forzar cerraduras.

—O puertas abiertas.

—O puertas abiertas —repitió ella asintiendo—. En cualquier caso, tienes que ajustar el volumen.

—Oh... No me había dado cuenta de que estaba gritando.

—Bueno, no estabas gritando precisamente, pero...

—Pero estaba hablando en voz alta.

—Más o menos.

—No me había dado cuenta. ¿Y ahora estoy hablando en voz alta?

—No, ahora está bien.

—¿Estás segura?

—Del todo.

—Es curioso que uno pueda hablar en voz alta sin saberlo siquiera. No sucede cuando bebes Perrier, te lo aseguro.

—Lo sé.

—¿Tienes alguna moneda de cuarto?

—¿Alguna moneda de cuarto?

—Sí, esas cosas redondas que tienen a George Washington en una cara y un pájaro en la otra —expliqué—. Todavía los llaman cuartos, ¿no?

—Creo que sí —dijo Carolyn—. Aquí tienes uno y aquí otro. ¿Es suficiente, Bern? ¿Para qué los quieres?

—Para poner música en el tocadiscos —dije—. Espérame aquí. Ahora mismo vuelvo.

El *jukebox* del Bum Rap es ecléctico, lo cual significa que tiene música para ofender a cualquier persona. Tiende más hacia el *country*, pero también tiene algo de jazz y de rock y un *single* de Bing Crosby: *Madre Machree*, con *Bahía de Galway* en la cara B. En medio de todo esto están los dos mejores discos que se han grabado jamás: *No logro comenzar contigo* con voz y solo de trompeta de Bunny Berrigan, y *Amor acabado*, de la difunta y magnífica Patsy Cline. Son unas grabaciones maravillosas, y no es en absoluto necesario estar borracho para disfrutar de ellas. Pero te diré una cosa: estarlo no hace ningún daño.

Terminé la copa de Carolyn mientras los discos sonaban, y estaba masticando los cubitos de hielo cuando acabó el segundo.

—Qué suerte hemos tenido. Una suerte increíble.

—¿Por qué lo dices, Bern?

—Podrían fácilmente haber sido al revés —respondí—. Podríamos haber oído a Bunny Berrigan cantar *Amor acabado* y a la difunta y magnífica Patsy Cline *No logro comenzar contigo*. ¿Dónde estaríamos entonces?

—Tienes razón.

—No; tú tienes razón —dije—. Tienes razón cuando dices que tengo razón. Sabes

lo que eso significa, ¿no?

—Que los dos tenemos razón.

—Los dos la tenemos —asentí—. Dios mío, qué mundo... Qué mundo más increíble...

Carolyn apoyó una mano sobre la mía y dijo dulcemente:

—Bern, creo que deberíamos ir pensando en comer algo.

—¿Aquí? ¿En el Bum Rap?

—No, por supuesto que no. Había pensado en...

—Menos mal. Ya lo probamos una vez, ¿te acuerdas? Maxine nos metió un par de burritos en el microondas. Tardaron muchísimo en enfriarse para que pudiéramos comerlos, y para entonces ya estaban pasados.

—Me acuerdo.

—Me pasé varios días sin hacer otra cosa que tirarme pedorretas —proseguí. Luego fruncí el ceño y dije—: Lo siento.

—No te disculpes ahora, Bern. De eso hace ya año y medio.

—No siento haberme tirado pedorretas. Siento haberlo mencionado. No es muy elegante, que digamos, ¿verdad? Hablando de tirarse pedorretas. Joder, ya he vuelto a hacerlo.

—Bern.

—No quiero decir que haya vuelto a tirarme una pedorreta, sino que he vuelto a mencionarlo, eso es todo. ¿No es asombroso que me pase semanas y semanas sin emplear la palabra «pedorreta» y que de repente parezca incapaz de pronunciar una frase sin ella?

—Bern, estaba pensando en...

—De modo que será mejor que no coma ningún burrito esta noche. Si ni siquiera soy capaz de afrontar este asunto verbalmente...

—Estaba pensando en comida hindú.

—Mmm...

—O quizá italiana.

—Quizá.

—O tailandesa.

—Siempre es una posibilidad. —Una idea empezó a colárseme por la derecha, de manera que estiré una pierna mental y le puse la zancadilla—. Pero me temo que esta noche es imposible. Debo atender un compromiso.

—Ibas a cancelar lo de los Gilmartin —dijo ella—. ¿Te acuerdas?

—No se trata de los Gilmartin. Tengo una cita con Patience. ¿No te parece un gran nombre?

—Sí, Bern.

—Deliciosamente antiguo, cabría decir.

—Sí, cabría decirlo —dijo ella asintiendo—. Es la poetisa, ¿no?

—Es una terapeuta poética —dije—. Tiene un MSW^[2] de la NYU. ¿O es un MSU de la NYW?

—Creo que has acertado la primera vez.

—Tal vez sea un BMW de PDQ^[3] —dije—. En fin, se dedica a trabajar con personas con trastornos emocionales. Les enseña a expresar sus sentimientos más íntimos mediante la poesía. De ese modo nadie se da cuenta de que están locas; simplemente piensan que son poetas.

—¿Funciona?

—Supongo que sí. Aparte de ser terapeuta poética, Patience es poetisa, por supuesto.

—¿Y la gente se da cuenta de que está loca?

—¿Loca? ¿Quién ha dicho que está loca?

—Da igual... Escucha, Bern, creo que será mejor que la llame.

—¿Para qué?

—Para cancelar la cita.

—¿Para cancelar la cita? —La miré fijamente—. Espera un minuto —dije—. ¿No irás a decirme que tienes una cita con ella? Creía que era yo quien tenía una cita con ella.

—Y así es.

—Esto no va a ser otra historia como la de Denise Raphaelson, ¿verdad?

—No, por supuesto que no.

—¿Te acuerdas de Denise Raphaelson?

—Por supuesto.

—Era mi novia —dije—, y de pronto un buen día pasó a ser la tuya.

—Bern...

—Así, por las buenas —insistí—. Puf... Como quien no quiere la cosa.

—Bern, presta atención un momento, ¿vale? Serénate.

—Vale.

—Quiero llamar a Patience para cancelar la cita porque estás borracho y no sería una buena idea que la vieras esta noche. ¿Comprendes?

—Sí.

—Acabas de empezar a salir con ella, la relación no ha hecho más que comenzar y le causarías una mala impresión.

—Podría tirarme una pedorreta —dije.

—Bueno...

—O mencionar las pedorretas, o algo por el estilo. Será mejor que no la vea. —Respiré hondo—. Tienes toda la razón, Carolyn. Voy a llamarla ahora mismo.

—No, la llamaré yo.

—¿Lo harías? ¿Harías eso por mí?

—Claro.

—Eres una persona maravillosa, Carolyn. La mejor amiga que haya tenido jamás un hombre. O una mujer. Una amiga que vela por la igualdad de oportunidades, Carolyn.

—Dame su número de teléfono de una vez, Bern.

—Ah... —exclamé—. Un momento.

Se fue, y al cabo de unos minutos regresó.

—Todo en orden —dijo—. Le he dicho que tienes una gripe abdominal grave y que el médico piensa que se debe a una intoxicación alimenticia. También le he dicho que hoy has tomado un burrito en mal estado para comer.

—Y ya sabemos lo que eso significa, ¿verdad?

—Se ha mostrado muy comprensiva, Bern. Parecía simpática.

—Todas parecen simpáticas —dije sombríamente—. Luego las conoces.

—Supongo que esa es una forma de ver las cosas... Bernie, ¿de dónde han salido estas copas? No las hemos pedido.

—Debe tratarse de un milagro.

—Las has pedido tú —dijo—. Las has pedido mientras estaba hablando por teléfono.

—No deja de ser un milagro.

—Bern...

—No tienes que preocuparte —dije—. Si no puedes con la tuya, ya me bebo yo las dos.

—Dios santo... —exclamó Carolyn—. No creo... Bern, ¿qué música es esa?

Agucé el oído.

—*Bahía de Galway* —respondí—. La canta el difunto y magnífico Bing Crosby. La he puesto yo.

—No me digas...

—Daba la casualidad de que Maxime tenía cuartos —dije—. Con Washington en una cara y un pájaro en la otra. Me ha dejado que me quede con los cuatro a cambio de un dólar.

—Parece justo.

—Bueno, no sé qué decirte. ¿Cómo va a ganarse la vida de esa manera? Es como vender *L de ladrón* por ochenta y seis dólares y sesenta centavos. ¿Cómo va a pagar el alquiler? Dios... ¿No te encanta *Bahía de Galway*?

—No.

—Bueno, seguro que te gusta la siguiente. Es *Madre Machree*.

—Oh, Dios santo... —exclamó.

3

—El alquiler es sólo una parte del problema —dije—. El asunto es más grave. Echo de menos forzar cerraduras y entrar a robar en casas. A veces se me olvida cuánto lo echo de menos, pero en cuanto sucede algo que hace aumentar el nivel de ansiedad, pues bueno, este viejo ladrón se acuerda de todo de inmediato.

—¿Qué es lo que echas de menos, Bern?

—La emoción. Cuando entro en la casa de alguien siento un estremecimiento que no se parece a nada de lo que he experimentado jamás. Acaricias una cerradura y la engañas de manera que salte, giras un tirador y te cuelas por una puerta medio abierta. Por fin estás dentro, y es como si te probaras la vida de otra persona a ver cómo te queda. Eres Ricitos de Oro: te sientas en todas las sillas, te duermes en todas las camas. ¿Sabes una cosa? Nunca he entendido el final de ese cuento. ¿Por qué se enfadan tanto los osos? Se encuentran con una encantadora niñita rubia dormida como un cordero, y lo lógico sería que quisieran adoptarla. ¿Pero qué es lo que hacen? Cogen un cabreo de narices. No lo entiendo.

—Bueno, no es una invitada muy buena, Bern. Se come toda su comida, ¿recuerdas? Y rompe la silla del osito.

—Un asqueroso tazón de gachas —dije—. Y cuando se lo come está bien de temperatura, ¿te acuerdas? Si no se lo hubiera comido, se habría quedado frío antes de que los osos llegaran a casa, como el de mamá oso. Y, ya que la mencionas, esa silla siempre me ha escamado. ¿Qué clase de silla puede aguantar a un oseño fuerte pero se hunde bajo el peso de una niña delgada como un palillo?

—¿Cómo sabes que la niña está delgada como un palillo? ¿Y si está hecha una bola de sebo? Las gachas se las come en un abrir y cerrar de ojos.

—En los dibujos que yo he visto nunca está regordeta. En mi opinión, a esa silla le sucedía algo. Iba a hundirse en cuanto alguien, cualquier persona, se sentara en ella.

—¿De manera que eso opinas de *Ricitos de Oro y los tres osos*? ¿Que la silla era defectuosa?

—Tenía que estarlo.

—Me gusta eso —dijo ella—. Supone un punto de vista completamente nuevo con respecto al cuento. Creo que Ricitos de Oro tenía razones de sobra para ir a juicio por negligencia.

—Pues sí, pensándolo bien, podría haber entablado un pleito.

—Quizá por eso va corriendo hasta su casa. Quiere llamar a su abogado antes de que salga de su oficina. ¿Sabes qué, Bernie? Me has convencido.

—¿De qué?

—De que todavía llevas el robo en el alma. ¿Quién sino un ladrón nato

interpretaría el cuento de ese modo?

—Lo de ir a juicio por negligencia ha sido idea tuya —dije—, y sólo un abogado nato...

—Ojo, Bern...

—La verdad es que en circunstancias normales soy bastante honrado. Aviso a la gente cuando se van sin el cambio, y cuando un camarero se olvida de cobrarme el postre, suelo decírselo.

—Te he visto hacerlo —dijo Carolyn—, aunque nunca lo he entendido. ¿Qué haces cuando un teléfono público te devuelve un cuarto de más? ¿Lo devuelves en sellos?

—No; me lo quedo. Pero nunca robo en las tiendas, y pago mis impuestos. En realidad sólo soy un ratero cuando entro en las casas, de modo que no soy un ladrón nato. Aunque supongo que tienes razón. Supongo que soy un ladrón nato. «Nacido para robar» sería el tatuaje ideal para mí.

—No te hagas un tatuaje, Bern.

—No te preocupes —dije—. Que no estoy tan borracho.

—Sí lo estás —dijo—. Pero no lo hagas.

A decir verdad, apenas estaba borracho. Estábamos en un restaurante italiano de los de verdad, uno que hay en un sótano de la calle Thompson, dos manzanas al sur de Washington Square. Habíamos descartado la comida india y la tailandesa porque no creía que mi estómago pudiera soportarlo después del ataque de gripe abdominal que Carolyn se había inventado que tenía. (La comida mejicana ni la habíamos mencionado, por supuesto). El aire fresco que me había dado de camino al restaurante me había despejado la cabeza, y ahora, tras comer un gran plato de espagueti marinara y tomar dos tazas de café exprés, estaba prácticamente sobrio.

Eran las nueve y diecisiete minutos cuando Carolyn pidió la cuenta. Lo sé porque inmediatamente eché un vistazo a mi reloj.

—Es temprano todavía —le dije—. ¿Quieres otro café?

—No quería el anterior —respondió ella—. No; quiero ir a casa a mirar los gatos y dar de comer al correo... ¿Qué sucede?

—¿Mirar los gatos y dar de comer al correo?

—¿Eso he dicho? Bueno, ya sabes a qué me refiero. Sea lo que sea, quiero hacerlo. Ha sido un día muy largo.

—Sé a qué te refieres —dije—. Déjame antes hacer una llamada.

—No lo hagas, Bern.

—¿Cómo?

—Si tienes intención de llamar a Patience, no lo hagas. Ya la he llamado yo y he cancelado la cita. ¿No te acuerdas?

—Como si fuera ayer. No iba a llamarla, aunque supongo que podría hacerlo, ¿no?

—No lo hagas.

—Restablecimiento milagroso: parecía como si en lugar de coger la gripe me hubiera atropellado un camión y resulta que se me ha pasado en cuestión de segundos, etcétera, etcétera... Crees que no es buena idea, ¿eh?

—Fíate de mí.

—Supongo que tienes razón. Patience pensaría que no he estado enfermo y probablemente se imaginaría que he salido con otra mujer. Pensándolo bien, estaría en lo cierto, ¿no?

Me levanté, pasé al lado del camarero, que estaba peleándose con una columna de cifras, y telefoneé. Cuando volví a la mesa, Carolyn estaba mirando la cuenta con ceño.

—Supongo que está todo bien —dijo—. Con una letra como la que tiene, este camarero debería haber sido médico. —Dividimos la cuenta y ella me preguntó si había hecho una llamada—. No has estado mucho rato al teléfono —añadió.

—No había nadie.

—Ya.

—He recuperado mi cuarto. Pero el teléfono no me ha devuelto un cuarto de más, de manera que no he tenido que resolver ningún dilema moral.

—Mejor que mejor —dijo Carolyn—. Los dos hemos tenido un día muy largo.

Echamos a andar en dirección oeste y cruzamos la Sexta Avenida. Al pasar por delante de un bar tranquilo que había en una de las calles laterales, sugerí entrar a tomar una copa.

—¿En ese bar? Ahí no entro nunca.

—Bueno, yo tampoco. Pero quizá esté bien.

Ella negó con la cabeza.

—Me asomé una vez, Bern. No había más que viejos con abrigos de segunda mano, todos ellos separados por unos cuantos taburetes. Cualquiera diría que estaban viendo una peli porno.

—Vaya.

—No creo que nos dejaran entrar, Bern. Ninguno de los dos ha pasado un programa de desintoxicación siquiera una vez. Creo que es uno de los requisitos para entrar.

—Vaya. ¿Y ese bar que hay en la esquina? El Niño Apaleado.

—No hay más que universitarios. Gritan, alborotan y derraman cerveza encima de todo el mundo.

—Eres difícil de contentar —repuse—. Un garito es demasiado tranquilo y el otro es demasiado ruidoso.

—Lo sé, soy peor que Ricitos de Oro.

—Allí hay un teléfono —dije—. Voy a intentarlo de nuevo.

Lo hice, pero nadie contestó, y esta vez no recuperé mi cuarto. Di un par de golpes a un lado del teléfono, como se suele hacer, pero el aparato se quedó con mi moneda, como suele suceder.

—¡Maldita sea! —exclamé.

—¿A quién llamabas?

—A los Gilmartin.

—Están en el teatro, Bern.

—Lo sé. La obra acaba a las diez y treinta y ocho.

—Lo has investigado a fondo, ¿eh?

—Bueno, no era tan complicado. Yo también he ido a ver la obra, ¿recuerdas? Todo lo que tuve que hacer fue consultar mi reloj cuando acabó.

—Entonces ¿por qué estás intentando hablar con ellos? ¿Hay algo que no me hayas dicho, Bern? ¿No habías decidido no entrar a robar en su piso?

Asentí y clavé la mirada en la acera, como si esperara encontrar mi moneda en ella.

—Por eso he llamado —dije.

—No entiendo.

—En cuanto lleguen a casa podré relajarme, porque habré dejado de correr el peligro de actuar impulsivamente. Mientras esté con alguien, comiendo, bebiendo una copa o tomándome un café, nada puede hacerme daño. Por eso había quedado con Patience. Pensaba que estaría con ella hasta que los Gilmartin regresaran a casa, y que luego yo también podría irme a casa.

—A menos que te fueran bien las cosas...

—Me conformo con pasar la noche sin cometer ningún delito. Pensaba que lo mejor sería asegurarme tomando una copa a la salida del trabajo, pero me he pasado de seguro y me he emborrachado, y tú has tenido que cancelar mi cita. Lo cual agradezco, no me malinterpretes, ya que no estaba en condiciones de verla. Pero ahora son... —consulté mi reloj—; aún no han dado las diez. Todavía faltan cuarenta minutos para que acabe la obra y Dios sabe qué harán luego. ¿Y si deciden ir a cenar? Podrían tardar horas en volver a casa.

—Pobrecillo... —Carolyn puso una mano sobre mi brazo—. Estás asustado, ¿verdad?

—Estoy haciendo una montaña de un grano de arena —dije—, aunque supongo que cabría decir que estoy sufriendo un poco de ansiedad.

—Pues acompáñame a casa —sugirió—. Puedes beberte una copa o tomarte una taza de café y ver un poco la tele. Puedes llamar a los Gilmartin cada cinco minutos si quieres, y para ello no te hace falta un cuarto. Si se quedan por ahí hasta tarde, puedes

pasar la noche en el sofá. ¿Qué te parece?

—Me parece maravilloso —dije—. Menos mal que eres lesbiana.

—¿Cómo?

—Porque eres la mejor amiga que nadie haya tenido jamás, y si fueras heterosexual, nos casaríamos y todo se iría al garete.

—Suele ocurrir —dijo ella—. Vámonos a casa.

A las once menos cuarto cogí el teléfono de Carolyn por millonésima vez. Pulsé la tecla con que se marca automáticamente y oí el tono media docena de veces antes de colgar.

—No puedo creer que no tengan contestador automático.

—Puede que tuvieran uno —sugirió Carolyn— hasta que un ladrón entró en su casa y lo robó. ¿No tienes ganas de meterte en la cama, Bern? Yo empiezo a tener sueño.

—Me temo que el café me ha hecho efecto.

—Estás nervioso, ¿eh?

—Más o menos. Pero tú acuéstate. Ya me quedo yo sentado aquí, a oscuras.

Me lanzó una mirada y luego se volvió hacia el televisor, en el que Charlie Rose estaba formulando unas preguntas meditadas y penetrantes a un individuo muy serio que parecía tremendamente erudito y seriamente estreñado. Le presté toda la atención que pude, aunque cada cinco minutos me precipitaba al teléfono y volvía a marcar la tecla de llamada automática. Por fin, la cuarta o quinta vez que lo hice una persona contestó. Era un hombre, y dijo:

—¿Diga?

—¿Señor Gilmartin?

—¿Sí?

—Gracias a Dios —exclamé—. Empezaba a estar preocupado por usted.

—¿Con quién hablo?

—Con alguien que vela por sus intereses. Mire, usted ya está en casa, y eso es lo que cuenta. ¿Qué tal la obra de teatro?

Oí que respiraba hondo y que luego decía:

—¿Tiene idea de qué hora es?

—Yo tengo las doce y nueve minutos, pero de un tiempo a esta parte el reloj se me adelanta algún minuto. Oiga, Marty, ánimo. Sólo llamaba para desearle a usted y a Edna lo mejor. Ahora duerma un poco, ¿vale?

Colgué y me giré para ver cómo Carolyn me hacía un gesto de desaprobación con la cabeza.

—Me he dejado llevar por el entusiasmo —dije—, y le he gastado un par de bromas inofensivas a Marty Gilmartin. Bueno, supongo que tenía derecho a hacerlo.

Hay que ver lo que he tenido que pasar sólo para evitar que le robaran esta noche.

—Comprendo. ¿Te vas, Bern? No tienes por qué hacerlo. Puedes quedarte a dormir.

Me lo pensé. Era tarde, y si me quedaba a pasar la noche en el piso de West Village de Carolyn podía ir andando al trabajo por la mañana. Pero decidí que quería cambiarme de ropa por la mañana y dormir en mi cama por la noche.

Fue una decisión de fatales consecuencias.

Tomé una segunda decisión de fatales consecuencias cuando una pareja de turistas borrachos se me adelantó cuando llamaba a un taxi en la calle Hudson. Al infierno, decidí, y fui andando hasta Sheridan Square y cogí el metro. Bajé en la calle Setenta y dos, compré el *Times* del día siguiente y esperé ante un semáforo para poder irme a casa y leerlo.

—Perdone...

Me volví hacia la voz y me encontré con una mujer delgada y morena que tenía cara con forma de corazón. Sus facciones eran menudas y proporcionadas y su tez parecía salida de un anuncio de jabón. Llevaba un traje con chaqueta de tonos oscuros y una boina roja. Tenía una pinta estupenda, y la primera idea que me cruzó fue que iba a sentirme profundamente decepcionado cuando resultara que vendía flores para el reverendo Moon.

—Perdone que le moleste —dijo—, pero usted vive en este barrio, ¿verdad?

—Sí.

—Ya decía yo. Me sonaba su cara, y estoy segura de que le he visto por ahí. Me siento como una estúpida diciendo esto, pero es que acabo de bajar del autobús y cuando me dirigía a mi piso he tenido la sensación de que alguien me seguía. Ahora que me oigo a mí misma decirlo parece melodramático, pero esa es la sensación que tuve. Como vivo aquí al lado, me parece una tontería coger un taxi...

—¿Quiere que la acompañe a casa?

—¿Le importaría? Mientras no tenga que desviarse mucho... Vivo en la Setenta y cuatro con West End.

—Yo también vivo en West End.

—Estupendo.

—Con la Setenta y uno.

—Vaya —dijo ella—. Eso significa que tendrá que desviarse dos manzanas de su camino y luego tendrá que volver sobre sus pasos. Eso es un total de cuatro manzanas de más. No, no puedo pedirle que haga eso.

—Claro que puede. Hay quien me ha pedido mucho más que eso.

—¿Está seguro? Por ahí viene un taxi. ¿Por qué no lo cojo y se acabó el asunto?

—Por dos manzanas. Vamos...

—Bueno, puede acompañarme hasta West End —dijo—; luego seguiremos cada uno nuestro camino, de manera que sólo tendré que caminar dos pequeñas manzanas sola...

—Ya basta —dije—. Voy a acompañarla hasta casa. No me importa, de veras. Fue una decisión de fatales consecuencias, fatales de verdad...

No solía volver a casa tan tarde, según me dijo. Había tenido una clase y se le había hecho más tarde de lo habitual. Luego había salido a tomar un café con un par de compañeros de clase, y la conversación había resultado tan animada que el tiempo se les había pasado sin darse cuenta.

Le pregunté sobre qué había versado la conversación.

—Sobre todo —contestó ella—. Empezamos hablando de una de las escenas que ensayamos, a continuación pasamos a las consecuencias éticas del método y luego... bueno, una cosa llevó a otra.

Como suele ocurrir.

—Eres actriz.

—Bueno, voy a clases de interpretación —dijo—. Es posible que sea actriz, pero no lo sabemos todavía. Esta es una de las razones por las que voy a clases. Para averiguarlo.

—¿Y mientras tanto...?

—Soy abogada. Aunque esto tampoco es del todo cierto. En realidad trabajo de pasante, pero estoy estudiando para ser abogada. Voy a clase los lunes, miércoles y viernes a la facultad de derecho de Manhattan.

—Y a clase de interpretación los jueves, ¿no?

—Los martes y los jueves.

—¿Y de día trabajas de pasante?

—Trabajo cinco días a la semana de nueve a cinco en Haber, Haber y Crowell. Casi siempre quieren que vaya los sábados, y casi siempre voy. Es probable que pienses que tengo un horario muy apretado, y es cierto, pero prefiero que sea así, al menos por ahora. Creo que hoy en día soy más feliz si no tengo mucho tiempo libre. Ya sé que esto parece enigmático y que lo típico es que uno le cuente la historia de su vida a un completo desconocido, pero soy algo tímida, aunque quizá apocada sería una palabra más adecuada; soy un tanto apocada, aunque de todos modos tú no eres un completo desconocido porque vives aquí mismo, en el barrio. Mira, ya estamos en West End, donde si no fueras un caballero cada uno seguiría su camino. No me has dicho cómo te llamas. Pero es normal que no me lo hayas dicho: he sido yo quien ha hablado todo el rato. Me llamo Gwendolyn Cooper. ¿Y tú?

—Bernie Rhodenbarr.

—Diminutivo de Bernard. Pero la gente te llama Bernie, ¿verdad?

—Por lo general.

—Con Gwendolyn puedes elegir. Puedes llamarme Gwen o Wendy o incluso Lyn.

—O Doll —sugerí.

—¿Doll? Ah, por la segunda sílaba... Doll Cooper. O Dolly. Pero no suena muy bien. Doll Cooper. ¿Te imaginas ese nombre en un cartel de teatro?

—Me resulta más fácil imaginármelo que en un diploma de la facultad de derecho.

—Bueno, me temo que en el diploma pondrá «Gwendolyn Beatrice Cooper». Eso suponiendo que aguante el tiempo suficiente para sacarlo. Doll Cooper. ¿Quieres que te diga una cosa? Me gusta.

—Es tuyo.

—Todavía mejor: soy yo. ¿A qué te dedicas, Bernie? Si no es una pregunta indiscreta.

—Soy librero.

—¿Como en Dalton o en Waldenbooks?

—No, tengo mi propia tienda.

Le dije cómo se llamaba y dónde estaba, y resultó que era lo que siempre había soñado: ser dueña y encargada de una librería de segunda mano.

—Y además en el Village —añadió—. Parece algo realmente ideal. Seguro que estás encantado.

—Pues sí, la verdad.

—Seguro que todas las mañanas vas a trabajar cantando.

—Bueno...

—Yo lo haría, lo sé. Mira, aquí es donde vivo. Es este, el del toldo. ¿Y encima vas a acompañarme hasta la puerta? Y yo que me preguntaba dónde andarían metidos hoy en día los caballeros de verdad, y resulta que se encuentran en el Village vendiendo libros.

El portero de su edificio estaba encaramado a una silla plegable con la atención centrada en una publicidad de supermercado. El titular del artículo que estaba leyendo insinuaba que había una relación entre los extraterrestres y la lotería de California.

—Hola, Eddie —dijo ella.

—Hola, ¿qué tal? —respondió él, sin levantar la vista de la página.

Ella se volvió hacia mí, puso los ojos en blanco y luego se volvió nuevamente hacia él.

—Eddie, ¿sabes cuándo van a volver los Nugent?

Esta vez Eddie alzó la vista para mirarla. La impasibilidad de su cara daba a entender que no había comprendido nada.

—El señor y la señora Nugent —insistió ella—. Piso 9 G. Se han ido a Europa.

¿Sabes cuándo tienen previsto volver?

—Me pillaste —dijo—. Tendrás que preguntárselo a los del turno de día.

—Siempre se me olvida —repuso ella, dirigiéndose a mí probablemente, ya que la publicidad había reclamado la atención de Eddie—. Estoy tan despistada cuando salgo de aquí por la mañana que lo único que consigo hacer es encontrar el metro. ¡Dios santo! ¿Sabes qué hora es? Mañana estaré más despistada que nunca. Bernie, eres un ángel.

—Y tú un encanto^[4].

—Ahora sí lo soy, gracias a ti. —Sonrió, mostrando una dentadura perfecta. Luego se puso de puntillas, me besó en la comisura de los labios y entró en el edificio.

A tres manzanas en dirección sur, saludé al portero de mi casa con un movimiento de cabeza y obtuve otro movimiento de cabeza por respuesta. Desde que me enteré que el tipo con el que me había atrevido a practicar español era de Azerbaiyán, me he mostrado un tanto menos efusivo con el personal del edificio. Actualmente me limito a saludar con la cabeza y ellos me responden de la misma manera. En esto consiste todo el trato que uno realmente necesita.

Subí a mi piso. Durante largo rato me quedé de pie en la oscuridad, sintiéndome como si fuera un saltador sobre un trampolín.

Bueno, al menos podía acercarme un poco más al borde. E incluso doblar los dedos del pie sobre él.

Encendí la luz y puse manos a la obra. Me quité los zapatos de puntera perforada Florsheim y me puse un viejo par de zapatillas de deporte. Miré en un compartimiento situado al fondo del armario del dormitorio y me equipé con una pequeña anilla de instrumentos que, en rigor, no pueden considerarse llaves. Sin embargo, en las manos correctas pueden hacer todo lo que puede hacer una llave y mucho más. Los metí en el bolsillo y cogí además una pequeña linterna que arroja un haz de luz pequeño y a corta distancia. Fui a la cocina y en el cajón donde guardaba las bolsas y el papel de aluminio encontré un paquete de guantes de plástico fino de usar y tirar a los que hoy en día son tan aficionados los médicos y los dentistas, así como esas almas caritativas para las que la palabra «puño» es sinónimo de «puñetazo».

Antes utilizaba guantes de goma, y les cortaba las palmas para tener ventilación. Pero hay que estar al día. Cogí dos guantes de plástico del paquete y los metí en el bolsillo.

Llevaba una chaqueta de béisbol sobre una camisa azul de botones abierta a la altura del cuello y un pantalón caqui. Me puse una corbata y cambié la chaqueta de

béisbol por una chaqueta azul marino. Para rematar cogí un estetoscopio de un cajón de la cómoda y lo metí en un bolsillo de la chaqueta de manera que los auriculares apenas resultaran visibles a una mirada atenta.

De camino a la puerta me detuve un momento para buscar un número en la guía telefónica. Pero no llamé. O al menos no lo hice con mi teléfono.

A la 1:24, provisto de todo lo necesario para tener éxito, salí del edificio. Avancé por la calle Setenta y dos, y luego me desvié una manzana para ir a la esquina en que había conocido a Doll Cooper. Eché un cuarto por la ranura del teléfono y marqué el número que había buscado en la guía.

El teléfono sonó cuatro veces. Luego una voz salida de un contestador me invitó a que dejara un recado para Joan o Harlan Nugent. Preferí colgar. Fui a Broadway, entré en una tienda de ultramarinos coreana a la altura de la calle Setenta y cinco y compré artículos suficientes para llenar un par de bolsas. Escogí los de poco peso y mucho volumen: tres cajas de cereales, una barra de pan y un par de rollos de toallas de papel. No tenía sentido cargarme de peso.

Salí de la tienda y doblé hacia la izquierda, recorrí la manzana que había hasta West End Avenue, doblé una vez más hacia la izquierda y avancé hacia la esquina de la Setenta y cuatro, hacia la casa de Doll.

El leal portero del edificio seguía ocupando su puesto.

—Hola, Eddie —dije.

Esta vez alzó la vista. Vio a un individuo bien vestido, cansado tras haber pasado el día entero extirpando bazos, haciendo la última tarea doméstica antes de disfrutar de un corto pero merecido descanso. ¿Se fijaría en el estetoscopio que asomaba por el bolsillo? Y en el caso de que lo hubiera visto, ¿habría sabido qué era? Vete tú a saber.

—Hola, ¿qué tal? —dijo.

Pasé a su lado como Pedro por su casa y subí a casa de los Nugent.

El ascensor las pasó canutas para llevarme hasta el noveno piso, como si la operación que años atrás lo había convertido en un aparato automático hubiera acabado minándole las fuerzas. Salí por fin a un pasillo oportunamente vacío, doblé hacia la derecha, pasé por delante de unas puertas en las que se podía leer 9 D y 9 C y comprendí que me había equivocado de camino. Giré sobre los talones, dejé atrás el ascensor y encontré el 9 G (de Grafton) al fondo del pasillo. Fui hasta la puerta, dejé las bolsas de ultramarinos una a cada lado de un felpudo de yute e intenté adivinar si había alguien dentro de la casa.

Y es que nunca se sabe. Quizá los Nugent habían vuelto a casa antes de lo previsto. Quizá Harlan había recibido una llamada urgente de la fábrica de chismes en que trabajaba o Joan no había podido soportar pasar una hora más separada de su querido filodendro de hoja partida. O tal vez Doll Cooper se había equivocado de número de piso y los Nugent vivían en el de abajo, el 8 G, justo debajo del profesor de kung fu que sólo salía de su piso para sacar a su rottweiler a pasear.

Saqué mi estetoscopio, me puse los auriculares en los oídos, apreté la trompetilla contra el mismísimo corazón de la puerta y escuché con atención.

No habrás pensado que el estetoscopio era para disimular, ¿verdad? Si hubiera tenido la intención de tener aspecto de médico, habría cogido un maletín Gladstone viejo y deteriorado y habría fingido ir a visitar a un enfermo. Pero no era esta mi intención. Estaba utilizando el estetoscopio por la misma razón que lo utiliza un médico: para hacerse una idea de lo que ocurre dentro.

Si el 9 G hubiera sido un ser humano, le habría cerrado los ojos y le habría puesto una etiqueta en un dedo del pie. No oí ni pío.

¿Pero acaso significaba algo? Los Nugent podían estar durmiendo. Y el profesor de kung fu también. Incluso el rottweiler podía estar durmiendo.

Que duerman, me dije. No tienes por qué estar aquí, poniendo en riesgo tu vida y tu libertad en aras de la felicidad. Puedes coger tus bolsas de ultramarinos e irte a casa. Tarde o temprano te comerás el pan y los cereales. ¿Quién sabe? Igual te gustan los Conde Chócula y todo. Y las toallas de papel te duran una eternidad; aguantan en la despensa tanto tiempo como los Twinkies...

Llamé al timbre, y con la ayuda del estetoscopio lo oí claro como... Bueno, claro como un timbre. Dejé de llamar, escuché el silencio y volví a llamar, insistiendo un poco más esta vez. Una vez más escuché el silencio.

También la voz insidiosa que había estado hablándome guardaba silencio ahora. Yo estaba funcionando con el piloto automático, haciendo lo que mejor se me da. Me metí el estetoscopio en el bolsillo, cogí las anillas de las ganzúas y las sondas y puse manos a la obra.

Es un don que tengo. Hay quien puede golpear con el bate una bola con efecto. Hay quien puede hacer cuentas complicadas. Yo puedo forzar cerraduras.

Cualquiera puede aprender a hacerlo. Se lo he enseñado a Carolyn, y ahora en una situación apurada puede abrir la puerta de su piso sin las llaves. Sin embargo, para la mayoría de las personas, incluso para aquellas que se dedican a ello (incluso las que ganan lo justo para vivir de esa manera), forzar una cerradura es una operación sumamente laboriosa. Hurgan y vuelven a hurgar con la ganzúa, casi como si trataran de someter a la cerradura a fuerza de insistir, y se vuelven torpes con los dedos y sienten calambres en las manos. A veces lo mandan a hacer puñetas, y fuerzan el maldito trasto con una palanca o abren la puerta a patadas.

A menos que tengan buena mano.

La puerta de los Nugent tenía dos cerraduras. Una era una Poulard; quizá la conozcas por esos anuncios que te garantizan que son a prueba de ladrones. La otra era una Rabson; no está garantizada, pero es una cerradura sólida y de confianza.

Conseguí abrirlas en menos de dos minutos. ¿Qué puedo decir? Es un don que tengo.

En rigor, no creo que debiera decirse «forzar una casa». Si uno tiene verdadera aptitud para ello, nunca llega a forzar nada en realidad.

A menos que haya una alarma antirrobo. En tal caso, en el mismo momento en que abres una puerta o una ventana conectada al circuito, fuerzas la conexión eléctrica y la rompes. Cuando esto ocurre, suele oírse una especie de quejido estridente, y dispones de cierto tiempo (por lo general cuarenta y cinco segundos) para encontrar el teclado numérico y marcar el código que le dice al sistema que tienes todo el derecho del mundo a estar allí. A continuación se produce toda esa cantinela de pitidos y sirenas y, tarde o temprano, aparecen un par de guardias privados para dar una respuesta armada a la situación.

Claro que para entonces cualquier ladrón en su sano juicio ya se ha ido a casa.

Respiré hondo, giré el tirador y abrí la puerta.

No sonó ninguna alarma.

Bueno, en realidad no lo sabía con seguridad. Y es que también existen unas cosas llamadas alarmas silenciosas. Abres la puerta y no oyes ningún quejido de aviso, ningún sonido aparte de la música de las esferas. En algún lugar hay un teclado numérico escondido, pero tú no tienes ningún motivo para ir a buscarlo, por lo que cuando han pasado los cuarenta y cinco segundos, ya es demasiado tarde, porque la alarma ha sido registrada en la oficina de la empresa de seguridad, y los guardias aparecen con un arma en las manos mientras tú estás llenando una funda de almohada con dinero contante y sonante.

Lo cierto es que prácticamente nadie instala una alarma silenciosa hoy en día

salvo como sistema suplementario. La gente quiere una alarma antirrobo para impedir que los ladrones entren en la casa, no para tener la oportunidad de pillarlos cuando ya están dentro. La mayor parte de los ladrones, lamento decirlo, sólo busca sacarse un par de dólares sin complicarse la vida. No tienen vocación para el oficio. La gran mayoría, una vez ha hecho saltar el sistema de seguridad y oye el quejido acusica, huye de la casa como un rayo. Algunos de ellos, yonquis y adictos al *crack* que entran rompiendo una ventana o derribando una puerta a patadas, tardan unos minutos en llevarse una radio o registrar el cajón de arriba de la cómoda. Luego se largan.

Si la única alarma que hay es de las silenciosas, el ladrón no sabe de su existencia, lo cual, al fin y al cabo, es de lo que se trata. Por tanto, el ladrón se pone a la tarea, y si es un yonqui o incluso si no lo es, lo más probable es que termine y se vaya a casa antes de que aparezcan los chicos de la respuesta armada. Incluso cuando no hay mucho tráfico, tardan un rato en acudir a una llamada. En hora punta, mejor no hablar.

Por otra parte, la alarma silenciosa es una verdadera lata para el inquilino. Como es silenciosa, no hay nada que te recuerde que debes teclear el código. Varias veces te olvidas, de manera que los policías de alquiler aparecen mientras tú estás sentado en el salón haciendo *zapping*. Cuando esto ocurre en unas cuantas ocasiones, dejas de conectar la alarma.

Con las bolsas de ultramarinos en la mano, crucé el umbral y pasé a la primera fase del allanamiento de morada. Cerré la puerta con la cadera, de manera que me quedé sin la luz del pasillo. El lugar estaba oscuro como la boca de un lobo y silencioso como una tumba.

¡Menuda sensación! Se te acelera el pulso, sientes un cosquilleo en la yema de los dedos y un vacío en el pecho. Pero estas palabras se quedan cortas para describir lo que sentí, y siempre siento, en semejantes circunstancias. Le había hablado a Carolyn de la emoción, del estremecimiento que se siente, pero había más. Experimenté una profunda satisfacción, como si estuviera haciendo lo que estaba destinado a hacer en la tierra. Era un ladrón nato, y estaba robando, y fuera lo que fuese lo que me había llevado a pensar que podía dejarlo había sido una equivocación.

Dejé en el suelo las bolsas del ultramarinos y me puse los guantes de quita y pon. Cogí mi linterna diminuta, pero se me cayó. La busqué a tientas por el suelo, maldiciendo la oscuridad. Finalmente la encontré y la encendí, tras lo cual me puse en pie y seguí el pequeño y recto haz de luz por todo el piso. Cuando hube comprobado que todas las ventanas estaban tapadas por las cortinas, encendí unas cuantas luces y di cautelosamente otra vuelta por el piso.

Yendo de habitación en habitación, me sentí como un terrateniente cabalgando

por sus propiedades, dueño y señor de todo lo que contemplaba. Pero no estaba haciéndolo a lo loco. Tiempo atrás, en un bonito piso de la calle 67 Este, me había divertido desvalijando un salón mientras el verdadero inquilino del piso yacía muerto al otro lado de la puerta del cuarto de baño. Había muerto, todo sea dicho, por causas naturales: alguien le había asesinado. La policía, que muy oportunamente apareció mientras yo todavía estaba ocupado con el desvalijamiento, llegó de manera precipitada a una conclusión injustificada: debía considerárase la causa inmediata de la muerte. Las pasé moradas para aclararlo todo.

No es la clase de experiencia que uno desee tener una segunda vez, de veras. Así pues, aprendí que hay que dedicar los primeros minutos de un robo a comprobar si hay cadáveres en el piso y, como es natural, nunca encuentro uno. Son como la policía y los taxis, nunca están ahí cuando los necesitas.

Lo que sí encontré, en cambio, fue lo que los corredores de fincas llaman un «seis clásico», algo que se suele encontrar con bastante frecuencia en los edificios del Upper West Side construidos antes de la guerra. Un vestíbulo, que era donde había buscado a tientas mi linterna; un salón; un comedor para las ocasiones especiales; una cocina con ventanas; dos dormitorios de gran tamaño, uno con dos camas gemelas y otro, el de los invitados, que evidentemente hacía las veces de taller de pintura para Joan Nugent. Había un caballete con un cuadro a medio pintar de un hombre vestido de arlequín tocando la flauta de Pan. ¡Chúpate esa, Picasso!

Eso es un total de seis habitaciones si cuentas el vestíbulo, pero no creo que haya que contarlos, porque de la cocina se pasaba a otra habitación. No sé de qué serviría originalmente. De despensa, supongo, o de cuarto para la doncella. Ahora era el estudio de Harlan Nugent. Tenía un escritorio con un ordenador y un fax módem encima, y una librería con un gran número de novelas de misterio futurista y libros de divulgación del tipo *Cómo beneficiarse de la próxima época glacial*. Encima del escritorio había colgado un paisaje rural que pude identificar como obra de la señora Nugent.

Hubo un momento, he de reconocer, en que me embargó un sentimiento de infinita tristeza. Estaba en un piso que transmitía una serenidad indescriptible, con sus pesados cortinajes y su gruesa moqueta cubierta en diferentes puntos con alfombras orientales; sus elegantes muebles y candelabros franceses; los anticuados medallones del techo y las molduras de la pared, e incluso las obras de arte que colgaban de las paredes, los grabados coloreados a mano de lugares lejanos que compartían el espacio de las paredes con los acrílicos que habría comprado la señora Nugent en alguna tienda de segunda mano y que producían una extraña sensación de confort. ¿Por qué no podía disfrutar durante una hora de la alegría de haber cometido allanamiento de morada y luego, cuando me hubiera quedado satisfecho, dejarlo todo tal como lo había encontrado?

Supongo que porque los safaris fotográficos pueden ser estupendos, pero a un cazador nato le resultan un tanto aburridos. Podía intentar convencerme de que me tomara el piso de los Nugent como un parque nacional, y me limitara a hacer fotos y dejar mis pisadas, pero no iba a funcionar. Soy un ladrón, y ningún ladrón que se precie considera que la noche ha sido un éxito cuando vuelve a casa con las manos vacías.

Así pues, puse manos a la obra. Comencé por la cocina, donde saqué los artículos de las bolsas de ultramarinos, les limpié las huellas y los metí en la alacena. (Quizá a los Nugent les gustaría Conde Chócula). Luego abrí la nevera. No había ningún producto perecedero, lo cual daba a entender que Joan y Harlan se había ido para una semana o más. Lástima, tampoco había dinero en ella, y tampoco en el congelador. Mucha gente guarda dinero en la nevera; supongo que es un lugar tan bueno como cualquier otro, o al menos lo fue hasta que todo el mundo empezó a guardarlo ahí. Pero no había nada de dinero frío en el frigorífico de los Nugent, de manera que pasé a otra cosa.

En la cocina no había nada que mereciera la pena llevarse. En la alacena había un juego de tarros de ocho piezas, hechos de porcelana blanca con adornos azules de motivos holandeses: molinos, tulipanes, un muchacho patinando sobre hielo, una chica mofletuda con uno de esos cortes de pelo a lo *garçon*. Un recipiente contenía unos treinta dólares en cambio y billetes pequeños, que servirían para dar la propina a los chicos que traían los envíos, supongo. Lo dejé tal como lo había encontrado.

En el escritorio del estudio había un cajón cerrado con llave, por lo que fue el primero que abrí. Este tipo de cerraduras nunca ofrecen problemas serios, y esta en concreto fue un juego de niños. Dentro había un diario, que supuse cerrado bajo llave para que la señora Nugent no le pusiera las manos encima. Leí unas páginas con la esperanza de hallar algo lascivo, y quizá lo hubiera, pero no en las páginas que casualmente abrí. Todo lo que encontré fueron las reflexiones personales de Harlan Nugent acerca de la vida y la muerte, y en cuanto comprendí de qué iba el asunto, dejé el cuaderno en su sitio como si me quemara la mano. Desvalijar la casa de una persona ya supone suficiente violación de las intimidades para mí. No tenía ánimo como para saquearle el alma.

Aparte del diario, el cajón que hasta hacía poco había estado cerrado bajo llave contenía tres sobres de papel manila un poco más grandes que los de tamaño carta. El primero contenía una póliza de seguros y el segundo un testamento. Apenas eché un vistazo a cada uno antes de meterlos de nuevo en sus respectivos sobres, y estuve a punto de desentenderme del tercero, lo cual habría sido un error. Estaba lleno de dinero.

Era un grueso fajo de billetes de cien dólares. Me quité los guantes para contarlos rápidamente, pensando que no importaba si dejaba las huellas en ellos. Iban a irse a

casa conmigo.

Había ochenta y tres, aparte de uno de cincuenta que se había colado en medio del fajo. Es decir, un total de 8350 dólares en billetes usados y totalmente anónimos. ¿Eran una parte de los ingresos que mi querido Harlan no quería declarar? ¿O acaso su existencia era completamente legítima? Al fin y al cabo, todavía es legal para los americanos poseer dinero de verdad.

Bueno, si eran una parte no declarada de sus ingresos, estaba quitándole a Nugent un peso de encima. Me los metí en el bolsillo y dejé el sobre vacío en el cajón.

Luego, sólo para presumir, cogí las ganzúas y dejé el cajón cerrado tal como lo había encontrado.

Moví un buen número de cuadros, pero no encontré la caja de seguridad. Tampoco encontré ningún ladrillo suelto en la chimenea. En realidad no esperaba dar con ninguna caja o escondrijo; si el piso hubiera tenido uno, Harlan habría guardado los 8350 dólares en él, no en un cajón del escritorio que uno podía abrir con unas pinzas para las cejas.

Encima del aparador del comedor había una cubertería de plata bastante buena, inglesa, a juzgar por su aspecto. Georgiana, diría. Había más del mismo tipo en los cajones. En el transcurso de los años he conocido tres clientes buenos para la plata de calidad. Uno está muerto, el otro está en la cárcel y el tercero se jubiló hace dos años y vive en Florida. (Es posible que de vez en cuando compre alguna que otra sopera, pero no es una buena idea mandar un cargamento de plata robada por avión. ¿Cómo haces para que pase por el detector de metales?).

Renuncié a la plata y a unas bonitas piezas de encaje e hilo y fui al dormitorio, donde la señora Nugent guardaba sus joyas en un cofre miniatura reforzado con latón que tenía encima de su cómoda estilo Reina Ana. El cofre tenía cerradura, pero no lo había cerrado con llave, lo cual demostraba que era una mujer sensata. Yo lo habría abierto en un abrir y cerrar de ojos, pero un mangante más tosco se habría puesto el cofre bajo el brazo y se lo habría llevado para abrirlo luego con tranquilidad.

Hay personas que con las piedras preciosas poseen el mismo don que yo poseo con las cerraduras. Sólo tienen que mirar una piedra para saber si procede del consorcio De Beers de Sudáfrica o de la Organización del Zirconio Cúbico de la Red de Venta por Correo. Pueden distinguir un lapislázuli de una sodalita y un rubí de una espinela antes de lo que a mí me cuesta diferenciar el ámbar del plástico o una cuenta de hematita de un rodamiento. (Realmente no tiene importancia, ya que no merece la pena robar ninguno de los dos, pero una persona ha de ser capaz de saber distinguirlos).

No poseo ese don, aunque cuando llevas bastante tiempo robando esa clase de cosas, desarrollas cierto sentido para decidir qué te llevas y qué dejas. Cuando tienes

una duda, te lo llevas. Renuncié a las piezas que eran evidentemente bisutería. Había un collar, por ejemplo, con una piedra tan grande que de ser auténtica debería haber sido el diamante Kloppman. También había unos pendientes hechos con abalorios africanos. Cogí algunas cosas que no estaban nada mal, y podría describirlas con detalle e incluso hacer un cálculo aproximado de su valor, pero ¿para qué?

Como se verá, todo fue en balde.

Media hora después estaba listo para salir del piso de los Nugent e irme a casa. No había dormido en ninguna de las camas ni roto ninguna silla, y no había visto gachas por ninguna parte. Había metido las joyas, así como un reloj y unos gemelos de Harlan, en mis dos bolsas de plástico, y luego había guardado cada bolsa en un bolsillo. Había puesto las joyas en los bolsillos delanteros del pantalón, el dinero en el bolsillo interior de la americana, el estetoscopio en uno de los bolsillos exteriores y las ganzúas y la linterna donde había encontrado sitio. Puede que luciera una silueta estrafalaria, pero al menos tenía las manos libres.

Di una última vuelta al piso, no con la esperanza de encontrar algo más que robar, sino para cerciorarme de que no había dejado ningún rastro de mi visita. Como de costumbre, había mostrado una escrupulosa pulcritud. Estaba listo para irme a casa por aquella noche, que ya se había alargado bastante, cuando mis ojos fueron a posarse en una puerta en la que no había reparado antes. ¿Otro armario? Aquel piso tenía armarios por todas partes, y en ninguno de ellos había nada que mereciera la pena robar.

La puerta no cedía. Y no tenía ojo de cerradura ni, por tanto, cerradura que forzar.

¿Se trataba de una puerta permanentemente cerrada que conducía a otro piso, una abertura rudimentaria de la época en que aquel piso y el contiguo habían formado una única pieza? Parecía poco probable. La puerta se encontraba en una de las paredes laterales de la habitación de invitados, el taller de la señora Nugent. En la misma pared había otra puerta que daba a un gran armario empotrado, del cual había entrado y salido unos minutos antes. ¿Se extendería el armario por toda la pared y tendría una de sus puertas cerradas por alguna oscura razón?

Fui a mirar. El armario era ancho y profundo, pero sólo alcanzaba hasta la mitad de la pared. ¿Daba la puerta cerrada acceso a la parte trasera de un armario del otro piso? Parecía una extraña manera de hacer las cosas, pero los edificios antiguos son divididos de formas curiosas en el curso de los años, de manera que cabía la posibilidad.

De todos modos ¿qué más daba? Resultaba curioso, y punto. Pero yo sentía curiosidad, y me daba igual lo que esta le hubiera hecho al gato.

Saqué mi anilla de ganzúas y seleccioné una laminilla de acero de diez centímetros y pico de largo. Me acerqué a la puerta misteriosa e introduje la lámina

de acero entre la hoja y la jamba. Levanté la mano hasta lo alto de la puerta y luego la bajé. No encontré ninguna resistencia hasta que llegué a un punto situado unos centímetros por debajo de mi cintura, justo donde uno esperaría encontrar una cerradura. Saqué lentamente la lámina, tirando de ella hacia abajo para describir el contorno de algo que parecía un cerrojo. Por debajo del cerrojo, la lámina volvió a navegar por aguas tranquilas hasta el suelo.

Cada vez sentía más curiosidad. Si uno divide un piso para convertirlo en dos, no pone simplemente una puerta y la cierra con un cerrojo. Eso podrá valer si se tienen dos habitaciones de hotel contiguas y se desea mantener la posibilidad de acceso, pero en este caso no tenía sentido, ya que lo que se buscaba era aislamiento y seguridad. Cuando menos, deberían haber tapado la puerta con alguna clase de argamasa. Por otra parte, el cerrojo no era uno de esos que compras en la ferretería e instalas tú mismo. No, este cerrojo estaba puesto justo en medio de una puerta de cinco centímetros de grosor, lo cual significaba que servía para una habitación concebida para ser abierta y cerrada únicamente desde dentro. Los armarios no tienen cerrojos de ese tipo.

Los cuartos de baño sí. Sí, claro. Había un cuarto de baño en el dormitorio principal y medio baño en el vestíbulo («Medio baño, medio humano. Le llaman... ¡el hombre baño!»). Por tanto era lógico que también hubiera uno en el segundo dormitorio. No era más que eso, otro cuarto de baño. Si hubiera querido robar toallas habría ido al Waldorf, así que a hacer puñetas. Ya podía...

Un momento.

¿Cómo era posible que en un piso vacío hubiera un cuarto de baño cerrado por dentro?

Volví a la puerta y pasé la mano por ella como si quisiera apreciar su energía psíquica. Al lado, en la pared, había un interruptor a la altura del hombro, si es que tienes los hombros un poco más bajos que yo. Lo apreté. En el dormitorio no se encendió o apagó ninguna luz, y no sabía si en el cuarto de baño había sucedido algo. Por debajo de la puerta no se veía ninguna luz.

Volví a apretar el interruptor, para deshacer lo que pudiera haber hecho, fuera lo que fuese. Cogí una silla y me senté. Miré al pobre arlequín que Joan Nugent todavía no había terminado. La otra vez que me había fijado en él me había parecido triste. Ahora me parecía confuso.

¿Había alguien ahí dentro? ¿Le había puesto sobre aviso al apretar el timbre, y la persona en cuestión había reaccionado... no sé, encerrándose en el cuarto de baño?

¿Por qué habría de hacer algo así una persona?

Bueno, pongamos que yo no era el primer ladrón que visitaba aquella casa. En una ocasión me encontraba revolviendo un piso cuando de pronto entró otra persona. La situación que se dio fue un tanto embarazosa para mí. No me encerré en el cuarto

de baño, pero podría haberlo hecho si se me hubiera ocurrido.

¿Pero se parecía aquel piso a uno en el que otro ladrón hubiera entrado a robar recientemente? En absoluto.

Sin embargo...

La lógica, pensé. Cuando falla todo lo demás, prueba la lógica.

De acuerdo. Había dos posibilidades. O había alguien en el cuarto de baño o no había nadie. Si había alguien, ¿quién era? ¿Uno de los Nugent?

Si fueras un Nugent u otra persona cuya presencia en el piso de los Nugent fuese legítima, tanto podrías optar por responder al timbre a una hora intempestiva como no hacerlo. Pero si no fueras a abrir la puerta, o al menos a mirar por la mirilla, ¿te encerrarías en el cuarto de baño?

De ningún modo.

Así pues, si había alguien ahí dentro, se trataba de una persona que no tenía que estar ahí y que era capaz de quedarse sentado en el retrete a oscuras durante media hora con tal de evitar ser descubierto. Todo lo que tenía que hacer era largarme a casa y dejar que el visitante misterioso permaneciera en el anonimato. Si había alguien, tenía que haber advertido mi presencia, y saldría (él o ella; o, quién sabe, tal vez fuera Doll Cooper, que estaba probando una tercera profesión) cuando le pareciera conveniente. Todavía podía llevarse algo de plata, y quedaban treinta dólares en el tarro del molino y quizá el legendario diamante Kloppman.

Di una vuelta al piso para apagar las luces. En un abrir y cerrar de ojos todo el lugar quedó a oscuras con la salvedad del vestíbulo, iluminado por la luz del techo. La apagué igualmente. A continuación abrí la puerta principal y asomé la cabeza al pasillo.

Volví a meterla, cerré la puerta y avancé por el oscuro piso sin hacer ruido y sin utilizar siquiera mi linterna de bolsillo. Moviéndome lenta y silenciosamente, entré de nuevo en la habitación de invitados, donde me detuve, sin apenas respirar, y aguardé a que la puerta del cuarto de baño se abriera.

Pasaron diez minutos, probablemente los más largos de mi vida. Cuando transcurrieron, no me cupo ninguna duda de que el cuarto de baño no estaba ocupado.

¿Entonces por qué estaba cerrado?

¿Y qué había dentro?

Lo típico, me dije. Un lavabo, una bañera, una ducha, un inodoro, un botiquín... Vete a casa, me aconsejé; lo que haya ahí dentro puede quedarse donde está. Además ¿a quién le importa qué es?

A mí, evidentemente, ya que lo que hice (una vez hube encendido de nuevo la luz para al menos ver lo que estaba haciendo incluso si no podía explicarlo satisfactoriamente) fue ponerme de rodillas y tratar de forzar la puñetera cerradura.

Aunque no era una cerradura, sino un simple cerrojo como los que echas cuando estás en el retrete y no quieres que nadie te moleste. No había gachetas, ni clavijas, ni nada; sólo un cerrojo que corría de un lado a otro cuando girabas el pequeño artilugio que había al otro lado de la puerta.

No conseguí abrir al muy jodido. Podría haberlo hecho saltar de una patada, pero no quería hacer eso. Yo era el hombre al que en una ocasión habían llamado «el Heifetz de la ganzúa», y ciertamente debía ser capaz de abrir una puerta de cuarto de baño cerrada con cerrojo. Aquello no era Fort Knox, por amor de Dios. Era un cuarto de baño. Un cuarto de baño para invitados de West End Avenue.

Me resultó imposible.

Volví a apretar el interruptor, el que había al lado de la puerta, el mismo que antes no había hecho nada. Como cabía esperar, tampoco ocurrió nada esta vez.

Imaginemos que me caso. Imaginemos que mi esposa y yo tenemos hijos. ¿Y si uno de ellos se encierra en el cuarto de baño, como suelen hacerlo los muy puñeteros, y luego no puede abrir la puerta y le entra pánico? ¿Y si papaíto corre a rescatarlo, ganzúas en mano, y luego tiene que decirle a mamaíta que llame a un cerrajero porque él, precisamente él, no puede abrir la jodida puerta?

Qué absurdo.

Si hubiera sido mi cuarto de baño, y mi hijo hubiera estado dentro, hubiera sacado la puerta de los goznes. Pero esto cuesta mucho trabajo, y es una labor muy delicada. Siempre acabas haciendo saltar desconchones de pintura de los goznes, que caen al suelo y se convierten en el mudo testamento de la incapacidad de uno para correr el cerrojo.

El caso era que no lograba que mi toque mágico funcionara con aquel trasto. Lo único que podía hacer era intentar hacer palanca con mis herramientas para meter la barra en la puerta. La ranura entre la puerta y la jamba era bastante exigua, de manera que no disponía de mucho espacio para trabajar. Podía avanzar un poco, pero tarde o temprano me sería imposible mantener una presión constante sobre el cerrojo, de modo que mi ganzúa resbalaría y yo volvería al punto de partida. Y no precisamente contento.

Una de las láminas de acero que tenía en mi anillo de herramientas era una hoja de sierra de arco cortada que habría atravesado el cerrojo como un cuchillo corta la mantequilla. No se trataba de un cuchillo caliente ni la mantequilla estaba blanda, pero habría podido cumplir su función. No obstante la descarté, por la misma razón por la que no quería sacar la puerta de los goznes ni darle una patada que la mandara al condado vecino. Aquello era para mí un desafío, maldita sea.

Me quité los guantes de plástico transparente, acerqué una lámpara de pie curvo y la coloqué en el lugar más conveniente. Apreté los dientes y puse manos a la obra.

Y conseguí abrir al muy jodido, maldita sea.

Una vez el cerrojo hubo cedido y tuve una mano sobre el tirador, me detuve para mirar la hora. Asombrosamente, iban a dar las cuatro de la madrugada. ¿Cuánto me había costado abrir la puerta del cuarto de baño? No quería ni saberlo.

Lo que quería hacer (o, mejor dicho, lo que tenía que hacer) era utilizar el cuarto de baño, y pensé que me había ganado el derecho a hacerlo. Dejando aparte sus aspectos utilitarios, el retrete me causó la enorme decepción que me esperaba. Tenía los típicos complementos de porcelana, un botiquín que no contenía nada más interesante que aspirinas, una bañera con una cortina de ducha corrida...

Con tanta tensión acumulada, era de esperar, ¿no?

Bueno, ¿y por qué no? Era lógico, ¿no? Si un cuarto de baño resulta tan difícil de abrir por fuera, ¿cómo es posible que lo hayan cerrado? Pues está claro, so tonto: lo han cerrado por dentro. Y, a menos que la persona en cuestión haya saltado luego por la ventana, dejando la acera hecha un cisco, ¿dónde va a estar sino en la bañera, por ejemplo, detrás de la cortina de ducha con motivos florales?

Allí era donde estaba y allí fue donde la encontré. Desnudo como la verdad, muerto como una piedra y con un agujerito redondo en medio de la frente.

—No estás aquí —le dije al muerto—. Eres producto de una imaginación hiperactiva, agotada de una manera intolerable a causa de un día duro, unos vasos de *whisky* y un cerrojo insignificante que he tardado una eternidad en abrir. No existes. Voy a cerrar los ojos, y cuando los abra habrás desaparecido.

No funcionó.

De acuerdo. En tal caso, sería yo quien no estaba allí. Para ser exactos, borraría todas las huellas de mi visita, y en cuanto desapareciera en la oscuridad de la noche (o lo que quedara de ella), sería como si nunca hubiera estado allí.

En primer lugar, las huellas digitales. Me había quitado los guantes para ponerme serio con el cerrojo, y todavía no me había molestado en ponérmelos de nuevo. Me los puse, cogí un trapo y limpié todo lo que hubiera podido tocar durante el intervalo sin guantes: la lámpara; la puerta; el tirador de uno y otro lado; el asiento del retrete, que había levantado (y no había bajado luego; ¿qué puedo decir?, los hombres somos así); la cadena, de la que había tirado; la cortina de la ducha, que había cometido el error de descorrer y que ahora colocaba en su posición original; el interruptor de la luz que había encima del lavabo, que funcionaba; y el interruptor que había fuera, que volví a apretar y que seguía sin funcionar. También limpié otras cosas como el toallero y el cesto de la ropa sucia, que probablemente no había tocado, pero ¿qué necesidad había de correr riesgos?

Salí del cuarto de baño y cerré la puerta. Puse la lámpara de Joan Nugent donde la había encontrado, volví a recorrer su estudio con la mirada y me dirigí al dormitorio principal, donde dejé todas sus joyas en el joyero. No sabía con seguridad si estaba poniendo todo en el compartimiento que había ocupado originalmente, pero hice lo que pude. Había llevado los guantes cuando las había cogido y también los llevaba ahora, mientras las dejaba en su sitio, de manera que no tenía que preocuparme por las huellas.

Puse el reloj del señor Nugent donde lo había encontrado, en la mesilla de noche, y devolví sus gemelos de diamantes y ónix al estuche que había en su cajón de los calcetines. Me había quedado con dos bolsas de tienda de ultramarinos vacías. Las llevé a la cocina y las llené con la caja de cereales y las toallas de papel que habían contenido cuando yo había entrado en el piso. No estaba muy seguro de si era acertado hacer esto. ¿No era arriesgado sacar cualquier cosa del edificio? ¿Y realmente tenía que preocuparme de que la policía fuera a recorrer todas las tiendas de ultramarinos del barrio en busca de dos rollos de Bounty y una caja de Conde Chócula? Decidí dejarme guiar por una versión modificada del lema del Servicio de Parques Nacionales, puesta al día para los desventurados ladrones de casas: No deje ni siquiera pisadas, dije para mis adentros. Ni siquiera haga fotos.

Con las bolsas llenas, me detuve una vez más en el oscuro vestíbulo. El temor que me invadía ahora tenía otra causa. En unos minutos estaría fuera de aquel lugar, y lo habría dejado todo tal como lo había encontrado...

Conque sí, ¿eh?, exclamó apremiantemente una vocecita. ¿Y qué me dices de la puerta del cuarto de baño?

Me quedé quieto. Pensé en ello y, cuando acabé, volví a pensar en ello.

A continuación saqué mis ganzúas y regresé a la habitación de invitados.

Ya eran más de las cinco cuando salí de allí. Di los buenos días a Eddie cuando pasé volando a su lado con la cara vuelta hacia otra parte. «Hola, ¿qué tal?», dijo él para variar. Recorrí tres manzanas a buen paso en dirección sur, saludé con la cabeza al portero de mi casa, quien me respondió de igual manera, y subí. Me detuve ante la rampa del contenedor de basuras y arrojé mis guantes de usar y tirar. A punto estuve de arrojar también las dos bolsas del ultramarinos, pero, qué narices, había comprado y pagado aquellos artículos, y eran míos. Entré en mi piso y los guardé. Guardé también mis herramientas de ladrón y mi estetoscopio. Colgué la corbata y la chaqueta, me descalcé y arrojé todo lo demás al cesto de la ropa sucia. Me duché, algo que no habría sorprendido a nadie dada la hora que era, y luego me eché a la cama y me dormí.

Me despertó el teléfono. Era Patience, mi terapeuta poética. Llamaba para preguntarme si me encontraba mejor.

Ah sí, la intoxicación alimenticia.

—Aún estoy algo débil —dije.

—Estabas durmiendo, ¿verdad? Siento haberte despertado. Te he llamado a la tienda, pero como no contestabas, me he preocupado. ¿Te ha visto el médico?

¿Me había visto? No lograba recordar lo que Carolyn le había dicho.

—En realidad —dije—, me siento mucho mejor.

—¿Pero no acabas de decir que aún estás algo débil?

—Creo que lo peor ya ha pasado —respondí—. Y en cuanto a lo de despertarme, me alegro de que lo hayas hecho. Debería haberme levantado hace horas. —Decir aquello no parecía entrañar ningún peligro, si era lo bastante tarde como para que ella me hubiera llamado a la tienda. ¿Qué hora era, a propósito? Joder, las once y cuarto. Era cierto que debería haberme levantado hacía horas.

—A decir verdad —proseguí—, tengo que ponerme en movimiento ahora mismo. Pero me alegro de que hayas llamado, porque quería pedirte disculpas por lo de anoche. No sabes cómo me molestó tener que suspender la cita en el último momento.

—Tranquilo. Lo importante es que tú estás bien.

—¿Podríamos quedar otra vez, Patience? ¿Estás libre para cenar esta noche?

—¿Esta noche? ¿Estás seguro de que estás recuperado como para salir, Bernie?

—Completamente seguro —dije—. No ha sido más que una de esas intoxicaciones que duran veinticuatro horas. Todavía me siento un poco débil porque sólo han pasado veintitrés horas, pero dentro de una hora estaré listo para pelearme con quien sea.

—¿Tan exacta es la duración de la indisposición?

—Es tan exacta que en general se puede poner el reloj en hora con ella —dije—. Me ocurrió lo mismo hace dos o tres años por culpa de un *knish* de arroz integral de la tienda de productos naturales. Creía que iba a morirme, y veinticuatro horas más tarde estaba silbando como si no hubiera pasado nada. ¿Qué me dices de lo de la cena?

—Tengo un cliente a las siete —dijo—, así que estaré libre para las ocho, aunque puede que la sesión se alargue. El cliente está en medio de una serie de sonetos bastante complicada, y si hay algo que no me gustaría hacer es meterle prisa. Esto no es como el análisis freudiano, en que al cabo de cincuenta minutos ya están empujando al cliente hacia la puerta. No quiero arriesgarme a reprimir la creatividad de una persona.

—Comprendo.

—¿Quieres venir aquí entonces? Ven a las ocho, y si no hemos acabado todavía, puedes quedarte en la sala de espera y leer una revista. A las ocho y media ya habré acabado, te lo aseguro, y no es demasiado tarde, ¿verdad?

—No; es una buena hora.

—Podemos ir a cenar a algún restaurante de barrio —añadió—. Pero no burritos.

—No menciones esa palabra, por favor.

No iba a averiguar aquel día si me gustaban los Conde Chócula. Tenía demasiada prisa. Me afeité, me vestí y salí de casa sin detenerme siquiera a cruzar un saludo con la cabeza con mi portero. Fui a pie hasta Broadway y cogí el metro. Habría cogido un taxi, pero pensé que a aquella hora el metro sería más rápido, a pesar incluso del cambio de tren en Times Square y las tres manzanas que tenía que recorrer andando desde la calle Catorce.

¿A qué venían las prisas?

Normalmente abro a las diez, pero no porque suela tener una multitud de bibliófilos impacientes aporreando la reja de acero. Tengo la costumbre de comer con Carolyn. Sin embargo, podría haberla llamado para decirle que iba a llegar tarde o que no se preocupara y fuera a comer sola. Había estado toda la noche levantado y había sido una noche movida. ¿Por qué no me pasaba el resto del día en la cama?

Buena pregunta.

Abrí el candado grande y la reja de acero. Luego abrí las diversas cerraduras de mi puerta, entré y encendí las luces. Antes de que pudiera dar dos pasos dentro de la tienda, el puñetero muerto de hambre ya estaba frotándose contra la pernera de mi pantalón.

—Vale, vale... —dije—. Ya basta, ¿eh? Ya estoy.

Él dijo lo que dice siempre:

—Miau.

6

Que conste que no fue idea mía. Además ocurrió con mucha rapidez. Un día de comienzos de junio, Carolyn trajo unos sándwiches de embutido y apio a la librería y yo le enseñé un par de libros, una novela de Ellen Glasgow y las cartas completas de Evelyn Waugh. Ella echó un vistazo a los lomos e hizo un sonido a medio camino entre un chasquido y un siseo de desaprobación.

—Sabes quién ha hecho esto, ¿no?

—Tengo una sospecha que no puedo quitarme de la cabeza.

—Ratones, Bern.

—Eso es lo que me temía que ibas a decir.

—Roedores —añadió—. Alimañas. Ya puedes tirar esos libros a la basura.

—¿Y si me los quedo? Quizá se coman esto y dejen los demás en paz.

—Quizá deberías dejar una moneda debajo de la almohada —repuso ella—, y el ratoncito Pérez vendrá a medianoche y les arrancará la cabeza a mordiscos.

—Eso no me parece probable, Carolyn.

—No —dijo—, no lo es. Bern, no te muevas de aquí.

—¿Adónde vas?

—Ahora vuelvo —dijo—. No te comas mi sándwich.

—No, pero...

—Y tampoco lo dejes donde los ratones puedan cogerlo.

—Ratón —dije—. No hay ningún motivo para dar por sentado que hay más de uno.

—Bern —dijo—. Te lo aseguro. No existen ratones solitarios.

Debí haber imaginado qué se proponía, pero abrí el libro de Waugh mientras me zampaba el resto de mi sándwich y una carta llevó a otra. Todavía estaba enfrascado en la lectura cuando la puerta se abrió y allí estaba ella. Llevaba en los brazos una de esas cajas con agujeros de ventilación, las que tienen una forma parecida a esas casas con dos pisos del siglo XVIII que se ven en Nueva Inglaterra.

Para entendernos, la clase de chisme en que se llevan los gatos.

—No, eso no —dije.

—Bern, déjame que te explique, ¿vale?

—No.

—Bern, tienes ratones. Tu tienda está infestada de roedores. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que no tiene por qué quedar infestada de gatos.

—De gatos nada. No existen ratones solitarios, pero sí gatos solitarios. Y eso es lo único que tenemos aquí, Bern. Un gato.

—Mejor que mejor —dije—. Has entrado con un gato y vas a salir con un gato.

Así no se extraviará.

—No puedes convivir con los ratones. Van a causarte daños por valor de miles de dólares. No se conformarán con coger un libro y leerlo de principio a fin. No, no. Darán un mordisco aquí y otro allá, y antes de que te des cuenta te habrás quedado sin negocio.

—¿No crees que estás exagerando?

—De ninguna manera. Bern, acuérdate de la biblioteca de Alejandría. Era una de las siete maravillas de la antigüedad hasta que un ratón entró en ella.

—Creía que habías dicho que no existían los ratones solitarios.

—Bueno, tampoco existe la biblioteca de Alejandría, y todo por culpa del bibliotecario del faraón, que no tuvo la sensatez de conseguir un gato.

—Hay otras maneras de deshacerse de los ratones —dije.

—Di una.

—Veneno.

—Mala idea, Bern.

—¿Qué tiene de malo el veneno?

—Olvídate de la crueldad que supone.

—De acuerdo —dije—. Olvidada.

—Olvídate del horror que supone tragarse algo que contiene warfarina y que hace que te estallen todos tus vasos sanguíneos. Olvídate de la repugnante imagen de una de las criaturitas de sangre caliente de Dios sufriendo una muerte lenta y agónica a causa de hemorragias internas. Olvídate de todo eso, Bern. Si es que puedes.

—Todo olvidado. La cinta de mi memoria está en blanco.

—Ahora concéntrate en la imagen de docenas de ratones muriendo en las paredes que tienes alrededor, donde no puedes verlos ni llegar a donde están.

—Bueno, si se trata de eso. Ojos que no ven corazón que no siente. ¿No es lo que se suele decir?

—Nadie lo ha dicho jamás en referencia a los ratones muertos. Tendrás cientos de ellos descomponiéndose en las paredes de la librería.

—¿Cientos?

—A saber la cantidad exacta. El cebo envenenado está concebido para atraer a todos los de la zona. Es posible que veas corretear por aquí ratones que han recorrido varios kilómetros para llegar hasta la librería, ratones del Soho y de Kips Bay, todos ellos venidos para morir.

Puse los ojos en blanco.

—Puede que esté exagerando un poco —reconoció—. Pero basta con que haya un ratón muerto para que te des cuenta de que hay gato encerrado.

—Ratón encerrado querrás decir.

—Ya sabes a qué me refiero. Y aunque es posible que tus clientes no crucen la

calle para evitar pasar por delante de tu tienda...

—Hay algunos que ya lo hacen.

—... dudo que disfruten pasando el tiempo en una tienda que huele mal. Quizá entren a echar un vistazo, pero no se quedarán a hojear libros. A ningún amante de los libros le gusta el olor de los ratones podridos.

—Trampas —sugerí.

—¿Trampas? ¿Quieres poner trampas para ratones?

—Es la solución perfecta.

—¿Y qué clase de trampa vas a comprar, Bern? ¿La del muelle fuerte, que tarde o temprano acaba disparándose al ponerla y te arranca la punta del dedo? ¿La que le rompe el cuello al ratón, y así lo primero que tienes que hacer cuando abres la librería por la mañana es ocuparte de un bicho muerto con el cuello roto?

—Quizá una de esas nuevas con pegamento. Como esa que se llama el Hotel de las Cucarachas, pero para ratones.

—Los ratones entran, pero luego no pueden salir.

—De eso se trata precisamente.

—Pues qué maravilla. Imagínate al pobre ratoncito, con las patas pilladas, gimiendo lastimeramente durante horas y horas, tratando de arrancarse sus propias patas en un patético intento por escapar, como los zorros que salen atrapados en un cepo en los anuncios en defensa de los animales.

—Carolyn...

—Podría ocurrir. ¿Quién eres tú para decir que no podría ocurrir? De todos modos, imagínate que abres la tienda, entras y te encuentras al ratón, todavía vivo. ¿Qué haces? ¿Darle un pisotón? ¿Coger un arma y pegarle un tiro? ¿Ahogarlo en el lavabo?

—¿Y si lo tiro a la basura, trampa incluida?

—¡Muy humanitario! —exclamó—. El pobre animalillo pasa varios días medio asfixiado en la oscuridad hasta que los basureros arrojan la bolsa a la tolva y el ratón queda hecho una hamburguesa. Una idea estupenda, Bern. Y ya de paso, ¿por qué no echas la trampa a la incineradora? ¿Por qué no quemas vivo al pobre bicho?

En aquel momento me acordé de algo.

—Se puede soltar a los ratones de las trampas con pegamento —dije—. Les echas en los pies un poco de aceite para niños y el pegamento se disuelve. El ratón se escabulle en perfecto estado.

—¿En perfecto estado?

—Más o menos...

—Bern, ¿te das cuenta de lo que estarías haciendo? Estarías dejando libre a un ratón psicótico. Volvería a entrar en la librería o bien se metería en algún edificio cercano, y quién sabe qué haría. Incluso si lo dejaras en libertad a kilómetros de

distancia, incluso si lo llevaras hasta Flushing, estarías soltando a un roedor desquiciado en medio de unos ciudadanos desprevenidos. Olvídate de las trampas, Bern. Olvídate del veneno. No necesitas nada de eso... —Dio unas palmaditas sobre un lado de la caja—, porque aquí tienes un amigo —concluyó.

—Eso no es un amigo. Es un gato.

—¿Qué tienes contra los gatos?

—No tengo nada contra los gatos. Tampoco tengo nada contra los alces, pero eso no significa que vaya a meter uno en la librería para tener un sitio donde colgar mi sombrero.

—Creía que te gustaban los gatos.

—No me desagradan.

—Siempre eres muy cariñoso con *Archi* y *Ubi*. Pensaba que les tenías cariño.

—Pues claro que les tengo cariño —dijo—. Creo que están bien en su sitio, y da la casualidad de que su sitio es tu piso. Carolyn, hazme caso, no quiero un animal doméstico. No soy de esa clase de personas. Si ni siquiera puedo tener una novia formal, ¿cómo voy a tener un animal doméstico?

—Es más fácil tener un animal doméstico —dijo con vehemencia—. De veras. Además, este gato no es un animal doméstico.

—¿Entonces qué es?

—Un empleado —dijo—. Un gato trabajador. Un animal de compañía durante el día, un vigilante nocturno solitario cuando no estás. Un sirviente leal e incansable.

—Miau —dijo el gato.

Los dos miramos la caja, y Carolyn se agachó para soltar los cierres.

—Se siente enjaulado aquí dentro —dijo.

—No le dejes salir.

—Vamos, hombre —repuso, haciendo precisamente lo que le había dicho que no hiciera—. Esto no es la caja de Pandora, Bern. Sólo quiero que tome un poco de aire.

—Para eso están los agujeros.

—Necesita estirar las piernas —dijo.

El gato salió de la caja e hizo precisamente eso: extendió las patas delanteras y las estiró, y a continuación hizo lo mismo con las traseras. ¿Sabes lo que hacen los gatos cuando parece que están calentando para una clase de baile? Pues a eso me refiero.

—Oye, es macho, ¿no? —pregunté—. Bueno, al menos no estará teniendo gatitos continuamente.

—Por supuesto que no —dijo Carolyn—. Tienes la garantía de que no tendrá gatitos.

—¿Y no irá por ahí meándose en todas partes? Encima de los libros, por ejemplo. Los machos suelen hacerlo, ¿no?

—Está operado, Bern.

—Pobre chico.

—No sabe lo que se pierde. Pero no tendrá gatitos: ni los parirá ni los engendrará, ni se volverá loco soltando maullidos cada vez que una hembra esté en celo entre la calle Treinta y cuatro y Battery Park. No, hará su trabajo, vigilará la librería y mantendrá a raya a los ratones.

—Y se dedicará a rayarme los libros. ¿De qué sirve deshacerse de los ratones si los libros van a acabar teniendo marcas de uñas?

—Nada de uñas, Bern.

—¿De veras?

—En realidad no las necesita, ya que aquí no tiene muchos enemigos a los que ahuyentar. Ni árboles a los que subir.

—Si tú lo dices. —Lo miré. Había algo extraño en él. Tardé unos segundos en darme cuenta de qué era.

—Carolyn —dije—, ¿qué le ha pasado en la cola?

—Es que es un gato de Manx.

—De manera que nació sin cola. ¿Pero los gatos de Manx no andan como a saltitos, casi como los conejos? Este anda como un gato normal y corriente. No se parece mucho a los gatos de Manx que he visto.

—Bueno, puede que sólo sea de Manx en parte.

—¿A qué parte te refieres? ¿A la cola?

—Pues...

—¿Qué le habrá ocurrido? ¿Se la pillaría con una puerta o se le iría la mano al veterinario? Permíteme que te diga una cosa, Carolyn: le han castrado, le han quitado las uñas y de su cola sólo queda el recuerdo. En resumidas cuentas, no queda mucho del gato original, ¿no? Lo que me has traído es un modelo económico y estropeado. ¿Le falta algo más?

—No.

—¿Le han dejado la parte que le permite saber cómo hacer las necesidades? Voy a pasármelo estupendamente limpiando la caja de la tierra todos los días. ¿Sabe al menos cómo utilizarla?

—Sabe algo aún mejor, Bern. Sabe ir al retrete.

—¿Como *Archie* y *Ubi*?

Carolyn había amaestrado a sus gatos. En primer lugar había colocado la bandeja donde hacían las necesidades encima de la tapa del retrete, luego había cortado un agujero en ella y después había ido agrandando el agujero poco a poco hasta que al final había prescindido de la bandeja.

—Bueno, algo es algo —dije—. Supongo que no sabrá tirar de la cadena.

—No. Y no dejes el asiento subido.

Suspiré. El animal estaba merodeando por la librería, metiendo la cabeza en las

esquinas. Por mucho que lo hubieran operado, yo temía que en cualquier momento iba a levantar una pata ante un estante lleno de primeras ediciones. Lo reconozco, no me fiaba de aquel cabroncete.

—No sé qué decirte —dije—. Debe de haber alguna manera de proteger una tienda como esta de los ratones. Quizá debería comentárselo a un exterminador de plagas.

—¿Lo dices en serio? ¿Quieres que un extraño se te meta entre las estanterías y te llene el local de productos químicos tóxicos con un pulverizador? Bern, no es preciso llamar a un exterminador de plagas. Aquí tienes un exterminador interno, tu propia división de control de roedores orgánicos personal. Le han puesto todas las vacunas, está limpio de pulgas y garrapatas, y si alguna vez hay que bañarlo, ya tienes a una amiga en el negocio. ¿Qué más se puede pedir?

Noté que empezaba a ceder, algo que detesto.

—Parece que le gusta la librería —reconocí—. Se comporta como si estuviera en casa.

—¿Por qué no habría de hacerlo? ¿Hay algo más natural que un gato en una librería?

—No es del todo feo —añadí—. En cuanto me habitúe a la ausencia de la cola... Lo cual no creo que sea muy difícil, dado que ya estoy acostumbrado a la ausencia del gato entero. ¿De qué color dirías que es?

—Gris atigrado.

—Un color muy funcional —opiné—. No tiene nada de espectacular, pero armoniza con todo, ¿no te parece? ¿Se llama de alguna manera?

—Siempre puedes cambiarle el nombre, Bern.

—Vaya, seguro que es un nombre precioso.

—Bueno, no es espantoso, al menos eso creo. Pero es como la mayoría de gatos que he conocido. No responde cuando lo llamas por su nombre. Ya sabes cómo son *Archie* y *Ubi*. Llamarles por su nombre es una pérdida de tiempo. Si quiero que se acerquen, lo único que tengo que hacer es poner en funcionamiento un abrelatas eléctrico.

—¿Cómo se llama, Carolyn?

—*Raffles* —contestó ella—. Pero puedes cambiarlo por cualquier otro nombre. La decisión es tuya.

—*Raffles* —repetí.

—Si te parece espantoso...

—¿Espantoso? —La miré de hito en hito—. ¿Estás de broma? Seguro que es el nombre perfecto para él.

—¿Por qué lo dices, Bern?

—¿No sabes quién es *Raffles*? ¿No has leído los libros que escribió E. W.

Hornung a finales de siglo y los cuentos que ha escrito recientemente Barry Perowne? ¿No conoces a Raffles, el ladrón de casas aficionado? No puedo creer que no hayas oído hablar del célebre A. J. Raffles.

Carolyn se había quedado boquiabierta.

—No los había asociado —dijo—. Lo único que se me había ocurrido era que se parece a Rafael, que no es precisamente un nombre de gato. Pero ahora que lo mencionas...

—Raffles —repetí—. El ladrón de ficción por antonomasia. Y aquí lo tenemos, en una librería. ¿Y a quién pertenece la librería? A un antiguo ladrón. Permite que te diga una cosa: si hubiera tenido que buscar un nombre para el gato, no se me habría ocurrido uno mejor que el que ya tiene.

Carolyn me miró a los ojos.

—Bernie —dijo solemnemente—. Estaba escrito.

—Miau —dijo *Raffles*.

El día siguiente, a mediodía, me tocaba a mí comprar el almuerzo y, de camino a la Casa del Caniche, me acerqué al puesto de *falafels*. Carolyn me preguntó por *Raffles*.

—Está bien —dije—. Bebe del tazón de agua y come de su nuevo platillo para gatos azul. Y tenías toda la razón: usa el retrete. Claro que tengo que acordarme de dejar la puerta entornada, pero cuando me olvido me lo recuerda poniéndose delante de ella y maullando.

—Parece que todo va bien.

—Va estupendamente —dije—. Dime una cosa. ¿Cómo se llamaba antes de llamarse *Raffles*?

—No te entiendo, Bern.

—«No te entiendo, Bern». Con ese detalle remataste todo el asunto, ¿no? Esperaste a que yo empezara a ceder para soltarme el nombre como una especie de golpe de *foie gras*. «Se llama *Raffles*, pero siempre puedes cambiarlo». ¿De dónde sacaste al gato?

—¿No te lo dije? Uno de mis clientes, un fotógrafo de moda, tiene un spaniel de aguas irlandés precioso, y me dijo que un amigo suyo mostraba síntomas de asma y que estaba desconsolado porque su alergólogo le había insistido en que se deshiciera de su gato.

—¿Y entonces qué ocurrió?

—Entonces tú empezaste a tener problemas con los ratones, así que fui por el gato y...

—No.

—¿No?

Negué con la cabeza.

—Estás olvidando algo. En cuanto mencioné la palabra ratón saliste de aquí como un gato escaldado. Ni siquiera tuviste que pensar en ello. Y me extraña que tardaras veinte minutos en recoger el gato, meterlo en una caja y volver aquí. ¿Cómo pasaste esos veinte minutos? Veamos: en primer lugar fuiste a la Casa del Caniche a buscar el número de tu cliente, el fotógrafo de moda, y luego le llamaste y le preguntaste el nombre y el número de teléfono de su amigo el de las alergias. Luego supongo que llamaste al amigo, te presentaste y quedaste para ir a su casa a echar un vistazo al gato. Luego...

—Ya basta.

—¿Qué me dices, pues?

—El gato estaba en mi piso.

—¿Y qué hacía allí?

—Vivía allí, Bern.

Fruncí el entrecejo.

—Conozco a tus gatos —dije—. Los conozco desde hace años. Los reconocería, con o sin cola. *Archie* es un birmano negro y *Ubi* un azul ruso. Ninguno de los dos podría pasar por un gris atigrado, salvo quizá si estuvieran en un callejón oscuro.

—Vivía con *Archie* y *Ubi* —dijo Carolyn.

—¿Desde cuándo?

—Desde no hacía mucho.

Me quedé pensativo.

—Tuvo que ser más que eso —dije—. De lo contrario no sabría lo del retrete. Uno no aprende una cosa así de la noche a la mañana. Ya ves lo que les cuesta a los seres humanos. Fue así como aprendió, ¿verdad? Imitando a tus gatos, ¿no?

—Supongo.

—Y tampoco aprendió de la noche a la mañana, ¿verdad?

—Me siento como una sospechosa —repuso—. Es como si estuvieras friéndome a preguntas.

—¿Friéndote? Asarte viva es lo que debería hacer. Me has engatusado para luego aprovecharte de mí, joder. ¿Cuánto tiempo lleva *Raffles* viviendo contigo?

—Dos meses y medio.

—¡Dos meses y medio!

—Bueno, quizá tres.

—¡Tres meses! Increíble. ¿Cuántas veces he estado en tu casa en los últimos tres meses? Nueve o diez por lo menos. ¿Vas a decirme que cuando he mirado al gato ni siquiera me he fijado en él?

—Cada vez que venías lo metía en la otra habitación —dijo Carolyn.

—¿En qué otra habitación? Vives en una sola habitación.

—Lo metía en el armario.

—¿En el armario?

—Sí, en el armario. Para que no lo vieras.

—Pero ¿por qué?

—Por la misma razón por la que no te hablé de él.

—¿Y qué razón es esa? No lo entiendo. ¿Estabas avergonzada de él? ¿Le sucede algo o qué?

—No le sucede nada.

—Si ese animal tiene algo de lo que avergonzarse, no sé si quiero verlo rondando por mi librería.

—No tiene nada de qué avergonzarse —dijo ella—. Es un gato normal, digno de confianza, leal, servicial y amistoso...

—Cortés y amable —seguí yo—. Además de obediente, alegre y ahorrativo. El típico *boy scout*, ¿no? Entonces ¿por qué narices no querías que yo lo viera?

—No era por ti, Bern. De veras. No quería que lo viera nadie.

—Pero ¿por qué, Carolyn?

—No sé ni si quiero decirlo.

—Vamos, por amor de Dios.

Ella respiró hondo.

—Porque —dijo sombríamente— era el tercer gato.

—No sé de qué estás hablando.

—Dios santo... Esto es imposible de explicar. Bernie, has de comprender una cosa. Los gatos pueden ser muy peligrosos para una mujer.

—¿De qué estás hablando?

—Primero tienes uno —dijo—, y está muy bien, no hay ningún problema, no tiene nada de malo. Luego tienes otro y, a decir verdad, es incluso mejor, porque se hacen mutua compañía. Es curioso, pero en realidad es más fácil tener dos gatos que tener uno.

—Si tú lo dices, lo creo.

—Luego traes un tercer gato, lo cual no tiene nada de malo. Aún resulta manejable. Sin embargo, antes de que te des cuenta, ya has metido en casa al cuarto, y entonces ya no tiene remedio: ya lo has hecho.

—¿Ya has hecho qué?

—Has cruzado la línea.

—¿Qué línea? ¿Y cómo la has cruzado?

—Te has convertido en una «mujer con gatos». —Hice un gesto de asentimiento. Empezaba a comprenderlo—. Ya sabes a qué tipo de mujer me refiero —prosiguió—. Las hay por todas partes. No tienen amigos, y apenas salen a la calle, y cuando mueren la gente descubre que tenían treinta o cuarenta gatos en su casa. O si no, se encierran en sus casas con treinta o cuarenta gatos y los vecinos las llevan a juicio

para que las desahucien a causa de la suciedad y el mal olor. O parecen personas normales, pero entonces se produce un incendio o un robo y la gente se da cuenta de cómo son en realidad. Son «mujeres con gatos», Bernie, y yo no quiero ser así.

—No, claro —dije—. Y comprendo el motivo. Sin embargo...

—Para los hombres no parece suponer un problema —continuó—. Hay muchos hombres con dos gatos, y probablemente haya bastantes con tres o cuatro, ¿pero has oído alguna vez que haya «hombres con gatos»? Cuando se trata de gatos, no parece que los hombres tengan problemas para saber cuándo tienen que decir basta. —Frunció el entrecejo—. Es curioso, ¿verdad? En todas las demás facetas de la vida de los hombres...

—Ciñámonos a los gatos —sugerí—. ¿Cómo acabó *Raffles* metido en tu armario? ¿Y cómo se llamaba antes de llamarse *Raffles*?

Carolyn meneó la cabeza.

—Olvídate de eso, Bernie. Era un nombre muy hortera, si quieres que te diga la verdad. No le iba nada. Y en cuanto a cómo llegó a mi casa, pues bueno, ocurrió más o menos como te lo he contado, sólo que me he saltado unos cuantos detalles. George Brill es uno de mis clientes. Me trae su spaniel de aguas irlandés para que se lo bañe.

—Y su amigo es el de las alergias.

—No, el alérgico es George. Cuando Felipe se trasladó a casa de George, se hizo evidente que había que deshacerse del gato. El perro y el gato se llevaban bien, pero George estaba todo el día estornudando y con los ojos rojos, de manera que Felipe tuvo que decidir entre George y el gato.

—Y fue entonces cuando se acabó la suerte de *Raffles*.

—Bueno, Felipe no estaba muy unido al gato. Al fin y al cabo no era suyo, sino de Patrick.

—¿De dónde es Patrick?

—De Irlanda. Patrick no podía conseguir el visado de residencia y además no le gustaba mucho vivir aquí, de modo que cuando volvió a casa, le dio el gato a Felipe, porque la oficina de inmigración no le permitía sacarlo del país. Felipe quería proporcionarle un hogar al gato; sin embargo cuando se fue a vivir con George, el gato tuvo que largarse.

—¿Y cómo es que te eligieron a ti para que te lo quedaras?

—George me engañó.

—¿Qué hizo? ¿Te dijo que tenías la Casa del Caniche infestada de ratones?

—No; me hizo chantaje emocional de una forma bastante escandalosa. Pero, en fin, surtió efecto. Para cuando quise darme cuenta, ya tenía el tercer gato.

—¿Cuál fue la reacción de *Archie* y *Ubi*?

—No dijeron nada, pero mediante el lenguaje corporal me dieron a entender que su llegada iba a suponer el fin del barrio. No creo que ayer se les rompiera el corazón

cuando empaqueté a *Raffles* y lo traje aquí.

—En cualquier caso ha pasado tres meses en tu casa y tú no me has dicho ni pío hasta ahora.

—Tenía intención de decírtelo, Bern.

—¿Cuándo?

—Tarde o temprano. Pero tenía miedo.

—¿De lo que fuera a pensar?

—No sólo de eso. Tenía miedo de lo que significaba el tercer gato. —Dejó escapar un suspiro—. Las «mujeres con gato» no tienen intención de acabar como acaban, Bern. Primero tienen un gato, luego el segundo, luego otro y de pronto se acabó.

—¿No crees que antes de que ocurra todo eso ya son un poquito raras?

—No —respondió Carolyn—. No, no lo creo. Bueno, de vez en cuando te encuentras con una señora que está un tanto chiflada y de pronto te enteras de que tiene gatos hasta en la sopa. Pero la mayoría de las mujeres con gatos son normales al principio. Es cierto que cuando por fin te enteras de toda la historia, resulta que les falta un tornillo, pero eso es lo que le sucede a uno si tiene treinta o cuarenta gatos. Se cuelan en tu vida poco a poco, y para cuando quieres darte cuenta, ya estás desquiciada.

—Y el tercer gato es el talismán, ¿no?

—Sin duda. Bern, hay algunas culturas primitivas que en realidad no tienen números, o al menos no en el sentido en que nosotros los entendemos. Tienen una palabra que significa «uno» y otras que significan «dos» y «tres»; después tienen una palabra que significa simplemente «más de tres». Esto es lo que ocurre en nuestra cultura con los gatos. Uno puede tener un gato, puede tener dos gatos e incluso puede tener tres gatos. Pero después lo que tiene es «más de tres».

—Y tú eres una «mujer con gatos».

—Eso es. Lo has pillado.

—Sí, claro que lo he pillado. He pillado tu tercer gato. ¿Es esta la verdadera razón por la que no lo has mencionado hasta ahora? ¿Porque tenías pensado desde el principio endilgarme a ese cabroncete?

—No —se apresuró a decirme ella—. Te lo juro por Dios, Bern. En los últimos años ha surgido el tema de los perros y los gatos en un par de ocasiones y tú siempre has dicho que no querías un animal doméstico. ¿Acaso te he presionado para que tengas uno?

—No.

—Siempre he aceptado lo que decías. Alguna vez he pensado que te lo pasarías mejor en la vida si tuvieses un animal al que querer, pero me las he arreglado para morderme la lengua. Jamás se me había ocurrido que pudiera venirte bien un gato

trabajador. Pero entonces, cuando me enteré del problema que tenías con los roedores...

—Supiste enseguida cómo resolverlo.

—Pues claro. Es una gran ocasión, ¿no? Reconócelo, Bern. ¿No se te ha alegrado la cara esta mañana cuando *Raffles* ha salido a saludarte?

—Bueno, no ha estado mal —reconocí—. Al menos seguía vivo. He llegado a imaginármelo muerto patas arriba con el cuerpo rodeado de ratones.

—¿Ves? Te preocupas por él, Bern. Antes de que te des cuenta, estarás enamorado del pequeñín.

—Puedes esperar sentada... Carolyn, ¿cómo se llamaba antes de que se llamara *Raffles*?

—Olvídate de eso. Era un nombre estúpido.

—Dímelo.

—¿Realmente tengo que decírtelo? —Suspiró—. Bueno, se llamaba *Andro*.

—¿*Andrew*? ¿Qué tiene ese nombre de estúpido? Andrew Jackson, Andrew Johnson, Andrew Carnegie... Ninguno de ellos tuvo problemas con su nombre.

—No he dicho Andrew, Bern, sino *Andro*.

—Andrew Mellon, Andrew Gardner... ¿Que no se llamaba Andrew? ¿*Andro*?

—Exacto.

—¿Y qué es eso? ¿Andrew en griego?

Carolyn negó con la cabeza.

—Es un diminutivo de Andrógino.

—Ah...

—Se lo pusieron porque la operación que le hicieron dejó al gato con las ideas bastante poco claras desde el punto de vista sexual.

—Vaya.

—Que supongo también es la situación de Patrick, aunque en su caso no creo que la cirugía tenga nada que ver con ello.

—Vaya...

—Yo nunca le he llamado *Andro* —prosiguió Carolyn—. De hecho, no le llamaba de ninguna manera. No quería ponerle un nuevo nombre, porque eso habría significado que en el fondo tenía intenciones de quedármelo y...

—Lo comprendo.

—Luego, de camino a la librería, se me ocurrió de repente: *Raffles*.

—A pesar de que se parece a Rafael, que no es precisamente un nombre de gato, creo que dijiste ayer.

—No me odies, Bern.

—Lo intentaré.

—No ha sido fácil vivir con una mentira durante los últimos tres meses. Créeme.

—Supongo que todo será más fácil para todo el mundo ahora que la situación de *Raffles* ya no es ningún secreto para nadie.

—Así lo creo. No tenía intención de engañarte para que te lo quedaras.

—Claro que la tenías.

—No, no la tenía. Sólo quería facilitaros las cosas a ti y al gato para que empezaraís con buen pie la relación. Sabía que cuando le conocieras bien te pirrarías por él, y pensé que cualquier cosa que hiciera para ayudarte a pasar el primer escollo, cualquier artimaña sin importancia que tuviera que emplear...

—Por ejemplo, contarme una sarta de mentiras.

—Era por una buena causa. En el fondo sólo lo hice por vuestro bien, Bern. Por el tuyo y el del gato.

—Y por el tuyo.

—Bueno, vale —dijo con una sonrisa victoriosa—. Pero ha funcionado, ¿no? Reconoce que ha funcionado.

—Ya veremos —dije.

Bien, al parecer estaba funcionando. En un principio había tenido muchos recelos. Estaba convencido de que iba a estar tropezando continuamente con el bicho, pero desaparecía con una habilidad notable. Todas las mañanas, cuando yo abría la librería, se dedicaba al rutinario frotamiento de tobillos, pero esa era su manera de decirme que no me olvidara de darle de comer. El resto del tiempo apenas notaba su presencia. Andaba por ahí como gato sobre ascuas (valga la expresión) y no tropezaba con nada. A veces tomaba un poco el sol en el escaparate, y de vez en cuando daba un silencioso brinco hasta un estante alto y se acomodaba en el hueco que hay entre James Carroll y Rachel Carson. Por lo demás, la mayor parte del tiempo pasaba inadvertido.

Pocos clientes llegaban a verlo, y los que lo veían no solían reaccionar con sorpresa ante la presencia de un gato en la librería. «¡Qué gato más mono!», decían, o también: «¿Qué le ha pasado en la cola?». Al parecer prefería mostrarse cuando el cliente era una mujer atractiva, lo cual convertía su presencia en una especie de ventaja, ya que a mí me servía para romper el hielo. Aunque no se ganaba el sustento realizando aquella función, debería incluirla en su currículum como un aspecto positivo.

El gato se ganaba el condumio haciendo aquello para lo que había sido contratado, y eso era lo que más me importaba. Desde que Carolyn lo había traído a la librería, no había encontrado ni un solo libro con el lomo mordisqueado. Había dejado de sufrir los daños producidos por los roedores de manera tan repentina y duradera que llegué a preguntarme si realmente los había sufrido alguna vez. Quizá, pensaba a veces, nunca había tenido un ratón en la librería. Quizá los volúmenes de Waugh y Glasgow habían llegado así a mi establecimiento. O quizá Carolyn había entrado furtivamente y había roído los libros ella misma con el único propósito de encontrarle un hogar permanente al tercer gato.

La creo muy capaz de algo así.

En cuanto le hube llenado el tazón del agua y el platillo de la comida, volví a cerrar y fui al establecimiento de Carolyn.

—Ya he comido —dijo—. Pensaba que hoy no ibas a abrir.

—Esa era mi intención —respondí—, pero quería echar un vistazo. Voy a comprar algo aquí al lado y ahora vuelvo. Tenemos que hablar.

—Claro —dijo.

Fui a la tienda de comestibles más cercana y regresé con un sándwich de jamón y un vaso grande de café. Carolyn tenía encima de la mesa para cepillar un perrito de

pelo castaño que no dejaba de emitir un sonido parecido a un gemido.

—Ponte cómodo —me dijo ella—. ¿Te importa si acabo con *Alison* mientras hablamos?

—Sigue, sigue —dije—. ¿Por qué hace ese ruido?

—No lo sé, pero ojalá dejara de hacerlo. Si lo hace cuando la examine el juez, creo que su dueño ya puede ir olvidándose del premio a la mejor raza.

—¿De qué raza es?

—Terrier de Norfolk o terrier de Norwich; nunca me acuerdo de cuál es cuál.

—¿Y se llama *Alison*? No me dice nada.

—El nombre que viene en sus papeles es *Alison Wanda Land*.

—Creo que ya sé por qué gime.

—Puede que lo haga porque echa de menos a su pareja de camada, que hoy no ha venido porque no está previsto que la exhiban este fin de semana. Da la casualidad de que el nombre que utilizan para llamarla es nada menos que *Trudy*. ¿A que no adivinas qué pone en el registro de la Asociación Canina?

—No me digas que es *Trudy Logan Glass*...

—¿Quieres apostar algo?

Me estremecí, y luego me erguí en la silla.

—Oye —dije—, sigue peinando a *Alison*, y mientras lo haces, déjame que te diga qué ocurrió anoche.

—No hace falta, Bern.

—¿Cómo?

—En serio, ¿qué te hace pensar que tienes que hacerlo? —repuso—. Fuiste tú quien no paró de beber en el Bum Rap. Ya sé que de vez en cuando se me queda la mente en blanco, pero anoche no bebí alcohol suficiente ni para entrar en calor, y menos aún para destruir unos miles de neuronas. Me acuerdo de todo lo que ocurrió hasta que te fuiste, y después de eso no hay nada de lo que acordarse porque todo lo que hice fue acostarme.

—Quiero contarte lo que me ocurrió a mí.

—Te fuiste directamente a casa.

—Exacto. Y luego volví a salir.

—Bern, no...

—Escucha, deja que te lo cuente de principio a fin. Luego hablamos.

—De veras que no lo entiendo —dijo Carolyn—. Con todo lo que estabas esforzándote. Hiciste todo lo posible para no entrar en el piso de los Gilmartin.

—Lo sé.

—Y luego, así, en un arranque...

—Lo sé.

—Y además no tenías motivos para pensar que hubiera algo que mereciera la pena robar. Que tú supieras, los Nugent lo mismo podían estar forrados que arruinados.

—Lo sé.

—Además, para ti la noche ya había acabado. Te encontrabas en tu piso sano y salvo.

—Lo sé.

—«Lo sé, lo sé, lo sé». Entonces ¿por qué lo hiciste?

—No lo sé.

—Bern...

—Digamos que fue por un desliz —dije—. O un lapsus o una enajenación mental transitoria. Puede que estuviera todavía algo borracho y que todo el café que bebí me impidiese darme cuenta. Todo lo que puedo decir es que fue algo parecido a un regalo de los dioses. He sido un buen chico, he resistido a una tentación irresistible y ellos me han recompensado enviándome una mujer hermosa para que me condujera a un piso en el que si quería podría entrar a robar.

—¿Y si te puso una trampa?

—Es lo primero que pensé. De hecho se me ocurrió la posibilidad antes incluso de meter las ganzúas en el bolsillo.

—Y aun así fuiste.

—Bueno, no podía ser una trampa. Para que lo fuera, ella habría tenido que saber que soy un ladrón y que iba a estar en aquel vagón de metro en concreto.

—Es posible que ya estuviera en él y que estuviese siguiéndote.

—¿Durante todo el día? No me parece probable. Y no creo que fuera en ese tren, porque me habría fijado en ella. Es la clase de mujer en la que uno se fija.

—Era bonita, ¿eh?

—Bastante. Un ocho en una escala de diez.

—Y, mira por donde, te pide que la acompañes a casa y luego menciona casualmente que Joan y Harlan están en Europa.

—No creo que me siguiera —dije—, pero es posible que haya ido a comprar un litro de leche, por ejemplo, y que me viera salir del metro. Dijo que me conocía porque me había visto por el barrio, pero yo no recuerdo haberla visto, así que tal vez se lo inventó. ¿Y si sabía que soy ladrón, me vio y se acercó a mí para que la acompañara a casa?

—Si es que era su casa —dijo Carolyn—. Quédate quieta —le dijo a *Alison Wanda*, y fue a mirar en la guía telefónica—. Cardamon... Chesapeake... Collier. Aquí está, Cooper... No veo a ninguna Gwendolyn Cooper. Hay muchos G. Cooper, y hay uno en el 910 de West End, pero eso queda muy al norte. ¿En qué número viven los Nugent?

—En el 304.

—Pues no. No veo ningún Cooper en esa dirección.

—Puede que lo escriba con K.

—¿Como «okupa»? A ver... Pues es verdad, hay gente que lo escribe con K. Pero no nuestra querida Doll. De todos modos, esto no prueba nada. Tal vez su número no figure en la guía o tenga un piso subarrendado o viva con otra persona y el número esté a otro nombre.

—Conocía al portero.

—Eso no es muy difícil. Tú también lo conocías, ¿recuerdas?

—Bien pensado —dije—. Ese portero no es la línea Maginot. Podría haber pasado por delante de él tanto si vive en el edificio como si no. ¿Pero entonces adónde iba?

—Al piso de los Nugent.

—¿Para entrar y salir al cabo de unos segundos? Tal vez. También es posible que se quedara en la escalera a esperar a que yo me fuera a casa para luego irse. «Adiós, Edie». «Adiós, adiós...». Pan comido. —Fruncí el entrecejo—. Pero ¿para qué lo hizo?

—Para que cayeras en la trampa.

—¿En qué trampa? Carolyn, si hubiera sido cualquier otra noche de mi vida, me habría ido a casa y buenas noches. Olvídate que he dejado de robar. Pongamos que sigo siendo un ladrón activo, incluso un ladrón hiperactivo. Es una hora avanzada de la noche, y una extraña misteriosa acaba de informarme de que los inquilinos de un determinado piso no están en la ciudad. ¿Qué hago?

—Tú sabrás.

—Para empezar me voy a la cama y lo consulto con la almohada —dije—. Es posible que a la fría luz del amanecer investigue un poco y que, si el asunto ofrece perspectivas verdaderamente halagüeñas, dé el golpe al cabo de uno o dos días, cuando los visitantes resultan menos sospechosos. Pero lo que nunca haría sería entrar esa misma noche.

—Pero eso es lo que hiciste.

—Sí, eso hice —reconocí—, pero ¿cómo iba a saberlo ella?

—Quizá sepa leer los pensamientos a la gente, Bern.

—Quizá me los leyó a mí y vio que estaba como loco. Por tanto me puso una trampa y yo caí. Pero ¿qué salía ganando ella?

—No lo sé, Bern.

—¿Se suponía que me tenía que pillar en el piso de los Nugent? Está claro que se lo puse fácil. Habitualmente entro y salgo de un sitio tan rápido como puedo. Pero anoche fue diferente. Si llego a quedarme más tiempo, podría haber reclamado mis derechos de okupa. Si ella hubiera avisado a la policía, me habrían pillado con las

manos en la masa. La caballería habría podido venir a pie desde Albany y llegar al piso antes de que yo me fuera.

—Quizá tenías que hacer algo dentro del piso.

—¿Qué?

—No lo sé.

—Yo tampoco. Pero fuera lo que fuese, no lo hice. Todo lo que hice en el piso 9 G fue matar el tiempo. Entré con unas bolsas de ultramarinos y salí con ellas.

—Diste un meneo a tus bolsas y luego te marchaste.

—Lo que me di fue un susto de muerte. Cuando vi el cadáver en la bañera...

—¿Quién era, Bern?

—No era ni Harlan ni Joan.

—Bueno, ya imagino que no sería Joan.

—Dados los tiempos que corren, a saber —dije—. De todos modos había una fotografía de ellos en el estudio de Harlan, y el cadáver no era el de ninguno de los dos. Había otras fotos en el piso, fotos de los hijos y nietos de la familia Nugent, y él no aparecía en ninguna de ellas. Es poco probable que fuera un pariente desaparecido tiempo atrás, porque no advertí ningún parecido con la familia. —Fruncí el ceño—. Había algo en él que me resultaba familiar, pero no sabría decir qué.

—¿Qué pinta tenía?

—La de una persona desnuda y muerta.

—Bueno, con eso queda aclarado. Te recordó a una novela de Norman Mailer.

La miré fijamente.

—Tendría treinta y pico de años —dije—. Pelo oscuro, corto y peinado hacia adelante como Julio César.

—Pero no tenía heridas de cuchillo.

—No, sólo un agujero de bala en la frente. —Cerré los ojos y traté de recordar su aspecto—. Era delgado —añadí—, pero musculoso. Mucho vello, y de tono oscuro. Tenía los ojos muy abiertos, aunque no recuerdo de qué color. A decir verdad no estuve mucho tiempo mirándolo.

—¿Qué estaría haciendo allí, Bern?

—Cuando lo vi no estaba haciendo gran cosa.

—Quizá estaba buscando un sitio donde suicidarse —dijo Carolyn—, y no tenía dinero para pagar una habitación de hotel. De manera que forzó la puerta...

—¿Con una cerradura Poulard?

—A ti no te impidió entrar... Bueno, vale, pongamos que tenía una llave. Entró, se quitó la ropa... ¿Dónde estaba su ropa, Bern?

—Supongo que se la daría a beneficencia, porque yo desde luego no la vi por ninguna parte.

—Bien, olvidémonos de la ropa. Se la quitó, de eso estamos seguros, y luego se

metió en la bañera. ¿Por qué se metió en la bañera?

—Cualquiera sabe.

—Se metió en la bañera y se pegó un tiro. No; en primer lugar cerró la puerta del cuarto de baño, luego se metió en la bañera, corrió la cortina de la ducha y luego se pegó un tiro.

—Ya iba siendo hora.

—Pero ¿por qué, Ben?

—Eso es lo que menos importa. Lo que me pregunto es cómo lo hizo. Supongo que puedes pegarte un tiro en medio de la frente si te lo propones. Siempre puedes utilizar el pulgar para apretar el gatillo. Sin embargo, ¿no sería más natural apuntar a la sien o meter el cañón en la boca?

—Lo natural —dijo Carolyn— sería seguir viviendo.

—El problema es que no vi ningún arma —dije—. Eso sí, no me puse a buscarla, y si estaba de pie cuando se disparó, es muy posible que el arma cayera en la bañera y que luego cayera él encima. Pero también es posible que no haya ningún arma en la bañera ni en ninguna otra parte del baño.

—Y si no hay ningún arma...

—Fue otra persona quien le disparó.

—¿Doll Cooper?

—Es posible —dije—, pero hay ocho millones de personas en la ciudad que podrían haberlo hecho igualmente. Cualquiera de los Nugent, por ejemplo, lo cual es una buena razón para que cogieran el avión.

—¿Crees que fueron ellos?

—No lo sé —respondí—. Puede haberlo hecho cualquiera.

—Tú y yo no, Bern. Nosotros tenemos coartada. Pasamos toda la noche juntos.

—El problema es que no sé a qué hora lo mataron. No sé nada de eso que dicen los forenses sobre el *rigor mortis* y la lividez, y no quise tocarlo para averiguar lo frío que estaba. No olía muy bien, pero eso es normal en los cadáveres, incluso si son bastante recientes. ¿Te acuerdas del tipo que murió en la librería?

—¿Cómo no voy a acordarme? Además, ocurrió también en el retrete.

—Así es.

—Luego movimos el cadáver en una silla de ruedas. Vaya si me acuerdo. Llevaba muy poco tiempo muerto, y no despedía un olor especialmente agradable, ¿verdad?

—Verdad.

—De modo que no tenemos coartada... —dijo—. Vaya puñeta. ¿Cómo sabemos que no fuimos nosotros?

—Bueno, yo sé que no fui yo. Este tipo de cosas no se olvidan. Y sé que tú no lo hiciste porque no eres la clase de persona que haría algo así.

—Qué alivio.

—Y no necesito saber más —añadí—, porque no es problema mío. Jamás he estado allí.

—¿Cómo?

—No hice fotos ni dejé pisadas —dije—. Ni huellas dactilares, quiero decir. Y tampoco dejé cajas de cereales. Nadie me vio entrar ni salir, a menos que cuentes a Eddie el Tranquilo. Yo no lo cuento. Recogí todo lo que había llevado y dejé en su sitio todo lo que había cogido. Incluso cerré al salir.

—Siempre lo haces.

—Bueno, no cuesta nada. Si puedo abrir una cerradura con una ganzúa, tengo que ser capaz de cerrarla. Además es un buen sistema. Cuanto más tarda la gente en darse cuenta de que le han robado, más difícil es capturar a la persona que lo ha hecho.

—De modo que dejaste todo exactamente tal y como lo encontraste.

No dije nada.

—¿Bern? Dejaste todo exactamente tal y como lo encontraste, ¿no?

—Yo no diría «todo» —respondí—. Y tampoco diría «exactamente».

—¿De qué estás hablando?

Extendí una mano y le revolví el pelo a *Alison*, que volvió a hacer ese sonido que parecía un gemido.

—Me quedé el dinero —dije.

—Bern.

—Iba a dejarlo en su sitio —expliqué—, pero entonces reparé en que me había quitado los guantes para contarlos, ya que si iba a llevármelo daba igual que dejara en él mis huellas dactilares. Tenía que limpiar todos y cada uno de los billetes minuciosamente; luego tenía que forzar la cerradura del cajón del escritorio, la primera vez para abrirlo y la segunda para cerrarlo.

—De manera que lo cogiste.

—Bueno, ya lo había cogido. Lo que hice fue quedármelo.

—¿Ocho mil dólares?

—Ocho mil trescientos cincuenta, para ser exactos.

—¿Y cuánto tiempo estuviste dentro? ¿Cuatro horas? Pongamos dos mil por hora. Eso es bastante más que el salario mínimo.

—Créeme —dije—, no mereció la pena. La única razón por la que me quedé con el dinero fue que era menos complicado que dejarlo en su sitio. Y también que es prácticamente imposible dar con él. Los relojes y las joyas pueden conducirle a uno hasta el piso de los Nugent, pero el dinero es el dinero. —Me encogí de hombros—. Supongo que debería haberlo dejado, incluso si esto significaba limpiar todos y cada uno de los billetes. Pero era tarde y lo único que quería era largarme de allí.

—Ya, pero te tomaste la molestia de forzar las cerraduras. Puedo comprender que cerraras las de la puerta de entrada, pero ¿por qué echaste el cerrojo del cuarto de

baño? Te costó una eternidad abrirlo, y debió de costarte lo mismo echarlo.

—No exactamente. Echar un cerrojo como ese es más fácil que abrirlo. Además ya había hecho unos surcos superficiales en la barra al abrirlo. Aun así, me costó cierto tiempo, lo reconozco.

—Entonces ¿por qué te tomaste la molestia?

—Pero ¿no lo comprendes? —dije—. Imaginemos que llega la policía y que derriba la puerta. Encuentran un cadáver en la bañera con una pistola al lado y una ventana pequeña, cerrada tal como lo estaba la puerta hasta que ellos la han forzado. Si fueras uno de esos policías, ¿a qué conclusión llegarías?

—Que el hombre se ha suicidado —respondió ella—. Es la única conclusión posible. ¿Bern? Espera un momento.

—Estoy esperando.

—¿Y si no hubiera ninguna pistola?

—¿Qué?

—Entonces no habría suicidio que valiera, ¿no?

Negué con la cabeza.

—No, no lo habría —respondí—. Lo que habría sería un homicidio cometido en una habitación cerrada salido de una novela de John Dickson Carr, y que me cuelguen si entiendo cómo pudo hacerlo el asesino. Aunque francamente no creo que haya ocurrido eso, ya que es imposible. Creo que la pistola estaba oculta en alguna parte, detrás del cadáver o debajo. Si se trata de un suicidio, lo mejor es que no haya hecho más que entrar y salir. Y si es un asesinato, un asesinato físicamente imposible cometido en una habitación cerrada, ¿por qué he de ser yo quien fastidie todo el asunto? Si la puerta está abierta cuando los polis lleguen allí, lo que encontrarán será otro cuerpo desnudo en la bañera. Eso no tiene nada de especial.

—Entiendo.

—Esa es la razón por la que volví a cerrar la puerta —proseguí—. Quizá haya un error en mi razonamiento, pero anoche estaba demasiado agotado como para darme cuenta. Manipular el cerrojo del cuarto de baño fue más fácil la segunda vez, pero aun así resultó bastante complicado, y me entretuve bastante tiempo. A fin de cuentas, me sentí autorizado para quedarme con los ocho mil dólares. Trabajé duro para ganármelos y creo que me los tenía merecidos.

Tragué el último trozo de mi sándwich con ayuda del último trago de café y eché el envoltorio y la taza vacía a la basura. Luego volví para ver a Carolyn dar el último toque al peinado de *Alison*.

—Debes de estar agotado tras una noche como la de ayer —dijo—. Estoy sorprendida de que te hayas tomado la molestia de abrir la librería hoy.

—Es que me ha llamado Patience, y ya no he vuelto a conciliar el sueño. Además

tenía que dar de comer a *Raffles*.

—No tenías que haberte molestado —dijo ella—. Al ver que no habías abierto, cogí mi juego de llaves y le di comida y agua fresca.

—¿A qué hora ha sido eso?

—No lo sé... A las once, más o menos. ¿Por qué?

—Porque cuando abrí pasadas las doce ha hecho una imitación estupenda de un gato a punto de morir de hambre.

—¿Le has dado de comer otra vez?

—Pues claro. Su platillo estaba impoluto y estaba haciéndome un agujero en el tobillo.

—No deberías sobrealimentarle, Bern.

—Lo tendré en cuenta —dije.

Regresé a Bernegat Books y volví a abrir. *Raffles* empezó a frotarse contra mi tobillo en cuanto mi pie cruzó el umbral de la puerta.

—Pero bueno... —exclamé—. Ni soñarlo, amiguito.

Saqué la mesa de las ofertas fuera y puse el cartel de «tres libros por un dólar». De vez en cuando algún transeúnte robaba algún ejemplar, pero a ese precio, qué más me daba. Me habría molestado más que alguien se hubiera llevado el cartel.

Me encaramé a mi taburete detrás del mostrador y cogí el libro que estaba leyendo: *El clan de la cueva de los osos*. Ya lo había leído años atrás, pero si piensas que no merece la pena leer libros más de una vez, es mejor que no te dediques a la venta de libros usados. Aún no había leído el periódico de la noche anterior, pues no lo había cogido al irme de casa. Daba igual, porque no tenía muchas ganas de saber qué estaba sucediendo en el mundo. Me sentía más cómodo leyendo cómo un niño de Cromañón era criado por una pareja de Neanderthal, lo cual no era muy diferente de como yo recordaba mi propia infancia.

A las dos de la tarde hice mi primera venta. Fue sólo un dólar, pero rompió el hielo, ya que para las tres ya había metido unos cincuenta pavos en la caja registradora. Uno no se hace rico de ese modo; ni siquiera cubre gastos, pero al menos estaba vendiendo libros. Y supongo que el gato podría atribuirse el mérito de aquellas ventas, ya que si no hubiera tenido que darle de comer, no me habría tomado la molestia de abrir.

Además, tanto si me gustaba como si no, ya me había embolsado 8350 dólares por haber visitado a los Nugent. Y podía hacer lo que quisiera con el dinero y olvidarme de lo que había tenido que pasar para ganarlo, ya que aquel capítulo pertenecía definitivamente al pasado y yo estaba libre de sospechas.

Anda ya. Ni soñarlo, Bernie.

A medida que fue avanzando la tarde, el negocio se animó y el flujo de gente que entraba y salía de la tienda se hizo continuo. Unos cuantos no hicieron más que hojear libros, pero ya estoy acostumbrado a ello; al fin y al cabo, esa es parte de la gracia de una librería de segunda mano. Como lo es la cháchara, a la cual me dediqué un poco, y en concreto durante una animada discusión acerca de cómo habría sido Nueva York si los holandeses hubieran mantenido su posición en el Nuevo Mundo. Mi compañero de conversación fue un anciano caballero de cuidada barba blanca y penetrantes ojos azules que había estado hojeando libros en la sección de historia de Nueva York. Que me cuelguen si no acabó gastándose cerca de doscientos dólares antes de marcharse.

En cuanto salió por la puerta, un hombre voluminoso, vestido con un traje gris oscuro de piel de tiburón, se acercó al mostrador y apoyó un carnosos antebrazo sobre él.

—Vaya, vaya... —dijo—. Bernie, hay que reconocer que este lugar está convirtiéndose en un verdadero centro literario.

—Hola, Ray —dije—. Siempre es una alegría verte.

—El tema del que estabas hablando con Santa Claus era de lo más interesante —dijo.

—¿No te parece que era un tanto delgado para compararlo con Santa Claus?

—Ya entrará en carnes, como todo el mundo. Además, hay tiempo de sobra. ¿Cuántos días laborables quedan hasta Navidad?

—Nunca consigo llevar la cuenta.

—¿Y días de robo, Bernie? ¿Cuántos quedan hasta que Santa Claus se cuele por el tragaluz?

—Por la chimenea querrás decir.

—Lo que digas, Bernie. Tú eres el experto en eso, ¿no? —Me lanzó una sonrisa que hizo que su traje de piel de tiburón resultara especialmente apropiado para la ocasión—. De todos modos a uno le da que pensar lo que tú y ese anciano estabais comentando. Podríamos estar aquí, tú y yo, hablando sin parar en holandés.

—Pues sí.

—Y todos estos libros estarían escritos en holandés, ¿verdad? Yo no podría leer ni uno. Aunque claro, si estuviera hablando contigo en holandés, imagino que también podría leer. Tendría que poder leer si estuviera estudiando para el examen de sargento, por ejemplo, ya que todas las preguntas estarían en holandés. —Frunció el entrecejo—. Y en lugar de taxistas que no entienden inglés, habría taxistas que no entienden holandés, y daría igual, porque nueve de cada diez no sabrían cómo llegar a Penn Station. Sería algo totalmente distinto, ¿verdad?

—Pues sí.

—No hay duda de que es un tema interesante, Bern. He estado a punto de meterme en vuestra conversación, pero luego he pensado que no debía fastidiarte una venta. Eres vendedor de libros, y llevas camino de convertirte en el dueño de un centro literario, así que lo que menos necesitas es que un policía meta las narices y te corte las alas.

—Tienes razón.

Apoyó el codo en el mostrador y la barbilla sobre la palma de la mano.

—¿Sabes una cosa, Bernie? —continuó—. Con Santa Claus no parabas de hablar, y ahora apenas puedes mantener la conversación. Veo que te has comprado un gato. Ahí lo tienes, en el escaparate, tratando de broncearse. ¿Te ha comido la lengua o qué?

—No.

—Entonces ¿cómo es que no puedo arrancarte más que monosílabos?

—No lo sé —contesté—. Quizá porque estoy intentando adivinar qué estás haciendo aquí, Ray.

—Bern —repuso él, con cara de estar dolido—. Creía que éramos amigos.

—Supongo que lo somos, pero tus visitas de amigo suelen tener algún motivo ulterior.

Él asintió con la cabeza.

—«Ultrterior». Siempre me ha gustado esa palabra. Nunca se oye a menos que vaya precedida por «motivo». ¿Qué significa, a todo esto?

—No lo sé —reconocí, y cogí el diccionario. Hay una estantería de un metro llena de diccionarios en la sección de libros de consulta, pero siempre tengo uno a mano, que fue el que utilicé para hacer la consulta—: «Ultrterior» —leí—: «Uno: Que está de la parte de allá de un sitio o territorio».

—Como el gato —sugirió Ray—. Está en la parte de allá de la fila de estanterías.

—«Dos: Siguiete, futuro, consecutivo. Tres: Más allá, posterior; cosa que se da después de otra mencionada o consabida; no revelado: “motivo ulterior”».

—Exacto —dijo Ray, haciendo un gesto de asentimiento—. Parece una definición correcta. Así pues, eso es lo que piensas: que tengo uno de esos motivos.

—¿Y no es así?

—Puede que sí —dijo—, aunque también puede que no. Todo depende de cómo respondas a una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Qué demonios te pasa? ¿Estás chocheando ya o qué?

—¿Esa es la pregunta?

—No —dijo—, no es esa. Son sólo los pensamientos que se le pasan por la cabeza a un hombre que te conoce desde hace tiempo y que sabe que no tienes la

costumbre de meter la pata. No, esa no es la pregunta. La pregunta es esta.

—Me muero de ganas de oírla.

—¿Por qué llamaste a ese tipo?

—¿A qué tipo, Ray?

—«¿A qué tipo, Ray?». Ni siquiera tengo que mirar mi libreta, porque es la clase de nombre que suele quedársete grabado en la cabeza. Martin Gilmartin. ¿Por qué demonios le llamaste por teléfono anoche?

De pronto sentí una especie de vacío en el estómago, como si me hubiera comido un burrito en mal estado.

—No sé de qué estás hablando —dije.

No creo que fuera muy convincente, porque Ray Kirschmann ni siquiera se molestó en poner los ojos en blanco.

—No voy a preguntarte por qué entraste a robar en su piso —dijo—, porque sería lo mismo que preguntarle a ese gato por qué caza ratones. Es algo innato. Es un gato, igual que tú eres un ladrón.

—Lo he dejado.

—Venga ya, Bernie. Te sería tan fácil dejar de ser ladrón como a él dejar de ser gato. Es algo innato en ti; eres así. De modo que no tienes que explicarme por qué atracaste a ese tipo. Lo que quiero saber es por qué le llamaste y te burlaste de él.

—¿Quién dice que fui yo?

—Él lo dice. ¿Estás diciendo que no fuiste tú?

—¿Qué más dice él?

—Que al principio no supo qué pensar, pero que luego inspeccionó el piso y se dio cuenta de que le habían atracado.

—Es la segunda vez que utilizas esa palabra —dije—. A ver cuándo aprendes. Ya sabes lo que significa atraco: quitar dinero o bienes ajenos mediante la fuerza o la violencia o la amenaza de usar la fuerza o la violencia.

—Aquí me tienes —dijo—, de nuevo en la academia, atendiendo a una clase.

—Eres exasperante —dije—. «Se dio cuenta de que le habían atracado». Uno no puede darse cuenta de que le han atracado porque es consciente de ello mientras está sucediendo. Un atraco es cuando alguien te apunta con un arma a la cara y te dice que o le das tu dinero o te descerraja un tiro en la cabeza. Yo no he atracado a nadie en mi vida.

—¿Has acabado ya, Bern?

—Perdona —dije—, pero las palabras tienen importancia para mí. ¿Cómo se ha enterado el señor Gilmartin de que le han robado en casa?

—Le faltan cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Como si no lo supieras...

—Sé amable conmigo, Ray.

—Sus cromos de béisbol.

—¡Vaya por Dios! —exclamé—. ¿Qué apuestas a que su madre los ha tirado a la basura?

—Bernie...

—Es lo que me ocurrió a mí. Llegué a casa de la universidad y habían desaparecido, y cuando me puse a despotricar, ella me miró sin inmutarse y me citó a san Pablo. Algo sobre que hay que desprenderse de las cosas infantiles.

—El señor Gilmartin tenía una colección muy importante.

—Yo también —recordé—. También tenía una tonelada de cómics. Me gustaban los que te enseñaban cosas de historia. *La delincuencia no lleva a ninguna parte* era mi favorito.

—Es una lástima que no te enteraras de la moraleja.

—Por lo que pude entender —dije—, la moraleja era que la delincuencia te llevaba hasta la última viñeta, lo cual no estaba nada mal. Mi madre también tiró mis cómics a la basura.

—Bernie...

—Así que puedo imaginarme cómo se siente el señor Gilmartin, y con esto no quiero decir que haya sido su madre, pero creo que debería descartar esa posibilidad antes de ir por ahí acusando a la gente. Puedo asegurarte una cosa, Ray: no tengo nada que ver con este asunto.

—¿Niegas que le telefoneaste anoche?

¿Cómo era posible que supiera lo de la llamada?

—Tal vez no sea una buena idea que confirme o niegue nada —dije lentamente—. Tal vez debería hablar antes con mi abogado.

—¿Sabes qué te digo? —dijo Ray—. Que probablemente eso sea lo que debes hacer. Voy a cumplir mi deber de leerte tus derechos, y luego tú y yo vamos a ir a la Central, donde nos encargaremos de que te fichen, foto y huellas incluidas. Luego podrás llamar a Wally Hemphill. Si no se ha ido a correr a Central Park, quizá te anime a recordar lo que hiciste anoche.

—No me leas los derechos.

—Los recuerdas de la última vez, ¿no? Da igual, Bern. Tengo que cumplir las normas.

Como faltaba poco para el maratón, posiblemente sería difícil localizar a Wally. ¿A qué otra persona podía llamar? ¿A Doll Cooper?

—Supongo que no hay motivos para que no hable —dije lentamente—. Como no hice nada malo, será mejor que aclare la situación.

Ray sonrió. Nunca se había parecido tanto a un tiburón.

En primer lugar cerré la puerta y colgué el cartel de «Vuelvo dentro de diez minutos». No quería que nos molestara ningún cliente mientras resolvía aquel asunto con Ray. Además, necesitaba un par de minutos para ordenar las ideas.

Por un lado era ridículo que me ficharan y me encerraran en una celda de prisión preventiva durante un par de horas por un delito con el que no tenía nada que ver. Por otro, debía tener cuidado con lo que decía, porque de lo contrario saldría a colación lo de los Nugent, con lo que yo saldría de Guatemala para entrar en Guatepeor.

Gané unos segundos más cambiándole el agua a *Raffles*. Mientras lo hacía, estuve tentado de darle nuevamente de comer; dudo que se hubiera negado a ello, pero ya había tenido una comida de más aquel día.

—Bien —le dije a Ray—. Ya estoy listo para hablar.

—¿Estás seguro de que no quieres un poco más de tiempo para ordenar los libros en las estanterías?

Pasé aquello por alto.

—Llamé a Gilmartin —dije—. Lo reconozco.

—Aleluya.

—Pero la llamada no tuvo nada que ver con el robo. Es cierto que lo he dejado, Ray, tanto si me crees como si no. Bueno, será mejor que empiece por el principio.

—¿Por qué no?

—Carolyn y yo salimos ayer después de trabajar.

—Siempre lo hacéis —repuso él—. Vais a Bum Rap, ¿no?

Asentí.

—Últimamente he estado sufriendo algo de tensión —continué— y supongo que ayer me afectó. En resumidas cuentas, bebí más que de costumbre.

—A veces pasa, oye.

—Es cierto —dije—, pero a mí no, al menos no a menudo, y no estoy acostumbrado a ello. Me pongo tonto.

—¿Tonto?

—Ya sabes a qué me refiero. Te pones alegre, haces el bobo...

—Qué pena habérmelo perdido.

—Deberías haber estado. Pues bien, Carolyn y yo pasamos toda la noche juntos. Del Bum Rap fuimos a cenar a un restaurante italiano, y luego fuimos a su piso, a Arbor Court. Desde allí llamé a Gilmartin.

Ray hizo un gesto de asentimiento, como si yo acabara de superar una especie de prueba.

—No sé cómo comenzó el asunto —proseguí—. Todavía estaba un poco borracho, supongo, y me dio por buscar nombres curiosos en la guía telefónica. Elegía nombres, se los leía en voz alta a Carolyn y hacía chistes.

—¿Os dedicasteis los dos a hacer chistes con nombres de gente?

—Fui yo quien lo hizo principalmente —dije—, y no estoy orgulloso de ello, pero ¿qué puedo decir? Fue algo que ocurrió. No sé cómo, pero en un momento dado surgió el nombre de Geraldine Fitzgerald. ¿Te acuerdas de ella? Es una cantante que había hace años.

—Si tú lo dices...

—Bueno, yo dije que su nombre era como la receta para una relación perfecta. ¿Lo coges? Geraldine Fitz Gerald^[5].

—Geraldine Fitzgerald —dijo Ray—. ¿Y qué?

—Geraldine... Fitz... Gerald.

—Eso acabo de decir. ¿Qué tiene eso de gracioso, coño?

—Supongo que deberías haber estado para entenderlo. No conseguí encontrar a Geraldine Fitzgerald en la guía, pero en cambio encontré un Gerald Fitzgerald, lo cual me pareció muy gracioso.

—Sí, la monda. ¿Y qué hiciste? ¿Llamarle?

Oí un timbre de aviso.

—Sí —contesté—, pero no respondió nadie. Así que seguí pasando las hojas de la guía en busca de nombres dobles como ese.

—William Williams —sugirió Ray—. John Johnson.

—Sí, algo así, aunque los que acabas de decir no son especialmente graciosos.

—No, no para desternillarte como con Gerald Fitzgerald.

—Ya sé que no parece tan divertido cuando estás sobrio —dije—, pero yo no lo estaba. Al final encontré Martin Gilmartin, y no sé por qué, pero nos hizo tronchar de risa. Ya sé que era demasiado tarde para llamar a nadie, y no digamos ya a una persona desconocida, pero cogí el teléfono y le llamé. Respondió, y yo hice una especie de chiste con su nombre, como los que cuentan los estudiantes de instituto. Me da vergüenza admitirlo.

—¿Y qué? ¿Soltó una buena carcajada al oírlo, Bern?

—Creo que se quedó algo confuso, así que bromeé un poco más y luego colgué.

—Así, por las buenas.

—Sí, más o menos.

—¿Cómo sabías que él y su esposa habían ido al teatro?

Vaya por Dios...

—¿Era allí donde estaban? Ya decía yo que estaban en alguna parte, porque llamé varias veces antes de que cogiera.

—¿No me digas? ¿Y por qué insististe?

—Bueno, hoy en día te lo ponen muy fácil —dije—. El teléfono de Carolyn tiene uno de esos botones que vuelve a llamar automáticamente al último número que has marcado.

—Un verdadero ahorro de tiempo.

—Así que cuando por fin respondió —proseguí—, supongo que debí de decir algo como que me alegraba de que ya estuviera en casa y que esperaba que hubiera pasado una velada agradable. Ya sabes, uno de esos comentarios de listillo. Pero no dije nada de ninguna obra.

Ray pasó aquello por alto.

—Gilmartin dice que llamaste pasada la medianoche.

—Yo diría que faltaban unos minutos para la medianoche —dije—, pero me fío de su palabra. ¿Y bien?

—¿Qué hiciste luego? ¿Seguir llamando a gente?

—No —dije—. El hecho de hablar finalmente con alguien me hizo darme cuenta de lo pueril que era lo que estaba haciendo. Además, ya era tarde y estaba cansado.

—¿Pasaste la noche en casa de Carolyn?

—No; me fui a casa.

—Y no saliste hasta la mañana, ¿verdad?

Ay, ay, ay...

—Eso es —contesté.

—Llegaste a casa a la una aproximadamente y no volviste a pisar la calle hasta esta mañana, cuando viniste a abrir la tienda.

—Eso es —repetí. Y justo cuando él iba a decir algo, añadí—: Salvo cuando fui a la tienda.

—¿Y se puede saber a qué hora saliste, Bern?

—Pues no lo sé. No recuerdo haber mirado la hora. Puse la tele y vi un rato la CNN, luego me di cuenta de que no tenía leche para el desayuno. Salí y compré unas cosas en la tienda de ultramarinos. ¿Por qué?

—Sólo por curiosidad.

—Yo también tengo curiosidad —dije—. Por lo que has dicho, cuando Gilmartin dejó de hablar conmigo, se puso a buscar sus cómics y su anillo descodificador del Capitán Medianoche.

—No, sólo los cromos de béisbol, Bern.

—¿Estás diciéndome que no guarda sus tesoros de la infancia en el mismo lugar? Olvídalo. El hecho es que, independientemente de dónde los guarde, fue a buscarlos y habían desaparecido. ¿No es así?

—Sí, ¿y qué?

—Ya habían desaparecido entonces, ¿no? A medianoche, a las doce y media o a la hora que fuera, ¿no?

—¿Qué estás intentando demostrar, Bern?

—Que sus cromos de béisbol ya habían desaparecido cuando hablé con él —respondí—, así que ¿qué más da si fui a la tienda a la una o a la una y media de la madrugada?

—Si da igual —dijo él—, ¿por qué has mentido cuando te lo pregunté?

—¿Que he mentido?

—Bueno, ¿cómo lo llamarías tú? —Sacó una libreta de bolsillo y consultó una página—. Saliste de tu casa a la una y media. Regresaste a las seis menos veinte. Más de cuatro horas, Bern. ¿Dónde estaba la tienda?

—Supongo que me entretuve en alguna parte —dije—. En el camino de vuelta a casa.

—¿Y no lo has recordado hasta ahora?

—No, lo he tenido presente desde que comenzó este interrogatorio, pero no quería hablar de ello. Me estoy viendo con alguien, Ray.

—No me digas. ¿Alguien que yo conozca?

—No, y no vas a conocerla. Tú eres un hombre de mundo.

—Esta va a ser una de las gordas, ¿no?

—Está casada —dije—. Hemos tenido que hacerlo a escondidas y aprovechar los momentos libres. Lo de anoche fue uno de esos momentos.

—Me avergüenzo de ti.

—Bueno, yo tampoco estoy muy orgulloso de ello, Ray, pero...

—Me avergüenzo de que tengas que recurrir a un truco tan viejo. No vas a decirme su nombre, ¿verdad?

—Ya sabes que no puedo hacer eso.

—Eres todo un caballero, ¿eh?

—La educación exige que...

Levantó una mano.

—Ahórrate eso —dijo—. Anoche no fuiste a ver a ninguna mujer, casada o soltera. Lo que hiciste fue salir disimuladamente de tu casa a altas horas de la noche con los cromos de béisbol que le habías birlado a Martin Gilmartin...

—¿Lo ves? —repuse con tono apremiante—. Es un nombre estúpido, tanto si estás borracho como si estás sobrio.

—... ir a un perista y venderlos. Por lo que respecta a cuándo entraste en la casa de los Gilmartin para robarlos, yo diría que fue anoche, ya que ayer tuviste una discusión con el dueño de este local. —Hizo una mueca—. No balbucees de esa manera. Si tienes algo que decir, dilo claramente. No irás a decirme ahora que no tuviste algún problema con el dueño de tu local, ¿verdad?

—Tuvimos una acalorada discusión sobre libros —dije—. Pero es normal que suceda algo así en un centro literario. A todo esto, se llama Stoppelgard.

—Borden Stoppelgard.

—¿Y qué tiene que ver con Marty Gilmartin y sus cromos de béisbol?

—Gilmartin está casado.

—Bueno, juro que la mujer con la que me acosté anoche no era su esposa.

—Su esposa se llama Edna.

—Ese nombre suena bien —comenté—. Edna Gilmartin. No tiene absolutamente nada de gracioso.

—¿Y Edna Stoppelgard? ¿Qué opinión le merece ese nombre a tu nervio de la risa?

Cuando Cornwallis estaba a punto de rendir sus tropas a George Washington en Yorktown, ordenó a la banda que tocara la melodía *El mundo al revés*. Si hubiera tenido una grabación de ella a mano, la habría puesto.

—Un momento —dije—. ¿La esposa de Gilmartin estuvo antes casada con Stoppelgard?

—Eso es imposible —respondió Ray—. Hay una ley que lo impide. Aunque supongo que habrá maneras de saltársela, ¿no crees? La única ventaja que le veo es que no tendrías que discutir todos los años sobre si vas a pasar la Navidad con tus padres o con los de ella. —Negó con la cabeza—. Borden Stoppelgard es el cuñado de Martin Gilmartin.

—Te lo estás inventando.

—No lo sabías ¿eh, Bern? Bueno, lo has intentado, pero no cuela. Déjame que te diga otra cosa que no sabes: anoche los Stoppelgard y los Gilmartin fueron juntos al teatro a ver una obra sobre alguien que desea tener caballos. Luego fueron todos a cenar y tu nombre salió en la conversación. Al parecer Stoppelgard se pavoneó del negocio que había hecho con un libro raro que tú le habías vendido y dijo que los precios serían todavía mejores cuando hicieras la liquidación por cierre de negocio.

—Eso dijo, ¿eh?

—Luego Gilmartin y su esposa se fueron a casa; tú llamaste y él respondió, pero en aquel momento no supo quién era. Aun sin saber que eras tú, su primera idea fue que alguien había entrado a robar y lo primero que miró fue su colección de cromos. Había desaparecido.

—Y por tanto llamó a la policía.

—Exacto. La comisaría mandó a un par de agentes y estos hicieron un informe, que ha aterrizado en mi despacho esta mañana. Lo habría dejado donde estaba si Gilmartin no hubiera llamado, la llamada no me la hubieran pasado a mí y yo no hubiese oído algo raro.

—Alguien se había comido un burrito en mal estado —sugerí.

—Gilmartin me ha contado lo de la llamada —prosiguió—, y he pensado que cualquier ladrón sería lo bastante listo para hacer una llamada de ese tipo desde un lugar donde no pudieran localizarlo. Pero uno aprende a comprobar este tipo de cosas, porque un ladrón que es lo bastante tonto para hacer una llamada así puede ser lo bastante estúpido para hacerla desde el piso de una amiga, sobre todo si la amiga en cuestión es una tortillera enana que se gana la vida cortando el pelo a caniches.

—Me llama la atención que Carolyn y tú nunca hayáis congeniado, Ray. Ya he admitido que hice la llamada, así que ¿qué problema hay?

—El problema es que le he dicho a Gilmartin tu nombre, y él lo ha reconocido enseguida por la conversación con su cuñado. «Ya sé quién es», me dijo. «Es un librero, uno que no conoce muy bien el negocio». Yo le dije que te conocía, y que no eras sólo eso. «También es un ladrón», le dije. «Y hay que reconocer que es uno de los mejores del gremio».

—Gracias por tu apoyo, Ray.

—Bueno, el mérito para quien lo merece.

—Pero si soy un ladrón tan estupendo...

—Eres uno de los mejores. Siempre lo has sido.

—¿Por qué habría de desperdiciar mi talento robando una caja de puros llena de cromos de béisbol?

—Era más bien una caja de zapatos, según Gilmartin.

—Me da igual, como si era un cajón de embalaje. Por amor de Dios, Ray, estamos hablando de unos pedazos de cartón que huelen a chicle. No estamos hablando de los mármoles de Elgin.

—Hablando de mármoles, acabo de acordarme de mi colección de minerales —dijo Ray—. Eso fue lo que mi madre tiró a la basura, Dios la guarde en su gloria. Tenía un montón de ellos. No sé si tenía algún mármol de Elgin, pero tenía una colección estupenda.

—Ray...

—Los cromos de béisbol ya no son cosa de críos, Bernie. Los adultos los compran y los venden. Los inversores se pelean por ellos.

—Como Sue Grafton.

—¿Ella también los colecciona? Acabo de leer un libro suyo y no estaba mal. Estaba ambientado en una base militar durante unas maniobras de combate simulado.

—*R de raciones*.

—Sí, el título era algo así.

—Sé que alguno de los cromos más raros valen bastante dinero —dije—. Hay uno famoso. El de Honus Wagner, ¿no? Vale mil dólares, o quizá más.

—Mil dólares...

—En perfecto estado —dije—. Si está machacado de tanto arrojarlo contra la pared, vale mucho menos.

Ray volvió a consultar su libreta.

—Honus Wagner —leyó—. Medio de los Piratas de Pittsburgh que está en la galería de jugadores famosos. Pusieron su foto en el cromo en 1910; aunque en aquel entonces no los vendían en los paquetes de chicle sino en los de cigarrillos.

—Pero él no fumaba —recordé—. No quería ejercer una mala influencia en los

niños.

—Así que hizo que retiraran el cromo, por eso es tan difícil de encontrar hoy en día. De todos modos te quedas un poco corto diciendo que vale mil dólares.

—Bueno, también me quedé corto con *L de ladrón*. ¿Cuánto vale?

—Lo subastaron hace un par de años —dijo—, y dieron por él 451 000 dólares. Según Gilmartin, hoy en día en el mercado superaría el millón. ¿De veras no lo sabías, Bernie?

—De veras —respondí—. Y no estoy muy seguro de si me lo creo. ¿Un millón de dólares? ¿Por un cromo de béisbol?

—El cromo T-206. Hay otros cromos de Honus Wagner, pero no anuncian cigarrillos y no valen toda esa pasta ni por asomo.

—¿Y Gilmartin tenía un T-206?

—No.

—¿No? ¿Entonces qué más da? Ray...

—Pero tenía muchos cromos buenos —dijo—. La serie de Topps de 1952, con el cromo de Mickey Mantle en su primer año de profesional. Y también un montón de Ted Williams, Babe Ruth y Joe DiMaggio. He de reconocer que no me importaría tener un cromo de Joe D.

—Si alguna vez consigo uno —dije—, te lo cambiaré por los mármoles de Elgin.

—Trato hecho, Bern. De todos modos, aunque Gilmartin no tenía el cromo de Honus Wagner, su colección valía probablemente mucho más de lo que tu madre regaló a la venta de objetos usados de beneficencia. La tenía asegurada por medio millón de dólares.

—Medio millón...

—Y dice que vale más que eso. Por eso confiaba yo en que le hubieras robado sus cromos, Bernie. Podríamos hacer un pequeño negocio y los dos saldríamos ganando. Y no hay duda de que se los has robado, so tonto, pero no sabías cuánto valían. Los robaste entre las ocho y las doce, y luego saliste a altas horas de la noche a ver a uno de esos receptadores que tú conoces y los vendiste baratos. Bernie, tú y yo podríamos haber llegado a un trato con la compañía de seguros y habernos dividido cien de los grandes entre los dos. Apuesto a que anoche no te embolsaste ni una décima parte de ese dinero.

—No robé los cromos, Ray.

—Sí los robaste. Estabas enfadado con Stoppelgard. Probablemente lo seguiste hasta casa de los Gilmartin y luego, cuando se fueron todos al teatro, entraste en el piso. Te vengaste de Stoppelgard robando a Gilmartin. Entraste en su casa y cogiste lo primero que viste que te pareció de algún valor. Y en lugar de tomarte el tiempo y la molestia de averiguar qué te habías llevado, te deshiciste rápidamente de los cromos y te metiste en un buen lío —suspiró—. Tienes una posibilidad de librarte de

esto. ¿Tienes los cromos?

—No.

—¿Puedes conseguirlos?

—No.

—Lo que me temía —dijo cansinamente—. Bueno, en tal caso, tengo algo para ti. ¿Dónde he puesto la puñetera hoja? Aquí está. «Tiene derecho a guardar silencio. Tiene derecho a llamar a un abogado. Si no dispone de un abogado...».

—Antes de que lo olvide —dijo Wally Hemphill—. He llamado a tu terapeuta. Una cosa menos de que preocuparte.

—Gracias —dije—. ¿Qué terapeuta?

—Patience Tremaine.

—¿La has llamado? Pero si le pedí a Carolyn que lo hiciera.

—Ha sido ella quien me lo pidió, y eso he hecho. Le he dicho que el señor Rhodenbarr tenía que cancelar su cita de las ocho de la tarde y que llamaría para concertar una nueva en cuanto le fuera posible.

—Eso le has dicho, ¿eh?

—Sí, con un tono lacónico y profesional. Hay que admitir que parece sentir un interés más personal en sus clientes que la mayoría de los psiquiatras que conozco.

—No es exactamente un psiquiatra —dije—. Es una terapeuta poética.

—¿De veras? ¿Tienes problemas con tus poemas, Bernie? —Tenía cara de asombro, pero luego se desentendió del asunto con un encogimiento de hombros—. Parecía más preocupada por tu digestión que por otra cosa. Ha mencionado algo relacionado con unos knishes y unos burritos.

—Vaya.

—Pero se lo he aclarado todo. Le he explicado que la policía te ha acusado de robo y que estabas en prisión preventiva, pero que iba a conseguir un auto judicial y esperaba sacarte bajo fianza en menos de dos horas. ¿He dicho algo que no debía?

—No sé, Wally... ¿No crees que quizá has sido excesivamente discreto?

—Es tu terapeuta, ¿no? Es evidente que conoce tu historial y que sabe a qué te dedicas. ¿De qué otra manera esperas conseguir algo con la terapia?

—Eso mismo me pregunto yo.

—Aunque, ahora que lo pienso, me pareció que se quedaba desconcertada. Quizá se disgustó al saber que te habían arrestado y acusado de un delito.

—Ya.

—La gente ajena al sistema penal no se da cuenta que todo es parte del juego. En cualquier caso, estará esperando que la llames.

—Conteniendo la respiración, seguro. Patience no es mi terapeuta. Es una mujer con la que he salido en un par de ocasiones.

—¿En serio?

—Empezábamos a conocernos —le expliqué—. Ella pensaba que yo era sólo un librero con un leve problema de estómago. Ignoraba que fuera un ladrón.

—Bueno, pues ahora lo sabe —dijo Wally—. Bernie, lo lamento. Creo que he metido la pata.

—Olvídalo.

—¿Estabas... eh, acostándote con ella?

—No —respondí—, pero tenía esperanzas.

—Caramba. Lo siento de veras. Oye, ¿por qué no la llamas dentro de un par de días? Seguro que para entonces ya se te ha ocurrido algo que decirle.

—Y a ella también. Algo así como «pierde mi número de teléfono, so cabrón».

—Pues no sé qué decirte —dijo Wally—. Cuando hablé con ella, no me pareció una chica mal hablada. Aunque, por lo demás, probablemente tengas razón.

«Si no dispone de un abogado, se le facilitará uno», había leído Ray monótonamente.

Por suerte, esto no había sido necesario. Yo ya tenía abogado. Hoy en día es difícil dedicarte a los negocios si no tienes uno, sobre todo si tu negocio pertenece al amplio apartado de «delitos y faltas». Es realmente necesario tener un abogado del que puedas decir que es tuyo y él debe ser la clase de abogado al que uno ha de pagar. Estoy seguro de que los chicos y chicas de Ayuda Legal llevan a cabo un trabajo encomiable para sus clientes, pero personalmente prefiero que me asesore alguien con más categoría.

Además, un delincuente profesional de éxito con un abogado de Ayuda Legal es como un multimillonario que cobra de la Seguridad Social. Quizá tenga derecho a ello, pero no deja de ser de mal gusto.

Durante varios años mi abogado fue un hombre llamado Klein que tenía su oficina en Queens Boulevard, una esposa e hijos en Kew Gardens y una amante en Turtle Bay, justo al lado de Naciones Unidas. Un buen día, hace un par de años, me arrestaron, aunque no por culpa mía, y cuando fui a llamar a Klein, me enteré de que había muerto.

Así, por las buenas.

Entonces llamé a Wally Hemphill. Lo conocía del parque, donde nos encontrábamos a última hora de la tarde, ataviados con pantalones cortos, camiseta y el último grito en zapatillas de deportes. Corríamos juntos uno o dos kilómetros, charlando amigablemente sobre esto y aquello, hasta que él aceleraba o yo frenaba. Cuando lo conocí estaba entrenándose para el maratón. De eso hace ya varios maratones, y él nunca ha frenado.

Yo, en cambio, era menos entusiasta. Me resulta difícil recordar cuándo empecé a correr, aunque puede que fuera una consecuencia natural de mi instinto de supervivencia. Da gusto poder correr si a alguien le da por perseguirte. Con todo, nunca sentí la necesidad de correr cuarenta kilómetros o de transformarme en un lebrél humano, de manera que acabó llegando el día en que correr dejó de ser una de las cosas que hacía y se convirtió en una de las cosas que solía hacer, como leer cómics y coleccionar cromos de béisbol. Todavía llevo zapatillas de deporte (cumplen el mismo papel a velocidades bajas) y todavía poseo unos conjuntos de

camiseta y pantalón corto, aunque nunca se me presenta la ocasión de utilizarlos. (Si mi madre viviera conmigo, probablemente los habría tirado a la basura).

—Perdona que haya tardado tanto —estaba diciendo Wally.

Eran las diez y cuarto de la mañana del sábado, unas dieciocho horas después de que Ray Kirschmann me hubiera leído mis derechos, y nos encontrábamos en una cafetería etíope de Chambers Street. Los anteriores dueños debían de ser griegos, porque en el menú todavía tenían pastel de espinacas y musaca.

Wally, que había desayunado temprano antes de venir al centro, estaba zampándose una rosquilla de chocolate y una taza de café. Yo también estaba tomando café, además de un vaso de zumo de naranja, un plato de huevos revueltos con salami y dos tostadas de pan de centeno. Nada te abre el apetito tanto como salir de la cárcel, incluso si no pasas por la «salida» y no cobras los doscientos dólares.

—Han puesto muchos obstáculos —me explicó—. Se han dedicado a mandarte de distrito en distrito para que yo no pudiera sacarte hasta la mañana. Es una lata, aunque en realidad es una buena señal.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Me da a entender que no pueden acusarte de nada. ¿Qué tienen para hacerlo? Por lo que se refiere a las pruebas, sólo pueden demostrar dos cosas. Una, que alguien llamó a los Gilmartin desde el piso de Carolyn a eso de las doce de la noche del jueves. Ni siquiera pueden probar que fuiste tú, y en la compañía telefónica de Nueva York sólo tienen constancia de la llamada a la que respondió Gilmartin, no indicios de que te pasaras horas llamando a ese número. Dos, tienen el testimonio de tu portero, quien dice que saliste del edificio poco después de la una y no regresaste hasta antes del amanecer. Bien, ¿y qué? Aparte de que sería capaz de atar a ese portero tuyo a una cruz, no pueden afirmar que durante esas horas robaras los cromos de béisbol de Gilmartin, puesto que él ya había denunciado su desaparición. No tendrás una máquina del tiempo que funcione, ¿no, Bernie?

—Antes tenía una —respondí—, pero no conseguí encontrar pilas que le valieran.

—Ellos sostienen que tú ya tenías los cromos cuando saliste de tu piso y que los vendiste durante la noche a una o varias personas desconocidas. Pero no basta con sostener algo. ¿Pueden probarlo?

—No.

—¿Y si encuentran al comprador?

—No hubo comprador, Wally.

—¿Sabes qué? Creo que voy a comer otra rosquilla de estas. Nadie hace las rosquillas mejor que los etíopes. ¿Quieres una? —Rehusé con un gesto—. Menos mal que corro cien kilómetros a la semana —prosiguió—, porque de lo contrario pesaría cien kilos. Quizá sea una buena idea que te adelantes a ellos. Entrega al perista.

—¿Que entregue...?

—Sí, que le soples a la policía quién es.

—No hay ningún perista —insistí.

—Ya sé que puede parecer inmoral —prosiguió—, pero los principios ya no son lo que eran. Incluso los de la mafia se traicionan hoy en día. Cualquiera día de estos llamarán a su agente y llegarán a un acuerdo para escribir un libro y hacer una miniserie. A propósito, Bernie, si algún día decides...

—Tú eres la persona a quien debo llamar, Wally.

—En efecto.

—Wally —dije—, no hay ningún perista porque no robé los cromos.

—Lo que digas, Bernie. Escucha, si no los vendiste...

—¿Pero no acabo de decírtelo?

—En tal caso, espero que los hayas guardado en un lugar seguro. Uno de los motivos por los que te han mantenido encerrado toda la noche es que querían tiempo para conseguir una orden y registrar tu piso. No deben de haber encontrado nada, porque de lo contrario nos habríamos enterado. No sé dónde habrás escondido los cromos, pero...

—No los robé.

—Bernie, soy tu abogado.

—No me digas. Empezaba a pensar que eras el fiscal del distrito. No robé los cromos. Ni siquiera sabía que Gilmartin tenía cromos de béisbol, y si lo hubiera sabido, no habría tenido la tentación de robárselos, porque no sabía que valieran tal suma de dinero.

—Creía que todo el mundo lo sabía. Debo de tener una docena de conocidos que los coleccionan. Abogados, en su mayoría. Son una gran inversión.

—Eso tengo entendido.

—Van a los vendedores y pasan el fin de semana en ferias de cromos. Una mujer que conozco no sale nunca de su oficina. Se pasa el día sentada detrás de la mesa, enchufada a uno de esos tableros de anuncios por ordenador, y se dedica a comprar y vender como si trabajara en la bolsa. Paga con tarjeta de crédito y le mandan los cromos por mensajero a su oficina. Los lleva al banco que hay al otro lado de la calle y los guarda en la caja de seguridad. El mayor problema que tiene es que no sabe a qué cliente cobrarle las horas. Bien, pongamos que no robaste los cromos...

—No los robé.

—Esto es hipotético, ¿de acuerdo? Si lo robaste, o si te los llevaste por casualidad, es probable que al final pueda llegar a un acuerdo con el de la casa de seguros en el que se incluya la retirada de cargos... —Bebió un sorbo de café—. Así que no los robaste, ¿eh?

—¿No me digas que por fin me escuchas?

—¿Entonces por qué llamaste a Gilmartin?

—Si hubiera acabado de limpiarle el piso —dije—, eso sería lo último que se me habría ocurrido. Lo curioso es que había planeado entrar en su piso.

—Creía que no sabías que tenía una colección de cromos.

—Lo único que sabía era que él y su esposa no iban a estar en casa por la noche. Viven en una buena casa de un barrio respetable. Era lógico que encontrara algo que robar.

—Sí, tiene sentido.

—Pero no fui, Wally. Resistí la tentación, y mientras tanto cogí una pequeña cogerza. El verdadero motivo por el que le llamé no fue incordiarle, sino asegurarme de que él y Edna estaban en casa sanos y salvos para no tener que seguir aguantándome las ganas de forzar sus cerraduras y entrar en su piso como Pedro por su casa. Cuando por fin logré hablar con él, le tomé un poco el pelo, eso es todo. No me pareció que fuera peligroso.

—Y luego te fuiste a casa.

—Eso es.

—Y luego volviste a salir.

—¿Cómo?

—¿Qué hiciste luego?

—Nada que debas saber, Wally.

—Bernie —dijo con seriedad—, soy tu abogado. Cualquier cosa que me digas es confidencial. Cualquier cosa que no me digas a la larga puede convertirse en un obstáculo. Por ejemplo, si me hubieras dicho que Patience Tremaine era alguien con la que mantenías una relación social...

—¿Cómo iba a decirte eso? Si ni siquiera había tenido ocasión de hablar contigo.

—Bueno, quizá no es un buen ejemplo. ¿Qué hiciste cuando saliste de tu piso a altas horas de la noche?

—Entré en otro piso, robé algo de dinero y volví a casa.

—Ojalá no me hubieras contado eso, Bernie.

—Pero si acabas de decir que...

—Sé lo que acabo de decir, pero aun así preferiría que no me lo hubieras contado. Cuando tenía cinco años le rogué a mi hermano mayor que me contara la verdad sobre Santa Claus; él no quería, pero como yo no dejaba de insistir, al final me la contó, principalmente para que me callara, supongo. En cuanto me lo dijo, pensé que ojalá no me lo hubiera contado. Pero no podía hacer nada al respecto. Sabía que Santa Claus no existía, y esa certeza no me ha abandonado en toda mi vida.

—Debió de ser espantoso.

—Lo fue, en efecto.

—Entonces supongo que no querrás enterarte de lo del cadáver...

—Dios santo, ¿pero qué dices?

—... así que no voy a contarte nada.

Wally meneó la cabeza.

—Puede que la ignorancia sea sinónimo de felicidad —dijo—. Pero el conocimiento da poder, y un buen abogado siempre prefiere el poder a la felicidad. De modo que ya puedes empezar.

—Esto es lo que creo que va a ocurrir —dijo—. Van a pasarse unos días investigando, y cuando vean que no encuentran nada más, retirarán todos los cargos.

—Estupendo.

—A menos que averigüen adónde fuiste realmente después de marcharte del piso de Carolyn y volver a casa. Si ocurre eso, espero que sepas dónde te aprieta el zapato.

—Hizo una pausa para mirarme los pies—. Saucony —dijo cuando reconoció el logotipo de las zapatillas que llevaba—. He estado a punto de comprarme unas zapatillas de esa marca. ¿Qué resultado te están dando?

—Muy bueno. Aunque, claro, sólo hacen ejercicio cuando las saco a pasear.

—Nunca has vuelto a correr, ¿eh, Bern? No sé cómo te las arreglaste para dejarlo. Crea dependencia, ¿sabías? Han hecho estudios sobre el tema.

—Lo sé.

—¿Cómo conseguiste superar la adicción?

—No la superé. Sustituí una adicción por otra. Encontré algo que creaba más adicción que correr.

—¿El qué?

—No correr —respondí—. Debe de ser la adicción más fuerte que hay. De veras, pasé unos días sin correr y ya estaba colgado.

—No creo que eso funcione en mi caso —dijo él—. Espero no llegar a enterarme nunca.

—Como lo de Santa Claus.

—Eso es. ¿Dónde estábamos?

—Si lo averiguan, esperas que sepa dónde me aprietan las Saucony.

Hizo un gesto de asentimiento.

—Porque no tendrás coartada, ellos dispondrán de uno o dos testigos y posiblemente alguna prueba material y el cadáver de la bañera hará que se te complique la situación. Como dijo un antiguo presidente, estarías en una letrina. Su sucesor probablemente te aconsejaría que te taparas la nariz.

—¿Qué debería hacer?

—Estate quietecito. No entrar a robar en ninguna casa.

—No tenía planeado hacerlo.

—Pues entonces no cometas ningún robo que no tengas planeado. El dinero no

merece la pena. Hablando de dinero, Carolyn me ha dado diez mil dólares.

Tiempo atrás había construido un compartimiento secreto en el armario de Carolyn. Es pequeño (no podría esconderse un tercer gato en él), pero es un escondrijo perfecto para dinero y objetos de valor. Siempre he creído en la conveniencia de mantener un fondo para casos de urgencia, y me parecía lógico guardarlo no sólo en un lugar que yo tuviera a mi alcance sino también al que ella pudiera acceder con facilidad. Por tanto había escondido los diez mil dólares en el piso de Carolyn, y ella se los había entregado a Wally, tal como yo le había indicado.

—Querían poner una fianza de medio millón de dólares —dijo Wally—, porque esa es la cantidad que el seguro debería pagar por los cromos. He conseguido que la rebajen a cincuenta mil o cinco mil en efectivo, cantidad que he satisfecho. Los recuperaremos en cuanto retiren los cargos. Creo que debería quedarme con los otros cinco mil como anticipo.

—Como quieras.

—Tengo prisa —dijo—. Siento haberte fastidiado el asunto con Patience, pero probablemente puedas aclarar la situación. Mándale unas flores y a correr.

—¿Tú crees?

—Les encanta que les manden flores. No me preguntes por qué. ¿Te importa pagar la cuenta? De lo contrario acabará en tu factura.

—Ya me ocupo.

—Estupendo. Tómatelo con calma, Bernie. Acábate tu desayuno. Ya te llamaré.

Habría podido ir directamente a la librería y abrir, pero no me apetecía después de pasar la noche en una celda. Fui a casa, me duché, me afeité y me puse ropa limpia. De ahí que ya fueran más de las doce cuando volví al centro. A pesar de la escenita que hizo, imaginé que *Raffles* ya había recibido su comida. La nota que encontré sobre el mostrador me sacó de dudas.

Arrastré la mesa de las ofertas fuera y llamé a la Casa del Caniche.

—Acabo de abrir —le dije a Carolyn—. Gracias por dar de comer a *Raffles* y, puestos a dar las gracias, gracias por llamar a Wally y darle el dinero de la fianza, y por ser en general una buena chica.

—De nada, Bern.

—Gracias también por llamar a Patience.

—El caso es que le pedí a Wally que la llamara.

—¿Y eso?

—Pensé que causaría mejor impresión. Acuérdate de que ya la he llamado en una ocasión para cancelar una cita contigo. ¿Qué va a pensar si recibe dos llamadas seguidas de una mujer que no conoce?

—Entiendo —dije, y a continuación le expliqué la curiosa manera con que Wally había cancelado mi supuesta cita con la psiquiatra—. No estoy echándote la culpa —le aseguré—. Hiciste lo que consideraste correcto, y Wally también. Pero hubo un malentendido en la traducción.

—Cualquiera diría que no tengo suficiente con ocuparme de que mi vida afectiva sea un continuo desastre —dijo—. Parece como si todavía tuviera el tiempo o las energías para estropear la de otra persona. No sé qué decir. La he cagado, Bern.

—Has equilibrado la balanza —dije—. Has dado de comer a un gato y has dejado suelto al que había encerrado.

—¿Qué vas a decirle?

—Todavía no lo he pensado. Por el momento le he mandado flores.

—¿Cómo se te ha ocurrido?

—Me lo sugirió Wally.

—¿De veras? Bueno, ¿de qué sirve tener un abogado si no aceptas sus consejos?

—Eso mismo pensé.

—¿Qué le has mandado? ¿Un ramo con un surtido?

—No —respondí—. No sabía si mandarle flores o una planta. Ya sabes, algo que dure.

—Algo que siga teniendo mucho tiempo después de que olvide haberte conocido.

—Eso es. He acabado optando por una docena de rosas y una planta, una violeta africana con una bonita macetita.

—Rosas rojas, espero.

—Sí, por cierto. ¿Por qué lo preguntas?

—Y una violeta azul, ¿no? ¿Has mandado también un poema?

—¿Un poema?

—Oye, tengo que dejarte, acaba de entrar una mujer con un puli. Vas a estar ahí toda la tarde, ¿no?

—Claro —dije—. A menos que vuelvan a arrestarme.

Una hora más tarde cualquiera hubiera dicho que podía adivinar el futuro. Estaba registrando en la caja el importe de los libros que había comprado uno de mis clientes habituales, una médica de urgencias del hospital St. Vincent. Pasa por la librería todos los sábados y compra una docena de libros, todos ellos novelas de misterio escritas por duros escritores del sexo masculino.

«No hay nada más relajante —me dijo en una ocasión— que la sangre de la que tiene que responsabilizarse otra persona».

Estábamos charlando sobre algunas de sus novelas favoritas cuando Ray Kirschmann entró en la librería. Por lo general sabe comportarse, y si tengo un cliente aguarda a que llegue su turno. Sin embargo, aquel día iba acompañado por un mocoso de la oficina del fiscal de distrito e, interrumpiendo nuestra transacción de golpe y porrazo, estampó un papel en el mostrador.

—Perdone, señorita —dijo—, pero tengo una orden que me autoriza y da poder para registrar este local.

—Si me dices qué estás buscando —dije apaciblemente—, quizá pueda ahorrarte tiempo.

—Vaya, muy amable de tu parte —repuso él—, pero sé lo que quiero y sé dónde encontrarlo, porque lo vi ayer aquí.

Condujo al ayudante del fiscal a la sección de deportes e inmediatamente cogió un libro de la estantería, tras lo cual pasó un rato escogiendo un par de volúmenes más. Luego entregó los tres libros a su joven acompañante, quien los trajo al mostrador y los dejó en él mientras extendía un recibo con una perfecta caligrafía de escuela parroquial.

—«Recibidos de Bernard Grimes Rhodenbarr —leyó Ray en voz alta— los tres libros siguientes: *Guía del señor Mint para la inversión en cromos de béisbol y otros coleccionables*, *Enciclopedia de la tasación de cromos de deportes*, e *Introducción a los cromos de béisbol*». Ayer sólo vi uno, el del señor Mint. Los demás los tenías metidos en el estante de abajo.

—Lo hice para desorientarte, Ray. Oye, si querías libros, ¿no habría sido más sencillo comprarlos? Me parece que cuesta menos esfuerzo que conseguir una orden. Las guías de precios como esa prácticamente las regalo, porque para cuando llegan a

la librería suelen estar desfasadas. Si quieres una más actual, te recomiendo que vayas a Barnes & Noble, entre la Quinta Avenida y la calle Dieciocho. Hacen descuentos, aunque ya sé que no es lo mismo que te regalen el libro...

—Estos libros son pruebas —dijo el joven. Se llamaba J. Philip Flynn, según el recibo que me entregó.

—¿Pruebas?

—De conocimiento previo —dijo J. Philip Flynn. Luego levantó los libros para sopesarlos y preguntó—. ¿Tiene algo donde meterlos?

Reprimí un impulso y le di una bolsa. Ray dijo:

—¿Cómo puedes fingir ignorar que merece la pena robar cromos de béisbol, Bern, cuando aquí tienes no uno sino tres libros sobre el tema? —Meneó la cabeza, asombrado ante la perfidia de la naturaleza humana.

—Tengo medio estante lleno de libros sobre lucha libre —dije—, pero no tengo ni idea sobre cómo he de coger a un policía y un abogado para entrechocar sus cabezas. Sé que esto va a producirte una conmoción, Ray, pero de hecho hay un par de libros en la tienda que no he tenido tiempo de leer.

—Bueno, pronto lo tendrás —dijo—. Tiempo de sobra, tal como veo la situación.

Dicho aquello, se largó, y J. Philip Flynn detrás de él. Me volví hacia mi cliente y pedí disculpas por la interrupción.

—Vaya con la policía... —dijo vehementemente—. Hoy es sábado; dentro de doce horas estaremos cubiertos de puñaladas y heridas de bala hasta las clavículas, y estos dos héroes se dedican a confiscar libros. Al principio pensé que buscaban pornografía infantil, pero los libros que se llevaron eran sobre cromos de béisbol, ¿no?

—Me temo que sí.

—No sabía que fueran ilegales —dijo—. ¿De qué se trata? ¿De algún chicle con agentes cancerígenos? —Alzó una mano e hizo un gesto como para rechazar la idea—. Es una locura... Pero mira quién está aquí. Hola, *Raffles*. ¿Estabas escondiéndote de la maldita policía? Eres una monada. Sí que lo eres...

—Miau —dijo *Raffles*.

Cuando la tienda está vacía, o cuando las personas que están hojeando libros me parecen gente de fiar, suelo coger un libro y ponerme a leer. Hay una campanita que suena cuando alguien abre la puerta, pero si estoy muy absorto en la lectura, no siempre la oigo.

Eso fue lo que ocurrió a las cuatro y media. Me encontraba de nuevo en la prehistoria, compartiendo la consternación de la heroína al ver que los hombres de Neanderthal no la entendían, cuando un expresivo carraspeo procedente del otro lado del mostrador me devolvió al presente. Aparté la mirada de las bestias primitivas de

la página y la posé en los ojillos de cerdo de Borden Stoppelgard.

—Supongo que querrá su cambio.

—¿Qué cambio? ¿El de anteayer? No, por supuesto que no. Ya me lo ofreció entonces y no lo acepté. ¿Cree acaso que iba a venir hasta aquí expresamente para eso?

—Probablemente no —dije—. A menos que haya tenido que venir al barrio para desahuciar a unos cuantos huérfanos y viudas.

—Tiene usted una idea equivocada de mí, Rhodenbarr.

—No me diga.

—Verdaderamente equivocada. ¿Qué clase de hombre desahucia viudas y huérfanos en septiembre? Es en Nochebuena cuando hay que hacerlo.

—«Escuchad cómo cantan los alguaciles de la ciudad...».

—Mi villancico favorito —dijo, riendo de buen humor. Se acercó al mostrador y añadió—: A decir verdad, he venido aquí expresamente, pero no para comprar libros. Lo que en realidad quiero es disculparme. El otro día comenzamos la conversación con mal pie y fue culpa mía. Tenía una idea equivocada de usted.

—¿De veras?

—Son gajes del oficio, Rhodenbarr. Tengo que juzgar a la gente a primera vista, y por norma se me da bien. Pero nadie es perfecto, y de vez en cuando meto la pata.

—Son cosas que ocurren.

—Esto es lo que hice —dijo—. Entré aquí, eché un vistazo a la tienda, le eché un vistazo a usted y saqué una conclusión precipitada. Mira qué pobre tonto, se desloma intentando sacar veinte mil al año con un negocio sin futuro. Tanto él como todo el mundo saldrá ganando cuando suba el alquiler y las leyes del mercado le saquen de esta miseria, me dije.

—Eutanasia económica —sugerí.

—Esa es una buena manera de definirlo. Pero fue en esto en lo que me equivoqué. Me guie exclusivamente por las apariencias, y luego me enteré de que usted no es un triste e insignificante librero. Usted es en realidad un ladrón.

—Eh... señor Stoppelgard...

—Por favor —dijo—, llámeme Borden.

—Eh...

—¿Y cómo le llamo yo a usted? ¿Bernard?

Dame pan y llámame tonto, pensé.

—Bueno, la gente suele llamarme Bernie.

—Bernie —dijo él—. Bernie me gusta.

—Entonces me lo quedo.

—Un ladrón —repitió, pronunciando la frase como una abuela de Miami Beach diría «un médico», «un abogado» o «un especialista»—. Esto —dijo, indicando lo

que le rodeaba con gesto desdeñoso— no es el antro arruinado que parece ser. Al contrario, es una tapadera montada con brillantez. Permita que le felicite, Bernie.

—Gracias —respondí—, pero...

—Y, por si fuera poco, usted no es un ladrón normal y corriente, según he oído decir. Al parecer es un genio en su especialidad. La cerradura que pueda detenerle aún no ha sido inventada, según ese policía. Y cuando se lo he oído decir, en su voz he notado algo más que admiración mal disimulada.

Estaba dándome coba. ¿Por qué?

—Es normal que se disgustara ante la perspectiva de una subida de alquiler. La librería le va bien porque es una empresa de subsistencia que genera muy pocos gastos. En cuanto el alquiler suba a una cantidad cercana al valor de mercado, no podrá ganar lo suficiente para que le salgan las cuentas, a menos que cambie de planteamiento. La alternativa es inyectar en el negocio dinero procedente de una fuente externa, y si hace eso no tardarán en preguntarle de dónde ha sacado el dinero, con lo cual no arregla nada, ¿no?

—No.

—Lo que usted necesita —prosiguió— es una renovación del contrato con el alquiler actual para un período de tiempo considerable. Usted no tiene hijos, ¿verdad?

—No que yo sepa.

—«No que yo sepa». Tengo que aprenderme esa frase. Si no tiene hijos, no hay nadie a quien vaya a dejar el negocio. ¿Le parece suficiente pasar treinta años más en el negocio del libro?

—Creo que ese tiempo sería suficiente para cualquiera.

—De acuerdo —dijo—. Este es el trato: le renuevo el contrato para treinta años por 875 dólares al mes. ¿Qué le parece eso?

—Demasiado bueno para ser cierto. ¿Cuál es la letra pequeña?

—Unos cromos de béisbol.

—¿Unos cromos?

—Son mejores que las monedas y los sellos, mejores que los impresionistas franceses, mejores que el negocio inmobiliario en Manhattan y mucho mejores que la bolsa de Nueva York.

—¿Mejores incluso que las escritoras de novelas de misterio?

—¿Es preciso que le responda? Es un negocio cambiante. Uno tiene que saber por dónde pisa. Si compra basura, dentro de diez años todo lo que tendrá será basura vieja. Si compra cromos con los que se puede especular, puede arruinarse o arruinar a alguien, dependiendo de por dónde sople el aire. Pongamos que tiene una buena colección de cromos de Bo Jackson en su primer año de profesional y de pronto él sufre una lesión que puede suponer el final de su carrera deportiva. ¿Qué sucede?

—Eso, ¿qué sucede?

—Pues que se queda tan jodido como Bo Jackson, porque sus cromos se convierten en papel mojado o como se diga. Bo tiene carisma, pero debe pasar cinco o diez años en una de las primeras ligas para obtener los resultados que le conviertan en una superestrella del mercado de los cromos. Pongamos que usted compra cromos de Nolan Ryan durante la temporada que, según dicen, va a ser la última de su carrera profesional. Sin embargo, Ryan decide aguantar un año más y, de paso, consigue en un partido que el otro equipo no batee ni una sola bola. Eso no rebajaría el valor de su álbum, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Luego están las inversiones sólidas —prosiguió—. Son más seguras y lucrativas que los bonos del tesoro. Babe Ruth, Mickey Mantle, Joe DiMaggio. O mi favorito, Ted Williams.

—No ha podido verle jugar —dije—. A menos que sea mucho mayor de lo que parece.

—No; pertenece a otra época. Pero no me hace falta verle batear. Me basta con sus resultados. Fue el último en batear por encima de los cuatrocientos en una primera liga. —A este dato añadió una serie interminable de estadísticas: medias de partidos jugados y bolas largas bateadas, *home runs*, carreras obtenidas con un solo golpe, e incluso robos de base. Si te interesan estos datos, consulta una enciclopedia de béisbol—. Teddy Béisbol —dijo reverentemente—. El Flaco Maravilloso. No volveremos a ver a nadie como él.

No supe qué decir.

—Pasó diez años en el ejército, ¿sabía? Durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Sabe lo que le costó aquello?

—Ni idea.

—Cuatro de los mejores años de su carrera profesional. Imagínese qué resultados tendría si durante todo ese tiempo hubiera estado bateando en Fenway Park en lugar de haber estado sirviendo a su país. Eso sí, esto nos demuestra qué clase de hombre era.

—¿Un patriota?

—Un tonto. Pero eso es agua pasada, agua de borrajas o como se diga...

—Papel mojado —sugerí.

—Bien. El caso es que si hubiera jugado durante esos años...

—Supongo que sus cromos valdrían más.

—Sus cromos tienen un precio bajísimo —dijo secamente—. Cuestan una mínima parte de lo que cuestan los de Mantle, cuando, en mi opinión, Williams era un jugador mucho mejor. El cromo de primer año de profesional de Mantle de la serie Topps de 1952 le costaría a usted treinta mil dólares en estado casi perfecto. Pues bien, veamos ahora el cromo de primer año de profesional del Flaco Maravilloso de

la serie Play Ball de 1939. Tiene trece años más y pertenece a una serie muchísimo más difícil de encontrar, y aun así uno puede conseguir el cromo en perfecto estado por menos de cinco de los grandes. Pero no me anime, que si me pongo a hablar...

—Descuide.

—Es que de pequeño coleccionaba cromos.

—Yo también, hasta que mi madre los tiró a la basura.

—A la mía no se le habría ocurrido tocar mis posesiones. Pues bien, me hice mayor, me metí en el mundo de los negocios, guardé mis cromos y me olvidé de ellos. Luego me casé y mi esposa y yo tuvimos un hijo. Entretanto, mi hermana Edna también se casó.

—Con Martin Gilmartin.

—Cuando mi hijo llegó a la edad en que podían interesarle, le regalé mi colección de cromos para que jugara. Se lo mencioné a Martin, y resultó que él también era un gran coleccionista. Fue entonces cuando me enteré del potencial que tienen estos cromos como inversión.

—Y cuando se los quitó a su hijo.

—Marty me prestó un catálogo —dijo— y miré los cromos del chico. No encontré ninguno valioso o raro en la colección, lo cual no me sorprendió. Se encontraban en un estado espantoso: algunos pegados con cinta adhesiva, otros desgastados, rozados y arrugados. Sin embargo, había uno que, de no haber estado en tan mal estado, habría costado cincuenta pavos.

—Caramba.

—¿Cuánto pagué yo por ese cromo? Creo recordar que por veinticinco centavos te daban una bolsa entera, chicle incluido. Ahora ya no se molestan en darte el chiche, ¿sabía? Se han enterado de que los chavales los tiran. Bueno, el caso es que pagué cinco centavos por ese cromo, y ahora vale cincuenta pavos, o los valdría si hubiera cuidado de él como Dios manda.

—La próxima vez ya sabe qué tiene que hacer.

—Eso es precisamente lo que me dije. Esta vez vas a cuidar bien de tus cromos, me dije. Así que empecé a coleccionar. Le dejé a mi hijo que se quedara con los viejos y, a partir de entonces, empecé a comprar cromos de calidad...

En ese momento sonó el teléfono.

—Barnegat Books —dije.

—Hola, Bernie.

Era una voz de mujer, conocida pero difícil de identificar. Hice memoria y conseguí acordarme.

—Hola, Doll, encanto. No esperaba volver a tener noticias tuyas.

—¡Vaya forma de saludar! Pero eres tú el encanto, Bernie. Son una verdadera preciosidad.

—¿De veras?

—Las rosas son espectaculares.

Vaya por Dios, pensé. Me he equivocado de mujer.

—¡Patience! —dije.

—Y la violeta africana es todo un detalle, pero te lo advierto, soy gafe con las plantas. Se me acaban muriendo todas.

—Dicen que es bueno hablarles.

—Ya, pero nunca sé qué decirles. ¿Crees que a esta le gustará la poesía? Podría leerle en voz alta. —Suspiró—. Tampoco sé qué decirte a ti. Dos noches, dos citas canceladas, dos amigos diferentes cancelándolas en tu lugar... ¿O es que también sabes imitar voces?

—Sólo la de Jimmy Stewart.

—Me muerto de ganas de oírte. Dos excusas diferentes: primero enfermo y luego encarcelado. Las dos palabras están prácticamente en la misma página del diccionario, aunque eso ya lo sabes. Esa es la página en la que buscas excusas para cancelar todas tus citas, ¿no?

—Patience...

—Podríamos quedar de nuevo —prosiguió—, aunque sólo conseguiría que alguien me llamara por teléfono para decirme que te han endemoniado. O que te has endeudado o que estás enfadado. O que un endomingado encopetado te ha endilgado un encargo... Las rosas son realmente preciosas.

—Me alegro de que te gusten.

—Me sentía terriblemente deprimida. Me ocurre a menudo. Como a la mayoría de los poetas; es una especie de enfermedad laboral. Pero entonces llegaron tus flores y me animaron. De modo que me es difícil decir que estoy enfadada contigo. ¿Eres realmente un ladrón?

—Puedo explicártelo —respondí.

—Siempre que la gente dice eso, es que no puede explicarlo. Pero voy a darte una oportunidad. Mañana por la noche se va a celebrar una lectura de poesía en el Café Villanelle, de Ludlow Street. ¿Sabes dónde está?

—Más o menos.

—Van a leer poemas dos clientes míos, y les he prometido que iría. Es posible que yo también lea, aunque no estoy segura. Está programado que la lectura comience a las diez, pero se puede ir antes, o más tarde. Incluso da lo mismo si no se va en toda la noche.

—Patience...

—Lo que ya no da lo mismo —dijo— es pedir a alguno de los muchísimos amigos que tienes que me llame para darme una excusa, empiece esta por la letra que empiece. Así que quizá te vea mañana por la noche, Bernie, o quizá no.

—Me verás.

—Vale, pero si no vienes —concluyó—, hazme un favor: no me mandes flores.

—De modo que empecé desde abajo —dijo él—. Igual que cuando me metí en el negocio inmobiliario. Uno comete algunos errores, pero ¿de qué otra manera puede uno cogerle el tranquillo a lo que está haciendo? Tiene que echar el resto, tiene que estar dispuesto a mojarse, a nadar incluso si no puede guardar la ropa, y luego volver a la carga... —Frunció el entrecejo en señal de perplejidad, lo cual no era de extrañar —. Bernie —dijo entonces—, no sé cómo puede aguantar oír todas estas idioteces.

—Son interesantes.

—Es muy amable al decir eso, pero será mejor que no nos andemos por las ramas. Ambos podemos salir beneficiados de esta situación. Los dos tenemos algo que el otro quiere. Yo tengo una librería que puedo alquilarle para treinta años por la mitad de lo que vale un palomar de azotea en Bensonhurst. Y los dos sabemos lo que usted tiene.

—¿Y qué es lo que yo tengo?

Me miró con una sonrisa de oreja a oreja y dijo:

—Los cromos de béisbol de Marty.

—En 1950 —le dije a Carolyn—. Mostazas Chalmers sacó al mercado una promoción especial. Cada vez que comprabas un tarro de su mostaza, te regalaban un cupón. Si lo enviabas por correo, te regalaban tres cromos de béisbol.

—Es la primera vez que oigo hablar de Mostazas Chalmers.

—Eso es porque no eres de Boston. Chalmers es una empresa estrictamente local, y supongo que hace unos años fue adquirida por alguna sociedad importante. Sin embargo en su época debió de ser muy popular. Si comprabas una salchicha en Fenway Park, te ponían mostaza Chalmers.

—A menos que dijeras: «¡Alto, que me amostazo!».

—Había cuarenta cromos en total —proseguí—, y en todos ellos aparecía el mismo jugador, Ted Williams, que en aquel entonces era lo único que en Boston tenía más popularidad que la mostaza Chalmers. Aparecía en varias posturas y haciendo cosas diferentes. Principalmente bateando, desde luego, pero también cogiendo bolas altas, corriendo de base a base, escuchando el himno nacional con la gorra en las manos y firmando autógrafos a los niños.

—Me hago una idea.

—Para reunir los cuarenta cromos, uno habría tenido que comprar toneladas de mostaza.

—Catorce tarros —dijo Carolyn—. Y te quedarían dos repes que podrías cambiar por Dwight Gooden.

—Aún no había nacido en aquel entonces. El problema es que uno no recibía necesariamente cromos diferentes cada vez que enviaba un cupón, al igual que ocurre hoy día cuando compras un sobre de cromos de béisbol en una tienda de chucherías. Supongo que de algunos cromos sacarían una cantidad mayor que de otros y que los más difíciles de conseguir no serían distribuidos hasta el final de la promoción. La intención de Chalmers era hacerte comprar toda la mostaza posible.

—Muy astuto.

—Pero no muy eficaz, como luego se demostró, ya que los niños se cansaron de recibir siempre los mismos cromos de Williams cada vez que aparecía el cartero. Y supongo que sus padres se cansaron de comprar botes de mostaza. Además, en aquella época no había inversores, de manera que la promoción fue perdiendo interés y la cantidad de cromos 31 y 40 que consiguió llegar a manos de los coleccionistas fue relativamente baja. Esto hace que la colección sea difícil de completar.

—Y valiosa, supongo.

—Pues no —dije—, ya que fue una colección de alcance estrictamente regional, limitada a un único jugador, de modo que no se trata de algo que uno deba tener necesariamente para considerar su colección completa. Ni siquiera consta en la

mayoría de las enciclopedias de cromos. Y los cromos son bastante feos, según Stoppelgard. Las fotos son todas en blanco y negro y la impresión deja mucho que desear. Además, la serie es demasiado larga. Una docena de cromos dedicada a un solo jugador puede resultar interesante, pero cuarenta son demasiados. De ahí que la serie nunca llegase a ser popular.

—¿Cuánto vale?

—No es fácil calcularlo. Si lo que deseas es la colección completa, tienes que dedicarte a buscar los cromos uno por uno e ir reuniéndolos poco a poco. Hay que tener cuidado con el estado en que se encuentren, ya que muchos cromos tienen una impresión bastante deficiente. Le pedí insistentemente a Stoppelgard que me diera un número, y me dijo que el 40 es verdaderamente raro, y es probable que llegue a salir por mil dólares. Los más comunes de la colección cuestan entre diez y veinte dólares. Los cromos 31 y 39 podrían llegar a venderse por cien dólares cada uno.

—Entonces la colección completa valdrá...

—En torno a los tres mil dólares. Calderilla, según Borden Stoppelgard, pero esto es lo de menos. Lo importante es que Marty Gilmartin la tenía y Stoppelgard no.

—¿Y Stoppelgard quería tenerla?

—Desesperadamente. Pero Gilmartin no quería vendérsela. A Gilmartin le importaba un rábano Ted Williams, pero aun así se negaba tercamente a desprenderse de ella, una actitud que a Stoppelgard le parecía propia del perro del hortelano.

—Y ahora quiere que tú le des la colección.

—Junto con el resto de los cromos de Gilmartin, a cambio de lo cual él me ha ofrecido un arreglo muy tentador para el alquiler de la tienda. Ojalá tuviera los malditos cromos. Aceptaría el trato sin pensarlo dos veces.

—¿De veras, Bern? Creía que la colección de Gilmartin valía un millón de dólares.

—Eso dice Gilmartin. Está asegurada sólo por la mitad de esa cantidad, lo cual significa que la compañía de seguros probablemente pagaría el veinte o el veinticinco por ciento de medio millón para no tener que pagar la reclamación. Si le dejara a Ray ser el intermediario, él acabaría embolsándose la mitad, de modo que a mí me quedarían... ¿Cuánto? ¿Cincuenta mil dólares?

—Si tú lo dices.

—Me saldría más a cuenta vender los cromos directamente a un perista —dije—. De ese modo mis ganancias podrían alcanzar una discreta cifra de cinco ceros. Como me indicó Stoppelgard, el nuevo alquiler me saldría casi por esa cantidad el primer año. Ya lo creo que habría aceptado el trato.

—No creo que te creyera cuando le dijiste que no tienes los cromos.

—Pues no sé qué decirte...

—¿Por qué?

—No creo ni que le importara —respondí—. Si quiero prorrogar el contrato, todo lo que tengo que hacer es llevarle medio millón de dólares en cromos de béisbol. A él le da igual que sean los de Marty. Ni siquiera le importa que la colección de Mostazas Chalmers forme parte del paquete, aunque desde luego sería de agradecer. Le da igual de dónde hayan salido. Incluso me atrevería a decir que le da igual si son cromos de béisbol. Se conformaría con primeras ediciones de Sue Grafton si entre todas suman medio millón. Ya sabes lo que decía Scott Fitzgerald.

—¿El hermano de Geraldine?

—«Los muy ricos son distintos de ti y de mí». Pues bien, lo mismo cabe decir de los muy codiciosos. Cuando pensaba que yo era un librero pobre pero honrado, Stoppelgard quería echarme de su edificio. En cuanto se ha enterado de que soy un delincuente convicto, ha venido corriendo a hacerse amigo mío porque piensa que puede utilizarme.

—¿Y puede hacerlo?

—Espero que sí —dije—, porque lo que quiero es salvar mi tienda, y por primera vez desde hace semanas tengo esperanzas.

También tenía Perrier. Estábamos en el Bum Rap, y no quería beber nada que pudiera hacerme perder reflejos u ofuscarme el juicio, ya bastante poco fiable de por sí.

—No es que tenga planeado nada aparte de pasar la noche en casa tranquilamente —expliqué—, pero no quiero descartar ninguna posibilidad.

—Lo comprendo, Bern.

—No sé por qué, pero pasar una noche en una celda te deja fuera de juego —dije—. Cuando Patience telefoneó a la tienda, la llamé Doll. Pero no se dio cuenta. Pensó que era una expresión desenfadada y cariñosa.

—No habría funcionado si la hubieras llamado Gwendolyn.

—Cierto.

—¿Por qué pensaste que se trataba de Doll?

—No lo sé.

—¿Estabas pensando en ella?

—Conscientemente no. Estaba en medio de una conversación con Borden Stoppelgard. Si estaba pensando en alguien, era en Ted Williams.

—No creerás que...

—No —dije—, no lo creo.

—No me has dejado acabar la pregunta.

—«¿No pensarás que son la misma persona?». Esa era la pregunta, ¿verdad? Pues bien, la respuesta es no.

—¿Te has parado a pensar en ello?

—No quiero pararme a pensar en ello —dije—, porque es totalmente imposible.

Son dos mujeres diferentes.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Las he visto, Carolyn.

—De acuerdo. Pero ¿las has visto alguna vez al mismo tiempo?

—No —dije—, y es probable que no lo haga nunca, pero si se da el caso, no será difícil diferenciarlas. Para empezar, Doll es morena y Patience es rubia oxigenada.

—¿Has oído alguna vez hablar de las pelucas, Bern?

—Patience le pasa a Doll sus buenos diez centímetros.

—Tacones altos, Bern.

—Déjalo ya. Patience parece salida de un cuadro de Grant Wood o Harvey Dunn. Es alta, esbelta y tiene la cara larga y las facciones angulosas. Doll tiene la cara con forma de corazón y las facciones correctas.

—Oye, no era más que una idea, Bern.

—Son dos mujeres diferentes.

—Bien. Pero no te pongas como un energúmeno conmigo. He tenido un mal día.

—Lo siento.

—He estado despierta media noche preocupada por ti y luego he tenido que lavar y peinar a un puli con rizos de rasta. ¿Sabes el desafío que eso supone? Los pulis y los komondors son los rastafaris del mundo de los perros. —Cogió su vaso, vio que estaba vacío e hizo una mueca—. Una de dos: o pido otro o me voy a casa. Creo que voy a irme a casa.

Fui al norte en metro. No me detuve a comprar el periódico, y nadie me detuvo para pedirme que me desviara de mi camino. Miré alrededor, como si tuviera la esperanza de ver a Doll Cooper acechando en algún portal. Pero no la vi. Fui andando hasta casa y saludé al portero con la cabeza, quien me correspondió de la misma manera. Era uno de los que conocía sólo por gestos. ¿Sería el mismo que había informado de mis movimientos a la poli? Decidí que sí, y acto seguido decidí que su sobre del aguinaldo iba a ser un poquito más delgado aquel año.

Encontré mi piso tal como lo había dejado. Esperaba que algún duende hubiera entrado y lo hubiese limpiado en mi ausencia, pero no había sido así, y tampoco Ray Kirschmann había ido a registrarlo. Encendí el televisor, y durante la segunda tanda de anuncios llamé a Hunan Miracle y pedí la cena. En un abrir y cerrar de ojos el chico ya estaba llamando a mi puerta con una bolsa de macarrones de sésamo con cerdo moo shu. Cuando le pagué y le di la propina, me miró con una sonrisa de oreja a oreja y salió corriendo para meter menús bajo la puerta de todos mis vecinos.

Me puse cómodo para pasar una noche tranquila en casa.

Eran casi las once cuando sonó el teléfono. Contesté. Una voz de mujer dijo:

—¿Señor Rhodenbarr?

—¿Sí?

—No sé si me recordará, pero me hizo un gran favor anteanoche.

—No fue un favor tan grande. Lo único que hice fue acompañarte a casa.

—De modo que te acuerdas.

—Es difícil olvidarse de ti, Doll.

—Es verdad, me pusiste un nuevo nombre. Se me había olvidado; nadie me ha llamado de ese modo desde entonces. Cuando lo has dicho, me ha recordado a una frase de Mickey Spillane: «Es difícil olvidarse de ti, Doll». Deberías fumar cigarrillos sin filtro y llevar sombrero de ala flexible, y de fondo debería sonar un blues.

—Una cantante —añadí— interpretando lentamente *Stormy Weather*.

—O *Es fácil amarte*. La oírías cantar de fondo: «Es tan fácil... amarte», que es algo muy parecido a lo que tú has dicho: «Es difícil... olvidarse de ti». Un bonito detalle, ¿no te parece?

—Muy bonito.

—Perdona. ¿Sabes qué estoy haciendo? Estoy dando rodeos. He de pedirte otro favor y tengo miedo de que me digas que no. ¿Podría hablar contigo?

—¿No es eso lo que estamos haciendo?

—Me refiero personalmente. Estoy en la cafetería que hay en West End con la Setenta y dos. Si bajas te invito a un café. O si quieres puedo subir yo a tu piso.

Eché un vistazo alrededor. Los duendes no habían venido, y yo no había hecho su trabajo.

—Bajo ahora mismo —dije—. ¿Cómo te reconoceré?

—Bueno, en lo fundamental no he cambiado de aspecto —respondió ella—. No he envejecido tanto en estos dos últimos días. No llevo la misma ropa. Llevo...

—Un pantalón apretado de vinilo rojo y una camiseta de los Grateful Dead.

—Estaré en uno de los reservados del fondo —dijo—. Ven a comprobarlo con tus propios ojos.

Vaqueros desgastados, un jersey de cuello vuelto de color marrón cacao y una chaqueta de cuero negro estilo motorista con cremalleras en los bolsillos. No llevaba esmalte en las uñas ni anillos en los dedos. Me senté enfrente de ella y pedí al camarero una taza de café. La trajo y volvió a llenar la taza de Doll sin que ella se lo pidiera.

—Tengo que hacerte un par de preguntas —dije—. ¿Cómo sabes mi número de teléfono?

—Lo busqué en la guía.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo dijiste tú, Bernie. ¿No te acuerdas?

—¿De veras?

—Me dijiste que te llamabas Bernie Rhodenbarr y que tenías una librería de libros usados en el Village. No he podido llamarte allí porque no sabía el nombre ni la dirección de la tienda, pero tú eres el único B. Rhodenbarr que figura en la guía de Manhattan, y además sabía que vives en la Setenta y uno con West End, porque me lo dijiste.

—Vaya.

—Me hiciste un favor —dijo—, y fuiste muy amable, así que he pensado que, si no me topaba contigo en el barrio, podía llamarte alguna vez. Y luego cuando Marty Gilmartin me habló de ti...

—¿Marty?

—Marty Gilmartin —dijo—. Seguro que lo conoces. Le has robado sus cromos de béisbol.

—Espera un momento —dije.

—¿Sí?

—Sé quién es Marty Gilmartin, pero no le he robado sus cromos de béisbol... Espera un momento.

—Estoy esperando, Bernie.

—Bien —dije, y cerré los ojos. Cuando los abrí, ella seguía allí, esperando pacientemente—. Esto es desconcertante —dije.

—¿De veras?

—¿Cómo es que lo conoces?

—Es amigo mío.

—Bueno, eso lo aclara todo.

—Digamos que un amigo especial.

—No me digas.

Lo dije con tono malicioso, supongo, porque se ruborizó.

—No sé si conoces bien a Marty —dijo.

—Pues no muy bien. Sé dónde vive, y sé el aspecto que tiene su edificio, porque he ido a echarle un vistazo, aunque juro que jamás he puesto los pies en su casa. A él no le conozco personalmente. He visto a su esposa en una ocasión, pero tampoco la conozco personalmente. Conozco a su cuñado porque resulta que es el dueño de mi local, lo cual significa que el mundo es un pañuelo. Algo que tú me has confirmado cuando has mencionado su nombre.

Ella bebió un sorbo de café.

—A Marty le chifla el teatro —dijo—. Lo ve todo, y no sólo lo de Broadway. Es miembro de los Pretenders, la sociedad de actores de Gramercy Park. Su nombre aparece en los carteles de la mitad de teatros de *off-Broadway* de la ciudad entre las personas que han financiado o dado una ayuda económica para producir la obra. Es sumamente generoso.

—Comprendo.

—Marty tiene cincuenta y ocho años. Es lo bastante mayor para tener una hija de mi edad, pero no la tiene. Se casó tarde, y él y su esposa no han tenido hijos.

—De manera que es como un padre para ti.

—No.

—Me lo imaginaba.

—Cuando lo conocí —dijo—, yo trabajaba en un bufete de abogados de la periferia llamado Haber, Haber y Crowell.

—Ya me hablaste de ellos.

—Lo sé. Te dije que todavía trabajaba en él, pero no es verdad.

—Marty te sacó de todo aquello.

Ella asintió.

—Él era un cliente y yo una aspirante a actriz de teatro, que iba a clases y acudía a todas las pruebas. Haber, Haber y Crowell era un lugar muy conveniente en ese sentido. Representan a mucha gente del mundo del teatro, y contratan a muchos actores y actrices jóvenes como recepcionistas y oficinistas.

—Y como pasantes.

—Nunca he trabajado de pasante. Trabajé en recepción y en centralita hasta que, como tú mismo has dicho, Marty me sacó de todo aquello. Fue muy amable conmigo, se interesó por mi carrera profesional, me invitó a comer en Pretenders y me presentó a mucha gente. Decía que para una joven es muy difícil intentar abrirse camino en el teatro de Nueva York y mantener al mismo tiempo un trabajo de jornada completa. Y es cierto, créeme.

—Lo creo.

—También me dijo que le gustaría pagar el alquiler de mi piso y darme cada mes el dinero suficiente para salir adelante. No nadaría en la abundancia, pero me

permitiría ir tirando hasta que tuviese alguna oportunidad de triunfar en el teatro.

—Y a cambio todo lo que tenías que hacer era acostarte con él.

—Ya estaba haciéndolo.

—Vaya...

—Es un hombre atractivo, Bernie. Es alto y delgado, tiene un abundante cabello canoso y es muy distinguido. Tiene además una educación exquisita. Me quedé pirrada por él. Luego, cuando se me insinuó, me sentí tan halagada que ni siquiera se me ocurrió rechazarle. —Bajó la mirada y se mordisqueó un pulgar—. Pese a que por entonces yo estaba medio saliendo con alguien.

—Con Borden Stoppelgard —aventuré.

—¡Pufff! —exclamó ella—. ¿Has perdido el juicio?

—Evidentemente sí.

—Borden Stoppelgard es un cerdo asqueroso, Bernie. Te salen verrugas de tocar a gente como Borden Stoppelgard.

—Lamento haberlo mencionado.

—Yo también. Marty piensa que Borden es un tipo ridículo. Tiene que soportarle porque está casado con su hermana mayor. Sólo he hablado con Borden en una ocasión, y créeme, fue suficiente.

—¿Cuándo hablaste con él?

—En junio. Era un montaje de presentación de una de las primeras obras de P. J. Barry; yo trabajaba en ella. Ya sabes en qué consisten esas cosas, ¿no? Nadie paga, pero intentas que venga gente a ver tu trabajo. Agentes y personas de esa clase. Naturalmente, el noventa por ciento del público son amigos y familiares de los miembros del reparto, pero es una buena experiencia, sobre todo si la obra es buena, y esta era excelente.

—¿Y Marty llevó a toda la familia?

—Llevó a su mujer y a Borden y su esposa. Como es el ángel de la guarda de este teatro, recibe cuatro entradas de patrocinador para todas las producciones que se estrenan en él. —Apartó la vista por un momento y luego volvió a mirarme a los ojos—. Puede que esto esté relacionado con el hecho de que yo obtuviera el papel —añadió.

—Vaya.

—Cuando acabó la función, fui a cenar con ellos cuatro y con un par de miembros del reparto, de modo que tuve oportunidad de formarme una opinión de Borden, y ya te he dicho cuál es.

—Un cerdo asqueroso, ¿correcto?

—Quería darle el beneficio de la duda. Sería mala pata que dijera pestes de él y luego resultara tu mejor amigo. Pero está claro que no lo es, ¿verdad? Es el dueño de tu local.

—Exacto, y cerdo asqueroso es lo más agradable que han llegado a llamarle. Antes has dicho que estabas saliendo con otra persona aparte de Gilmartin.

—Es verdad, pero le dejé.

—¿Cuándo empezaste a acostarte con Marty?

—No.

—¿Cuándo él empezó a pagarte el alquiler?

—Después de eso, a decir verdad.

—¿Cuándo?

—El lunes pasado.

—¿De veras?

—¿O fue el martes? No, fue la noche del lunes. Le arrojé las llaves y me fui hecha una furia. Fue una buena salida, pero debería haberme quedado con las llaves. Bernie, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

—¿Le has robado los cromos a Marty? Si temes que lleve un micrófono escondido, no respondas en voz alta. Guíñame el ojo una vez si la respuesta es afirmativa y dos veces si es negativa.

—Me da igual si llevas un micrófono —dije—. La respuesta es no. Nadie me cree, de manera que no espero que tú lo hagas, pero esa es la respuesta.

—Te creo.

—¿De veras?

—En ningún momento pensé que los habías robado tú. En cuanto Marty me dijo que habían desaparecido e incluso antes de que mencionara tu nombre, imaginé quién podía habérselos llevado. Creo que fue Luke.

—El bueno de Luke.

—No me lo puedo creer. ¿Conoces a Luke?

—No. Es la primera vez que oigo hablar de él. Pero creo que puedo adivinar quién es. Tu novio, ¿no?

—No desde el lunes.

—Cuando le arrojaste las llaves a la cara.

—En realidad las arrojé al otro lado de la habitación.

—Háblame de Luke —pedí.

—No sé por dónde empezar. Es actor. Vino a Nueva York recién salido del instituto y ha pasado los últimos quince años buscando una oportunidad. Ha hecho algunos anuncios y pequeños papeles en seriales. También dijo un par de frases en la última película de Sidney Lumet y ha hecho una gira de tres meses con la compañía de *Las uvas de la ira*. Paga el alquiler sirviendo en un bar y trabajando para un par de empresas de mudanzas clandestinas. Transportistas gitanos, los llaman. —Frunció el entrecejo—. Le gusta que le consideren un personaje de vida turbia, a la manera

romántica. Una vez saltó de la cama a media tarde y se puso un traje y una corbata. Le pregunté adónde iba y me respondió que al supermercado. «¿Y te vestes así para ir a D'Agostino?», le pregunté. «Te tienen más respeto», me dijo, y cogió su maletín y se marchó.

»Al cabo de veinte minutos regresó con una bolsa del supermercado. Traía una lechuga, un par de patatas y no sé qué más. Un par de dólares en artículos de supermercado. Entonces exclama: «¡Ta-chán!», abre el maletín y ¿a que no sabes qué tenía dentro? Dos estupendos solomillos de ternera de tres centímetros de grosor. “Hay que saber ir de compras”, me dijo.

—¿No es así como lo hacía Jesse James?

—He de reconocer que entonces me hacía gracia. Pero cuando empecé a salir con Marty, el contraste entre los dos resultaba bastante interesante.

—Ya.

—Es una especie de ratero. Yo procuraba no enterarme de los diversos chanchullos en que andaba, pero sé que ha hecho algún trabajito de poca monta como camello. Él toma muchas pastillas, estimulantes y tranquilizantes, y las paga vendiendo algunas a sus conocidos.

—Es más seguro que vender a desconocidos.

—Al principio pensó que era estupendo que Marty me pagara el alquiler. Creía que yo también tenía algún chanchullo y que por tanto estábamos cortados por el mismo patrón. Cuando hablaba de Marty lo llamaba «el viejo» o «el bono de la comida». Comenzó a preocuparse cuando se dio cuenta de que Marty realmente me gustaba, que la relación era importante para mí desde el punto de vista afectivo.

—De modo que se puso celoso.

—Más o menos, sí.

—Y entonces reñisteis y te separaste de él.

—Eso fue el lunes, y cuando el martes por la noche Marty se puso a buscar sus cromos de béisbol, descubrió que habían desaparecido. Todo ha sido por mi culpa.

—¿Por qué lo dices?

—Le hablé del piso de Marty, y de las cosas que tenía en él. Marty me llevó una tarde del mes pasado. Él y su esposa estaban pasando la semana con unos amigos en East Hampton, y había venido por el día. Salimos a comer y luego me dijo que le gustaría enseñarme dónde vivía. No se trata de lo que estás pensando.

—¿Cómo?

—No... no hicimos nada —dijo—. Me sentía incapaz en casa de su esposa. Ya fue bastante extraño entrar allí. De todos modos es un piso precioso, con una vista espectacular del río y unos muebles magníficos. Cuando vi a Luke aquella noche, no dejé de hablarle de lo que había visto.

—Cromos de béisbol incluidos.

—Los tenía en su estudio —prosiguió—, en un cofre pulimentado de palisandro recubierto con madera de cedro. Marty guardaba en él los puros cuando fumaba; cuando la abrió, todavía se podía oler el aroma de un buen habano. La caja ni siquiera estaba cerrada con llave, y la tenía encima de su escritorio. El jueves seguía allí, Bernie, pero cuando levantó la tapa estaba vacía.

—Alguien había robado los cromos y dejado la caja.

—Fue Luke. Mostró mucho más interés cuando me oyó hablar de los cromos que cuando le describí los puentes que se pueden ver por la ventana del salón. Empezó a hablarme de lo valiosos que son los cromos de béisbol, y de lo fácil que es venderlos. Al parecer los coleccionaba de pequeño y...

—Todo el mundo ha coleccionado cromos de béisbol de pequeño.

—Pues yo no. Bueno, el caso es que la colección de Martin despertó en Luke sentimientos de codicia y nostalgia. Y cuando vio que tenía la oportunidad de vengarse de mí y Marty y ganarse de paso una pasta...

—No dudó en aprovecharla.

—Exacto.

Pensé en ello y luego dije:

—Muy bien. Así es como tú, Marty y Luke encajáis en todo esto. Al menos ahora dispongo de una tarjeta de tanteo, y todo el mundo sabe que uno no puede distinguir a los jugadores sin una tarjeta de tanteo. El problema es que no tengo un espejo a mano y si no puedo mirarme en un espejo, ¿cómo voy a saber qué número llevo?

—No te comprendo, Bernie.

—Soy yo quien no lo comprende. ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué me has llamado? ¿Qué se supone que he de hacer?

—Bueno, eso es fácil —dijo ella—. Vas a ayudarme a recuperar los cromos de Marty.

—Ya sé lo que suele decirse sobre las coincidencias —dije—: Que es la manera que tiene Dios de permanecer en el anonimato. Pero sólo me trago parte de la historia. Volvamos a la noche del jueves, ¿de acuerdo?

—Bien.

—Marty Gilmartin y su esposa y Borden Stoppelgard y su esposa... ¿Cómo es ella físicamente?

—Nada del otro mundo. Esa es la única vez que la he visto y apenas me fijé en ella. Creo que no abrió la boca en toda la noche.

—Bueno, el caso es que los cuatro fueron a ver *Si los deseos fueran caballos*. Por cierto, ¿les gustó la obra? Se lo pregunté a Marty, pero fue como si le hubiera preguntado a Mary Lincoln qué opinaba de *Nuestro primo americano*. Esto ocurrió después de medianoche.

—¿Cuál es la coincidencia?

—Pues que en el momento en que salgo de la parada de metro que hay a una manzana de aquí, me paro a comprar el periódico y una joven atractiva ataviada con traje de ejecutiva y boina roja me escoge para pedirme que la acompañe a casa.

—Cosas así deben de sucederte a todas horas, Bernie.

—No me suceden nunca. Llevo ocho años comprando el *Times* de camino a casa y jamás me ha ocurrido.

—Supongo que debería haberte sucedido hace mucho tiempo.

—Pues bien —proseguí—, da la casualidad de que esta mujer es la amante de Martin Gilmartin y, en su tiempo libre, también la amante de un individuo que, según parece, ha robado los cromos de béisbol de Marty.

—Ya sé a qué te refieres con lo de la coincidencia.

—Si Dios realmente quiere mantener su nombre fuera de este asunto —dije—, debería llevar guantes, porque sus huellas dactilares están por todas partes. Esto es lo que no comprendo. ¿Cómo es posible que te enteraras del robo de los cromos a tiempo de salirme al encuentro en el quiosco de periódicos? Es más, ¿cómo sabías que era yo, teniendo en cuenta que nadie excepto la policía había consultado los datos de la compañía telefónica y averiguado que la llamada había sido realizada desde el piso de mi amiga Carolyn? ¿Y cómo te enteraste de que iba a volver a casa en metro? Habría ido en taxi si no llega a ser porque un par de patanes se me adelantaron. ¿Cómo pudiste reconocerme? No lo entiendo. No entiendo absolutamente nada, y además... Espera un momento, Doll. ¿Adónde vas?

Se disponía a salir del reservado.

—A pagar la cuenta —dijo—. Te he dicho que te invitaba a un café, ¿te acuerdas? —Puso una mano sobre la mía—. Ahora verás —añadió—, puedo explicarlo todo.

Salimos, recorrimos una larga manzana en dirección a Broadway y nos detuvimos en la esquina para mirar a la gente comprar periódicos.

—No sabía lo de los cromos de béisbol cuando te vi —me dijo Doll—. Y no sabía quién eras, y tampoco me importaba especialmente. Lo único que sabía era que no tenías aspecto de asesino sanguinario. De modo que te sometí a una prueba de carácter: esperé a ver qué periódico comprabas.

—¿Y si hubiera comprado el *Post* en lugar del *Times*?

—En ese caso —respondió—, habría escogido a otra persona. Pero estaba segura de que eras la clase de persona que compra el *Times*. Lo que te dije aquella noche es cierto. Había salido de clase de interpretación, acababa de bajar del autobús y no me gustaba el ambiente que había en la calle. Nunca me siento cómoda en la zona oeste. Sé que es un lugar tan seguro como cualquiera, pero el ambiente no me inspira confianza.

—Entonces ¿por qué vives aquí?

—No vivo aquí. Vivo en la calle Setenta y ocho entre la Primera y la Segunda avenidas.

—¿Y quién vive en el 304 de West End?

—Lucas Santangelo.

—Alias Luke el novio.

—Exnovio.

—¿Querías que una persona tipo *New York Times* te acompañara a casa de Luke?
¿Para que tuviera celos?

—Ya te lo he dicho. Tenía miedo de ir sola.

—Y de todas las personas que había en la calle...

—Bernie —dijo—, mira alrededor, ¿quieres? Y recuerda que era una hora más tarde y que estábamos a mediados de semana. Había menos personas en la calle y la mayoría se parecían a... no sé, a ese mendigo que hay allí y esos dos tipos raros de las chaquetas militares...

—Sé a qué te refieres.

—Había dejado algo de ropa en casa de Luke —prosiguió— y llevaba dos días llamándole para intentar quedar con él y recuperar mis cosas. Pero sólo me respondía su contestador automático, lo cual no significaba necesariamente que hubiera salido, ya que a veces deja que salte el aparato y espera a saber quién es antes de contestar. Así que al final decidí ir personalmente. Si estaba en casa, quizá sería lo bastante caballeroso para dejar que me llevara mis cosas.

—¿Y si no estaba?

—Quizá podría entrar por mí misma. La mayoría de las veces no se molesta en cerrar con dos vueltas. Pensé que podría entrar con una tarjeta de crédito.

—Eso no es tan fácil como parece en televisión.

—¿Y ahora me lo dices? —repuso, dándose una palmada en la frente teatralmente—. Me resultó imposible. Lo intenté con tres tarjetas de crédito, y luego probé con mi tarjeta del cajero automático, lo cual fue un error, pues creo que le doblé un poco el borde. Cuando intenté sacar dinero ayer por la mañana, el cajero se tragó la tarjeta.

—Menuda gracia.

—Me han dado una tarjeta nueva. Ha sido una molestia, nada más. Resultó más frustrante estar delante de la puerta de Luke sin poder entrar, de veras. ¿Por qué le tirarías las llaves? ¿Por qué no le tiré un cenicero?

—También podías haberte tirado de los pelos... Cuando te diste por vencida, ¿qué hiciste?

—Me fui a casa.

—¿Directamente?

—Sí. Le di las buenas noches a Eddie y me marché.

—¿Quién te acompañó a la parada de autobús?

—Nadie. Cogí un taxi.

—¿Por qué no cogiste un taxi para ir?

—Eso hice.

—Creía que habías ido en autobús.

—Te conté lo que hice de una forma un tanto resumida. Fui en autobús de clase de interpretación a casa, llamé a Luke y volvió a salirme el contestador; me cambié de ropa para tener un aspecto respetable y cogí un taxi que me llevó a través del parque. Despedí al taxi justo delante del edificio de Luke y pedí al portero que llamara a su piso. No hubo respuesta. Decidí subir, pero el portero no me dejó.

—¿Que Eddie no te dejó pasar? Me extraña que llegara incluso a notar tu presencia.

—No era Eddie. Llegué unos minutos después de las doce porque él comienza su turno a esa hora, pero aún no había llegado. El tipo que estaba de servicio es un joven haitiano que cumple siempre las normas a rajatabla. Además no creo que estuviera muy contento de tener que esperar. No me dejó entrar en el edificio, de manera que fui a Broadway por una taza de café... La otra cafetería cierra a medianoche...

—Lo sé.

—... y de camino empecé a sentir una aprensión terrible, como si alguien estuviera siguiéndome. Supongo que estaba nerviosa porque iba a entrar en el piso de Luke por la fuerza. Pero entonces apareciste tú y me acompañaste a mi casa, a casa de Luke, mejor dicho; entré, salí y me fui a casa. Al día siguiente supe que los cromos de Marty habían desaparecido. «Saben incluso quién los ha robado», me dijo. «Ese insolente hijo de perra llamó para fanfarronearse de ello y han conseguido localizar su llamada». Yo no podía creer que Luke hubiera sido tan estúpido, y luego me enteré de que habías sido tú.

—Gracias.

—No quiero decir que seas estúpido. Tú tenías tus motivos para hacer la llamada, y no había ninguna razón para no bromear al respecto. ¿Cómo ibas a saber que los cromos de Marty habían desaparecido?

—Tienes razón. Ni siquiera sabía que los tenía. —Estábamos regresando a West End mientras hablábamos; cuando llegamos a la esquina, giramos hacia el norte como si lo hubiéramos convenido previamente y nos encaminamos al número 304—. Tal como lo has contado, no parece que se produjera ninguna coincidencia. Simplemente dio la casualidad de que Eddie llegó tarde al trabajo, Luke no estaba en casa y yo fui la primera persona que apareció y compró el *Times*.

—Eso es.

—Ojalá supiera qué parte de tu historia he de creer. ¿Te llamas realmente Doll Cooper?

—Ahora sí, pero tú y yo somos las únicas personas que lo saben. Fuiste tú quien me puso el nombre, ¿recuerdas? Antes de que me lo pusieras te dije que me llamaba Gwendolyn Cooper, y así es.

—¿Puedes probarlo?

Rebuscó en su bolso y sacó un par de tarjetas de plástico.

—Mira —dijo—. Una tarjeta de cajero completamente nueva del Chemical. Antes de la fusión era Manufacturers Hanover, y a mí me encantaba ir a un banco al que podías llamar con el diminutivo *manny hanny*^[6]. Mira, esta es mi tarjeta Visa. También se dobló. ¿Ves la esquina? He intentado enderezarla pero creo que sólo he conseguido empeorar las cosas. Supongo que no pasará nada mientras no la utilice.

Le devolví las tarjetas.

—Me dijiste tu verdadero nombre. ¿Por qué?

—Por el mismo motivo por el que tú me dijiste el tuyo. Éramos dos barcos que se cruzaban en la noche. ¿Qué motivos tenía para mentirte? —Sonrió—. Además, quería que me llamas.

—¿Cómo? No estás en la guía telefónica.

—Claro que sí. G. Cooper, calle 78 Este.

—Pero ¿cómo iba a buscar tu número? Por alguna razón, tenía la impresión de que vivías en el 304 de West End Avenue.

—Podrías haberme llamado al trabajo.

—¿Dónde? ¿A Faber y Faber^[7]?

—Haber, Haber —me corrigió— y Crowell.

—Ya no trabajas allí, ¿recuerdas?

—A veces recibo todavía llamadas en la oficina. Toman recados para mí. Te dije que era una pasante porque eso impresiona más que ser una recepcionista, y como tampoco lo soy, pensé: ¿por qué no le digo algo que suene bien?

—Podrías haberme dicho que eras abogada.

—Estuve a punto de hacerlo —dijo—, pero tenía miedo de que fuera a ahuyentarte de esa manera. Hay personas a las que no les gustan los abogados.

—¿De veras?

—Ya sé que no resulta muy creíble. Bernie, te conté un par de mentirijillas. Al principio me lo planteé como una clase de interpretación. Una improvisación, ¿sabes? En clase estamos siempre haciendo escenas de ese tipo. Pero no te mentí realmente, o en todo caso lo hice en la misma medida en que tú me mentiste al no mencionarme que eres un ladrón.

Habíamos dejado de andar, y nos encontrábamos a media manzana del número 304. Ella señaló el edificio con la cabeza.

—Escucha —dijo—. Tengo una idea estupenda. ¿Por qué no entramos ahora mismo? Estoy segura de que podemos hacerlo sin que el portero nos diga nada.

—A menos que sea tu amigo el haitiano.

—También podría haber pasado fácilmente por delante de él, pero quería llamar al piso antes. Esta vez no tendremos que hacerlo. Podemos pasar como si viviéramos allí.

—¿Y luego qué?

—Luego tú puedes abrirme la puerta del piso de Luke.

—Puede que eso no le guste a Luke.

—Estoy segura de que no está —dijo ella—. ¿Sabes lo que creo que ha ocurrido? Luke robó los cromos a Marty a principios de semana. Luego recibió una oferta de trabajo fuera de la ciudad que no dudó en aceptar. De todos modos, si piensas que está en casa y te pone nervioso forzar su cerradura, siempre podemos llamar al timbre antes.

—Claro, es una buena idea —dijo—. Podemos llamar al timbre.

—Y si está en casa, diré simplemente que he venido a recoger mi ropa.

—Y luego podemos hacer una visita a los Nugent.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Los Nugent? ¿Joan y Harlan Nugent?

—Exacto. Los del 9 G.

—¿Cómo es que los conoces?

—No los conozco.

—Entonces ¿por qué los has mencionado?

—Eres tú quien los has mencionado.

—Acabas de mencionarlos hace un segundo. «Y luego podemos hacer una visita a los Nugent». Esas son exactamente las palabras que has utilizado. ¿No te acuerdas?

—Perfectamente. Pero tú los mencionaste hace dos noches cuando estábamos delante de su casa.

—¿De veras? —Se rascó la cabeza—. ¿Qué motivo podía tener para hacerlo? Apenas los conozco.

—Aun así, sigues llevándome ventaja —dijo—, porque yo no los conozco en absoluto. Le preguntaste a Eddie cuándo volvían de Europa.

—Dios santo —exclamó—. Tienes razón, se lo pregunté. ¿Pero no lo hice cuando ya te habías ido? —Meditó la pregunta y se respondió a sí misma—: Evidentemente no, porque de lo contrario no estaríamos manteniendo esta conversación. Los Nugent son una pareja de ancianos. Viven dos pisos encima de Luke.

—En el 9 G, si no me equivoco.

—¿Estás diciéndome que te mencioné incluso el número del piso? Debiste de pensar...

—Que estabas invitándome a desplumarles la casa —dijo acabando la frase por ella—. Eso fue exactamente lo que pensé. Pero si no sabías que yo era un ladrón...

—¿Cómo iba a saberlo? Cuando un hombre me dice que es librero, suelo dar crédito a su palabra.

—¿Por qué mencionaste a los Nugent?

—Porque me preguntaba si habrían vuelto ya, eso es todo. Joan Nugent pinta, y el par de veces que nos hemos cruzado en el vestíbulo me ha preguntado si quería posar para ella. La última vez que nos encontramos en el ascensor me dijo que ella y Harlan se iban a Europa pero que me llamaría cuando volvieran. —Se encogió de hombros—. Aunque no sé si quiero hacerlo, si ello va a suponer venir a esta casa y encontrarme con Luke.

—Sobre todo si sospechas que ha sido él quien robó los cromos.

—Es más que una sospecha —dijo—. Estoy segura de ello, lo cual es una razón más para que quiera coger mis cosas antes de que regrese. ¿Y si la policía registra su piso y mi ropa acaba en el armario de las pruebas?

—Podría suceder.

—Pues no te imaginas cuánto me molestaría. —Apoyó su mano en mi brazo y añadió—: ¿Qué me dices, Bernie? ¿Vas a ser un verdadero encanto y enseñarme lo bien que se te da forzar cerraduras?

Diez minutos después estábamos sentados en un Blimpie Base de Broadway, planeando la perpetración de nuestro delito. Esto nos diferenciaba del resto de los clientes, que parecían haber superado tiempo atrás la fase de los planes.

Empecé diciéndole a Doll que no quería tener que ver con ello. Llevaba más de un año alejado del robo y, de pronto, cuando no había hecho más que pensar en desvalijar un piso, me había encontrado pasando una noche en la cárcel.

—Me gustaría ayudarte —dije—. Has dejado algo de ropa en el piso de Luke y como es natural quieres recuperarla. Sin embargo, me parece que hay un par de opciones además del allanamiento de morada. Podrías esperar a que regrese y llamarle, o pedirle un préstamo a Marty e irte de compras.

—Será mejor olvidarse de la ropa —dijo.

—Eso es. Olvídala y cómprate ropa nueva.

—Olvídate de que he mencionado la ropa —repuso.

La principal razón por la que quería entrar en el piso de Luke era recuperar los cromos de Marty. Si Luke había salido de la ciudad para responder a una oferta de trabajo, era probable que se hubiera marchado apresuradamente, antes de poder convertir la colección de cromos en dinero. Quizá no tuviera ninguna prisa y prefiriera dejar que se tranquilizase la situación mientras decidía la mejor manera de venderla.

Doll estaba segura de que si lográbamos entrar en el piso de Luke, encontraríamos los cromos. Y si lográbamos devolvérselos a Marty, yo quedaría libre de la acusación del robo de su piso. Retirarían los cargos, lo cual sería algo estupendo.

—Sí, desde luego, eso estaría muy bien —le dije—, pero, según mi abogado, probablemente tengan que retirar los cargos de todos modos, ya que no tienen pruebas suficientes para procesarme, y menos aún para declararme culpable. ¿Y encima sabes qué estaría haciendo? Estaría cometiendo un delito a fin de exculparme de uno que no he cometido. No merece la pena.

A decir verdad, prosiguió ella, era posible que hubiera alguna ventaja para mí. Estaba prácticamente segura de que había una recompensa. Al fin y al cabo, Marty era una persona generosa. La colección de cromos era algo muy valioso para él. Podía tener la seguridad de que obtendría unos pingües beneficios por el riesgo asumido.

¿Cuánto de pingües?, me pregunté. La cantidad que me pagara Marty, fuera la que fuese, saldría de su propio bolsillo, y él ya había pagado en una ocasión por los cromos. No iba a soltar la pasta una vez más por ellos, ¿no?

—El caso es que ya ha informado a la compañía de seguros de la pérdida —dijo

—, por lo que supongo que ya estarán tramitando la demanda. Si me reuniese con él en privado y le dijera que te las has arreglado para recuperar los cromos, quizá no se tomara la molestia de llamar a la compañía de seguros.

—Creo que ya lo entiendo.

—No sería exactamente robar —dijo ella—, sino dejar que las cosas sigan su propio curso, ¿no? Si los del seguro pagan medio millón para satisfacer la demanda, que es una cantidad justa, ya que los cromos han sido realmente robados, Marty dispondría de esa cantidad para reponer su colección. Y si para hacer esto te comprara a ti una colección casi idéntica por, pongamos, un cuarto de millón, él saldría ganando.

—Y yo también.

—En efecto. Los dos saldríamos ganando.

—Los dos, ¿eh?

—A medias —dijo—. Yo te necesito para que abras la puerta de Luke y tú me necesitas para que llegue a un acuerdo con Marty. Serían más de cien mil dólares por cabeza.

—No sé si me convence el porcentaje —dije.

—¿Hay un porcentaje más justo que el cincuenta por ciento?

—¿Pero es realmente el cincuenta por ciento? Que tú y yo nos dividamos lo que Marty pague es una manera de plantear la situación. Pero el pastel entero es medio millón de dólares...

—Y Marty se queda con una mitad y nosotros con la otra.

—Eso si consideras que tú y yo formamos un equipo, Doll.

—Creo que formamos un gran equipo, Bernie.

—Ya, pero hay otra manera de plantearse esta cuestión: que tú y Marty ya forméis un equipo, y que tu equipo acabe ganando las tres cuartas partes de medio millón de dólares.

Permanecimos veinte minutos discutiendo sobre el dinero que una compañía de seguros no había pagado todavía por una colección de cromos de béisbol que aún no habíamos visto. Ella cedió terreno de mala gana, y al final llegamos al acuerdo de dividirlo en tres partes. Marty nos pagaría a cada uno una tercera parte de lo que obtuviera del seguro.

—Pero ya puedes olvidarte de entrar allí esta noche —dije—. El público tiene la romántica idea de que el robo de casas es una actividad nocturna, cuando en realidad es el momento más peligroso. Cuanto más tarde se hace, más complicado resulta. Ahora mismo son más de las doce, y no hace falta que una persona haga nada para parecer sospechosa a esta hora.

—Pero...

—Mira alrededor —dije—. Aquí tenemos un grupo de personas absolutamente

normales tomando café y rosquillas, pero el mero hecho de que sea una hora avanzada de la noche los convierte en chusma y gentuza.

—Eso es lo que son, Bernie.

—¿Lo ves? Caso cerrado.

—Pero...

—Mañana por la tarde —dije—. El vaquero y la chaqueta te quedan estupendamente, pero no te los pongas mañana. Vístete bien y ve a buscarme a la librería a las dos. Iremos directamente desde allí.

A la mañana siguiente llegué a la librería a las diez menos diez. Lo primero que hice fue llamar a Carolyn.

—Estoy en la tienda —le dije—. Me dijiste que ibas a venir a dar de comer a *Raffles*.

—Todavía estoy tomando la primera taza de café.

—Está comportándose como si estuviera famélico —dije—, pero he aprendido a no fiarme de él, de ahí que haya pensado que sería mejor comprobarlo. Voy a darle de comer, así no tendrás que hacerlo tú.

—Tenía pensado ir a las once. ¿Cómo es que has abierto? Siempre cierras los domingos.

—Bueno, es posible que haya estado cometiendo un error durante todos estos años —dije—. Puede que cerrar los domingos me haya costado una fortuna.

—¿Lo dices en serio?

—No, pero es que he quedado aquí con una persona a las dos.

—Pues has llegado cuatro horas antes.

—¿Y qué? Todo el mundo tiene que estar en alguna parte. Acércate a hacerme compañía si te apetece.

—No lo sé —dijo—. Ayer pasaste la noche tranquilamente en casa, ¿verdad? Por eso estás tan animado y espabilado. No sé si podré soportarlo.

—¿Soportar qué?

—Tu buen humor.

Pensé en esto.

—Tú no pasaste la noche tranquilamente en casa, ¿verdad? —dije.

—Iba a hacerlo —dijo—, pero fui a DT's Fat Cat con la idea de que dormiría mejor si tomaba una copa.

—¿Y has dormido mejor?

—He dormido bien —dijo—, pero no regresé a casa hasta que cerraron el local. No sé si voy a ir, Bern, pero mañana te veré seguro. Ve a dar de comer al gato, debe de estar muriéndose de hambre.

Llené el platillo de la comida y le puse agua fresca, tiré de la cadena, regresé y le

contemplé comer. Esto me recordó que lo último que había comido era el cerdo moo shu de la noche anterior, por lo que fui a la tienda y compré un par de bollos y un vaso de café. Cuando hube sacado la mesa de las ofertas, me senté detrás del mostrador y desayuné. El gato se acercó y se quedó un rato sentado en mi regazo, viéndome comer. Pero la comida sólo le suscitaba interés cuando era él quien la comía, de manera que saltó al suelo y se quedó allí sentado como esperando a que sucediera algo.

Terminé un bollo y arrugué el papel del envoltorio. El ruido llamó la atención de *Raffles*, que reaccionó como suelen hacerlo los gatos. Le dejé que mirara fijamente hacia donde yo estaba. En cuanto apartó la vista, volví a arrugar el papel y lo arrojé detrás de él. Mejor dicho, lo arrojé, pero no detrás de él, ya que *Raffles* dio un brinco y cogió la bola al vuelo. La empujó de un lado a otro, persiguiéndola por un pasillo y dándole golpes sin cesar. Finalmente decidió que estaba muerta y que no iba a resucitar, por lo que se alejó de ella.

—Si me la traes —dije—, la tiro de nuevo.

Juro que me lanzó una mirada, y también que el pensamiento no expresado con que la acompañó fue algo así: «¿Pero qué demonios te piensas que soy, un jodido labrador perdiguero?».

Era su juego, y él dictaba las normas. Desenvolví el otro bollo, arrugué el papel y puse la bola en juego.

Carolyn no apareció, lo cual significaba que tenía algo en común con la mayoría de la humanidad. Pasé un par de horas arrugando hojas de papel y tratando de arrojarlas detrás de *Raffles*. A las dos menos cuarto, la puerta se abrió y apareció Doll.

Iba arreglada tal como su nombre daba a entender y ataviada con un vestido azul marino y zapatos de tacón alto. El vestido que había elegido era perfecto: le hacía parecer tan respetable como un miembro de la asociación de mujeres voluntarias, pero no arrojaba ninguna duda sobre su condición de hembra y sobre el hecho de que pertenecía a la especie de los mamíferos.

—Estás elegantísima —dije—. Es el atuendo perfecto.

—¿Te parece bien? Me he probado el pantalón ceñido de cuero y la camiseta de los Grateful Dead, pero se encogió la última vez que la lavé. Temía que me resaltara demasiado el pecho.

—Eso no habría servido.

—No —dijo—. Tú también estás muy elegante. Deberías ponerte chaqueta y corbata más a menudo. Bernie, ¿por qué está el suelo cubierto de bolas de papel?

Busqué a *Raffles* con la mirada, pero se había escondido. Arrugué una hoja de papel y su cabeza apareció a la vista.

—Fíjate —dije, y arrojé la bola.

El pequeño bribón dio un salto y la cogió en el aire.

—Tienes un gato —dijo Doll.

—No lo tengo exactamente —repuse—. Sólo trabaja aquí. No es un animal doméstico ni nada por el estilo.

—¿Qué es?

—Un empleado.

—¿Y esto qué significa? ¿Los domingos el ayudante puede jugar a la pelota con el jefe?

—No estamos jugando —dije—. Lo hago para que mejore los reflejos. —Fui a recoger las bolas; no era la primera vez que lo hacía—. No me las devuelve —expliqué.

—No es un perro, Bernie.

—Eso es precisamente lo que él diría si supiera hablar, quiero decir. —Le arrojé una bola—. ¿Te has fijado? Estoy seguro de que podría jugar de medio.

Ozzie Smith se habría sentido orgulloso del movimiento que acaba de hacer. Aunque, claro, Ozzie habría girado rápidamente y arrojado la bola a la primera base en lugar de intentar matarla. Por eso él está jugando en primera y *Raffles* está cazando ratones en una librería.

—¿Qué le ha ocurrido en la cola?

—Como sabrás, los gatos están siempre cazándose la cola, y ya has visto los reflejos que tiene. Un día estaba cazándose la cola y se la pilló.

—¿Y la mató?

—No; la recogió en el mismo movimiento y la lanzó a la primera base. ¿Por qué te ríes?

—Porque eres muy divertido.

—Es por los nervios —le aseguré—. Me tranquilizaré en cuanto lleguemos.

El trayecto en taxi hacia el norte no contribuyó mucho a tranquilizarnos. Tuvimos la mala suerte de que nos llevara un taxista que evidentemente ponía sus esperanzas en reencarnarse, y cuanto antes mejor. Doll y yo apenas hablamos, excepto quizá para nuestros adentros en forma de oración, hasta que nos detuvimos justo delante del 304 de West End Avenue. Yo no creía que el portero fuera a poner obstáculos a una pareja bien vestida que llegaba en taxi y, en efecto, el tipo que estaba de servicio apenas se fijó en nosotros, ya que su atención estaba monopolizada por una anciana menuda que quería saber a qué se había debido todo el barullo armado aquella mañana.

—Había policía en los pasillos —decía—. Un domingo por la mañana encima... Con lo respetable que ha sido siempre esta casa.

Se habían marchado, le dijo él, antes de que comenzara su turno. Estábamos esperando el ascensor cuando la anciana dijo:

—¿Qué ha hecho ella entonces? ¿Matar a su marido? ¡Qué estúpida! ¿Acaso piensa que los maridos crecen en los árboles como la fruta?

La puerta se abrió y subimos al séptimo piso. Doll me preguntó si sabía de qué estaba hablando la mujer. Le respondí que de violencia doméstica, al parecer. Aunque también era posible, sugerí, que a la mujer le faltara un tornillo. No había dejado de hablar de los policías que había visto en los pasillos, y yo desde luego no había visto ninguno. Si el portero no le daba importancia, ¿por qué habríamos de dársela nosotros?

Cuando salimos al séptimo piso, doblé en la dirección equivocada. Doll me cogió del brazo y me condujo por el camino correcto. La cerradura de Luke Santangelo cedió a mis requerimientos como si de una antigua amante se tratara. Entramos en un abrir y cerrar de ojos.

—Parece que sigues teniendo buena mano —musitó ella.

Flexioné los dedos.

—Una vez se aprende —le respondí en voz baja—, no se olvida nunca. Es como ahogarse.

—Como nadar, querrás decir.

—O como caerse de una bicicleta —dije—. Lo mismo. —Me puse los guantes de plástico, cerré la puerta con llave, eché la cadena y encendí la luz. Doll señaló mis guantes e hizo con las manos como si se ponía otro par.

—Lo siento —dije—. No he pensado en ello. Sólo he traído un par. De todos modos, no creo que hayas llevado guantes las otras veces que has venido aquí, por lo que debe de haber huellas tuyas por todo el piso. No importará que haya unas pocas más.

—Supongo que tienes razón.

—Además, Luke no va a buscar huellas dactilares en el piso, ¿no te parece?

—Sí, pero...

—Entonces será mejor que busquemos lo que hemos venido a buscar y que nos larguemos.

No fue tan fácil hacerlo como decirlo. Lo primero que hizo Doll fue mirar de arriba abajo el armario, y llevó a cabo una labor encomiable: arrancó prendas de vestir de las perchas y tiró las cajas que había en el estante de arriba. Supongo que así se registra un sitio cuando se tiene prisa, aunque esa nunca ha sido mi forma de hacer las cosas. Yo acostumbro a moverme con discrección, sobre todo si me encuentro en una casa ajena.

—Esto es mío —dijo, cogiendo un par de jerséis y unos vaqueros—. Pero ¿qué más da? —Los arrojó a una silla de madera y se giró para clavar la mirada en el armario abierto con los brazos en jarras—. Vamos, Bernie. Creía que ibas a registrar la cómoda.

—Ya lo he hecho.

—¿Por qué no has vaciado todos los cajones en medio de la habitación? ¿No suelen hacer eso los ladrones?

—Supongo que habrá algunos que lo hagan. El que tienes delante no, en cambio.

—Bueno, tú eres el experto —dijo—, aunque me parece que...

—No tan rápido —repuse—. Tómame un respiro.

—Sé que están aquí —prosiguió—. Supongo que me había imaginado que ibas a abrir la puerta e íbamos a encontrar los cromos ahí, bien a la vista. Esperaba ver el humidificador de palisandro de Marty sobre la mesa de centro de Luke. Pero, claro, el humidificador lo dejó allí, ¿no?

—¿Cómo se llevaría los cromos? No pudo simplemente metérselos en los bolsillos.

—No lo sé. Quizá los puso en una bolsa de ultramarinos.

—¿Y luego salió del edificio de esa manera?

—¿Por qué no? Es posible que... ¡Bernie, el maletín! Eso es lo que utilizó.

—Espero que los cromos no acaben oliendo a carne.

—¿A carne? Ah, claro, ayer te conté que lo utilizó para robar en la tienda. Bueno, estoy segura de que fue el maletín lo que utilizó. Se puso el único traje decente que tiene, se afeitó su carita de ratero, cogió su maletín y...

—¿Qué ocurre?

Fue corriendo al armario.

—¿Dónde está su traje? Mierda. Qué hijo de perra.

—¿Qué ocurre?

—El traje ha desaparecido. Tú no ves ningún traje aquí dentro, ¿no? El muy hijo de perra se lo ha llevado.

—Dijiste que probablemente tuviera un trabajo de actor fuera de la ciudad. Puede que le dijeran que el papel requería que llevara un traje.

Ella negó con la cabeza.

—Mal reparto. Si el papel requería un traje, deberían haber buscado a otro actor. ¿Se llevó el maletín? Esa es la pregunta que nos importa, ¿no?

—¿Dónde solía guardarlo, Doll?

—En el armario. ¿No es ahí donde lo guardarías tú?

—Quizá. ¿Qué otro equipaje tenía?

—No lo sé. Nunca fuimos a ninguna parte juntos. Todo lo que él quería era ir a la cama... ¡La cama!

—¿Qué pasa con la cama?

—Tal vez esté debajo —dijo agachándose.

Permanecí a su lado mientras ella sacaba cosas: una bolsa de lona verde oliva, una mochila marrón rojiza y un bolso azul de nailon. También había otras cosas: un par

de zapatillas de deporte, una raqueta de tenis, un calcetín... Pero no había ningún maletín.

—Mierda —exclamó—. Me doy por vencida. No están aquí. Es posible que nunca los haya tenido.

—¿Eso piensas?

—No sé qué pensar. Antes estaba segura, pero ahora... De todos modos, si los robó, ahora no los tiene aquí.

—Eso no lo sabemos.

—¿Cómo que no? Este es un piso diminuto de una única habitación, Bernie. Lo hemos registrado de arriba abajo, ¿por qué me miras de esa manera?

—Siéntate —dije—. Voy a enseñarte cómo se registra un piso.

Lo importante es no precipitarse. Hay que proceder con método, yendo pausadamente de habitación en habitación. No inviertes necesariamente más tiempo de ese modo, pero lo inviertes sabiamente, y cuando te marchas del piso, sabes que no se te ha pasado nada por alto.

Dentro de lo razonable, claro está. Si uno le dedica algo de esfuerzo y concentración, puede esconder cosas que nadie podrá encontrar, excepto un equipo de profesionales que dispongan de tiempo. Está claro que un perro preparado para el trabajo descubrirá drogas o explosivos en un abrir y cerrar de ojos, pero, por lo demás, uno puede estar tranquilo.

De todas formas, yo me inclinaba a pensar que Luke no había llamado a un carpintero para construir un buen escondrijo en un rodapiés, por ejemplo, o un fondo falso de una alacena o un armario. El hecho de que tuviera tres grandes frascos de pastillas en el congelador y una bolsa de plástico llena de cierta hierba seca metida en el bote del azúcar me dio a entender que probablemente seguía los métodos de toda la vida. Es lo que hace la mayoría de la gente.

Invertí media hora en el registro, y cuando acabé, estaba dispuesto a jurar que en aquel piso no había ni maletines ni cromos de béisbol. No abrí la boca en toda la media hora, como tampoco lo hizo Doll tras realizar unas pocas incursiones en el terreno de la conversación. Cuando finalmente me di por vencido y dejé caer los hombros en señal de derrota, me di cuenta de que ella estaba mirándome con una expresión cercana al pasmo. Le pregunté qué sucedía.

—No es la primera vez que haces esto —respondió.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que estoy impresionada. Salta a la vista que eres un profesional. ¿Qué pensabas que quería decir?

Me encogí de hombros.

—No lo sé —dije—. Esto resulta muy frustrante. El mejor robo es cuando sabes

exactamente qué estás buscando y dónde se encuentra. Vas, lo coges y te vas.

—Así era como pensaba que iba a ser esto.

—Yo también lo pensaba. El segundo mejor robo es cuando entras en un piso sin ninguna expectativa, y encuentras algo y sientes la emoción del descubrimiento. Sin embargo, esta es la peor clase de robo, porque... no, no es cierto. La peor clase es cuando te cogen.

—¡No vuelvas a decir eso, Bernie!

—Si exceptuamos ese caso —continué—, la peor clase es cuando estás buscando algo y encuentras otra cosa, pero en realidad te importa un pimiento porque no es lo que estabas buscando. Mira.

—¿Qué es esto?

—Son ciento veinte dólares —dije—. Exactamente la mitad de lo que tenía guardado en un tarro de mermelada en el frigorífico. También había algo de cambio, pero lo he dejado donde estaba. Vamos, cógelo. Somos socios, ¿recuerdas?

—Me resulta extraño cogerlo.

—Sería una estupidez dejarlo. Creo que deberíamos largarnos de aquí. Has mirado dentro de las bolsas ¿verdad? Y también en la mochila.

—He metido la mano en ellas. ¿Por qué?

—Hay que mirar bien —dije—. Una de las razones por las que he hecho un registro tan minucioso es que no sé exactamente qué estamos buscando. —Cogí la bolsa de lona, abrí la cremallera larga y pasé la mano por su interior—. Puede que Luke haya guardado el maletín con los cromos en alguna taquilla o que lo haya dejado en una consigna y le hayan dado un resguardo.

—¿No lo tendría en su cartera?

—Probablemente —contesté. Dejé la bolsa de lona y cogí el bolso de nailon—. Mira en la mochila. Tiene un montón de compartimientos, igual que este trasto. Más vale que seamos minuciosos.

Me puse a buscar minuciosamente, al igual que Doll.

—Bernie —dijo ella, dejando caer la mochila al suelo y volviéndose hacia mí con algo en la mano—. Bernie, ¿qué es esto?

—¿A ver? —dije—. Pero bueno, si es un cromo de béisbol. Y además uno de los viejos, por la pinta que tiene. Reproduce una foto en blanco y negro. La impresión es terrible, pero el cromo está en buen estado, ¿no te parece?

—Bernie...

—¡*Un triple de pie!*. Y aquí está nuestro héroe: de pie en tercera base. ¿No lo reconoces?

—¿A cuál de ellos?

—Bueno, no es ni el tercera base ni el árbitro, sino el otro, el que está plantado en la tercera base con las manos en la cadera y expresión beligerante en la cara. Yo no

llegué a verle jugar, pero puedo reconocerle. —Di la vuelta al cromo—. «Mostazas Chalmers». ¿Puede olerse la mostaza? No, pero juraría que huele a tabaco habano.

—Del humidificador de Marty.

—No creo que quepa duda al respecto —dije—. El cromo pertenece a una serie especial de Ted Williams. Es un artículo de especialista; no vale una fortuna, pero es una rareza. Pertenece a Marty, o al menos así era hasta que tu amigo Luke fue a visitarle. —Lancé una mirada de tristeza al sello y luego me lo metí en el bolsillo de la pechera—. La mitad de esto es tuya —añadí—, pero por el momento prefiero mantenerlo intacto. Los cromos han estado aquí, Doll. Esto es una prueba de ello. Luke los robó y los trajo aquí —suspiré—. Luego el muy hijo de perra se los llevó a otra parte.

—Aquí está —dije—. La serie Ted Williams de Mostazas Chalmers de 1950. «Una larga colección de cromos fabricada y distribuida de forma restringida en Boston. El interés del público disminuyó a medida que la temporada fue avanzando, y los últimos cromos tuvieron una tibia acogida, quizá como consecuencia del mediocre rendimiento del protagonista en el campo de juego». —Alcé la mirada—. Supongo que el Flaco Maravilloso tuvo un mal año. No sabía que le había ocurrido algo así. He visto hace un momento un libro sobre la historia del béisbol. Podríamos consultarlo.

—¿Es necesario?

—Supongo que no —dije—. Al fin y al cabo, ¿qué más da? Sólo pensaba que como estamos aquí, no nos costaría nada hacerlo.

Nos encontrábamos en Shakespeare & Co., una librería situada a seis o siete manzanas al norte del piso de Luke Santangelo, el que habíamos registrado. Habíamos echado a andar por Broadway, nos habíamos abierto camino por entre la muchedumbre que el domingo hace cola para comer en Zabar y ahora estábamos consultando una enciclopedia de cromos de béisbol. En la tapa ponía que era completa, algo que no era difícil de creer. El mamotreto pesaba más que un bate de Hank Aaron.

En todos los quioscos de periódicos que habíamos pasado en nuestro camino habíamos visto un surtido de catálogos de precios de cromos de béisbol, pero en general estaban limitados a las colecciones lanzadas por los fabricantes más importantes a partir de 1948. Nuestro cromo se ajustaba a los parámetros cronológicos, pero era exclusivamente esotérico y había tenido una distribución demasiado rara como para que las revistas le concedieran espacio. Los libros que Ray Kirschmann había encontrado en mi tienda probablemente incluían la colección Chalmers, pero Ray y el patán de mirada severa que trabajaba de ayudante del fiscal de distrito los habían confiscado.

Mejor que mejor. Estaban anticuados. Además no habría querido ir de nuevo a la tienda: habría acabado dando de comer otra vez al gato.

—Aquí está nuestro cromo —dije—. *¡Un triple de pie!*. Número 34, lo cual significa que es uno de los difíciles.

—¿Cuánto vale?

—Ciento veinte dólares. En estado CP. En MB sólo treinta pavos. CP es casi perfecto y MB muy bueno.

—¿El nuestro en qué estado se encuentra?

—Supongo que en CP. No sé cómo clasifican estas cosas, pero eso es lo que yo diría.

—Bien, ¿qué más da? —dijo ella—. Después de todo por lo que hemos pasado hoy, tenemos un cromó que vale entre treinta y ciento veinte dólares. Y eso suponiendo que queramos venderlo. ¿Cuánto sacaríamos?

—Pues no lo sé, Doll.

—¿Veinte dólares?

—Por supuesto.

—¿Cincuenta?

—Probablemente no. Vale más que eso, pero a un tratante normal y corriente no se le cortaría la respiración al verlo. No es más que un cromó de una colección que a la mayoría de coleccionistas no le interesa. Si fuéramos a Boston...

—Ya, estupendo... —exclamó ella—. No nos faltaba más que coger el puente aéreo para sacar cincuenta dólares por el jodido cromó.

—No estaba sugiriendo que lo hagamos. Estaba hablando hipotéticamente.

—Lo sé. Lamento haber perdido los nervios. Vámonos de aquí, ¿vale? Y pon el libro en su sitio antes de que te arresten por ratero.

Vaya idea.

—Creo que voy a comprarlo —dije.

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué?

—Supongo que porque me quema el dinero en el bolsillo. Me refiero a la mitad de los doscientos cuarenta dólares que hemos cogido del tarro de mermelada de Luke. Además me gustan los libros, y este me trae recuerdos de la infancia. De pequeño coleccionaba cromos de béisbol, ¿no te lo he mencionado?

—Sí —dijo ella—. Lo has mencionado.

Acabamos recorriendo todo el camino hasta su casa a pie.

¿He mencionado que hacía un día precioso? Era una tarde perfecta de septiembre, y decidimos atravesar Central Park dando un tranquilo paseo. En cuanto cruzamos Central Park West y entramos en el parque, el paisaje pasó de ser de un escenario de Norman Mailer (o quizá de Norman Bates) a uno de Norman Rockwell. Las familias extendían manteles a cuadros sobre la hierba y abrían cestas de *picnic*. Los enamorados paseaban cogidos de la mano, se apretaban en los bancos y se tumbaban desvergonzadamente en el césped abrazados. Los bebés trataban de dar sus primeros pasos, los críos lloriqueaban y vomitaban y los niños arrojaban palos para que los perros fueran a recogerlos. (Es una pérdida de tiempo hacer eso con un gato).

Ahora bien, sé perfectamente bien que era un espejismo. Lo sabía incluso en ese momento. La mitad de los chavales que estaban haciendo cabriolas con sus bicicletas seguramente las habrían obtenido de otros chavales a punta de pistola. La mitad de los tipos que tenían la mirada perdida plácidamente en la distancia estarían demasiado colocados para pestañear. Algunos enamorados asesinarían a sus parejas

antes del anochecer, mientras que otros estaban haciendo todo lo posible para propagar enfermedades y aumentar la población. Las familias eran disfuncionales, los bebés eran futuros supervivientes de relaciones incestuosas y todos los perros tenían pulgas.

Pero el espejismo funcionaba a pesar de los pesares. Nos lo creímos en la medida de lo posible, caminando por aquellos senderos de tres carriles, observando cómo se ondulaban suavemente sobre el césped. Ya no éramos un par de delincuentes impenitentes discutiendo sobre el mínimo rendimiento que arrojaba nuestra empresa ilegal. Nos habíamos convertido en una pareja encantadora con brío en los andares, una canción en los labios y amor, no latrocinio, en el corazón.

En un momento dado hicimos un alto en el camino y tomamos asiento en un banco verde de listones. En el banco de enfrente, una anciana con un chal estaba dando de comer palomitas Cracker Jack a un par de ardillas grises. Nos quedamos un rato mirando. Luego empecé a hablar (da igual sobre qué) y Doll me escuchó (da igual con qué atención). Acabé de decir lo que estuviera diciendo, pasé un brazo por sus hombros y ella se volvió para mirarme.

Entonces nos besamos.

Nos apretamos el uno al otro, sin aliento, hasta que tuvimos que hacer una pausa para respirar. Miré al otro lado del sendero y sorprendí a la anciana observándonos. Me miró con una sonrisa de oreja a oreja, arrojó las últimas palomitas que le quedaban a las ardillas, hizo unos chasquidos con la lengua que podían ir dirigidos tanto a ellas como a nosotros, y se alejó andando como un pato.

—Oh, Bernie... —exclamó Doll.

Me puse en pie. Ella hizo ademán de levantarse, pero se lo impedí con una mano sobre el hombro.

—¿Adónde vas?

—Ahora vuelvo. Espérame.

—Por supuesto... —dijo ella.

Como guiado por una mano divina, doblé la primera curva del camino y antes de haber recorrido cincuenta metros, me topé con una joven pareja de orientales que tenía dos hijos. Habían terminado su *picnic* y metido todo en su canasta de paja excepto la manta. El hombre y la mujer estaban sacudiéndola y se disponían a doblarla. Los niños estaban mirando, fascinados.

—Esa es una manta estupenda —le dije al joven padre—. Le doy cincuenta dólares por ella.

Mientras me alejaba, con la manta al hombro, pude oír a la niña preguntar por qué el hombre se había llevado la manta. «Es que el hombre ha ligado», sugirió su hermano. «¡Charles! —exclamó su madre—. ¿Has oído lo que ha dicho? ¿Dónde aprenden esa clase de cosas?». «Eso digo yo. ¿Dónde?», dijo Charles, antes de que su

voz quedara fuera del alcance de mi oído.

Doll se encontraba donde la había dejado.

—Una manta —dijo cuando me vio aparecer—. Bernie, eres un genio.

Entonces se levantó y me cogió del brazo, y fuimos a extender nuestra manta bajo los árboles.

Salimos del parque a la altura del cruce de la calle Noventa con la Quinta Avenida, abandonando el mundo de Norman Rockwell por el de Norman Schwarzkopf (o quizá hubiera que decir el de Norman Lear). Yo tenía todavía la enciclopedia de cromos de béisbol en la bolsa de Shakespeare & Co., y Doll tenía las prendas de vestir que había recuperado en el piso de Santangelo. La manta de *picnic* la habíamos dejado en el parque para cualquier persona que la necesitara a continuación. Aunque habíamos regresado a la realidad urbana, todavía conservábamos el calor que nos había proporcionado nuestro bucólico idilio, el cual hacía que nos cogiéramos de la mano cuando cruzábamos la calle, algo que no habíamos hecho antes de nuestra parada.

Hicimos un alto en el camino para entrar en un restaurante italiano de la Segunda Avenida. Tenían media docena de mesas en la terraza; nos sentamos en una de ellas y tomamos un café cada uno y una *focaccia* de queso y jamón de Parma entre los dos. Fue recomendación de Doll, quien también había escogido el restaurante. Ahora estábamos en su campo, a sólo unas manzanas de su piso.

Cuando trajeron la cuenta, fue ella quien la cogió.

—No discutas —dijo—. Tú has pagado la manta.

—Los cincuenta dólares que he gastado más a gusto en mi vida.

—Eres encantador, Bernie.

—Tú tampoco estás mal.

—Ojalá...

El pensamiento se esfumó en sus labios.

—Si los deseos fueran caballos, los ladrones cabalgarían. Pero no lo son, y por tanto no cabalgamos. Esta tarde ha sido un regalo, Doll.

—Lo sé.

Su casa de la calle Setenta y ocho resultó ser un edificio de piedra rojiza y estilo italiano. Se encontraba más cerca de la Primera Avenida que de la Segunda. Cuando llegamos al portal, me dijo:

—Yo me bajo aquí. ¿Quieres subir un momento? Tengo el piso revuelto, pero podré soportarlo si tú también puedes.

En el vestíbulo eché un vistazo al tablero de los timbres mientras ella buscaba las

llaves en su bolso. La tarjetita del timbre del 5 D rezaba «G. Cooper». Cuando se disponía a meter la llave en la cerradura, Doll me preguntó si me importaba sacar mis herramientas y mostrarle mis habilidades.

—Ni siquiera necesito las herramientas —dije—. Esto se puede abrir con el palo de un helado.

Saqué un calendario de plástico de mi cartera, el regalo anual de un hombre llamado Michael Godshaw, que vive con la esperanza puesta en que algún día le compre una póliza de seguro de vida. El calendario es de un plástico más flexible que el de la mayoría de tarjetas de crédito. Además no importaba que se rompiera.

Pero no se rompió. Abrí la puerta al menos con la misma rapidez que si Doll lo hubiese hecho con la llave.

—Esto no admite disculpa —dije—. La cerradura no está mal, pero tienes que poner aquí un pedazo de metal, porque de lo contrario hasta un niño de dos años podrá entrar con una tarjeta. Cualquier cerrajero podrá ponértelo. No te molestes siquiera en llamar al dueño de la casa. Llama a alguien para que te lo haga.

Cuando vives en una casa de cinco pisos sin ascensor, te acostumbras a las escaleras. Yo no vivía en una casa así, por lo que no estaba acostumbrado. Además había sido un día muy largo. No llegué al extremo de detenerme en los rellanos para tomar aliento, pero pensé en hacerlo.

Doll tenía su puerta asegurada con tres cerraduras, una de las cuales era una cerradura de seguridad Fox. Parecía bastante segura, y ninguno de los dos estaba de humor para probarla. Doll abrió las tres cerraduras y me hizo pasar. Había dos espacios; una cocina con una mesa de superficie de cinc y dos sillas de mimbre, y lo que los ingleses llaman un *bed-sitter*, lo cual significa, supongo, un lugar en el que te puedes sentar o ir a la cama, lo que prefieras. Supongo que podrías hacer allí lo que te apeteciera, incluso arrojarle bolas de papel a un gato, aunque a duras penas.

—Siéntate —dijo—. Voy a preparar café. ¿O prefieres un vaso de vino?

Le dije que el vino me parecía bien. En lo que se refería al robo de pisos, ya había acabado la jornada, así que ¿por qué no? Doll regresó de la cocina con dos vasos llenos y me tendió uno.

—Salud —dije—. Parece que los duendes han pasado por aquí. Espero que también hayan ido a mi piso.

—¿De qué estás hablando?

—Antes has dicho que tenías el piso revuelto. Pero parece que han venido los duendes y lo han limpiado.

—Ah... —exclamó—. Bueno, a decir verdad, no suelo tenerlo más revuelto de como está ahora. Tengo la costumbre de ser ordenada.

—Ya me he fijado en esa costumbre antes —dije—. En West End Avenue.

—Quería revolverlo todo —dijo ella—. Estaba enfadada con Luke por haber

robado los cromos de Marty.

—Cuando nos marchamos estabas todavía más enfadada.

—Lo sé. Sigo pensando que deberíamos haber tirado las pastillas y la droga al retrete.

—Y de paso haber pintado frases de contenido satánico en las paredes y haberle pegado fuego a la cama.

—Vaya, no se me había ocurrido —dijo.

Encendió el televisor; nos sentamos el uno al lado del otro en la estrecha cama y nos pusimos a verla (quizá por esto llaman *bed-sitters* a estas habitaciones: la cama está ahí, y tú vas y te sientas en ella). Vimos el final de *Sesenta minutos* y luego pusimos una serie británica basada en una novela de espionaje de John Gardner. Los personajes llevaban chaquetas de punto apolilladas y vivían en *bed-sitters* para que uno supiera que se trataba de una serie intelectual.

Acabó, finalmente, y Doll cambió de canal. Fue a la cocina por más vino mientras una mujer con una típica sonrisa de presentadora decía: «... la identificación del cuerpo desnudo de Upper West Side. Película a las once».

Doll regresó con el vino y preguntó:

—¿Qué han dicho sobre un cuerpo desnudo?

—Un cuerpo decapitado hallado en un bar de *Striptease* —dije, repitiendo el titular favorito del *Post* de todo el mundo—. Y película a las once. ¿Qué hora es? ¿Las nueve? —Miré mi reloj—. ¿Las diez? ¿Son realmente las diez?

—Eso marca mi reloj.

—¿Ese programa duraba dos horas? Ya decía yo que era una hora muy larga. Joder...

—¿Qué sucede?

—Llego tarde. Joder...

—¿A qué llegas tarde?

—Tengo que ir a una lectura de poesía en Lower East Side —dije—. Empieza a las diez.

—No puedes habértelo inventado —dijo—. Nadie se inventaría algo así. No te olvides de tu libro.

—Ah, sí. Gracias.

—De nada. ¿Bernie? Me lo he pasado muy bien hoy.

—Yo también, Doll.

Me cogió una mano y la apretó. Cualquiera de los dos podría haber dicho algo. Pero ninguno lo hizo.

Me fui, y cuando llegué al rellano de la cuarta planta oí cómo cerraba la puerta.

En una ocasión, por poco tiempo, hubo un metro en la Segunda Avenida. En los años setenta cavaron un agujero en la calle de varios kilómetros de largo. Luego se quedaron sin dinero, por lo que dejaron todo hecho un desastre lo suficiente para que todos los comerciantes quebraran. Después rellenaron los túneles que habían cavado y se fueron a casa. En taxi.

Así fue como fui al centro. En metro habría ido más rápido y barato, pero habría perdido la oportunidad de decirle a Hashmat Tuktee cómo llegar a Ludlow Street cuando ni yo mismo estaba seguro de dónde se encontraba. Acababa de llegar de Tayikistán, se llamaba Hashmat Tuktee y sonreía satisfecho por cualquier cosa, como si todavía no se creyera la buena suerte que tenía.

—Soy tayiko —me dijo—. Probablemente pensar que soy uzbeko.

—Jamás se me hubiera ocurrido.

—¿Conocer mi país?

—Lo conozco cuando lo veo en el mapa. Es uno que tiene forma de conejo.

Tal vez no fue correcto decir esto, pese a que es completamente cierto.

—Somos gente orgullosa —dijo sonriendo—. Muy orgullosa.

Dio un pisotón al acelerador y dejamos atrás ocho o diez manzanas en un momento. Entonces llegamos a un semáforo y Hashmat dio otro pisotón al freno con la misma fuerza. Se giró y me sonrió.

—Dígame. ¿Qué ser conejo? —preguntó.

—Un animal de gran poder y sabiduría.

—Ah...

Yo sabía que Ludlow Street cruzaba Delancey, lo cual significaba que iba de norte a sur o al revés. Me figuré que probablemente empezaría o acabaría en Houston o en Canal, aunque no estaba del todo seguro...

No es necesario contar todo esto. Tomamos la Segunda Avenida y fuimos a Houston. Encontramos Ludlow y avanzamos lentamente hasta que vi el Café Villanelle, un bajo oscuro y pequeño encajado entre un edificio sin luz y un solar. Hashmat Tuktee sonrió de oreja a oreja cuando lo vio.

—Como mi ciudad —dijo—. Como Dushanbe.

—¿De veras?

—Ahora peleas allí. Quemar casas, romper ventanas. Somos gente orgullosa.

—Eso tenía entendido.

—Grandes luchadores —añadió, mostrándome los dientes—. Luchamos como conejos.

Una *villanelle*, como probablemente todo el mundo sabe, es una antigua composición métrica francesa en la que dos versos terminan las estrofas por turnos y luego acaban formando el último pareado de la última estrofa. (Seguro que hay una manera mejor de explicarlo, pero yo no la sé). Dylan Thomas escribió un par de *villanelles*, una de las cuales es «Do Not Go Gentle into That Good Night». Más recientemente Mary Hacker ha empleado esta forma métrica de una manera interesante.

No oí ninguna *villanelle* en la cafetería del mismo nombre, ni nada que se pareciera a cualquier composición métrica tradicional. Oí imágenes impresionantes («¡Pintaré el paladar de tu boca con sangre menstrual!»), algunas rimas notables («Madre, si tú tienes un par de ovarios / Madame Bovary tiene varios») y de vez en cuando alguna frase que me resultaba conocida («¿Que por qué te odio? Joder, déjame que cuente las veces...»).

El local era pequeño y oscuro. Las paredes y el techo eran negros, y la única iluminación que había la proporcionaban unas velas negras colocadas en latas de comida para gatos vacías. No estaba muy concurrido, de modo que no tuve dificultad en encontrar a Patience y conseguir un sitio a su lado.

No sé el tiempo que estuvimos allí. Consulté mi reloj en un par de ocasiones. Si hubiera habido más luz, quizá hubiera sacado la cartera y mirado mi calendario. Algunos poetas recitaban su obra con una monotonía y falta de modulación intencionada. Otros declamaban y ponían mucho sentimiento. Un tipo de frente amplia y una melena lacia que le llegaba a los hombros cantó algunos poemas, acompañándose con una guitarra. Sólo sabía un par de acordes, pero daba igual porque sólo tocaba dos melodías: *The Yellow Rose of Texas* y *Moonlight in Vermont*.

Nada dura eternamente. Al final la mujer que al parecer estaba a cargo del acto anunció que el programa de aquella noche había concluido, pero que aquellos a quienes les apeteciera estaban invitados a una sesión informal. Se me encogió el corazón ante aquella perspectiva, pero Patience ya estaba poniéndose en pie y la seguí a la calle.

Un taxi vacío pasaba justo cuando salimos por la puerta del Villanelle. Dios sabe qué estaría haciendo allí. Yo diría que estaba perdido. Alcé una mano y lo encontré; subimos y Patience le dio su dirección.

Vivía en la calle Veinticinco entre Park y Madison, dos plantas encima de una tienda que vende máquinas de coser reparadas. No hablamos mucho durante el camino. Ella se mostraba reservada. Al llegar a su piso, preparó una jarra de infusión de hierbas y sirvió dos tazas. Sabía como si pudiera curar prácticamente cualquier cosa.

—Lo siento, Bernie —dijo, de pie al lado de la ventana y con la mirada fija en

una pared desnuda—. Has sido muy amable al venir, pero no debería haberte arrastrado hasta allí. Ha sido terrible, ¿verdad?

—No ha estado tan mal. Pensaba que ibas a leer.

—No me sentía con ganas. No es un lugar que invite a leer.

—Bueno, tenían velas negras.

—Ya sé que suena raro, pero siempre que veo una vela negra espero que tenga una llama negra. Pero, por supuesto, nunca es así.

—Pues no.

—Los poemas eran espantosos, ¿verdad?

—Bueno...

—Son una buena terapia —añadió—. Es maravilloso que esas personas puedan sacar toda esa emoción a la superficie. Y que actúen es una parte muy valiosa del proceso. Para ellos es una situación realmente embarazosa. Algunos no serán las mismas personas después de esta noche.

—No me extraña.

—Sin embargo, los poemas por sí solos bastaban para hacerte llorar.

—No eran tan malos —dijo—. El tipo de la guitarra...

—Los poemas no eran todos suyos. Muchos eran de Emily Dickinson. Se puede cantar casi cualquier poema suyo con la melodía de *The Yellow Rose of Texas*. Y con *Moonlight in Vermont* se pueden cantar todos los haikus habidos y por haber.

—¿De veras?

—Te lo aseguro. Los haikus son una monserga, / tonterías pretenciosas, / métetelos donde te quepan. Prueba tú, Bernie.

—«¿Los japoneses a quién quieren engañar? / ¿acaso creen que escriben poesía / cuando sólo están marcando el compás?».

—Eso es. No tienen nada de especial. Un perro de las praderas y un melón / pompa y circunstancia / Luz de luna en Vermont.

—Pues este me gusta bastante: Un perro de las praderas y un melón...

—No sé... —dijo ella—. Quizá debería apuntármelo.

Cuando salí del ático de Patience cogí un taxi para volver a casa. Al llegar a la puerta de mi piso, oí sonar el teléfono, pero para cuando entré ya había dejado de sonar. Colgué la chaqueta. Me había quitado la corbata antes, en el Villanelle, donde incluso sin ella había tenido la sensación de ir vestido con demasiada elegancia. La saqué del bolsillo y la miré con gesto ceñudo, preguntándome si se le quitarían las arrugas dejándola colgada. La colgué para darle una oportunidad y entonces volvió a sonar el teléfono.

Era Doll.

—Gracias a Dios —dijo—. No sé cuántas veces te he llamado.

—¿Qué sucede?

—Seguro que no has visto las noticias.

—No.

—Ponlas ahora. Tienes cable, ¿no? Ponlas ahora mismo. Te espero.

—¿Pero qué tengo que poner? ¿La CNN? ¿Headline News?

—Channel One. Ya sabes, la cadena que emite noticias las veinticuatro horas del día. Ponla.

—Aguarda —dije.

En primer lugar tuve que ver cómo un reportero que mostraba compasión de una manera muy profesional entrevistaba a los supervivientes de un incendio en un edificio de viviendas cerca de Boston Road, en el barrio de Morrisania del Bronx. Luego pasaron a una mujer negra de tez clara que informaba en directo desde delante de un edificio que me resultaba familiar. Decía que gracias a un aviso anónimo se había encontrado en un lujoso piso de Upper West Side el cuerpo desnudo de Lucas Santangelo, edad treinta y cuatro años, residente en el 411 de la calle 46 Oeste. El fallecido, un actor en paro, no tenía relación conocida con los inquilinos del piso, el señor Harlan Nugent y su señora, quienes, según los vecinos del edificio, se encontraban en el extranjero.

«Al parecer la muerte ha sido causada por un impacto de bala —prosiguió la periodista—, pero en este momento todavía se desconoce si la víctima se disparó a sí misma o no. Tengo el presentimiento de que este asunto va a dar más que hablar, Chuck».

«Gracias, Norma. Ahora pasemos al tiempo previsto para mañana...».

Apagué el televisor y volví al teléfono.

—Vaya... —exclamé.

—Ya debían de haber sacado el cadáver en una bolsa cuando hemos ido —dijo Doll.

—¿Estás segura?

—¿No te acuerdas de la anciana que decía que había policía en los pasillos? ¿De qué crees que estaba hablando?

—Pensaba que estaba diciendo que una mujer había matado a su marido.

—Estaba equivocada. Todavía no lo habían identificado.

—La dirección que han dado...

—Queda muy al oeste de la calle Cuarenta y seis. Es una casa de huéspedes. Cuando llegó a Nueva York estuvo viviendo allí durante dos años. El caso es que el piso de West End nunca ha estado a su nombre. Se lo había subarrendado uno de esos arrendatarios con piso de alquiler controlado. Así era como podía permitirse vivir allí. Bernie, ¿qué vamos a hacer?

—Tú no sé, pero yo voy a acostarme —dije—. Antes pensaba ducharme, pero lo

dejaré para mañana.

—Pero...

—Estás afectada porque era tu novio —añadí—. Yo en cambio ni siquiera le conocía.

—Su piso está lleno de mis huellas dactilares.

—Acabas de decir que el piso estaba a nombre de otra persona. Puede que no lleguen a descubrirlo.

—Lo harán —dijo ella—. Irán a la casa de huéspedes, hablarán con la persona adecuada y averiguarán que ya no vivía allí. Luego llamarán al despacho del sindicato de actores y conseguirán la dirección correcta. Lo único que tienen que hacer es consultar la guía telefónica, joder. Lucas Santangelo, West End 304. Incluso la policía debería ser capaz de averiguar eso.

Yo no estaba tan seguro, pero lo pasé por alto. Le dije que si alguien daba la información de que había tenido una relación sentimental con él quizá se viera involucrada en el caso. De suceder esto, lo único que tenía que hacer era contar una versión abreviada de la verdad.

—No le conocías tan bien —dije—. Era uno de los varios hombres con los que tenías amistad...

—Oye, eso hace que parezca una fulana.

—... y te habías separado de él hacía poco. La última vez que lo viste fue la semana pasada. ¿Y qué si has dejado tus huellas dactilares en su casa? Me sorprendería que examinaran detenidamente su piso. Me figuro que pensarán que se ha suicidado.

—¿Y por qué iba a suicidarse?

—No sé por qué lo hace nadie —respondí—, pero al parecer se trata de algo que la gente hace continuamente. Quizá tenía la impresión de que no le iba bien en la vida.

—Ya tenía un maletín con medio millón de dólares en cromos de béisbol y se sentía tan deprimido que se pegó un tiro... ¿Dónde habrá conseguido el arma?

—Puede que siempre la haya tenido.

—Tú has registrado su piso de arriba abajo esta tarde —observó ella—. ¿Has visto algún arma?

—No, ninguna —respondí—, pero es difícil imaginar que volviera a meterla en el cajón de los calcetines tras dispararse con ella arriba, en el 9 G.

—Ya —dijo ella con voz queda.

—Eso es porque estás demasiado afectada para pensar con claridad. Yo no estoy afectado, pero desde luego me siento agotado. Ha sido un día muy largo.

—Han pasado casi doce horas desde que nos reunimos en tu librería.

—Y a esa hora para mí ya había pasado la mitad del día. He abierto a eso de las

diez.

—Entonces llevas levantado desde... ¿las ocho?

—Más o menos.

—Será mejor que te deje ir a dormir —dijo—. Supongo que sólo quería asegurarme de que no hay nada de qué preocuparse.

—¿Eso es todo? Pues es cosa fácil. No tienes que preocuparte por nada, Doll. Tú también deberías dormir un poco. Mañana te llamo.

Me desnudé y decidí que después de todo me apetecía ducharme. Daba igual lo tarde que fuera o el tiempo que llevara levantado. Después me puse un albornoz y busqué en el bolsillo de mi chaqueta *¡Un triple de pie!*. En el dorso del cromó se enumeraban todos los golpes a tercera base que Ted Williams había realizado hasta 1949 y se indicaban los años en que los había hecho y si habían sido en Fenway o en otros campos. Sin embargo no se indicaba cuántas veces había hecho un triple de pie del tipo que se mostraba en la ilustración de la cara ni cuántas veces había tenido que arrojarse al suelo para tocar base.

Maldita sea, pensé. Las mentes inquisitivas siempre quieren enterarse de todo...

Suspiré, me subí a un taburete y me dediqué a quitar los tornillos que sujetan el panel que hace que el fondo de mi armario parezca menos profundo de lo que es. Podría haber acostado a mis ganzúas y mis sondas en el compartimiento que acababa de abrir, pero decidí no hacerlo. Últimamente me había acostumbrado a llevarlas encima. Aunque no sé si me habría sentido desnudo sin ellas, lo cierto es que decidí seguir dejándoles espacio en mi bolsillo durante una temporada.

También podría haber cogido parte o la totalidad de los 8350 dólares de Harlan Nugent. Todavía estaban allí, donde los había escondido el viernes por la mañana. Tarde o temprano sería preciso llevarlos al escondrijo de Carolyn, por si acaso tenía que pagar otra fianza para sacarme de la cárcel. Pero eso podía esperar.

Lo que hice en cambio fue sacar un maletín color canela del mejor cuero Hartmann con las esquinas reforzadas de latón. Las partes de metal que lucía eran de latón a juego, y entre ellas había un par de cierres provistos con sendas cerraduras de combinación de tres números.

Lo llevé al salón y me senté en el sofá con él. Por lo general las cerraduras de las maletas sirven más bien de ostentación que como medida de seguridad. Cualquiera que tenga la fuerza bruta suficiente para arrancar la anilla de una lata de refresco puede abrirlas con un martillo o forzarlas haciendo palanca con un destornillador. Una persona de talante más apacible puede simplemente mover los números. Al fin y al cabo sólo hay mil posibilidades. Resulta muy aburrido, ya que tienes que comenzar por 0-0-0 y seguir con 0-0-1, 0-0-2, etcétera; sin embargo, en cuanto le coges el tranquilo, no es complicado. Si lo haces a paso de tortuga, es decir, si tardas cinco

segundos por combinación, haces doce por minuto, 120 cada diez minutos y al final llegas al 9-9-9 en ¿cuánto? ¿En hora y media?

Como el mecanismo es bastante sencillo, también es fácil de forzar, y eso fue lo que hice. Una vez hecho esto, había vuelto a poner las dos combinaciones en el 4-4-2, que es el número de la casa en que viví de pequeño (y el lugar donde antaño estaban mis cromos de béisbol). Las abrí de nuevo para poner *¡Un triple de pie!* junto con sus compañeros.

Ya sé, ya sé... Te estarás preguntando de dónde ha salido el maletín. ¿No acabábamos Doll y yo de pasar parte de la tarde buscándolo infructuosamente?

Bueno, aunque me duele reconocerlo, he de decir que no he sido del todo justo contigo, querido lector. Comencé la jornada algo antes de lo que pueda haberte hecho creer (a ti y a Doll Cooper). El caso es que me he saltado unas cuantas cosas en la narración...

Estaba en alguna parte, Dios sabe dónde, forzando una cerradura. Si hubiera sido iraquí, habría pedido ayuda a la madre de todas las cerraduras, porque cada vez que creía que la había abierto, encontraba dentro otro mecanismo más complicado. Finalmente el último juego de gachetas cedió, permitiéndome el acceso no a una casa o piso, sino a las entrañas de la cerradura misma. Lo había conseguido, había conseguido entrar en la cerradura, y ahora podía deambular por sus laberínticas cámaras, donde jamás había entrado un simple ser humano...

De pronto saltó la alarma antirrobo. Era un chirrido estridente y penetrante. ¿Dónde estaba el teclado numérico? ¿Cuál era la combinación? ¿Cómo podía salir de allí?

Di media vuelta, me senté, parpadeé y miré furiosamente al despertador. No tenía que enfrentarme a ningún tablero numérico, ni teclear ninguna combinación. Tenía que apretar un botón, y eso fue lo que hice. El espantoso timbrazo cesó.

Pero no sin antes haber cumplido su tarea. Estaba despierto, sin ninguna esperanza de encontrar el camino de vuelta a la seductora maquinaria del sueño. Uno puede pasarse toda su vida esperando tener un sueño como ese, y cuando finalmente lo tiene, va y te sacan bruscamente de él, como si estuvieras en manos de un tocólogo que tiene una cita para jugar a golf dentro de una hora. Aunque quizá si apoyaba la cabeza sobre la almohada, si me ponía a pensar en cerraduras durante unos segundos...

No.

Eran las seis de la mañana, la hora a la que me tocaba levantarme aquel domingo. Me puse una camiseta y un pantalón corto. Me puse mis calcetines, cogí las Saucony, decidí no ponérmelas y cogí del armario un viejo par de zapatillas New Balance 450. Ya no las llevaba porque estaban muy viejas, pero en cuanto a comodidad no tenían igual.

Metí unas cosas en una riñonera y me la ceñí alrededor de la cintura. Encontré una banda de felpa y me la puse; luego cogí una toalla de mano de cuadros azules y blancos y la colgué de la riñonera. Salí de mi piso, eché la llave, metí las llaves en la riñonera y cerré la cremallera.

Estaba empezando a amanecer, que era más de lo que yo podía decir de mí mismo. Eché a andar a buen paso, lo cual a mi modo de ver es todo lo que cabe exigírsele a cualquiera. Si una persona tiene que moverse con mayor rapidez, que coja un taxi.

Al llegar a la calle Setenta y dos, me obligué a doblar a la izquierda, hacia Riverside Park y el río Hudson. Seguí andando otros veinte o treinta metros y luego empecé a correr a un trote lento.

Lo estás haciendo, me dije. Estás corriendo. Estás corriendo, so tonto.

Aunque no por mucho rato. Recorrí al trote media manzana más o menos, y luego volví al paso ligero de antes. Cuando llegué al sendero de asfalto del parque ya estaba trotando de nuevo; cincuenta metros después volvía a andar.

Es extraordinario hasta qué punto un hombre joven sano y razonablemente activo puede permitirse dejar de estar en forma. Y todavía es más extraordinario que pueda tener en la cabeza dos ideas irreconciliables al mismo tiempo. Mientras rodeaba el parque entre jadeo y jadeo, me maravillaba de que en el pasado hubiera llegado a ser lo bastante masoquista como para someterme a aquel espantoso e inútil ritual cada día. Y, al tiempo que pensaba esto, una parte de mi cabeza acariciaba la idea de volver a tan espantosa actividad. Nada complicado, sólo un par de kilómetros al día, estaba diciéndome. Tres días a la semana, pongamos. Lo suficiente como para sudar un poco, mantener la sangre en movimiento y fortalecer el viejo chisme cardiovascular. ¿Qué tiene de malo?

El sudor perlaba mi frente, se acumulaba en las axilas y mojaba la pechera de mi camiseta. Bueno, de eso se trataba, ¿no? Me había apuntado a aquella farsa con la única intención de generar una visible película de sudor sobre mi cuerpo, no de esforzarme hasta llegar al borde de una catástrofe coronaria. Ahora podía frenar un poquito, reducir la marcha para recuperar mi querido paso ligero y luego, en el último tramo...

—¡Hola, Bernie! Vaya sorpresa, ¿eh?

—Wally... —musité.

—Hoy me toca la carrera larga de la semana —dijo—. Calculo que ir de aquí a Cloisters y volver es casi medio maratón. Y la vuelta es casi todo cuesta abajo.

—Pan comido.

—Tú lo has dicho. Lo que realmente me gustaría es hacerlo dos veces, correr los cuarenta y dos kilómetros enteros. Pero entonces correría el riesgo de llegar al límite de mis fuerzas demasiado pronto.

—Pues eso no te conviene.

—No si tenemos en cuenta que el maratón es el primer domingo de noviembre, es decir, dentro de poco. ¿Piensas correr el año que viene, Bernie? Podrías hacerlo. Sólo tienes que aumentar la distancia un poco cada semana y, para cuando quieras darte cuenta, los cuarenta y dos kilómetros te parecerán un paseo por el parque... Bernie, estás andando. ¿Qué sucede?

—Nada.

—¿Por qué has dejado de correr de repente?

—Estoy practicando para el maratón —dije—. Has dicho que es como un paseo por el parque, y eso estoy haciendo, pasear por el parque.

—Acelera un poquito —me animó—. Nos hacemos una carrerita hasta la calle Ochenta y uno y luego vuelves a casa andando. ¿Qué te parece?

Me parecía espantoso.

—Me parece estupendo —le aseguré—, pero no quiero llegar al límite de mis fuerzas demasiado pronto.

Supongo que comprendió lo prudente de mi decisión. Se alejó valientemente hacia el norte, mientras yo encontraba el camino para salir del parque y volvía sobre mis pasos a la Setenta y dos con West End. Ahora andaba, y no a un paso muy ligero; sin embargo el mensaje tardaba en llegar a la parte de mi sistema que controla la transpiración. El sudor seguía saliendo de mí a borbotones, y tenía el pantalón corto y la camiseta empapados.

Bien.

Quizá, pensé, hubiera podido evitar correr. Quizá hubiera podido simplemente mojar la ropa en el fregadero antes de ponérmela. Después me habría echado un vaso de agua en la cabeza y entonces habría sido todo un ejemplo de verosimilitud.

Bueno, qué se le va a hacer...

Al llegar a West End, torcí hacia el norte, no hacia el sur, y eché a correr. La visión de la línea de llegada tiene algo que estimula el flujo de la adrenalina, y supongo que al final aceleré bastante sin intención de hacerlo. Cuando llegué a la entrada del 304, el corazón me latía a gran velocidad y yo jadeaba mientras me secaba la cara con la toalla azul.

Pasé resoplando delante de las mismas narices del portero y entré en el ascensor.

La puerta de Luke Santangelo no me planteó muchos problemas. Sólo tenía una cerradura, y la quité de en medio con facilidad.

Una vez dentro registré el piso rápidamente para cerciorarme de que no estaba haciendo compañía a ninguna persona, viva o muerta. Esta operación resultó más sencilla de lo que lo había sido la noche del jueves en el 9 G. A diferencia del seis clásico de los Nugent, el 7 B era un piso de una sola habitación y distaba de ser clásico. Sólo tenía un cuarto de baño, y nadie había tenido la falta de consideración de cerrar la puerta con cerrojo, y no digamos ya de morirse en él. Cuando hube comprobado todo esto, regresé al salón y me puse el par de guantes que llevaba en la riñonera.

Entonces puse manos a la obra.

Cuando salí del piso de Luke llevaba puesto un traje. Era el único que había en su armario, uno a rayas de tres botones color carbón con una etiqueta que indicaba que había sido comprado (o, considerando lo que sabía de Luke, robado) en Brook Brothers. Luke y yo teníamos aproximadamente la misma talla, aunque el pantalón me quedaba un tanto ajustado en los fondillos y la cintura, y la chaqueta un poco

grande de hombros.

Quizá si volviera a correr tres veces por semana, pensé, e hiciera ejercicios con pesas para la parte superior del cuerpo los días que no corriese...

Encontré una camisa recién planchada que me sentaba bien. Luke se había olvidado de decir en la tintorería que no la almidonaran. Había media docena de corbatas colgadas; no sé dónde las habría robado ni por qué se había molestado en hacerlo. Escogí una con rayas rojas y negras.

Sus zapatos me quedaban pequeños, pero no me gusta nada cómo quedan las zapatillas de deporte con los trajes, pese a que es una combinación que a Wally Hemphill parece encantarle. Me probé los tres pares de zapatos de cuero que había en su armario y al final me decidí por unos cómodos mocasines negros, aunque confiaba en que no tuviera que llevarlos durante mucho tiempo.

Su maletín estaba debajo de la cama junto con los otros bultos. El maletín era el único que estaba cerrado con llave y el único que parecía contener algo. Lo abrí y descubrí, con satisfacción aunque no mucha sorpresa, que estaba lleno de cromos de béisbol. Se me ocurrió meter también mis zapatillas y ropa de deporte, pero no había espacio.

Antes de cerrar el maletín, escogí un cromo y le encontré alojamiento provisional en un bolsillo de la mochila marrón rojizo. Di una vuelta por el piso rápidamente, pero no me entretuve mucho tiempo. Tenía las ganzúas en un bolsillo de la chaqueta, donde podía cogerlas con facilidad. Me quité los guantes de plástico transparente justo antes de salir del piso y me los metí en el otro bolsillo. Llevaba el maletín en la otra mano y un bolso de lona colgado de un brazo que contenía mis zapatillas, mi ropa de deporte y la riñonera y lucía el logotipo de Mercurial Wombat, una tienda de regalos de Tucumán, Nuevo México.

En el pasillo había una inquilina de la casa, una mujer que estaba esperando el ascensor. De todos modos, si miró hacia donde yo estaba, todo lo que pudo ver fue un hombre que cerraba la puerta de su piso con llave. No era la puerta de mi piso, y no estaba utilizando una llave, pero ella no tenía manera de saberlo. Antes de que yo hubiera acabado, llegó el ascensor y se la llevó de repente. Luego cogí un pañuelo de seda del bolsillo de pecho de mi traje, limpié las huellas del tirador y fui hasta el final del pasillo, donde una puerta conducía a la escalera.

Subí las dos plantas que me separaban del noveno piso, me aseguré de que el pasillo estaba vacío y lo atravesé hasta llegar a la puerta de Nugent. Aunque no había llamado al timbre de Luke, el de los Nugent lo pulsé insistentemente para dar a cualquier persona que pudiera haber dentro el tiempo suficiente para ponerse una bata e ir a la puerta. Como nadie lo hacía, entré. No me molesté en dejar que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Guardé mis ganzúas, me puse los guantes y encendí la luz.

El piso no había cambiado mucho en las cincuenta horas que habían pasado aproximadamente desde mi última visita. Eché un vistazo a la casa y luego fui a la habitación de invitados. El arlequín del caballete parecía tan deprimido como siempre, lo cual era perfectamente comprensible.

La puerta del cuarto de baño seguía cerrada. Llamé a ella y al lado, en la pared. Di unos golpecitos sobre el marco del interruptor y toqueteé este, que era el que me había parecido que no encendía ninguna luz ni en la habitación de invitados ni en el cuarto de baño.

Saqué mi anilla de herramientas del bolsillo, seleccioné el instrumento apropiado y desatornillé los dos tornillos que sujetaban el marco a la pared. Lo quité y lo dejé a un lado. Era falso: detrás no había una caja de interruptor empotrada en la pared y el interruptor estaba pegado al marco y se separaba junto con este, dejando una abertura rectangular de unos diez centímetros por siete. Metí la mano y golpeé el fondo del pequeño compartimiento, pasando mis dedos sobre su superficie. Tenía los guantes puestos, de manera que tardé más tiempo del necesario en identificar lo que estaba tocando como el lado no esmaltado de un azulejo.

¿Qué había encontrado? ¿Un escondrijo? Probablemente no, porque el interior de la abertura no estaba enmarcado. Cualquier cosa que uno ocultara allí caería al fondo de la pared y sería imposible de sacar.

Hice un poco de presión sobre el azulejo. Por la parte superior estaba sujeto a un gozne. Giró hacia atrás y percibí el olor del hombre muerto que había en la bañera. La puerta del cuarto de baño encajaba lo suficientemente bien como para no permitir que el olor se extendiese, pero yo había roto el sello al empujar el azulejo, y dos días de envejecimiento lo habían hecho madurar estupendamente. Me armé de valor, metí la mano y abrí la puerta.

Haciendo un esfuerzo, entré. Aparté la cortina de la ducha y eché un vistazo al cadáver con la única intención de refrescarme la memoria. Estaba tal como lo recordaba, si bien su olor era bastante más acre.

Seguía sin saber si en la bañera había una pistola junto al cadáver y sin tener el interés suficiente como para mover el cuerpo y averiguarlo. Dejé la puerta del baño abierta y fui al dormitorio principal, donde pasé unos segundos. Regresé al cuarto de baño, agarré la puerta y la moví de un lado a otro, no tanto para ventilar el lugar cuanto para que el olor se extendiera por el resto del piso. No es esta la clase de tarea a la que convenga dedicarle mucho tiempo, de manera que no lo hice. Poco después salí del cuarto de baño, cerré la puerta y metí la mano por el agujero secreto para echar el cerrojo.

Retiré el brazo y el azulejo engoznado volvió a su lugar. Volví a colocar el interruptor y atornillé los tornillos. Entré una vez más en el dormitorio principal y arramblé con los relojes y las joyas que me había preocupado de devolver a su sitio

dos noches antes. Esta vez todo fue directamente al maletín. Luego fui al armario de Harlan Nugent y cogí un brillante par de zapatos de puntera reforzada marca Allen-Edmonds. Me parecían más cómodos que los mocasines de Luke, los cuales me había quitado poco después de entrar en el piso de Nugent. (Además iban mejor con el traje). Puse los mocasines en el armario, en el lugar de la balda para los zapatos que previamente habían ocupado los de puntera reforzada. Luego apagué las luces, salí del piso, cerré con llave y me fui a casa.

Después de ducharme, afeitarme y escurrir la ropa de deporte, volví a vestirme, pero esta vez con ropa mía. Me puse la chaqueta azul y un pantalón gris, y metí toda la ropa de Luke junto con los zapatos de Harlan Nugent en un par de bolsas de ultramarinos de plástico. Podría haber colgado todo en mi armario, pero no había por qué correr riesgos. La camisa tenía una marca de la lavandería, y con respecto al traje cabía la posibilidad de que fuera identificable de alguna manera. Con esa prueba del ADN que tienen hoy en día, vete tú a saber qué pueden y qué no pueden averiguar. Además, no iba a volver a ponerme aquella ropa. El traje no me sentaba bien, el cuello de la camisa tenía un estilo poco elegante y de la corbata mejor no hablar. Los zapatos eran una tentación: eran los primeros zapatos de trescientos dólares que había llevado jamás, y quería quedármelos. Pero eran un número más grande del que calzo, con lo cual me resultó algo más fácil renunciar a ellos.

Escondí el maletín detrás del panel del armario junto con el bolso de Tucumcari. Me metí las ganchales en un bolsillo, los guantes en otro y me puse una corbata más bonita que la que me había llevado del piso de Luke. Cerré con llave y me fui.

Eché a andar en dirección este por la Setenta y uno, y al llegar a la esquina de Broadway entré en una cabina de teléfonos y marqué el 911.

—Hola —dije—. Mire, acabo de hacer una entrega en West End y la Setenta y cuatro y he notado un olor desagradable que salía de uno de los pisos. He estado en el ejército, y ese es un olor que a uno no se le olvida si lo ha oído alguna vez. Allí hay un cadáver, pondría la mano en el fuego. —La telefonista me preguntó cómo me llamaba—. No, no quiero verme involucrado —dije—. Si tiene que poner algo en el formulario, ponga Joe Blow. El piso es el 9 G, «G» de George, y el edificio es el número 304 de West End Avenue. He intentado decírselo al portero, pero creo que no me ha entendido. Tal vez porque su inglés no es muy bueno. 9 G, 304 West End. Allí hay un cadáver, apostaré cualquier cosa. Adiós.

El primer metro dirección norte que paró era un rápido. Lo cogí y me bajé en la parada de la calle Noventa y seis. Pasé por el torniquete y eché a andar por Broadway. El primer mendigo que vi era una mujer y el segundo un hombre corpulento. Di un dólar a cada uno. El tercero que vi era un hombre de aproximadamente mi talla. A él le di las dos bolsas de ultramarinos.

—¿Qué es esto! ¡Oiga! ¿Qué es esto?

—Espero que le sirvan —le dije. Di media vuelta y regresé al metro.

A las diez ya estaba en la tienda, ayudando a *Raffles* a perfeccionar su técnica para cazar ratones. Unas horas después me encontraba de nuevo en el piso de Luke, tratando de aparentar que era la primera vez que entraba en él. Previamente me había preocupado de dejar sus 240 dólares en el tarro de la mermelada. Esta vez los cogí, aunque recordarás que los repartí a medias con Doll.

A esto se le llama ética.

Cuando llegué a casa mi parte de los 240 dólares se había reducido sustancialmente. Había pagado veinte pavos por una enciclopedia de cromos de béisbol y cincuenta por una manta, y conforme avanzaba la noche, había seguido gastando dinero en taxis y café. Ahora eran las dos de la madrugada y llevaba despierto veinte horas. ¿Estaba acostado con la cabeza sobre la almohada? No, no lo estaba. Estaba sentado en mi sofá examinando cromos de béisbol y buscándolos en la enciclopedia.

Hay niños que nunca se hacen mayores.

—Esta es una combinación interesante —dijo Carolyn, inspeccionando su sándwich—. Carne en conserva, embutido, pavo...

—Pescado blanco ahumado.

—Y ensalada de col con salsa rusa, todo en un panecillo con semillas. Sabroso. Creo que es la primera vez que lo como. ¿Lo llaman de alguna manera?

—Lo llaman Piotr Kropotkin —respondí—. No me preguntes por qué. Normalmente lo sirven con pan de centeno, aunque creía que...

—Sabe mejor con el panecillo. ¿Dónde está tu sándwich, Bernie?

—Sólo tomaré café —dije—. He quedado para comer dentro de una hora.

—No tenías por qué haberme traído un sándwich, Bern. Podías haberme llamado simplemente, y yo habría ido a comer a alguna parte sola. Aunque me alegro de que hayas venido, porque ayer no salí de casa en todo el día. Es curioso, pero cada vez que paso cuatro o cinco horas en el Pandora o en el Fat Cat, al día siguiente estoy hecha una verdadera piltrafa.

—Me pregunto por qué será.

—Bueno, suelen tener el local lleno de humo —explicó—. Los habituales fuman, y la ventilación no es nada buena.

—Eso ha de ser.

—Y en el curso de una larga noche, casi siempre como un pedazo de tarta, una barra de chocolate o alguna cosa dulce de ese tipo. Y ya sabes que soy propensa a las resacas de azúcar.

—Lo sé.

—De modo que pasé el día en casa. Releí una novela de Kinsey Millhone, esa que va sobre un estudiante de secundaria que tiene un lío con la esposa del profesor de gimnasia y luego ella le convence de que mate a su marido. Acabo de contarte el final, así que espero que sea una que ya hayas leído.

—¿*S de simpatía*? La leí cuando salió.

—¿Te acuerdas de esa parte en que Kinsey está lanzando a canasta con la profesora de gimnasia femenina...? —Puso los ojos en blanco—. De acuerdo. Bern, caso cerrado. Y bien; ¿qué tal fue todo ayer? ¿Vendiste algún libro?

—Bueno, es largo de contar —respondí.

—Caramba... —exclamó—. Es realmente complicado, ¿no? ¿Sabías que el muerto acabaría siendo Luke?

—Sabía que tenía que haber alguna relación —respondí—. Se habían dado demasiadas casualidades desde un primer momento. Cuando se dio la de que había un

cadáver en el piso que Doll Cooper casualmente acababa de mencionar, me figuré que no podía ser un tipo que había entrado allí a lavarse las manos. Además, su cara me era conocida.

—Recuerdo que lo dijiste.

—Pensaba que quizá lo había visto en el barrio, pero lo había visto antes, y no de lejos además. Luke era el arlequín.

—¿Cómo?

—El arlequín del caballete de Joan Nugent. Doll me refrescó la memoria cuando me dijo que iba a posar para la señora Nugent. Pensé inmediatamente en el arlequín, pero todo lo que lograba recordar con seguridad era que tenía cara triste.

—Tú también tendrías cara triste con un agujero de bala en la frente.

—El arlequín tenía cara triste, pero aparte de esto no conseguía acordarme de su aspecto. Cuando van vestidos de ese modo, uno sólo se fija en su traje.

—De modo que volviste para mirarlo otra vez.

—Volví para coger los cromos de béisbol —dije— o lo que Doll esperara encontrar en el piso de Luke, fuera lo que fuese.

—Y tú no querías que te acompañara.

—No; pensé que uno es compañía y dos son multitud. Del piso de Luke era fácil volver al de los Nugent. Ya estaba en el edificio y sabía que las cerraduras no iban a plantearme ningún problema.

—Excepto la del cuarto de baño.

—Eso seguía desconcertándome —reconocí—. Me desconcertaba el hecho de que era claramente imposible. Sólo se me ocurrían dos posibilidades y ninguna de las dos tenía mucho sentido. Una, que hubiera entrado en el piso por la fuerza, se hubiera quitado toda la ropa, se hubiera encerrado en el cuarto de baño, se hubiese pegado un tiro en medio de la frente y luego se hubiese comido la pistola.

—¿No pudo caérsele y quedar oculta debajo de él cuando se desplomó?

—Sí, claro. Y también pudo abrir la ventana, dejar la pistola en el alféizar, cerrar la ventana, dejarse caer en la bañera y expirar. El problema es que el suicidio no tiene sentido por donde lo mires, incluso si consigues averiguar la manera en que pudo hacerlo.

—Con lo que sólo queda el asesinato.

—Y eso también era imposible, porque la puerta estaba cerrada por dentro. La persona que lo mató tuvo que salir del cuarto de baño por la ventana.

—¿Qué ventana?

—Olvídate de la ventana. La idea de que una especie de mosca humana saliera por aquel diminuto ventanuco y bajara deslizándose por una fachada del edificio es un tanto... Bueno, prefiero pensar que se pegó un tiro y que luego se comió la pistola. No, el asesino salió por la puerta, pero la puerta tenía echado el cerrojo.

—¿El asesino es un fantasma?

—O eso o había una manera de sortear el cerrojo. Cuanto más pensaba en ello, más seguro estaba de que esta era la respuesta. La última vez que tiré de la cadena a *Raffles*, se me ocurrió instalar una gatera. Ya sabes, esas puertas con goznes que se ponen en la parte inferior de la puerta para que los gatos puedan entrar y salir incluso si la puerta está cerrada. Si instalaba una gatera, no tendría que acordarme de dejar abierta la puerta del baño.

—¿Tienen los Nugent una gatera?

—No.

—Porque no creo que lo matara un gato, Bernie. Eso no lo acepto de ninguna manera.

—No me refiero a eso —dije—, aunque un perro o un gato podría haber movido la pistola de manera que el suicidio acabara pareciendo un asesinato. Pero no tienen animales domésticos, y daría igual si tuvieran uno, porque, para empezar, no tienen una gatera en la puerta del cuarto de baño. Pero tenía que haber algo, y entonces me acordé del interruptor de la luz.

—Otra casualidad.

—Lo que me hizo pensar en ello fue el interruptor de mi propio cuarto de baño —dije—. Lo apreté, pero la luz no se encendió.

—¿Porque es un interruptor falso?

—No, porque se había fundido la bombilla.

—¿Cuántos ladrones fueron necesarios para cambiarla?

—Sólo uno, pero mientras la cambiaba me acordé del interruptor del piso de los Nugent. No es nada extraordinario tener un interruptor que no enciende ni apaga nada. Mucha gente quita los apliques del techo cuando vuelve a pintar una habitación, y es más fácil dejar el marco de un interruptor que enlucir el agujero de la pared. Aun así empecé a preguntarme qué encontraría debajo del marco del interruptor si miraba.

—Y lo que encontraste fue un agujero en la pared.

—Exacto.

—Lo cual significaba que alguien pudo pegar un tiro a Luke Santangelo, salir por la puerta, cerrarla, desatornillar el marco del interruptor, meter el brazo por la abertura y echar el cerrojo.

—Con dificultad —dije—. Si tuviera el brazo un poquitín más corto, yo no habría llegado. Y si lo tuviera algo más grueso, no habría podido meterlo.

—Entonces hemos de buscar a una persona que tenga brazos largos y delgados. En cualquier caso, ¿por qué se tomó el asesino tantas molestias? No lo entiendo.

—Yo tampoco.

—¿Para que pareciera un suicidio? Si quisieras simular un suicidio en una habitación cerrada, ¿no dejarías el arma a la vista?

—Has dado en el clavo —dije—. Por muy listo que sea el criminal, siempre comete un pequeño error.

—Pero...

—No tiene ningún sentido —dije asintiendo—, pero ¿qué más da? No es asunto mío.

—¿Ah, no?

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—Me alegro de haber averiguado lo del interruptor falso, porque el factor «crimen imposible» me desconcertaba. Quería saber cómo cometieron el crimen, pero no me hace falta saber por qué lo cometieron o quién lo cometió.

—O qué estaba haciendo Luke en el piso.

—Eso es. No me hace falta saber nada de eso. Dejé un par de joyas en la bañera junto a él, di vuelta a varios cajones del dormitorio y me llevé unas cuantas joyas más. Lo hice para proporcionar a la policía respuestas fáciles a algunas de esas preguntas. Luke estaba cometiendo un robo, tenía un socio y el socio lo mató. No creo que sea esto lo que ocurrió, pero sinceramente me da igual.

—¿Te da igual?

—Ya tengo bastantes cosas de que preocuparme —dije—. Por ejemplo, asegurarme de que retiran los cargos contra mí y encontrar la manera de evitar que me dejen sin tienda.

—La tienda —dijo ella—. Con todo lo sucedido últimamente me había olvidado de ella. ¡Bernie, tus problemas se han acabado!

—¿De veras?

—Tienes los cromos, ¿no? Pues dáselos a Borden Stoppelgard a cambio de que te renueve el contrato para un largo período de tiempo. ¿No es ese el trato que te propuso?

—Más o menos.

—Esa es la razón por la que vas vestido tan elegantemente. Vas a comer con Borden Stoppelgard, ¿verdad?

—No, pero has estado cerca.

—¿Que he estado cerca? No sé qué significa eso. ¿Quién está cerca de Borden Stoppelgard?

—Una persona que no puede evitarlo.

—Pero...

—Será mejor que me vaya —dije—. No quiero hacer esperar a Marty.

—¿Marty? ¿Marty Gilmartin?

—Hemos quedado para reunirnos en su club —dije—. Lo que son las cosas, ¿eh? Ya te contaré.

La sede del Pretenders se encuentra en una mansión de cinco pisos de estilo neoclásico que da a Gramercy Park. Fui por Inving Place y llegué sólo tres minutos tarde a mi cita de la una para comer. Di mi nombre al encargado de librea que había en la recepción y este me informó que el señor Gilmartin me esperaba en el salón.

Bajé por medio tramo de escaleras alfombradas y llegué a una acogedora habitación con paneles de madera que tenía un bar a un lado y una mesa de billar al otro. Había dos hombres esperando, taco en mano, mientras un tercero apuntaba a una bola para dar un golpe que no parecía muy prometedor. En la barra había varios hombres, y ocho o diez más formaban grupos de dos y tres en torno a unas mesas de madera. Todos tenían más de treinta y cinco años y vestían chaqueta y corbata. Uno de ellos era Marty Gilmartin.

A decir verdad, no me resultó especialmente difícil encontrarle. Estaba sentado a solas con un periódico y una copa, y cuando entré alzó la vista con gesto de interés. Me acerqué y dije:

—¿Señor Gilmartin?

Él se puso en pie y dijo:

—¿Señor Rhodenbarr?

Y nos dimos la mano. Me disculpé por llegar tarde y él me aseguró que no llegaba tarde en absoluto. Era un hombre elegante, alto, delgado y de pelo canoso, e iba vestido espléndidamente con un traje tostado, camisa azul oscuro con cuello blanco y corbata azul claro. Llevaba unos zapatos con puntera reforzada que se parecían al par que yo me había llevado del piso de Harlan Nugent la mañana anterior, sólo que estos eran negros y los de Gilmartin eran de un brillante marrón nuez.

—No sabe usted cuánto lo lamento —dijo—. Le dije que le haría falta una chaqueta para entrar aquí, pero se me olvidó mencionarle que somos lo bastante estirados como para exigir además corbata. Ya veo que le han hecho ponerse uno de esos horrores que tienen colgados en el guardarropa.

—En realidad es mía.

—Pues es muy bonita —rectificó sin inmutarse—. Podríamos comer aquí abajo, aunque arriba, en el comedor, estaremos más tranquilos y no nos molestarán tanto. ¿Le parece bien?

Asentí, y me condujo escaleras arriba y por un pasillo hasta el comedor, señalándome por el camino varios objetos de interés. Los techos eran altos, los suelos estaban cubiertos por gruesas alfombras y los muebles eran en su mayoría de madera oscura y cuero rojo. Las paredes estaban profusamente decoradas con retratos, todos ellos primorosamente enmarcados y casi todos de actores y actrices.

—Fíjese en los dos retratos que hay a cada lado de la chimenea —dijo—. Los marcos van a juego, aunque son obra de dos pintores diferentes. Supongo que no reconocerá a los retratados. —No, no los reconocía—. Nos referimos a ellos

cariñosamente como los fundadores honorarios del club. El caballero de la izquierda es Jacobo Estuardo, y el de la derecha su hijo, Carlos Estuardo. Quizá lo conozca por príncipe Carlos el Hermoso.

—Pretendientes al trono de Inglaterra.

—Muy bien. Jacobo se llamaba a sí mismo Jacobo III, pero la historia le llama Viejo Pretendiente y a su hijo Joven Pretendiente. De ahí que, pese a que los Estuardos no son actores, tengan indiscutiblemente derecho a pertenecer a nuestra sociedad. Con una única excepción, los demás retratos representan a miembros de la profesión.

—¿Cuál es el otro retratado que no es un actor?

—En realidad son cuatro, pero están juntos en el cuadro. Quizá se haya fijado en él al entrar, está colgado enfrente del guardarropa.

—Los cuatro hombres negros en torno a un micrófono.

—Dudo que alguno de ellos haya salido alguna vez a escena —dijo—, aunque adquirieron el derecho a ser miembros de nuestra sociedad al ser indiscutiblemente unos profesionales del mundo del espectáculo. Se llamaban los Platters, y uno de sus grandes éxitos fue una canción titulada *El gran pretendiente*. —Sonrió, sacudió la servilleta y se la colocó sobre el regazo—. Bien, ¿qué desea beber? Luego deberíamos echar una ojeada al menú.

Tuvimos una conversación extraordinariamente civilizada durante el aperitivo. Cuando el camarero nos sirvió el plato principal, hubo un momento de calma. Pensé que quizá abordáramos el tema por el que nos habíamos reunido, pero al cabo de un rato él empezó a hablar de una obra de teatro que había visto, y la conversación se prolongó hasta el café. Estaba claro que había llegado el momento, y evidentemente me correspondía a mí empezar.

—Lamento haberle llamado a casa esta mañana —dije—, pero no tenía el número de su despacho.

—Mi casa es mi despacho —repuso él—, aunque tengo más de una línea de teléfono. Tenga, esta es mi tarjeta.

—Gracias —dije—. Aquí tiene una de las mías.

—Vaya —exclamó, cogiéndola y dándole vueltas en la mano—. Rabbit Maranville. De la serie Estrellas de Diamante, de mediados de los treinta. No recuerdo si está en la galería de jugadores famosos. Y tampoco puedo decir que le haya visto jugar. No soy tan mayor.

—Pensaba que quizá reconociera el cromo.

Hizo un gesto de asentimiento.

—Los años no se han portado bien con él, ¿verdad? Espero que se portarán mejor con Rabbit. El cromo ha sido doblado, le falta una esquina y, bueno, se encuentra en

un estado lamentable, ¿no le parece?

—Si estuviera casi perfecto valdría unos doscientos dólares —respondí—. Pero dado su estado...

—No valdría más de cinco o diez dólares. Eso suponiendo que alguien quisiera un ejemplar tan malo. —Me lo devolvió, aspiró profundamente y dejó escapar todo el aire—. ¿Cómo demonios lo ha conseguido? Aunque supongo que será un secreto profesional...

—Algo así.

Bebió un sorbo de café.

—Dinero en metálico —dijo.

—Usted necesitaba algo.

—Necesitaba conseguir algo sin aparentar que lo necesitaba. Tengo muchos bienes, pero ninguno que pueda convertir en dinero sin que se note. Si vendiera los cuadros que cuelgan de mis paredes, quedaría constancia de la venta y un espacio vacío en la pared. Si vendiera bienes inmuebles... pues tal como está el mercado tendría que regalarlo, y la única manera de deshacerse de algo es retirando hipotecas. Nada de lo que acabaría consiguiendo sería dinero y, como usted ha observado, necesitaba dinero en metálico.

—¿Cuánto?

—En el mejor de los casos, un millón de dólares.

Me pregunté cómo viviría una persona que necesitara un millón de dólares. Conocía gente que quería un millón de dólares, pero eso no es lo mismo.

—Y entonces se acordó de sus cromos de béisbol —dije.

—Llevo años coleccionándolos. Mi profesión es comprar y vender. Comencé a adquirir cromos por afición, para distraerme de temas más importantes. ¿Me creará si le digo que he obtenido unos rendimientos anuales más cuantiosos con ellos que con las acciones y los cuadros? Y será mejor que no hablemos de los bienes inmuebles.

—Descuide, no lo haré.

—De todos modos, lo que resulta realmente sorprendente en el caso de los cromos es la facilidad con que pueden venderse. No tiene más que ofrecer una caja llena de cromos para llenarse el bolsillo de dinero contante y sonante.

—Como con los sellos y las monedas.

—Supongo, aunque creo que los cromos llaman menos la atención. Esto es lo que puedo contarle: en cuestión de semanas, sin que nadie se enterara de lo que estaba haciendo, liquidé prácticamente todos los cromos que poseía y obtuve casi seiscientos mil dólares. —Se inclinó—. Debería recalcar que no hubo nada ilegal, inmoral o deshonesto en lo que hice. Los cromos eran indudablemente de mi propiedad. Los había comprado yo y podía venderlos si así lo deseaba.

—Y nadie tenía que enterarse de ello.

—Y nadie se enteró. Guardaba mi colección en un humidificador de palisandro que tengo en mi estudio. La cubierta de cedro que antiguamente servía para evitar que los buenos cigarros se deterioraran impide con la misma eficacia que los insectos dañen los rectángulos de cartón. Tenía los cromos más valiosos metidos en fundas de acetato. Los demás estaban sueltos. —Alzó una mano y el camarero se apresuró a servirnos más café—. Sacaba de la caja veinte, cincuenta o cien cromos cada vez. Cuando los había vendido, iba a una tienda de cromos y compraba ejemplares corrientes de emisión reciente para reemplazar los que había vendido. O cromos antiguos en mal estado, como el desafortunado ejemplar de Rabbit Maranville que ha traído.

—De ese modo el humidificador siempre estaba lleno.

—Eso es. Sacaba unas docenas de cromos por la mañana y por la noche metía esa misma cantidad o más incluso. Hoy en día una serie entera consta de un cromo por cada jugador de las ligas principales. La serie DeLong de 1933 tenía sólo veinticuatro cromos en total. La clave era el de Lou Gehrig. Vale un poco más que el conjunto de los otros veintitrés.

—¿Tenía usted un ejemplar?

—Sí, y en muy buen estado. La serie Goudey del mismo año tenía 240 cromos, pero un número sustancialmente inferior de jugadores diferentes. Los deportistas más populares aparecían en más de un cromo. Gehrig aparecía en dos cromos diferentes y Babe Ruth en cuatro. Yo poseía tres de los cuatro cromos de Babe Ruth, y un día del verano pasado los vendí por veintiocho mil dólares. Los reemplacé por cromos de Zane Smith, Kevin McReynolds y Bucky Pizzarelli. —Meneó la cabeza—. Babe Ruth comenzó con los Red Sox de Boston, pero no se podía tener a un bateador como él sentado en el banquillo tres de cada cuatro días, por lo que lo pusieron a jugar de exterior. El propietario de los Red Sox lo vendió al New York sin pensárselo dos veces. Quería el dinero para financiar un espectáculo de Broadway. El estadio de los Yankees se convirtió en «la casa que Ruth construyó», y los aficionados de Boston jamás perdonaron al estúpido propietario de los Red Sox, lo cual es muy comprensible. Sin embargo, creo saber cómo debió de sentirse después de vender a Babe Ruth tres veces y llenar su hueco con jugadores tales como Zane Smith, Kevin McReynolds y Bucky Pizzarelli.

—¿Empleó usted el dinero para financiar un espectáculo de Broadway?

Sonrió.

—Eso sería como cambiar la vaca de la familia por unas habas mágicas, ¿verdad? No, el teatro significa muchas cosas para mí, pero no entra en el ámbito comercial. Mi esposa y yo creemos en el mecenazgo, y supongo que cabría decir que pecamos de un exceso de generosidad en nuestro apoyo al teatro. A veces nuestra contribución consiste en una inversión, pero la hacemos sin esperanzas de obtener un rendimiento.

—Comprendo.

—Así paulatinamente fui vendiendo los cromos que tenía —prosiguió—, reemplazando intencionadamente el grano con la paja y reuniendo en mi humidificador una especie de colección fantasma de cromos sin valor. Todos los que valían algo acabaron desapareciendo.

—Excepto los de Ted Williams.

—De modo que se ha fijado en esos, ¿eh? —Le brillaron los ojos—. No podía vender los de Ted Williams. Si lo hubiera hecho, los aficionados de los Red Sox me habrían puesto verde.

—Pero esa no es la razón por la que no los vendió.

—No, por supuesto. Eran fáciles de identificar. Los cromos de la serie son difíciles de encontrar, algo desproporcionado para el precio al que podrían venderse. Además ya conoce a mi cuñado.

—Es el dueño de mi local.

—Y cabe presumir que conocerá su pasión por el Flaco Maravilloso. Si vendía esos cromos, había una gran posibilidad de que acabaran en manos de un vendedor que se los ofrecería a Borden. Lo lógico sería pensar que los cromos de béisbol son intercambiables, pero Borden ha visto los de Williams las veces suficientes como para reconocerlos. Seguro que habría comprado la colección y luego habría querido compararla con la mía. Como yo no hubiera podido enseñársela, él habría pensado que los había vendido, y habría deducido que yo me había visto obligado a venderla para conseguir dinero en efectivo.

—Que es lo que usted quería evitar que se difundiera.

—Precisamente. Era más sencillo y seguro quedarme con los cromos de Ted Williams. Pero aparte de estos vendí todos los que tenían valor, algo a lo que, como ya he dicho, tenía todo el derecho del mundo. Lo hice en secreto, pero uno es muy libre de tener sus secretos.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Recibí una llamada a altas horas de la noche —respondió—. Había pasado la velada con mi cuñado, lo cual resulta siempre una experiencia agotadora...

—Puedo imaginármelo.

—... y usted llamó. Era tarde y yo estaba cansado, y algo me empujó a ir a mi estudio y levantar la tapa del humidificador. Los cromos habían desaparecido.

—Eso no fue así —dije.

—¿A qué se refiere? ¿A que no fui a mi estudio? ¿A que no abrí el humidificador? ¿A que los cromos no habían desaparecido?

—Usted ya sabía que no se encontraban allí —respondí—. Pongamos que mi llamada lo asustó y dedujo precipitadamente que habían entrado a robar en su piso. Es una reacción extraña a una llamada molesta a altas horas de la noche, pero no es

inconcebible. Quizá echó un vistazo a sus objetos de valor para asegurarse de que nadie los había tocado, pero los objetos de valor que había en su humidificador habían desaparecido tiempo atrás, porque usted los había vendido. ¿Qué sentido tenía ir corriendo a su estudio para comprobar si Zane Smith y Bucky Pizzarelli seguían en la caja?

Gilmartin ganó tiempo bebiendo un sorbo de café.

—Es usted un joven muy perspicaz —dijo.

—No soy ni tan perspicaz ni tan joven como usted piensa —respondí—, pero está bastante claro lo que sucedió. Usted ya sabía que el humidificador estaba vacío. Mi llamada le brindó una oportunidad perfecta para sacar toda la información a la luz. Ahora podía ir corriendo a su estudio, abrir su célebre humidificador de palisandro y descubrir que sus cromos habían desaparecido.

—¿Por qué habría de hacer algo así?

—Para cobrar el seguro. Había vendido los cromos, pero no creo que haya cancelado su póliza de seguro, ¿verdad?

Gilmartin guardó silencio, con la mirada fija en el retrato de algún actor muerto, ordenando sus ideas. Luego dijo:

—No es lo mismo que en el caso de un asesinato, ¿verdad? La premeditación no tiene ningún peso. El fraude con los seguros no está considerado un delito menos grave si se comete de improviso.

—No.

—De todos modos, he de decir que no lo tenía planeado desde el principio. Mi primera intención era simplemente vender los cromos discretamente al mejor precio posible. Y, en lo que a eso respecta, hice un buen trabajo.

—¿Y luego?

—Cuando ya me había deshecho de la tercera parte de mis cromos, me llegó la fecha de pagar la prima del seguro. Un seguro flotante para una colección de ese tipo no es prohibitivo, y no habría podido ahorrarme mucho pidiéndoles que me bajaran la indemnización para reflejar la disminución de valor de mi colección. Así pues, pagué toda la prima, diciéndome que se lo notificaría a la compañía cuando hubiera vendido el resto.

—Pero no lo hizo.

—No, no lo hice. Lo que hice fue el trabajo preliminar para la perpetración de un grave delito. No se imagina cómo me sentí... Pero, por amor de Dios, ¿qué me sucede? Claro que puede imaginárselo.

—En mis tiempos yo también hice algún que otro trabajo preliminar.

—Claro, claro... Bernard, ordinariamente no tomo brandy tras el almuerzo. Tras la cena sí, pero no después del almuerzo. Sin embargo, si puedo persuadirle de que me acompañe...

—Una idea estupenda —dije.

—No sé si lo hubiera llevado a cabo. Siempre he sido un hombre honrado. En mis negocios siempre he procurado adelantarme a mis competidores, pero siempre he obrado conforme a la ley. Con todo, hay una diferencia de tipo moral entre defraudar a una compañía de seguros y robarle a un ciego los lápices del cubilete.

—Sé a lo que se refiere.

—No estaba seguro de la mejor manera de proceder. Sabía que los cromos no podían desaparecer por las buenas. Era preciso que pareciera que habían entrado en casa a robar y se los habían llevado. Vivimos en un edificio con un sistema de seguridad ejemplar y, según tengo entendido, las cerraduras son de las que desalientan a la mayoría de los ladrones de casas.

—A la mayoría —dije.

—¿Qué hacer para que pareciera que habían entrado en casa a robar? Si le hubiera conocido entonces, quizá le habría pedido su consejo de profesional. Se me ocurrió que bastaría con que no cerrara la puerta con llave tras fingir que lo había hecho. Pero no estaba seguro de si con esto el escenario quedaría preparado. ¿No era preciso que el piso tuviera aspecto de haber sido desvalijado? ¿Qué aspecto tiene una casa cuando usted acaba de trabajar en ella?

—Aproximadamente el mismo que cuando llego.

—¿De veras? Tal vez estaba siendo excesivamente minucioso, quizá por temor a comprometerme. Al final resultó que había estado preocupándome en vano. Fui al humidificador y lo encontré abierto. Levanté la tapa y vi que estaba vacío.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—El lunes por la tarde. Comí aquí y fui a casa entre las tres y las cuatro. No recordaba cuándo había sido la última vez que había visto los cromos. Como me había desprendido de todos los de valor, no tenía motivo para examinarlos. No puedo explicarle lo que se me pasó por la cabeza cuando vi la caja vacía.

—Puedo imaginármelo.

—Tendría que hacer un esfuerzo para imaginárselo. Empecé a dudar de mi salud mental. ¿Había vendido los cromos y de alguna manera me había olvidado del asunto? Tenga en cuenta que tenía planeado deshacerme de ellos.

—¿Quién iba a guardárselos?

Me miró con cara de perplejidad.

—Nadie, por Dios. Lo último que tenía pensado era decirle a alguien lo que estaba haciendo. Además, ¿qué sentido tenía que me los guardara alguien? Mi intención era que desaparecieran de la faz de la tierra en cuanto salieran de mi casa. Supongo que habrían acabado en un incinerador o en la basura. Todavía no había pensado en los detalles.

—Lo que ocurrió en cambio fue que se desvanecieron en el aire.

—Alguien los había robado —dijo—, pero ¿quién? Y ¿por qué? ¿Qué debía hacer yo? ¿Denunciar el robo? No había el menor indicio de robo. Mi póliza cubre desaparición misteriosa además de robo, y nunca una desaparición había sido tan misteriosa como aquella. Pero ¿me atrevía a informar de ello? Estaba en un aprieto. Tal como veía la situación, creía que todavía debía intentar hacer que pareciera un robo, pese a que los cromos ya no estaban en la casa. —Suspiró—. Entonces pasamos la velada con el hermano de Edna, quien estaba exultante porque había comprado un libro raro por una mínima parte de su valor en aquel momento.

—*L de ladrón.*

—Exacto. Lo único que oí fue la última palabra. No podía quitarme el tema de la cabeza. Llegamos a casa, sonó el teléfono y era usted. Aunque, como es lógico, yo no sabía quién era usted o cómo se ganaba la vida. No me dijo cómo se llamaba...

—Una falta de educación por mi parte.

—... y si me lo hubiera dicho, habría pensado que era el arrendatario de Borden, si hubiera identificado su nombre. Algo probable, ya que tiene un apellido poco corriente: Rhodenbarr. ¿Cómo es la derivación?

—Es el apellido de mi padre.

—Comprendo. —Levantó su copa de brandy y admiró primero su color, luego su buqué y finalmente su sabor—. Como le decía, no conocía la identidad de la persona que me había llamado a aquellas horas, pero la ocasión parecía caída del cielo. Edna me preguntó qué me inquietaba tanto. No soy actor, pese a ser miembro de esta sociedad, pero lo único que tenía que hacer era comportarme tal cual. Fui corriendo al estudio, abrí el humidificador, «descubrí» la desaparición de su contenido y llamé a la policía.

—Que no tardó en localizar la llamada.

—Ni siquiera sabía que podían hacer eso. En el cine y televisión siempre están intentando que los delincuentes pasen el mayor tiempo posible al teléfono para localizar la llamada. Ahora supongo que en los ordenadores queda constancia de todo. En efecto, localizaron la llamada y, por extraordinario que parezca, resultó que la había hecho un conocido ladrón que, casualmente, era el mismísimo dueño de la librería del que se había aprovechado Borden, razón por la cual este había estado fanfarroneando aquella noche. Qué ironía, ¿verdad? Pero también terriblemente molesto para usted, por lo cual le pido disculpas. ¿Llegaron al extremo de arrestarle?

Asentí.

—Pasé una noche en la cárcel.

—No me diga.

—No fue culpa suya —dije—. Son gajes del oficio.

—Es muy caballeroso de su parte tomárselo de esta manera. Pero usted no hizo

nada para merecérselo.

—Bueno —dije—, a decir verdad, y ya que lo menciona, eso no es del todo cierto.

Pedimos más café y más brandy.

—Cuando me llamó esta mañana —estaba diciendo Martin Gilmartin—, me quedé verdaderamente atónito. —Esa había sido mi intención. Le había dicho que había tenido la suerte de recuperar sus cromos, y que si le importaría decirme el nombre de su compañía de seguros, ya que iba a intentar devolverlos a cambio de una recompensa. A menos que él conociese alguna manera de resolver la situación entre los dos que fuera ventajosa tanto para él como para mí. Luego había oído una voz quebrada y, tras una pausa, una invitación a comer extraordinariamente amable—. Luego he pensado en ello —prosiguió— y he llegado a la conclusión de que no me encuentro en una posición tan difícil. Después de todo, en el supuesto de que usted acudiera a la compañía de seguros, ocurriría una de estas dos cosas: ellos podrían mirar los cromos, calcular su valor, compararlos con el inventario que yo les proporcioné cuando fijamos la indemnización y concluir que usted está intentando burlarse de ellos. Pensarían que o se ha quedado con lo mejor de la colección o que no la ha robado, pero en cualquier caso no cabe duda de que se negarían a seguir tratando con usted.

—Es posible.

—O podrían valorar los cromos. Al fin y al cabo algo valen. La serie de la mostaza Chalmers vale un par de miles de dólares, y luego hay otros cromos de Ted Williams que también he conservado. Pongamos que todo el lote valga diez mil dólares. No creo que los valga, pero la cifra nos servirá. Tras hacer cuentas, negocian con usted y acceden a adquirir los cromos. Luego me los dan y dicen: «Tome, señor Gilmartin. Hemos tenido la suerte de recuperar su colección intacta. Que tenga un buen día». «Perdonen, pero estos no son mis cromos», les contesto. «Pues nosotros opinamos que sí lo son y también que el inventario que nos proporcionó cuando tramitó la póliza era falso, razón por la cual la cancelamos a partir de este momento. Si entabla una acción judicial, responderemos acusándole de falsificación de documentos y fraude. Tenga un buen día de todos modos».

—Podrían probar a hacer eso.

—En cuyo caso me quedaría con una caja llena de baratijas en lugar de una liquidación por valor de medio millón de dólares. Siempre podría llevarlos a juicio, con la esperanza de que accedieran a dividir la diferencia, pero también puedo decidir que no merece la pena, y no digamos ya la mala prensa. —Frunció el entrecejo mientras resolvía el problema—. Lo mejor que puedo hacer es pagarle a usted sus honorarios por haber encontrado los cromos. ¿Cuánto acabo de decir que valen?

¿Diez mil como mucho? Pues bien, doblemos la cifra. Veinte mil dólares.

Le miré fijamente.

—Ya me imaginaba que no le convencería. En este momento no ando muy bien de dinero en metálico, y pagarle esa cantidad ya me supondría un esfuerzo. Tendré dinero cuando la compañía de seguros me pague lo que me debe, pero puede que no se den mucha prisa. Además, ese dinero va a hacerme falta. De lo contrario no habría hecho una reclamación fraudulenta. Dentro de un año seguramente tendré tanto dinero que no sabré qué hacer con él. Si está dispuesto a aceptar un pagaré...

—Ojalá pudiera. Pero no es usted el único con problemas de liquidez.

—Es por la economía —repuso él con vehemencia—. Todo el mundo se encuentra en una situación apurada. ¿Puedo decirle algo?

—Por favor.

—Puede que parezca que lo que voy a decirle es resultado del brandy que he bebido, y tal vez lo sea, pero no puedo sustraerme a la sensación de que usted y yo tenemos la oportunidad de hacernos personal y mutuamente un gran bien.

—Sé a qué se refiere.

—Puede parecer algo ridículo, y sin embargo...

—Lo sé.

—Bien —dijo—. Eso no cambia la situación actual. Quizá contribuiría a aclarar las cosas si me dijera qué quiere exactamente.

—Eso tiene fácil respuesta —dijo—. Quiero quedarme con mi tienda.

Al salir para almorzar con Martin Gilmartin, había colgado de la puerta de la librería un pequeño cartel de cartón en el que se lee «Volveré a:» y se ve la esfera de un reloj. Había puesto las manecillas a las dos y media. Cuando regresé había una clienta esperando. Era la primera vez que la veía, aunque parecía una profesora de educación cívica de octavo. Mientras yo abría la puerta, hizo con la garganta uno de esos sonidos que escritos suelen equivaler a «ejem». La miré y ella señaló en primer lugar su reloj de pulsera y luego la esfera del cartel.

—Son las tres —dijo.

—Lo sé —repuse—. Este reloj se retrasa últimamente. Voy a tener que llevarlo a reparar. —Cogí el cartel de la puerta y coloqué la manecilla grande sobre las tres y la pequeña sobre las doce—. Ya está —dije—. ¿Qué le parece?

Por un momento pensé que iba a mandarme al despacho del director, pero entonces *Raffles* se frotó contra su tobillo y la hechizó. Se fue tras haber comprado un par de novelas además del libro de ilustraciones de alfombras rústicas americanas que le había llamado la atención en el escaparate y la había entretenido durante media hora. Fue una buena venta, la primera de las varias que iba a hacer del mismo tipo. Cuando dieron las seis y cerré la librería, había abierto la vieja caja registradora una docena de veces y, aún mejor, había comprado dos grandes bolsas de ultramarinos llenas de libros de bolsillo a un cliente que venía de vez en cuando y que me informó que se trasladaba a Australia. Le creí cuando me dijo cuántos libros eran e hice la transacción sin siquiera mirarlos. La mitad resultaron eminentemente coleccionables: volúmenes dobles de Ace, ejemplares de Dell y otras pequeñas maravillas que hacen las delicias del coleccionista de libros en rústica. También había media docena de novelas picantes de los sesenta, y yo conocía en Wetumpka, Alabama, a un vendedor de libros de bolsillo que estaría dispuesto a pagarme por ellas más de lo que yo había desembolsado por el lote completo.

La tarde, que no había estado nada mal, acabó con una llamada telefónica de una mujer que me dijo que había tenido que llevar a su madre a una residencia de ancianos y me preguntó si me importaría ir a echar un vistazo a su biblioteca. Por la descripción que me dio, el asunto parecía prometedor, de modo que acordamos una cita.

Entre una cosa y otra, para cuando llegué al Bum Rap estaba silbando. Pedí una botella de Perrier y observé que Carolyn me miraba con gesto burlón.

—No es lo que te imaginas —dije—. Me he tomado un par de brandys después de comer. Se me acaba de pasar el efecto, y prefiero no echar combustible a una hoguera que está a punto de apagarse. He tenido un buen día, Carolyn. He comprado unos cuantos libros y he vendido unos cuantos más.

—Bueno, en eso consiste el negocio de las librerías, Bern. ¿Qué tal la comida?

—Ha sido estupenda —dije—. En realidad ha sido sensacional. Creo que voy a poder quedarme con la tienda.

—Es muy confuso —dijo Carolyn.

—¿Qué tiene de confuso? Para mí es una manera perfecta de conservar la librería.

—No me refiero a eso, Bern, sino a todo lo que ha sucedido con los cromos. Según Doll...

—No creo que Doll tenga en este asunto más autoridad que *Raffles*.

—Entiendo, Bern. Pero aun así, si es amiga de Marty...

—No lo es.

—Pero si...

—Tengo la sensación de que se lo ha inventado. Ya estaba prácticamente seguro antes, pero el hecho de subir a su piso me convenció del todo. No consigo imaginarme a un hombre que ronda los sesenta años queriendo subir todas esas escaleras para visitar a su querida. Un quinto piso sin ascensor con una cama individual: menudo nidito de amor.

—Entonces ¿dónde encaja ella?

—No lo sé.

—¿Y cómo es que los cromos acabaron en el piso de Luke? ¿Cómo se conocieron ella y Luke?

—Buena pregunta.

—¿Cuál de las dos?

—Ambas.

—¿Y qué me dices de los Nugent, Bern? ¿Qué pintan ellos en este asunto? ¿Qué hacía Luke en su piso? ¿Quién lo mató?

—Ni idea.

—¿No te importa?

—No especialmente.

—Pero tienes alguna idea al respecto, ¿verdad?

—Pues no.

—Pero no puedes desentenderte del asunto... Ay, ay, ay...

—¿Qué ocurre? —Me volví y encontré la respuesta a esta pregunta, acercándose a nuestra mesa como una tormenta por poniente—. Vaya —exclamé—. ¿Qué tal, Ray?

—No molesto, ¿verdad? —dijo, arrimando una silla de otra mesa—. Pasaba por aquí y se me ocurrió entrar a charlar un rato con vosotros. Ayer sucedió algo curioso en tu barrio, y me preguntaba si sabrías algo al respecto.

—¿Ocurrió algo en el Village, Ray?

—Estoy seguro de que ocurrieron un montón de cosas en el Village —respondió—, pero me refería al barrio en que tú vives. No a este, que es donde tienes tu tienda, o a East Side, que es donde cometes la mayor parte de tus robos. —Se volvió para obsequiar a la camarera con una sonrisa—. Caramba, Maxine, ¿qué tal estás? —exclamó—. Ponme un ginger ale solo. Ya sabes cómo me gusta.

—¿Cómo, Ray? —preguntó Carolyn.

—¿Cómo?

—¿Cómo te gusta tu ginger ale?

—Con aproximadamente un par de dedos de *whisky* —dijo—, aunque no creo que sea asunto tuyo.

—Entonces ¿por qué no lo pides así?

—Porque no causa una buena impresión ver a un policía beber alcohol en público.

—Pero si no llevas uniforme, Ray. ¿Quién va a saber que eres policía?

—Cualquiera que le mire —dijo—. Estabas contándonos algo, Ray. ¿Ha ocurrido algo en el norte?

—Pues sí —dijo sin inmutarse—. Y tú estás involucrado en ello. No sé cómo lo sé, pero lo sé. Alguien llamó al 911 para informar de que había notado un mal olor, ya sabes. Ni una sola vez ha resultado ser una persona que se ha olvidado de meter el queso Limburger en la nevera. Mandaron a un par de agentes: ningún vecino sabía nada al respecto y en el pasillo no se olía nada. El portero llamó al administrador, que tenía un juego de llaves del piso y les dejó entrar.

—Creo que sé lo que encontraron —dijo, con la esperanza de ganar tiempo—. Anoche dijeron algo en las noticias. Había un cadáver en el cuarto de baño, ¿no?

—Era de ahí de donde salía el olor. La puerta estaba atascada, de manera que tuvieron que derribarla. Allí estaba. Llevaba muerto desde mediados de la semana pasada, según el forense.

—Tenía un nombre español, si no recuerdo mal.

—Santangelo —dijo—. Español o italiano, lo cual viene a ser prácticamente lo mismo: marginal.

—¿Marginal?

Hizo un gesto de asentimiento.

—Alguien que no te gustaría que se casara con tu hermana, pero que no te importaría que fuera tu primo. Marginal. Lo que probablemente no sepas, debido a que nosotros acabamos de enterarnos, es que vivía en ese mismo edificio. Y lo que tampoco sabrás, debido a que no lo hemos notificado, es que estaba robando en el piso.

—¿De veras?

—Bueno, alguien estaba robando —precisó—, y tan seguro como que estás

delante de mí que no era yo. ¿Eras tú, Bernie?

—Ray, por favor...

—Había un par de cajones volcados en el dormitorio principal, un par de joyas en la bañera junto a él, un agujero de bala en su frente y ningún arma en el piso. ¿Cómo llamarías tú a todo esto, Bernie?

—Un asesinato —sugerí.

—Ese Santangelo no era ningún angelito. Tiene antecedentes relacionados con droga, pero la gente cambia, ¿verdad? Pongamos que está limpiándote el piso. Pongamos que tú eres Nugent.

—¿Cómo dices?

—Nugent, el tipo que vive en el piso. Tú eres Nugent y llegas a casa y te encuentras a este sudaca, italianini o lo que sea, birlando un puñado de pulseras y pendientes. Coges tu pistola y te lo cargas, que es algo a lo que tienes derecho en un país libre, dado que es un ladrón. ¿Qué sucede, Bernie, he dicho algo malo?

—Me pongo nervioso cuando la gente habla de cargarse ladrones.

—No me extraña. Pues bien, a lo que iba. Pongamos que eres un ladrón.

—Llevas años diciendo eso, Ray.

—Pongamos que eres un ladrón y que estás limpiando este piso. ¿Por qué te quitarías la ropa?

—¿Qué?

—Estaba completamente en cueros. ¿No lo dijeron en las noticias? —Yo no recordaba si lo habían dicho o no—. Desnudo y muerto como el día en que nació —dijo—. He oído decir que hay mujeres que limpian la casa desnudas y ladrones que dejan todo tipo de recuerdos asquerosos en los pisos que roban, pero ¿tú conoces algún ladrón que se haya quitado toda la ropa antes de ponerse a buscar los objetos de valor?

—Nunca.

—Yo tampoco. Y tampoco lo imagino subiendo dos tramos de escaleras en porreta o cogiendo el ascensor de la misma manera. ¿Qué hizo con la ropa entonces? No la llevaba puesta, y no estaba amontonada por ahí. ¿Acaso la dobló y la metió en los cajones? Si eres Nugent y le has pegado un tiro, ¿por qué sales huyendo con su ropa?

—Si soy Nugent —dijo Carolyn— y le mato, cosa que nunca haría porque en el fondo no soy una persona violenta...

—Me alegro por ti, Carolyn.

—... cojo el teléfono y llamo a la policía. «Acabo de defender mi domicilio», digo. «Por favor, manden a alguien para que se lleve a este fiambre». Eso es lo que hago. No me largo y cierro la puerta con llave esperando que desaparezca en mi ausencia.

—Los duendes se ocuparán de él —dije—, cuando hayan acabado con mi piso.

Ray me miró fijamente.

—Ya he pensado en eso —dijo—. No me refiero a esa estupidez de los duendes, sino a lo que acabas de decir, Carolyn. ¿Qué motivo tiene Nugent para no informar de ello? Se me ha ocurrido que quizá no tenga el arma registrada. Un hijo de perra está limpiándote el piso y tú tienes una pistola para dispararle. Sería aconsejable que te cercioraras de que tienes el permiso de armas, pero aun así...

—No tiene mucho sentido —dije, acabando la frase por él—. Además ¿no es cierto que los Nugent están en el extranjero?

Hizo un gesto de asentimiento.

—Está previsto que vuelvan mañana o pasado. La cuestión es cuándo se fueron.

—Eso es —dijo Carolyn—. Pongamos que soy Nugent. He salido para el aeropuerto y no estoy seguro de si he dejado un puchero al fuego. Regreso y qué me encuentro: un ladrón. Saco mi pistola sin registrar y le pego un tiro; pero debo irme para coger el avión, y no tengo tiempo para llamar a la policía, de modo que le quito la ropa al ladrón, lo pongo en la bañera, me llevo su ropa y cojo el próximo vuelo a... ¿dónde?

—Tayikistán —sugerí.

—Olvidémonos de Nugent —dijo Ray.

—Hecho.

—Pongamos que fue otro ladrón quien lo mató. Pongamos que fuiste tú, por ejemplo, Bernie.

—¿Yo?

—Es sólo un caso hipotético, ¿vale?

—Vale. Lo maté yo. Pero luego no digas que he dicho eso, porque todavía no me has leído mis derechos.

—Por amor de Dios —exclamó—. Sólo estamos hablando, ¿de acuerdo?

—Lo que tú digas, Ray.

—Él vive aquí, sabe que los Nugent no están en la ciudad, cierra los ojos y sólo ve dinero. Pero necesita a alguien que sea capaz de hacer lo que le dé la gana con las cerraduras, es decir, alguien como el hijito de la señora Rhodenbarr, Bernie.

—¿Y por qué no abre la puerta con una palanca y a correr, Ray?

—Quizá porque no sabe hacerlo. De todos modos, la palanca deja marcas, y no había ninguna, así que sabemos que no entró de esa manera. No; te conoce del barrio, o algo así, de modo que te informa del golpe y lo dais juntos.

—Esa es precisamente mi forma de trabajar.

—Cuando hablo de ti, no me refiero a ti. ¿De acuerdo, Bernie? Ya sé que trabajas solo, y sé que no disparas a la gente. Olvidemos que eres tú, ¿vale? Su socio ese día es otro jodido ladrón. Pues bien, el otro jodido ladrón le abre la puerta, él y el otro

jodido ladrón entran juntos y tú le pegas un tiro.

—¿Otra vez yo?

—Es que es demasiado complicado decirlo de la otra manera. Pero si tanto te molesta...

—No, da igual. ¿Por qué le pego un tiro?

—Porque así no tienes que dividir el botín. Pongamos que dais un golpe antológico, y es como lo de la Lufthansa, que hay tanto dinero que no quieres dividirlo.

—Vale —dije—. ¿Por qué está desnudo?

—Porque así no identificarán la ropa.

—Anda ya...

—Vale, pongamos que los dos estáis desnudos.

—Él me seduce. Pero entonces me doy cuenta de lo que he hecho. Me atormenta el sentimiento de culpa, y en lugar de suicidarme, arremeto contra él. Está duchándose, limpiándose los rastros de nuestra perversa lujuria. Yo encuentro una pistola en el cajón del escritorio y le entrego el billete al otro barrio.

Ray suspiró.

—No tiene mucho sentido —dijo.

—Vaya, Ray, ¿qué te hace decir eso? ¿Por qué estamos manteniendo esta conversación entonces? No me malinterpretes, Carolyn y yo siempre disfrutamos cuando vienes a vernos, pero ¿a qué viene todo esto?

—No lo sé.

—Bien, con eso queda todo claro.

—No lo sé —repitió—. Llámalo la intrusión de un policía.

—Así es precisamente como lo llamaría yo —dije—, aunque creo que la palabra que estás buscando es intuición.

—Qué más da. No sé por qué, pero creo que sabes más de este asunto de lo que parece, y si no es así podrías informarte. Además tengo la impresión de que sería muy beneficioso para los dos.

—¿De qué estás hablando, Ray?

—Eso no puedo decírtelo. Ese es el problema con las impresiones, al menos con las que yo tengo. No sirven de mucho cuando se trata de dar detalles. No sé qué puedo sacar yo de este asunto, si un buen arresto o algo más negociable. Pero tú y yo, Bernie, hemos hecho muchas cosas buenas el uno por el otro en el curso de los años.

—Y tú no eres más que un sentimental, Ray. Por eso se te quebró la voz el otro día cuando me encerraste en una celda.

—Sí, claro, estaba tragándome las lágrimas. —Se puso en pie—. Piénsatelo, Bern. Apuesto a que se te ocurre algo.

—Ray tiene razón, Bern.

—Dios mío —exclamé—. Jamás me hubiera imaginado que llegaras a decir eso. Debería ponerlo por escrito y hacerte firmar el papel.

—Piensa que debes averiguar qué ha pasado, y ni siquiera sabe que estuviste allí. ¿Cómo es posible que des la espalda a este asunto?

—No me interesa.

—Tienes información que Ray no tiene, Bern.

—En efecto, así es —dije—. Información sobre casi todo.

—¿Y qué me dices de tus deberes cívicos?

—Pago mis impuestos —respondí—. Separo la basura para reciclarla. Voto. Incluso voto en las elecciones para la dirección del instituto, por amor de Dios. ¿Cuántos deberes civiles más tiene que tener una persona?

—Bern...

—Pero mira qué hora es... —exclamé—. No te apresures, tómatelo con calma y acábate tu copa. Yo tengo que irme.

—¿Adónde vas?

—A casa a ducharme y cambiarme de ropa.

—¿Y luego?

—Tengo una cita. Adiós.

El coche frenó. Apreté el botón de bajar la ventanilla y miré la casa que tenía enfrente con detenimiento o, mejor dicho, con todo el detenimiento posible dadas las circunstancias. Había unos árboles en medio, y una extensión de césped, pero lo que vi entre los árboles y al otro lado del césped fue una casa que no era distinta de las vecinas. Al fin y al cabo, nos encontrábamos en una urbanización. Una urbanización de casas que costaban medio millón de dólares, pero aun así una urbanización. Aquella casa de medio millón de dólares en concreto tenía la luz del porche encendida, y se veía luz en una ventana del piso de arriba tapada por una cortina y también en dos habitaciones de abajo.

Pensé lo que a menudo pienso en tales circunstancias: Qué amables han sido al dejar la luz encendida para el ladrón.

—Rodee la manzana —dije, y me recosté en el asiento mientras se hacía lo que había pedido.

El coche era un Lincoln de un año de antigüedad, con un suave cuero rojo en el interior, laca negra frotada a mano en el exterior y un ruido en el motor que era poco más que un ronroneo rafflesiano. Era más cómodo que un autobús, un tren de metro o un taxi tayiko, y además ninguno de estos medios de transporte me habría llevado hasta aquel lugar. Estaba al norte de la ciudad, en Westchester County. El metro no llega tan lejos, y Hashmat Tuktee habría tardado un millón de años en encontrar el camino.

La segunda vez que pasamos por delante de la casa estiré el brazo para coger de la visera del conductor el mando a distancia para abrir la puerta del garaje. Apunté al garaje y apreté el botón. No ocurrió nada.

—Por probar que no quede —dije, y lo puse en su sitio.

Seguimos avanzando; cuando llegamos al primer stop me bajé y caminé en la dirección contraria. Vestía una chaqueta *sport* a cuadros y un pantalón oscuro. También llevaba puesta una corbata, pero no era la que había recibido unas críticas tan favorables durante la comida.

Avancé sin titubeos por el camino de la entrada, subí por los escalones del porche, llamé al timbre y luego volví a llamar. No ocurrió nada. Eché un vistazo a la cerradura e hice gesto de desaprobación. Los inquilinos de los pisos de Nueva York saben de cerraduras: Poulards, Rabsons y cerraduras de seguridad Fox, y ponen verjas en las ventanas y vallas plegables en lo alto de las tapias. En los barrios residenciales, donde las casas están separadas las unas de las otras y cada uno tiene una docena de ventanas en la planta baja, no tiene sentido hacer el esfuerzo de reforzar tu puerta para que no entre nadie por ella. Esta tampoco estaba reforzada. Tardé un minuto en entrar.

Apenas hube atravesado el umbral cuando la alarma saltó. Dejé que sonara ese quejido estridente, ese chillido molesto, agudo e insistente que saca de quicio a los ladrones. Te lo aseguro: si tuvieras un hijo que hiciera un ruido como ese, estrangularías al pequeño monstruo.

Disponía de cuarenta y cinco segundos. Crucé rápidamente el vestíbulo, doblé a la izquierda por el gran salón de techo de catedral y entré en el comedor. En la pared del fondo había un armario estilo Jacobo I con estantes en la parte superior y cajones en la inferior flanqueado por dos puertas. Abrí la de la derecha. Dentro había un estante con artículos de mantelería, salvaplatos y juegos de fichas de póquer y dominó chino. Allí mismo, en la pared, había un teclado numérico cuya roja luz parpadeaba históricamente.

Marqué 1-0-1-5.

El resultado difícilmente habría podido ser más satisfactorio. La parpadeante luz roja se apagó y fue reemplazada por una tranquilizadora luz constante de color verde. El endemoniado ruido cesó tan repentinamente como si una mano celestial hubiera colocado una almohada sobre su chillona boca electrónica. Solté el aire que, sin siquiera darme cuenta, había estado conteniendo. Me metí el juego de ganzúas en el bolsillo (todavía lo tenía en la mano) y me puse los guantes. Limpié las pocas superficies que mis desprotegidos dedos pudieran haber tocado: el teclado, la puerta del cuarto y el tirador, y la puerta y el tirador de la entrada. Cerré la puerta, eché la llave y me puse a trabajar.

El estudio estaba en la primera planta, en la parte trasera de la casa, y sus ventanas daban al jardín. Eché las cortinas antes de encender la luz. A la derecha del escritorio había una librería acristalada con tres estantes, y encima una pintura al óleo de un barco en alta mar. Lo descolgué de la pared y dejé al descubierto la puerta circular de una caja fuerte con cerradura de combinación.

Abrir cerraduras de combinación requiere maña. Un estetoscopio resulta útil a veces, pero hay que tener buena mano para ello.

Yo la tenía, y tenía algo todavía mejor: la combinación. Giré el disco a la derecha e izquierda, repetí la operación, y que me cuelguen si la puerta no se abrió a continuación. Saqué una docena de cajas, todas ellas de diez centímetros cuadrados y treinta centímetros de largo y llenas a rebosar de sobres de papel manila de cinco por cinco y algún que otro estuche de plexiglás, cada uno de los cuales contenía un pequeño disco de metal.

Eran monedas. Aparte de las cajas, había ejemplares de prueba y paquetes de monedas que no habían sido puestas en circulación, un par de álbumes de la Biblioteca de la Moneda y un estuche de plástico negro hecho por encargo que albergaba una colección casi completa de monedas de diez centavos de la Libertad sentada emitidas entre 1837 y 1891. También había un fajo de billetes de dólar sujeto

con una cinta. Vacíé la caja de seguridad, apilando el material numismático sobre el escritorio y amontonando a un lado los demás objetos (testamentos, escrituras y documentos de aspecto oficial). Me llevé las monedas de diez centavos y fui en busca de la cocina. Abrí la puerta que conducía al garaje contiguo, salí con las monedas de diez centavos, volví a entrar sin ellas y cerré la puerta con llave.

En un cuarto que había en el vestíbulo encontré una bolsa que me serviría: una cartera de cuero estropeada que no contenía más que recuerdos. En ella cabía la colección de monedas y aún sobraba espacio. La llené, corrí la cremallera y la dejé al lado de la puerta principal.

Ahora tocaba la parte que detestaba.

Del cajón de las herramientas que había en la cocina saqué un martillo, un cincel y un destornillador de aspecto inquietante. Volví al estudio y me puse a zurrarle la badana a la caja fuerte. Arranqué el disco de la puerta haciendo palanca, di todo tipo de golpes con las herramientas, hice un ruido de mil demonios y dejé todo hecho un verdadero desastre. Cuando hube terminado la tarea de destrozarse una caja fuerte completamente satisfactoria, cogí los diversos documentos que había contenido hasta hacía poco, y los esparcí tanto dentro como fuera de la caja, revolviéndolos sobre la alfombra a patadas. Saqué los cinco cajones del escritorio que no estaban cerrados con llave y arrojé su contenido al suelo, y cuando ya estaba preparado para abrir con el martillo y el cincel el cajón que quedaba, dije en voz alta: «No». Dejé aquellas toscas herramientas a un lado y abrí el cajón con las ganzúas. Lo volqué y me agaché para coger cien dólares en billetes de veinte. Me los metí en el bolsillo, donde encontré el paquete de monedas de cinco centavos de 1858 que había apartado previamente. Estaban dentro de un tubo de plástico precintado; lo abrí golpeándolo contra el borde del escritorio. Recogí las monedas con la palma de la mano y arrojé un puñado a la caja fuerte. Algunas cayeron dentro, y las demás se precipitaron sobre la librería y rodaron por el suelo.

Perfecto.

Fui a la puerta de entrada, consulté la hora y apagué y encendí la luz del porche tres veces. Cogí la cartera, abrí la puerta, dejé el pestillo de manera que no se cerrara tras de mí y eché a andar hacia la calle. Llegué a ella en el preciso momento en que el Lincoln se detenía. Abrí la puerta, eché la cartera dentro y volví a la casa.

Aún tenía que cometer otro desafuero. Cogí una vez más el martillo y el cincel y me puse a darle golpes a la pobre e inocente puerta de entrada. Tras agujerear la jamba y destrozarse la cerradura, volví a la cocina, dejé las herramientas donde las había encontrado y regresé al comedor, donde marqué el 1-0-1-5 en el teclado numérico. La luz verde se apagó y el aparato dio siete pitidos. Disponía ahora de unos cuarenta y cinco segundos para salir de la propiedad y cerrar la puerta, al cabo de los cuales la alarma sería peligrosa.

Salí por el porche y entorné la puerta sin llegar a cerrarla del todo mientras contaba los segundos mentalmente. Supongo que conté un poquitín rápido, porque cuando acabé no ocurrió nada. Me pregunté si habría hecho mal y en ese momento comenzó de nuevo aquel espantoso gemido estridente.

Duraba otros cuarenta y cinco segundos, pero no tenía por qué quedarme allí y soportarlo. Recorrí rápidamente el camino de losas que conducía al bordillo, y llegué una vez más en el preciso momento en que el Lincoln negro se detenía.

—Veintitrés —dije, abriendo la puerta—, veinticuatro, veinticinco, veintiséis...

—¿Todo bien?

—A pedir de boca —respondí mientras nos separábamos del bordillo—. Treinta y uno, treinta y dos...

—¿Y el estuche de monedas de cinco centavos?

—En el garaje —dije—. En un estante alto que hay a la derecha, en una caja en la que pone «Juegos». Está más o menos en el medio, entre el parchís y el estratego. Treinta y ocho, treinta y nueve...

Para cuando llegué a cuarenta y cinco ya habíamos doblado la esquina y recorrido unos doscientos metros. Tenía la ventanilla bajada, y cuando la alarma se disparó pude oírla claramente. Si hubiéramos llevado a Luke Santangelo en el portaequipajes, la sirena habría bastado para despertarlo. La oyeron en todo el barrio, en el mismo momento en que verían encenderse el tablero en las oficinas de la empresa de seguridad del siguiente municipio.

Pero antes de que nadie pudiera hacer nada al respecto, Marty Gilmartin y yo estaríamos ya de nuevo en Manhattan.

Me bajé en la esquina. El charlatán de mi portero no tenía por qué verme salir de un Lincoln.

—Quiero saber exactamente qué tenemos aquí —dije, poniendo la mano sobre la cartera—. Conozco a un hombre que entiende mucho de monedas, pero aun así quiero saber qué voy a vender. Tengo el catálogo del año pasado arriba, que es todo lo que necesito para poner precio a las monedas americanas. Tendré que fiarme de él en lo que respecta a las extranjeras, pero no me ha parecido que fueran gran cosa. Ah, esto me recuerda algo.

Abrí la cartera, busqué el fajo de billetes y rompí la cinta de papel.

—¿Qué es eso?

—Dinero —dije, repartiendo billetes de cien dólares como si estuviera dando cartas en una partida de rummy: uno para él, otro para mí, uno para él, otro para mí—. Yo diría que hay unos cinco mil dólares, pero será mejor que los dividamos.

—Sólo íbamos a coger la colección de monedas. Ese era el trato.

—Bueno, tiene que producir el efecto adecuado —dije—. No se imagina el

estropicio que he hecho por mor de las apariencias. ¿Preferiría que hubiera echado a perder el montaje dejando un montón de pasta en la caja fuerte?

—No, pero...

—En Nueva York —proseguí—, si dejara dinero a la vista, puede estar seguro que la policía se lo llevaría. Quizá aquí sean honrados, en cuyo caso informarían a Hacienda y le pedirían al señor McEwan que explicase de dónde ha salido. —Uno para él, otro para mí, uno para él, otro para mí—. ¿Piensa usted que él preferiría eso?

—No; tiene razón. Pero quizá debería quedárselo todo usted. Ha sido quien lo ha encontrado, al fin y al cabo.

Negué con la cabeza.

—Vamos a partes, y a partes iguales. Ahí tiene, salen siete. Ah, una cosa más. —Saqué cinco billetes de veinte del bolsillo—. Los he encontrado en el escritorio. Estamos en lo mismo de antes: ¿qué efecto cree que habrían causado si los hubiera dejado? Dos para usted y dos para mí. ¿No tendrá uno de diez por casualidad? Un momento. Yo tengo uno. Ya está.

Gilmartin miró los billetes que tenía en la mano. Entonces preguntó:

—¿Las monedas se encuentran en la caja de juegos del garaje? ¿Entre el parchís y... qué otro juego ha dicho?

—El estratego.

—Voy a apuntármelo. Las monedas de diez centavos son la única colección que le interesa a Jack. Cuando era niño, su padre le dio una que había encontrado en un cajón, y eso le animó a coleccionar. Creo que la colección vale cuarenta o cincuenta mil dólares. Al menos por esa cantidad la tiene asegurada.

—No las examiné con mucho detenimiento —dije—, pero parecían estar en buen estado y sólo le faltaban un par de años.

—Debe de haberle resultado difícil dejarlas allí.

Meneé la cabeza.

—Un trato es un trato. Además, las pasaría canutas para encontrar a un perista que aceptara algo tan especializado. No, lo difícil ha sido destrozarse la caja de seguridad y dejar todo hecho un cisco. Pero me he obligado a hacerlo.

Vi cómo se metía el dinero en el bolsillo de la chaqueta. Ya había participado plenamente en un delito grave, pero el hecho de aceptar el dinero evidentemente tenía un fuerte valor simbólico para él, ya que cuando lo hubo hecho, se irguió ante el volante y soltó un pequeño suspiro.

—Jack está en Atlanta —dijo—. Él y Betty han ido a ver el golf. Antes de marcharse me dijo que había estado a punto de no ir a causa del reciente comportamiento del mercado y que había pensado en vender las monedas, pero que no lo había hecho por la impresión que causaría. Le habría dolido de veras desprenderse de sus monedas de diez centavos.

—Ahora ya no tendrá que hacerlo. Aunque será mejor que vaya acostumbrándose a la idea de que no va a poder enseñárselas a nadie durante uno o dos años.

—Me aseguraré de que lo sepa. —Una sonrisa se dibujó lentamente en sus labios—. ¿Cómo es esa frase de *Casablanca*? La del final, la que le dice Bogart a Claude Rains.

—«Esto podría ser el comienzo de una bella amistad».

—En efecto. Bella y lucrativa además. Duerma un poco, Bernie. Tengo la impresión de que los próximos días van a ser ajetreados.

Había acertado. Fue una semana ajetreada.

El martes por la noche, mientras un eminente cardiólogo y su esposa estaban en el Metropolitan lanzando exclamaciones y suspiros de admiración ante los decorados de David Hockney para *La flauta mágica*, Marty y yo nos dirigíamos a su casa de Port Washington. Una patrulla de seguridad vigilaba el vecindario siguiendo un horario estricto; provisto de ese horario, sincronizamos nuestros movimientos de manera acorde.

Esta vez no había ninguna alarma; sólo una formidable puerta con una aldaba de latón en forma de cabeza de león y una de esas legendarias cerraduras Poulard, a la cual puse sitio con éxito. Una vez dentro, volqué un par de cajones sin tomarme la molestia de ver qué caía al suelo y fui corriendo al dormitorio principal, donde la esposa del médico guardaba sus joyas en un bonito cofre situado encima de una cómoda de cinco cajones. Cogí una almohada de una de las camas gemelas, le quité la funda y metí todas las joyas en ella. Volqué uno o dos cajones, tiré una lámpara y bajé a la planta baja a todo correr. No me retrasé ni un segundo, como tampoco lo hicieron las fuerzas de seguridad. Me agaché al lado del ventanal de la sala y observé admirado cómo frenaba el coche patrulla delante de la casa y movía su foco giratorio de un lado a otro. Después, satisfechos de que todo estaba en orden, siguieron su camino.

Por variar, eché el cerrojo de la Poulard al salir y dejé sin mancillar su reputación como cerradura antirrobo. Luego fui precipitadamente al lateral de la casa, donde rompí una ventana del sótano y dejé destrozado un arriate, me eché la funda de almohada al hombro, consulté la hora y me reuní con el Lincoln delante de la casa.

—Pobre Alex —dijo Martin—. Un par de deslices en el mercado le han puesto con la espalda contra la pared. Por desgracia, la falda de cerdo congelada no es como los sellos, las monedas y los cromos de béisbol. No puedes cambiarlas por dinero cuando la situación se pone difícil.

—O hacer que las roben.

—En efecto. Se tragó el orgullo, habló con Frieda y le explicó la situación. Le indicó que tenía una considerable cantidad de dinero invertida en sus joyas que podía ayudarles a pasar el apuro y que tal vez podrían vender algunas de las piezas que ella nunca se ponía. —Meneó la cabeza—. Ella se negó en redondo. Entonces él dijo que sólo era una dificultad temporal. Con unas cuantas operaciones de *by-pass* triple tendrían la situación solucionada. Mientras tanto podían entregar alguna diadema como garantía a Préstamos La Providencia. —Soltó una risilla—. Alex me dijo que su esposa se quedó horrorizada. ¿Pignorar sus joyas? ¿Empeñar sus pulseras en una casa de préstamos cualquiera? ¡De ninguna manera!

Le dije que apenas había tenido tiempo de mirar lo que estaba cogiendo, pero que tenían aspecto de ser de buena calidad.

—La indemnización del seguro es casi de doscientos mil dólares —dijo—. Naturalmente uno se viste para ir a la ópera, así que nos hemos quedado sin lo que ella se haya puesto. —Le dije que era una lástima que no hubieran ido a algún baile de figuras, y la ocurrencia le hizo gracia—. Por cierto, Bernie, debería haber un collar de jade y diamantes con pendientes a juego. Todo lo demás lo podemos vender, pero Alex quiere que eso se lo devolvamos.

—Bien —dijo—, pero ¿qué va a hacer con ello? ¿No deducirá ella al verlas que su marido ha montado todo el tinglado?

—Oh, no son para Frieda —dijo Gilmartin—. Lo que pasa es que a Alex le gusta mucho ese juego de joyas. Quiere dárselo a su amante.

El miércoles no me hacía falta el Lincoln, ni tampoco la compañía de Marty. Cerré la tienda a media tarde, colgué la esfera de reloj de la ventana y le dije a *Raffles* que tomara el recado si llamaba alguien. Cogí un taxi y me bajé a media manzana de distancia de una residencia de cuatro pisos de Murray Hill. En la planta baja encontré lo que estaba buscando en un lugar de honor encima de la chimenea del salón. Era una pintura al óleo de unos treinta centímetros por cuarenta de un paisaje rural que mostraba unas vacas gordas refugiándose bajo un árbol enorme.

Corté el lienzo de su marco y lo enrollé de manera que cupiera en torno a mi brazo entre la manga de la camisa y la de la chaqueta. Unos minutos más tarde estaba en la Tercera Avenida con la mano levantada llamando a un taxi para que me llevara al norte, al piso de Marty.

Este me miró con los ojos muy abiertos cuando aparecí con las manos vacías. Cuando me quité la chaqueta, sonrió y cogió el lienzo.

—Aquí está —dijo, desenrollándolo—. Cuántas veces habré admirado esta pequeña belleza a lo largo de los años. «La mejor inversión que he hecho jamás», decía siempre George Hanley. «Pagué diez mil dólares por él a un pequeño tratante franchute con bigote del bulevar Hausmann. Barb pensó que me había vuelto loco, pero nos gustaba a los dos y era un bonito recuerdo del viaje. La verdad, ni siquiera conocía al pintor en aquel entonces. ¿Courbet? No sabía qué diferencia había entre Courbet y Beaujolais». Jamás se cansaba de decir esta frase, Bernie: «No sabía qué diferencia había entre Courbet y Beaujolais».

—Bueno, es una frase pegadiza.

—Resultó que el cuadro valía dos o tres veces más de lo que él había pagado, y de eso hace ya veinte años. Cuando el mercado del arte se volvió loco, el valor del pequeño Courbet no paró de subir. Hace unos meses George se enteró de que tenía un cuadro que valía varios cientos de miles de dólares y pensó que el dinero no le

vendría mal y que podía colgar otra cosa encima de la chimenea.

—Pero su esposa no quería venderlo.

—En realidad fue idea suya. George pidió a un amigo de Christie's que le echara un vistazo y entonces se enteró de la mala noticia. El francesito había sido el estafador, no el estafado. George había pagado diez mil dólares por una falsificación. Se sintió tan avergonzado que ni siquiera fue capaz de decírselo a su esposa. «No podemos vender nuestro Courbet», le dijo a Barbara. «Sería como subastar a un miembro de la familia. Además, cada día vale más. Venderlo sería de locos». Lo que me dijo una tarde en el club cuando un *whisky* escocés sin mezcla le había soltado la lengua fue que lo que más le enfurecía era todo lo que había pagado aquellos años por el seguro. «La prima no deja de subir para reflejar los continuos aumentos de valor», me dijo. «Y ahora resulta que he estado tirando el dinero a causa de una baratija. No voy a recuperar ni un centavo». Hace unos días le llevé aparte y le recordé nuestra conversación. «¿Sabes, George? Lo que me dijiste acerca de recuperar el dinero no tiene por qué ser necesariamente así», le dije.

—La compañía de seguros no sabrá que es una falsificación.

—Claro que no. El tipo de Christie's no habrá ido corriendo a contárselo. Sin embargo, si la compañía lo supiera, se negaría a satisfacer la reclamación.

—Evidentemente.

—Pero pongamos que George les hubiera contado la verdad nada más enterarse. Sin saberlo, ha estado asegurando un cuadro sin valor durante veinte años y, por tanto, la compañía ha estado cobrando primas sin asumir ningún riesgo real. En definitiva, ahora que se conocen las verdaderas circunstancias, ¿estarían de acuerdo en reintegrarle las primas que ha pagado?

—Evidentemente no.

—De ahí que no me parezca nada mal defraudar a esos hijos de perra —afirmó Gilmartin con énfasis—. Han hecho del latrocinio una institución.

Miró el falso Courbet, chasqueó la lengua y lo llevó a la chimenea.

—Espere.

—George no quiere volver a verlo —dijo—, y no creo que usted pueda encontrar un cliente interesado en él, ¿no?

—No sabría cómo venderlo incluso si fuera auténtico.

—Eso mismo pienso yo, a menos que pudiera establecerse su procedencia. George me ha entregado un cheque de diez mil dólares como adelanto de la mitad de la liquidación de la compañía de seguros. El cuadro está asegurado actualmente en 320 000 dólares, pero es muy probable que busquen alguna evasiva, y cabe la posibilidad incluso de que traten de estafarle. —Meneó la cabeza—. Los muy cerdos. Si cumplen su parte del acuerdo, usted y yo saldremos ganando ochenta mil dólares cada uno.

—Eso sería estupendo —dije.

—De modo que podemos permitirnos condenar este lienzo a las llamas.

—Podemos —dije—, pero ¿es preciso hacerlo? Es posible que el tipo de Christie's esté equivocado. No sería la primera vez que ocurre. E incluso si se trata de un Courbet falso, ¿qué más da? En un cuadro auténtico, aunque sólo sea una falsificación auténtica. Le diré una cosa: en mi piso no quedaría nada mal.

—E imagino que sería un bonito recuerdo.

—Eso también —dije.

Fue una semana ajetreada entre las citas que Marty había concertado y las visitas que yo tuve que hacer a continuación a varios caballeros dispuestos a comprar artículos de calidad pese a que uno no pudiera mostrar su derecho de propiedad. Monedas, joyas, sellos de correos, una litografía de Matisse, todo esto pasó por mis manos. El fin de semana también estuve ocupado, y el lunes, tras abrir la librería, pasé la mayor parte de la mañana al teléfono. Mantuve una serie de conversaciones con Wally Hemphill; cuando acabé la última me tomé un descanso y me puse a buscar al gato. Al ver que no lo encontraba, empecé a estrujar una hoja de papel y el sonido lo atrajo. Sabía que era de nuevo hora de entrenar.

Ya había hecho una meritoria labor esparciendo bolas de papel por el suelo cuando apareció Carolyn.

—¡Mira eso! —exclamé—. ¿Te has fijado en lo que acaba de hacer?

—Lo hace siempre —respondió—: Matar una bola de papel. Bern, he ido a la tienda rusa. He comprado un Alexander Zinoviev para ti y un Laurenty Beria para mí, aunque ahora no los distingo. ¿Qué te parece si nos los comemos a medias?

—Vale —dije—. ¡Mira! Creo que los entrenamientos están valiendo la pena. Cada día que pasa tiene los reflejos más rápidos.

—Si tú lo dices, Bern.

—El muy bribón podría jugar de medio —dije—. ¿Has visto cómo se ha lanzado a la izquierda para coger esa? ¡Chínchate, Rabbit Maranville!

—Muy bien, Bern, lo que tú digas. —Arrimó una silla—. Tenemos que hablar.

—Antes tenemos que comer —dije—; ya hablaremos luego.

—Bern, lo digo en serio. Ray ha ido a verme esta mañana. Estaba pasándole la aspiradora a un bulldog mastín y ahí estaba, enseñándome las papadas.

—Deberías denunciarle.

—Bern, es una señal de lo desesperado que está. Ya sabes cómo nos llevamos Ray y yo.

—Como el agua y el aceite.

—Como Bosnia y Herzegovina, pero si ha venido a la Casa del Caniche es porque está preocupado por ti y cree que podrías resolverle este caso si te concentras en ello.

Mastiqué con aire pensativo.

—Este debe de ser el Laurenty Beria —dije—. Con el ajo crudo y el rábano picante.

—Y he de decirte que estoy de acuerdo con él.

—Está bien —dije—. Sobre todo teniendo en cuenta que el ajo no me sienta mal, ya que al parecer el Zinoviev también está condimentado con él. Probablemente sea una suerte que no tenga una cita esta noche.

—Dice que los Nugent han regresado. Ha ido a verles un par de veces. Ha montado una investigación por todo lo alto. No es propio de él, Bern.

—Debe de haber olido dinero.

—No sé qué ha olido. A Luke Santangelo seguro que no, porque a estas alturas ya deben de haberlo sacado del piso para que le dé el aire. Bern...

Arrojé el envoltorio del Zinoviev y observé cómo se movía *Raffles*. Lo pilló como un lucio se traga un pececillo.

—Lo que más le gusta son los envoltorios de los sándwiches —le dije a Carolyn—. El olor le vuelve loco.

—Deberías comprarle un ratón de hierba gatera, Bern. Se pasaría el día jugando con él.

—No lo comprendes, ¿verdad? No quiero comprarle juguetes, Carolyn. No es un animal doméstico.

—Es un empleado.

—Eso es. Si hay algo que no quiero hacer con él es jugar. Estos son entrenamientos para sus reflejos.

—Siempre se me olvida. Os veo a los dos y lo primero que pienso es que os estáis divirtiendo. Así que se me olvida que se trata de una relación seria.

—El trabajo puede ser divertido —expliqué—, si uno no pierde de vista su objetivo.

—Como en vuestro caso.

—Cierto —dije—. Hay otra cosa que deberías saber aparte del hecho de que *Raffles* no es un animal doméstico: yo no soy Kinsey Millhone.

—¿Crees que no lo sé, Bern? Has sido muchas cosas en tu vida, pero nunca has sido lesbiana.

—Lo que quiero decir, es que no soy un detective. No resuelvo crímenes.

—Lo has hecho en el pasado, Bern.

—Una o dos veces.

—Más veces.

—Unas cuantas —concedí—. Pero fue algo que ocurrió por las buenas. Por una u otra razón me metía en un lío y mientras trataba de salir de él daba casualmente con la solución de un homicidio. No fueron más que descubrimientos fortuitos. Buscaba

una cosa y encontraba otra.

—Y eso ha ocurrido en este caso, Bern. Estabas buscando algo que robar y encontraste un cadáver.

—Y luego me fui a casa, ¿recuerdas?

—Pero regresaste.

—Sólo para regresar a casa una vez más. Thomas Wolfe estaba equivocado: sí puedes volver a casa, y yo lo hice. No voy a participar en este asunto. Han retirado los cargos, ¿no te lo había dicho? Para mí el caso ha acabado. —Arrojé otra bola de papel, pero *Raffles* estaba todavía ocupado matando la anterior—. Si necesitas a alguien que lo resuelva —agregué—, ¿por qué no le preguntas al gato?

—¿Al gato?

—A *Raffles*. Quizá él te lo pueda resolver, como en esos libros de... ¿cómo se llama?

—Lillian Jackson Braun.

—Eso. Cuando a nadie se le ocurre ya qué hacer, va el gato genial y rompe un jarrón de la dinastía Tang o escupe una bola de pelo, proporcionando así una pista esencial que permite capturar al asesino. No me acuerdo del nombre de ese gato sabueso.

—Se llama *Koko*, y es siamés.

—Me alegro por él. Lleva toda la vida dedicándose a esto, ¿no? Ya debe de ser bastante talludito. La autora debería titular su próxima novela *El gato que vivía eternamente*. No creo que un siamés cualquiera sea más listo que nuestro querido *Raffles*. Adelante, pregúntale quién fue. Puede que tire un libro de las estanterías y responda a todas tus preguntas.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad, Bern?

—Bueno...

—Bueno, qué narices —exclamó—. *Raffles*, ¿cuál es la solución al misterio del fiambre de la bañera?

Raffles dejó lo que estaba haciendo, que era la sistemática demolición de uno de los ratones de envoltorio de sándwich. Entonces retrocedió, extendió las patas delanteras, se estiró, extendió las patas traseras, volvió a estirarse y luego arqueó el lomo, con lo que logró parecerse a algo propio de una tarjeta de Halloween. Luego meneó la cola que no tenía (no se me ocurre otra manera de decirlo) y saltó al aire tratando de agarrar algo que sólo él podía ver. Aterrizó sobre las cuatro patas, a la manera de los de su especie, se giró lentamente, se sentó sobre las patas traseras y nos miró fijamente.

—Vaya con el condenado gatito... —exclamé.

—Todos acabaremos condenados, Bern, pero dime, ¿tiene esto algo que ver con el precio de la comida para gatos? ¿Qué ha querido decir?

—Llama a Ray Kirschmann —dije—. Como eres tú quien no ha dejado de presionarme, te toca a ti llamarle. —Cogí un lápiz, recogí una hoja de papel del suelo y la desarrugué lo mejor que pude. Empecé a hacer una lista—. Dile que quiero que reúna a todas estas personas... en el piso de los Nugent mañana a las siete y media de la tarde.

—Debes de estar bromeando. ¿Cómo has...? ¿Qué tienes pensado...? ¿Qué ha hecho el gato que...?

—No estás acabando las frases —dije—. Ni diciendo nada con sentido. Recuerda: mañana.

Había acertado. Fue una semana ajetreada.

A las siete y media en punto de la tarde del día siguiente me presenté al portero italiano del 304 de West End Avenue.

—Me llamo Bernard Rhodenbarr —dije—. El señor y la señora Nugent están esperándome.

Le miré por encima del hombro mientras consultaba una pequeña lista. Me alegré de ver que había una marca al lado de todos los nombres excepto del mío.

—Rhodenbarr —le apunté.

Encontró mi nombre, le puso una marca al lado y se volvió hacia mí con una sonrisilla de buen humor en los labios. Me indicó el camino al ascensor, lo cual fue muy considerado, aunque innecesario.

Subí al noveno y recorrí el pasillo hasta la G. Miré las dos cerraduras, la Poulard y la Rabson.

Llamé a la puerta y me abrieron.

La lista del portero era correcta. Habían acudido todos. No sé cómo se las había arreglado Ray, pero lo cierto es que había conseguido que estuvieran presentes todos sin excepción.

Se encontraban en el salón. Las sillas y los sofás estaban colocados en un círculo cuya circunferencia se había aumentado con unas sillas procedentes del comedor. Fue Ray quien me abrió la puerta y quien me condujo por el vestíbulo hasta el centro de actividad, momento en que todas las conversaciones que con dificultad estaban manteniéndose llegaron a un grato final.

—Les presento a Bernie Rhodenbarr —dijo Ray—. Bernie, supongo que ya conoces a todas estas personas.

Aquello no era del todo cierto, pero aun así sonreí y saludé con un gesto de la cabeza, recorriendo el círculo con la mirada. Como ya he dicho, todos estaban allí, y así era como estaban dispuestos:

En primer lugar Carolyn Kaiser, mi principal amiga y lavadora de caniches. Al igual que yo, había ido a casa y se había cambiado de ropa. También al igual que yo, había escogido un pantalón de franela gris y una chaqueta azul. Sin embargo no era difícil distinguirnos, ya que ella tenía una insignia plateada en forma de gato en la solapa y llevaba un jersey verde de cuello vuelto. (Yo llevaba camisa y corbata, por si acaso alguien me invitaba a ir al Pretenders).

A la derecha de Carolyn se encontraba el único hombre presente que podría haberme invitado a ir al Pretenders, aunque no estaba seguro si seguiríamos

dirigiéndonos la palabra cuando acabara la reunión. Marty Gilmartin, que compartía un canapé estilo Victoriano con su esposa Edna, llevaba traje gris, camisa blanca y una corbata de Jerry García, y tenía una expresión que oscilaba entre la confusión y el deseo de no comprometerse con nada.

Edna Gilmartin parecía más joven y menos formidable que como yo la recordaba de la cola de las entradas para el teatro Cort. Apenas me fijé en su vestido; lo que me llamó la atención fue el collar que llevaba al cuello. Habría llamado la atención de cualquiera, y ese era precisamente el efecto que buscaba causar con él. Sin embargo a mí me produjo una impresión especial porque creí identificarlo como uno de los objetos que había robado de la casa de Alex y Frieda en Port Washington. Un segundo vistazo me calmó, aunque por un momento seguí intranquilo.

Junto a la señora Gilmartin, alta, delgada y con el aire informal y campestre que le daban las botas, el vaquero y el jersey con la leyenda «Gramaticalmente correcto», se encontraba Patience Tremaine. Por la expresión de su cara, se diría que no tenía ni idea de qué pintaba allí, pero que estaba dispuesta a tomárselo con calma. Sabía cómo se sentía. Yo había experimentado prácticamente la misma sensación en aquel antro llamado Café Villanelle.

Patience ocupaba una butaca. A su derecha, en una de las sillas del comedor que habían cambiado de lugar para la ocasión, estaba sentado nuestro anfitrión, Harlan Nugent. Era la primera vez que lo veía, si bien tenía la impresión de que nos conocíamos desde hacía años. En cualquier caso, lo reconocí por las fotos. Era grande como un oso, mediría más de uno ochenta y su peso rondaría los 135 kilos. No era de extrañar que sus zapatos me quedaran grandes. Aquella noche llevaba una chaqueta blanca y negra encima de un jersey negro de cuello vuelto, pero yo no podía evitar mirarle a los pies. Llevaba un par de mocasines negros con borla muy bonitos. Si se encontraban en el armario durante mi última visita, no había reparado en ellos. Supuse que habían hecho el viaje a Europa con él.

Joan Nugent estaba sentada a su lado. En algunas de sus fotografías aparecía con canas en el pelo, pero evidentemente había sufrido algún tipo de conmoción que se las había vuelto negras de la noche a la mañana, ya que en aquel momento en sus cabellos no se veía ni una pizca de gris. Tenía la cara larga y ovalada, tez aceitunada y el pelo peinado con raya en medio y una trenza a cada lado. Un collar estilo navajo y un par de anillos de plata y turquesa realzaban el efecto indio.

Ray Kirschmann se encontraba junto a Joan Nugent, y realmente no es preciso describirle. Como de costumbre, llevaba un traje oscuro que, como de costumbre, parecía hecho para otra persona. Estaba esperando a que yo sacara el conejo del sombrero, con la esperanza de que aquella reunión le proporcionara algo a cambio de sus desvelos. O el conejo o el sombrero, supongo.

Doll Cooper estaba sentada a su lado, en una esquina de un largo sofá. Llevaba el

mismo atuendo que llevara la noche en que yo la había conocido: un traje con chaqueta de tonos oscuros y una boina roja. Su rostro sólo reflejaba una gran atención. Su lenguaje corporal acentuaba esta impresión. Se diría que estaba preparada para largarse corriendo en cualquier momento, pero que mientras tanto iba a esperar a ver qué sucedía.

Borden Stoppelgard ocupaba el centro del sofá, pero mantenía las distancias con respecto a Doll, y estaba colocado en el lado contrario del cojín de en medio. Llevaba un traje marrón y una ancha corbata de rayas alternas verdes y rojas. Estaba sentado rodilla con rodilla con una mujer de elegante cabello rubio y ojos verdes. El proceso de eliminación, así como el hecho de que Borden estaba prácticamente sentado sobre su regazo, me llevaron a la conclusión de que se trataba de Lolly Stoppelgard.

También había una silla para mí, una de las del comedor, pero no creí que fuera a servirme de mucho. Ahora me tocaba estar de pie o, mejor dicho, al pie del cañón, si me era posible.

—Veamos —dije—, supongo que estarán preguntándose por qué les he reunido a todos aquí.

Da igual las veces que pronuncies esa frase, porque siempre se te acelera el pulso cuando la oyes. La partida había comenzado.

—Érase una vez —proseguí— dos hombres, uno de los cuales estaba casado con la hermana del otro. Eso los convertía en cuñados. Pero tenían algo más en común. Los dos eran hombres de negocios, los dos compraban y vendían inmuebles y los dos hacían de vez en cuando otra clase de inversiones. Martin Gilmartin se embarcaba a veces en aventuras dentro del negocio del espectáculo. Borden Stoppelgard acumulaba primeras ediciones de novelas policiacas. Y los dos sentían pasión por los cromos de béisbol.

»Que yo sepa, Borden Stoppelgard tiene todos y cada uno de los cromos de béisbol que ha comprado o cambiado en su vida. El martes de la semana pasada, Marty Gilmartin recibió una llamada telefónica pocos minutos después de que él y su esposa regresaran a casa tras haber pasado la velada en el teatro. Evidentemente la persona que realizaba la llamada anónima tenía que haber seguido con atención sus últimos movimientos. Esto hizo recelar a Marty. Colgó el auricular, fue apresuradamente a su estudio y abrió la caja en la que guardaba su colección de cromos.

—Ya sabemos todo esto —me interrumpió Borden Stoppelgard—. Levantó la tapa y la caja estaba vacía. Fue usted quien los robó, ¿no?

—Se equivoca —dije—. Aunque no es una idea descabellada, dado que fui yo el que realizó la llamada misteriosa. La policía averiguó que la llamada había sido hecha desde el piso de Carolyn Kaiser, y el agente Kirschmann sabía que la señorita Kaiser es íntima amiga mía. Además, aunque me duele reconocerlo, hace años hice

alguna que otra incursión en el mundo del robo de casas.

—Te encerraron una vez por ello —añadió Ray amablemente—. Y te libraste centenares de veces.

—Perdone —dijo Joan Nugent—. Lamento lo ocurrido al señor Gilmartin, pero no veo la relación que tiene todo esto con nuestro piso. Aquí se ha cometido un robo mientras estábamos fuera. ¿Está usted sugiriendo que es el mismo ladrón el que entró en el piso del señor Gilmartin y en el nuestro?

—No —contesté.

—Vaya.

—No ha habido ningún ladrón.

—¿Que no ha entrado ningún ladrón en esta casa? —dijo Harlan Nugent—. Sepa que aquí se ha cometido un robo. Hay constancia de ello.

—Aquí no ha entrado ningún ladrón —insistí—, y tampoco en la residencia Gilmartin. No se ha cometido un robo ni en un sitio ni en otro. —Vi por un instante la cara de Marty, y observé que no parecía muy contento del rumbo que tomaba la conversación—. Ya volveremos a esto más tarde —añadí sin alterarme—. Por el momento basta con que tengamos en cuenta que los cromos del señor Gilmartin desaparecieron. Este es uno de los motivos por los que nos encontramos aquí. El otro fenómeno que nos ha reunido no es una desaparición, sino una aparición. Se trata de una manifestación realmente asombrosa. Un hombre apareció en uno de los cuartos de baño de los Nugent. No tenía ninguna ropa puesta, y tampoco tenía pulso. Le habían pegado un tiro y estaba muerto.

—¿Quién era ese hombre? —quiso saber Patience.

—Se llamaba Luke Santangelo —dije—, y vivía en este mismo edificio, dos pisos debajo de los Nugent. Como la mitad de los camareros y una tercera parte de los transportistas de esta ciudad, había venido a Nueva York a ser actor. Bueno, *de mortuis*^[8] y todo lo demás, pero me temo que Luke era un actor bastante malo, y esto lo digo con independencia de cómo lo hiciera en el escenario. Era un camello de poca monta y un delincuente de tres al cuarto.

—Me quedé de piedra cuando me enteré de eso —comentó Joan Nugent—. Yo lo conocía, ¿sabe? Posó para mí, y en este piso, casualmente. —Sonrió con cierta timidez—. Es que pinto, ¿sabe usted? Él posaba gustoso para mí, pese a que yo no podía pagarle mucho.

—Y mientras le pintabas —dijo su marido con un bufido—, él trataba de hallar la manera de entrar en el piso a robar.

—Así pues, tenemos dos incidentes —proseguí—. El martes el señor Gilmartin descubre que sus cromos han desaparecido. El domingo la policía encuentra un cadáver en el cuarto de baño de los Nugent. ¿Pero qué relación hay entre ellos?

—Ninguna —dijo Borden Stoppelgard—. Caso cerrado. ¿Podemos ahora irnos

todos a casa?

—Tiene que haber una relación —le dijo Carolyn—. Usted es quien colecciona novelas de misterio, ¿no? Es una pena que no se tome la molestia de leerlas. Si lo hiciera, sabría que siempre que se cometen dos delitos en la misma historia, están relacionados. Es posible que la relación no se sepa hasta el último capítulo, pero está ahí en todo momento.

—Hay una relación —dije asintiendo—. Y usted es parte de ella, señor Stoppelgard.

—¿Cómo?

—Empezaremos por los cromos —dije—. Eran propiedad de su cuñado. Y usted los codiciaba.

—Si está tratando de decir que los robé yo...

—No es eso lo que trato de decir.

—Pero si acaba de decir...

—Que usted los codiciaba. ¿Y no es así?

Stoppelgard miró a Marty y luego a mí.

—No es ningún secreto que parte del material que tenía no estaba nada mal —dijo.

—Usted quería los cromos de Ted Williams.

—Me gustaban mucho. No me habría importado tener una serie de esos cromos. Pero no los quería hasta el extremo de robarlos.

—Usted pensó que los había robado yo.

—Bueno, sí... —reconoció—. Eso era lo que la policía decía, y yo no tenía ningún motivo para pensar que estaban equivocados.

—Y, pensando que los había robado yo, vino a mi librería y me propuso un trato. Si yo le daba los cromos de béisbol de su cuñado, usted me prorrogaba el contrato de arriendo con unas condiciones estupendas.

—Borden... —dijo Marty Gilmartin con un tono de profunda decepción—. Borden, Borden...

—Marty, no sabe de qué está hablando.

—Borden, Borden... —repitió Marty—. Me dejás sorprendido.

Y, en efecto, así lo parecía. He de decir que estaba impresionado con Marty. Le había hablado días atrás de la oferta de su cuñado, y lo que había dicho al oírlo había sido algo así como: «Eso es propio de ese avaricioso hijo de perra». En el Pretenders se habrían sentido orgullosos de la actuación que estaba realizando.

—Estaba poniéndole a prueba —dijo Borden—. Estaba intentando cerciorarme de si era ladrón y poniéndole una pequeña trampa si lo era. Evidentemente no funcionó, porque los cromos no estaban en su poder, pero todo lo que esto prueba es que yo tampoco los tenía. Así que se lo preguntaré una vez más: ¿podemos irnos a casa

ahora?

—Creo que le conviene quedarse —dije—. Usted no los robó, cierto, y tampoco sabía quién los había robado. Pero fue usted quien dio la idea a la persona que lo hizo.

—¡No me diga! ¿Y quiere decirme quién es esa persona?

—Está sentada a su lado —dije.

Todo el mundo se volvió para mirar a Lolly Stoppelgard, quien comprensiblemente puso cara de perplejidad. Esa no, tuve ganas de gritar, la otra. Pero todos lo comprendieron por sí mismos, y las miradas se volvieron hacia la mujer que estaba sentada al otro lado de Borden Stoppelgard.

—Gwendolyn Beatrice Cooper —dije—. Al igual que Luke Santangelo, vino a Nueva York con la esperanza de alcanzar el éxito como actriz. Mientras tanto se puso a trabajar en el bufete de abogados Haber, Haber y Crowell.

—Mis abogados —dijo Marty.

—Y también los de su cuñado. La señorita Cooper trabajaba allí, haciendo tareas de oficina de todo tipo y sustituyendo a veces a la recepcionista. Fue algo natural que la eligieran para la recepción, ya que es atractiva y llama la atención; una de las personas a las que llamó la atención fue Borden Stoppelgard. Borden era un hombre feliz en su matrimonio y ella era una joven trabajadora que estaba ocupada con sus cosas, de manera que él hizo lo normal en semejantes circunstancias. Intentó seducirla.

—Oh, Borden... —exclamó Lolly Stoppelgard.

—No está diciendo más que tonterías —repuso su marido—. Es posible que le diera los buenos días a Wendy. —¡Wendy!—. Soy un tipo simpático. Pero el asunto no pasó de ahí, de veras.

—Usted le preguntó si quería tomar una copa con usted —proseguí—. Luego si quería almorzar con usted, luego volvió a preguntárselo y...

—Una copa para ser amable —dijo—. Fue una ocasión y nada más, ahí quedó todo, sanseacabó. No hubo ningún almuerzo. Pregúnteselo a ella, por amor de Dios, Wendy...

—Oh, Borden...

—Lolly, ¿a quién vas a creer, a un delincuente que ya ha sido condenado en una ocasión o a tu propio marido, que tanto te quiere?

—A ti no voy a creerte, desde luego. Esa fue precisamente la forma en que me sedujiste, Borden.

—Lolly...

—Me conociste cuando trabajaba de recepcionista, me diste los buenos días, me invitaste a una copa, me preguntaste si quería almorzar contigo...

—Lolly, eso fue algo completamente distinto.

—Lo sé.

—Yo estaba soltero entonces. Ahora estoy casado.

—Exactamente —dijo ella—. Esa es la razón por la que en aquella ocasión no tenía nada de malo y en esta sí lo tiene. Me has engañado, hijo de perra.

Después de aquello, no había mucho que decir, y nadie lo hizo. Dejé que el silencio se adueñara de la situación (disfrutando bastante de ella, he de reconocer) y luego dije que no creía que el asunto hubiera llegado demasiado lejos.

—¡Fue sólo una ocasión! —gritó Borden—. ¡Una copa, por amor de Dios!

—Quizá llegó un poco más lejos que eso —dije—, pero no creo que su marido le causara una impresión muy favorable a la señorita Cooper. La he oído compararlo con un cerdo asqueroso.

—Si el cerdo asqueroso tuviera un abogado —dijo Lolly Stoppelgard—, el cerdo asqueroso podría querellarse por difamación.

—Oye, Bernie —terció Ray Kirschmann—, esto no es un bufete de abogados especialistas en divorcios, ¿sabes a qué me refiero? Si él ha estado engañándola o no...

—¡Pero si sólo fue una copa de nada, maldita sea!

—... no es realmente asunto de la policía. Habías empezado a decir algo sobre cómo se llevó ella los cromos. Él no se los dio, ¿verdad?

Borden Stoppelgard reaccionó como si el mero hecho de pensarlo pudiera causarle una apoplejía.

—No —respondí—, pero le dio la idea de robarlos. Borden es la clase de persona a la que le gusta fanfarronear de lo que tiene. Así comenzó con Wendy —estuve a punto de llamarla Doll—, y pronto se puso a hablar de su tema favorito: la gran colección de su cuñado y el hecho de que la guardaba en un lugar que estaba al alcance de todo el mundo en vez de meterla en la cámara acorazada de un banco, que era donde debería estar.

Doll enarcó las cejas y dijo:

—Oyéndote hablar, cualquiera diría que te encontrabas en la mesa de al lado, Bernie. Es curioso, pero no recuerdo haber mantenido una conversación como esa. ¿Usted, señor Stoppelgard?

—¡Jesús...! —exclamó Borden, volviéndose hacia su izquierda—. Wendy, ¿pero qué demonios te pasa? Di la verdad. ¿Te he hablado alguna vez de la posibilidad de robar los cromos de Marty?

—Nunca —respondió Doll.

—Le dije que parte del material que poseía era valioso y que debería tener más cuidado con él. Le dije que había cosas tuyas que me encantaría conseguir, pero él no quería vendérmelas. También le dije...

Doll le lanzó una mirada. Supongo que las miradas no pueden matar, porque

Stoppelgard no murió. Doll puso los ojos en blanco y luego los posó en mí.

—Sigue contándonos, Bernie —dijo—. ¿Cómo llegaron los cromos a mis codiciosas manitas?

—Encontraste una excusa para ir al piso de los Gilmartin de York Avenue. Yo diría que te presentaste en la puerta durante horas de oficina con unos papeles que tenía que firmar Marty. No te resultaría muy difícil entregar tú misma el sobre en lugar de dárselo a uno de los mensajeros de la firma. Luego...

—Ya decía yo que me sonaba su cara —dijo Marty—. Pero no recordaba de qué.

—Debe de haberme visto en la oficina, señor Gilmartin.

—No —repuso él con convicción—. Viniste a mi piso.

—Supongamos que así fue —dijo Doll. ¡Te pillé!, pensé yo—. Aunque da la casualidad de que no fui. Pero supongamos que sí. ¿Qué pasó entonces?

—Robaste los cromos —dije—. No sé cómo, pero te las ingeniaste para estar en el estudio de Marty el tiempo necesario para meter los cromos en lo que hubieras llevado para tal fin, un bolso o un maletín, algo así. Saliste de la casa y desapareciste sin levantar sospechas. Tenías en el bolsillo medio millón de dólares en cartón. Pero también tenías un problema.

—No me digas.

—Te habías encontrado con Marty cara a cara. ¿Y si abría el humidificador de palisandro una hora después de que tú te fueras? Difícilmente iba a olvidarse de la alegre y eficiente visitante de Haber, Haber y Crowell. Incluso si no echaba en falta los cromos aquel día, te era imposible estar segura de que no fuesen a venirle a la memoria tu nombre y tu cara cuando tratara de imaginarse quién podía habérselos llevado. Así pues, tenías que hacer dos cosas: esconder los cromos donde nadie pudiera encontrarlos mientras hacías gestiones para venderlos, y hallar la manera de desviar las sospechas hacia otra persona.

»La primera fue fácil. Conocías a un compañero de profesión, un actor llamado Luke Santangelo. No era exactamente tu novio, pero tampoco era un cerdo asqueroso. Luke era un tipo de vida turbia, lo cual era perfecto para tus propósitos. Le dijiste que querías dejar un maletín en su casa durante unos días. De ese modo, si la policía registraba tu piso tendría que irse con las manos vacías. Pensabas que mientras no hubiera ninguna prueba material que te complicara las cosas podrías salir bien librada de un interrogatorio.

»Pero seguía haciéndote falta un primo, y aquí es donde yo aparezco. ¿Qué te hizo pensar en mí, Doll?

—No sé de qué estás hablando.

—No estoy seguro de cómo oíste hablar de mí —dije—. Supongo que Luke me mencionó, e incluso puede que me señalara por la calle. Tuve algún problemilla con la justicia hace unos años, y sigo viviendo en el mismo barrio, de manera que debe de

haber bastante gente que se acuerda de cómo me ganaba la vida.

—Antes de que reconocieras tus errores... —declaró Ray Kirschmann lentamente.

—Fuera como fuese, el caso es que el nombre se te quedó grabado. También es posible que se lo oyeras mencionar a Borden Stoppelgard. Sé que debió de decirte algo sobre el librero que tenía pensado desahuciar. ¿Mencionó el nombre de ese pobre desgraciado?

Borden empezó a decir que sólo había invitado a la señorita a una copa en una ocasión, por amor de Dios, y que yo estaba convirtiendo el asunto en un caso para el FBI. Lolly le dijo que empeoraba las cosas cada vez que abría la boca, ante lo cual Borden la cerró.

—Creo que viniste a mi librería una vez. Seguramente fue después de que robaras los cromos de Marty pero antes de que él se enterara de ello. No estoy seguro de los días, pero intentaré adivinarlo. Yo diría que robaste los cromos el lunes y los dejaste en el piso de Luke aquel mismo día. El martes o el miércoles fuiste a mi librería y echaste un vistazo. Borden te había hablado del tipo de libros que compraba, de manera que le llamaste y le dijiste que habías visto algo en Barnegat Books que seguramente le interesaría. Si no te había dicho todavía que aquel era uno de los edificios de su propiedad, te lo dijo entonces.

»Mientras tanto, Luke había desaparecido. Intentaste ponerte en contacto con él, pero no lo lograste. No respondía al teléfono, y cuando fuiste a su casa y aporreaste la puerta, lo único que conseguiste fue quedarte con la mano dolorida. ¿Y si se había esfumado con los cromos? Era poco probable, ya que el maletín que le habías dejado estaba cerrado con una combinación y le habías descrito su contenido de manera que él no empezara a ver dólares por todas partes. Quizá le dijiste que eran unos documentos que podían ser utilizados para hacer chantaje, o algo así. Algo que te diera un motivo para esconderlo pero que a él no le permitiera sacar provecho de él por sí solo.

»De modo que era probable que hubiera dejado los cromos en casa, pero él se había ido, lo cual era una complicación. ¿Y si le detenían por algún asunto de drogas y la policía registraba su piso y encontraba los cromos? ¿Y si era cierto que había encontrado trabajo fuera de la ciudad y tardaba en regresar dos o tres meses? De pronto esconder los cromos en West End Avenue no parecía una idea tan buena.

»Ahora me necesitabas más que nunca. Si era ladrón, quizá pudiera hacer algo útil para variar. Quizá podía abrirte la puerta de su piso.

»Aquella aciaga noche del jueves —proseguí— hice esta tonta llamada a casa de los Gilmartin. Una explicación para mi comportamiento es que había bebido demasiado, y una razón por la que bebí tanto es que Borden Stoppelgard acababa de comprarme una novela de Sue Grafton por una mínima parte de su valor.

—Fue usted quien puso precio al libro —indicó el caballero en cuestión.

—Cierto —dije—, pero usted no tenía por qué jactarse de ello. Alardeó ante los Gilmartin cuando los cuatro fueron al teatro aquella noche. ¿También fanfarroneó ante Wendy? Apuesto a que sí. Ella le había avisado de que había visto el libro, por lo que debía llamarla y darle las gracias. De paso que lo hacía, podía sugerir gastar en una cena juntos algo del dinero que su aviso le había ahorrado.

Era un tiro a ciegas, pero a juzgar por la cara que puso Stoppelgard, dio en el blanco. Su esposa se apartó de él y dijo que le daba asco; todas las personas que había en la habitación bajaron la mirada azoradas.

—Yo te hacía falta —le dije a Doll—. No estabas segura de para qué, pero te hacía falta. Así que después de hablar con Borden, fuiste al centro a buscarme. Y me encontraste, pero estaba acompañado. Estaba con Carolyn.

—En el Bum Rap —recordó Carolyn— y luego en el restaurante italiano. Al final acabamos en mi piso.

—Luego estuve llamando a Marty hasta que aproximadamente a medianoche conseguí hablar con él. No creo que estuvieras en Arbour Court esperando a que saliera. Puede que te dieras por vencida, te parases a tomar una taza de café en Hudson Street y tuvieras la suerte de que apareciera. Fuera como fuese, debiste de ver que no conseguía coger un taxi y bajaba al metro, y entonces te imaginaste adónde iba. Lo único que tenías que hacer era coger un taxi y esperar a que saliese por la entrada del metro de la Setenta y dos con Broadway.

—Esto es fascinante —dijo ella—. No tenía ni idea de que fuera una mujer tan ingeniosa.

—Y una mentirosa de cuidado, Doll. A partir de ahora voy a llamarte Doll en lugar de Wendy, porque así fue como te llamé aquella noche cuando nos presentamos. Lo único que querías era que te acompañara a casa. Los primeros minutos los dedicaste a prepararlo todo para luego poder servirte de mí, y cuando llegamos a la puerta de la casa decidiste lanzar un globo sonda: te detuviste a preguntar por los Nugent.

—¿Por nosotros? —preguntó Joan Nugent—. ¿Pero esta joven nos conocía?

—No les conocía —respondí—, pero Luke debió de hablarle de ustedes. Le habría dicho que posaba para usted y que estaban fuera de la ciudad. Así, haciendo como si preguntaba algo sin importancia al portero, hizo saber a un conocido ladrón que los inquilinos del 9 G estaban fuera de la ciudad.

—¿Y qué motivo tenía yo para hacer eso, Bernie?

—No lo sé con seguridad —reconocí—. Quizá pensaste que Luke estaba escondido en casa de los Nugent y que yo podría hacerle salir. O quizá te figuraste que me cogerían robando en el piso y que podrías colgarme el robo de los cromos de béisbol.

—Fue algo espiritual. La sangre estaba llamando a la sangre.

Fue Patience quien dijo esto; todos la miramos fijamente. Ella se llevó la mano a la boca.

—Creo que me he adelantado —dijo—. ¿Estaba ya Luke en este piso? —Le dije que sí—. ¿Y estaba... muerto? —Del todo, le dije—. Entonces debió de ser eso —añadió—. Debía de haber un fuerte vínculo psíquico entre Luke y... perdona Bernie, ¿se llama Wendy o Doll?

—La mayoría de la gente me llama Gwen —dijo Doll—, aunque a estas alturas francamente me importa un pimiento cómo me llamen. ¿Podemos continuar?

—Un fuerte vínculo —prosiguió Patience—. El espíritu de él, liberado de su cuerpo, estaba en contacto con ella. Pero ella no sabía que se trataba de eso, sólo experimentaba una sensación de urgencia con respecto a este piso. —Alargó las dos manos, separando los dedos dos o tres centímetros los unos de los otros, y sentenció—: Este piso está cargado psíquicamente. —Y le dijo a Joan Nugent—: No sé cómo pueden vivir aquí.

—Tiene intensidad —dijo la señora Nugent asintiendo con un movimiento de trenzas—, pero creo que la energía es buena para mi trabajo.

—No se me había ocurrido —dijo Patience—, pero estoy segura de que tiene razón.

Tuve la sensación de que un pasajero sentado en el asiento trasero estaba intentando coger el volante.

—Fuera lo que fuese —dije—, el caso es que tendió la trampa, me dio las buenas noches...

—Con un beso —me recordó Doll.

—Con un beso —reconocí—, y luego pasaste precipitadamente por delante del portero y desapareciste en el interior del edificio.

—Probablemente estaría ese incompetente de Eddie —le murmuró Harlan Nugent a su esposa.

—Puede que subieras y llamaras de nuevo a la puerta de Luke —continué— o que te colocaras en un lugar desde el que podías vigilar el vestíbulo y ver si yo picaba el anzuelo. Al final te diste por vencida y te fuiste a casa, que era lo que yo ya había hecho. Dormí para que se me pasaran los efectos del *whisky*, que había bebido en mayor cantidad que de costumbre, fui a abrir la tienda y poco después me habían detenido.

—Fue un arresto legítimo —dijo Ray Kirschmann—. Con la llamada que hiciste y tus anteriores...

—No estoy quejándome —dije—. Fue una sorpresa, eso es todo. Pasé la noche del viernes en una celda, y el sábado por la noche lo único que deseaba era dormir en mi propia cama. Pero a última hora recibí una llamada tuya, Doll. Tenías una nueva

sarta de mentiras que contarme, y esta vez sabías exactamente qué querías que hiciera. Luke era tu novio, me dijiste; te habías separado de él y le habías arrojado las llaves a la cara, y estabas convencida de que iba a desquitarse robando los cromos de béisbol de tu buen amigo Marty. Todo lo que tenía que hacer era abrirte la puerta de la casa de Luke; de esa manera podríamos devolver los cromos de béisbol y mi nombre quedaría fuera de toda sospecha.

—Espera un segundo —me interrumpió Ray—. ¿Fue ella quien robó los cromos y ahora quiere devolverlos?

—Tengo la sensación de que el plan habría cambiado en cuanto los cromos estuvieran en sus manos —dije—; sin embargo por el momento era una buena historia. Yo sabía que había gato encerrado, pero decidí seguirle la corriente, a ver adónde me llevaba. Una de las cosas que conseguí fue cogerte en una mentira, Doll. Me habías dicho que no habías podido llamarme antes porque no sabías ni el nombre ni la dirección de mi librería. Cuando nos separamos el sábado por la noche te dije que nos reuniríamos el día siguiente por la tarde en la librería, y tú respondiste que sí. No tuviste que preguntarme dónde estaba ni cómo se llegaba.

—Me lo habías dicho antes.

—Nada de eso. Ya lo sabías. Llegaste antes de la hora, vinimos aquí y yo abrí la puerta de Luke.

—Allanamiento de morada y robo —proclamó Ray.

—Reconozco que cometí allanamiento de morada —dije—, pero no robamos nada. Tampoco encontramos gran cosa. Unas pastillas y algo de marihuana. Y también un par de dólares en un bote de mermelada.

—Encontramos las drogas cuando registramos el piso —dijo Ray—, pero no recuerdo haber visto ni dinero ni un bote de mermelada.

—Vaya —exclamé—. Me pregunto qué habrá sido de ellos. Ah, había una cosa más. Encontramos un cromo de béisbol. Se llamaba *¡Un triple de pie!* y mostraba a Ted Williams con las manos en la cintura.

—Pertenece a la colección de la marca de mostaza —dijo Borden Stoppelgard—. Es uno de los cromos de Marty, sin duda. Además es una gran fotografía de Ted Williams.

—Supongo que sí, si a uno le gustan ese tipo de cosas —dije—. Doll y yo no apreciamos su belleza. El cromo me permitió saber que la colección había estado en aquel lugar y ahora ya no estaba. Doll ya sabía que habían estado allí, y ahora sabía que Luke debía de haber forzado la cerradura del maletín. Luego había empezado a transferir los cromos a la mochila, pero evidentemente había cambiado de opinión. Sin embargo, el cromo que se le había olvidado en un compartimiento de la mochila mostraba claramente lo que había hecho. Esto significaba que estaba trabajando a solas y que había vendido ya los cromos o estaba a punto de hacerlo. Fuera como

fuese, Doll ya podía despedirse de ellos, al menos hasta que Luke reapareciera y ella pudiese entrar de nuevo en su casa.

—Pero esto no iba a suceder —dijo Carolyn—, porque Luke estaba muerto en el cuarto de baño.

—Ya no —repuse yo—. Bueno sí, estaba muerto, pero para cuando entramos en su piso la policía ya lo había sacado en una bolsa. Lo dijeron en las noticias del domingo por la noche; después de eso no volví a saber nada de Doll. Habría llegado a la conclusión, muy sensatamente, supongo, de que acababa de perder toda posibilidad de ganarse un par de pavos, de modo que lo mejor sería concentrarse en lo que la vida le ofreciera a continuación.

—¿Qué ha sido de los cromos entonces? —preguntó Lolly Stoppelgard, lo cual me confirmaba que era una mujer sumamente práctica.

—Han desaparecido —dije—. ¿Los vendió Luke? Si así es, ¿qué ha ocurrido con el dinero? Yo diría que Luke los dejó, maletín incluido, en alguna consigna mientras decidía qué hacía con ellos. Aunque puede haberles sucedido media docena de cosas más. Tengo la sensación de que nunca sabremos qué ha sido de ellos.

—¿Y Luke?

—¿Cómo dice?

—El joven —aclaró Edna Gilmartin. Aquella era, que yo recordara, la primera vez que hablaba en toda la noche—. El joven que murió misteriosamente en el cuarto de baño cerrado. ¿Quién lo mató?

—Ah, eso es fácil de responder —dije—. Lo mató Harlan Nugent.

Había acertado. Fue una semana ajetreada.

Fue una situación tensa para mí, he de reconocerlo, ya que lo único que tenía que hacer Harlan Nugent era decirnos que nos fuéramos a casa y telefonar a su abogado.

Sin embargo lo que dijo fue:

—Eso es absurdo. Ni siquiera conocía a ese hombre. ¿Por qué demonios habría de matarlo?

—Esa es una buena pregunta —dije.

—Además nos encontrábamos en Londres —añadió Joan Nugent—. Ninguno de los dos puede estar relacionado con ello. Estábamos fuera del país.

—Se fueron el miércoles a última hora de la tarde —dije—. Doll dejó los cromos en el piso de Luke el lunes. Entre ese día y el momento en que se fueron, Luke subió aquí y Harlan Nugent lo mató. Si tuviera que concretar, diría que fue el martes por la tarde. —Me volví hacia Ray—. ¿Cuadra esto con la hora estimada de su muerte?

—Perfectamente, Bernie.

—Usted ha perdido el juicio —dijo Nugent—. Ese hombre no entró en este piso ninguno de esos días. —Una sombra cruzó el rostro de su esposa y por un momento pareció a punto de decir algo. Sin embargo la mano de su marido se posó sobre la suya y el momento pasó. Harlan Nugent endureció el gesto y añadió—: Repito lo que ya he dicho. Usted ha reconocido que era una buena pregunta. ¿Por qué demonios habría de matarlo?

—Sigue siendo una buena pregunta —admití—, pero yo también tengo un par de preguntas que hacer. ¿Por qué motivo se quitaría un hombre la ropa y se encerraría en el cuarto de baño de otra persona?

—Para ducharse —sugirió Lolly Stoppelgard.

—Eso tendría sentido si fuera su propio cuarto de baño —observó Carolyn—, pero no es este el caso. Quizá se quedó sudoroso de tanto posar y tuvo que lavarse.

—Ese hombre no entró en este piso —repitió Harlan Nugent.

—O quizá sólo tenía que ir al retrete, Bern. Pero entonces no se habría metido en la bañera, ¿verdad? Ray, ¿ha mirado alguien si la ducha funciona en su piso, el de la séptima planta? Porque si no podía ducharse en su propio piso...

—Olvidémonos de la ducha —dije—. Los grifos estaban cerrados y su cuerpo no estaba mojado.

—Hay hombres que tienen la costumbre de encerrarse en el cuarto de baño —dijo Lolly Stoppelgard, lanzando una mirada a su marido—. ¿Encontraron algún tebeo junto al cadáver?

Había llegado el momento de coger de nuevo el volante.

—Seguramente se encerró en el cuarto de baño para esconderse —dije—. Una

vez, hace años, en la época en que todavía me dedicaba a cometer algún que otro robo...

—Jesús... —dijo Ray entre dientes.

—... entré sin ser invitado en un piso vacío y el inquilino regresó cuando me encontraba todavía dentro. Me escondí en el armario, aunque un cuarto de baño también me habría servido. No pude cerrar el armario con llave, por supuesto. —Lo cerró otra persona, estando yo dentro, y cuando me las ingeníé para salir, me encontré con un cadáver en el suelo... El recuerdo me hizo estremecer—. Y tampoco estaba desnudo —proseguí—. La semana pasada Ray Kirschmann me preguntó qué clase de ladrón se desnuda mientras comete un robo. Ninguno que yo conozca, le respondí, de manera...

—Estaba posando —dijo Patience—. Eso es ¿no? —Sonrió a Joan Nugent y repitió—: Estaba posando para usted, ¿no?

—Nunca pinto desnudos —respondió Joan Nugent—. No creo en ello.

—¿Que no cree en ello?

—No. Me parece que ya se han pintado demasiados desnudos a lo largo de los siglos. En el último cuadro que pinté de él, Luke aparece ataviado de arlequín. Le aseguro que estaba completamente vestido.

—Entonces estaría cambiándose —dijo Patience—. Habría posado con el traje y...

—Nunca llevó el traje. Cuando posaba para mí, iba vestido con ropa de calle. Yo esbozaba las líneas de su cuerpo y luego pintaba el traje de arlequín. No le necesitaba a él para eso.

—Pero estaba desnudo —dije.

—¡Claro que no! —exclamó ella—. Me acordaría si lo hubiera estado. Le aseguro que no es la clase de cosa que se me olvidaría.

—Joan —dijo suavemente Harlan Nugent—, calla.

—Quizá se acordaría —le dije— si hubiera sabido qué estaba sucediendo. Pero estaba inconsciente. La habían drogado.

—No digas ni una palabra más, Joan —advirtió Nugent.

—¿Les importaría seguirme? —dije, mostrándoles el camino al estudio o la habitación de invitados, como se prefiera—. La habían drogado, señora Nugent, y estaba inconsciente. Le habían quitado la ropa. Luke Santangelo también se había quitado la ropa y estaba intentando...

—Oh, Dios mío... —dijo alguien.

—Imagino que usted estaría en el diván que hay ahí o quizá en el suelo. Entonces se oyó el ruido de la llave de su marido en la cerradura; al cabo de unos segundos ya había abierto la puerta del vestíbulo y anunciado su llegada. Es un hombretón campechano, y estoy seguro de que suele dar a conocer su presencia.

—A veces dice «Lucy, ya estoy en casa». Como Ricky Ricardo, ¿sabe? Imita bien el acento cubano. Muéstraselo, querido.

Harlan Nugent tenía cara de estar buscando una razón para seguir respirando.

—Entró —le dije— y encontró a su mujer inconsciente, o al menos atontada por las drogas. Vio la puerta del cuarto de baño, cerrada. Probó a girar el tirador pero estaba cerrada por dentro.

—¿Y qué hice entonces?

—Aporreé la puerta, exigiendo que abriesen. Luke Santangelo era muchas cosas, la mayoría de ellas desagradables, pero no estaba completamente loco. Lo último que iba a hacer era abrir la puerta.

—Bien, yo diría que llegamos a un punto muerto —dijo Nugent—, ya que no tengo dimensiones para deslizarme por el ojo de la cerradura, y además la puerta carece de ella, ¿no? —Cerró la mano, formando un enorme puño, y dio un golpe a la puerta—. Es bastante sólida —observó—, pero supongo que en un caso extremo podría derribarla. A patadas, con el hombro o algo por el estilo. Pero tengo entendido que estaba todavía intacta; más aún, tenía el cerrojo todavía echado, cuando la policía se vio obligada a abrirla, ¿no?

—Es algo que da que pensar —dije. Me acerqué, di unos golpecitos en la puerta y a continuación apreté el interruptor que había al lado. Ninguna luz se apagó o encendió. Abrí la puerta del cuarto de baño y repetí la operación con el mismo resultado—. ¿Pero qué es esto? No parece que sirva para nada.

—Supongo que servirá para controlar alguna de las tomas del rodapié —dijo Nugent—. ¿Qué importancia tiene?

—¿Quién sabe? —repliqué. Saqué mi anilla de herramientas de ladrón y me puse a desatornillar los tornillos que sujetaban el marco del interruptor en su sitio—. *Voilà* —dije finalmente, mostrándoles a todos el rectángulo desprovisto de la caja de enchufe—. Antiguamente esto debía de ser el dormitorio de un niño. Cuando el niño quedó encerrado en el cuarto de baño por segunda o tercera vez, uno de sus padres decidió asegurarse de que nunca volviera a ocurrir cosa semejante. De ahí este pequeño recurso de seguridad.

—Nuestros hijos ya eran mayores cuando nos trasladamos a este piso —dijo Joan Nugent—. Y yo nunca me he quedado encerrada en este cuarto de baño. Apenas lo utilizo, y rara vez cierro la puerta del otro con cerrojo.

—Joan —dijo su marido—, a nadie le importa eso. —Se volvió hacia mí y me dijo—: Y lo que usted está diciendo no tiene ningún sentido. Incluso si todos los disparates que ha sugerido fueran ciertos, que no lo son, si hubiera conocido esta antigua abertura, que no es el caso, e incluso si me hubiera sentido lo bastante indignado como para hacer daño al criminal, ¿por qué habría de dejarlo en el cuarto de baño? Si entré aquí y lo maté, ¿por qué no me deshice del cadáver?

—Porque no podía entrar en el cuarto.

—Bernie, acabas de mostrarnos cómo se hace —indicó Ray Kirschmann—. ¿No te acuerdas?

—Vivamente —respondí—. Pero no es esto lo que el señor Nugent hizo, sino ir a buscar su pistola, meter el cañón por la abertura y disparar a Luke Santangelo en plena frente. No sé si Luke se encontraba dentro de la bañera en aquel momento. Puede que intentara retroceder al ver una pistola que salía por la pared y le apuntaba, lo cual es muy comprensible. Pero cuando recibió el disparo, seguramente el impacto le hizo tambalearse y caer de espaldas, y de una u otra manera acabó en la bañera. Estaba muerto y el cerrojo de la puerta seguía echado.

—¿Y qué, Bernie? El señor Nugent pudo meter la mano como tú acabas de hacer, recorrer el cerrojo y salir del cuarto con el fiambre al hombro. Es un hombre grande y el fiambre era un pelagatos delgado, de modo que no habría tenido dificultades para hacerlo. El médico no le ha dicho que evite levantar cosas pesadas, ¿verdad, señor Nugent?

—Si hubiera ocurrido alguna cosa de esas, agente, habría hecho precisamente lo que usted acaba de decir.

—¿Ah sí? Veamos cómo lo hace, señor Nugent.

—No sea ridículo.

—Vamos —insistí—. Muéstrenos cómo lo habría hecho y luego nos iremos todos a casa.

—Esto es una farsa —dijo—. ¿Por qué habría yo de dignificarla haciendo...?

—Oh, ya basta —exclamé—. Es usted demasiado grande. Tiene los brazos de un levantador de pesas búlgaro. Ni siquiera sé si podría meter la mano por la abertura, aunque está claro que nunca lograría meter el brazo lo suficiente como para llegar al cerrojo. Además, ¿por qué habría de ponerse en ridículo intentándolo ahora? Ya lo intentó en una ocasión y comprobó que no podía.

—Entonces ¿qué es lo que hice, señor Rhodenbarr?

—Lo puso todo en su sitio. Volvió a poner el marco del interruptor en su sitio y lo atornilló. Tapó a su esposa con una manta y dejó que siguiera durmiendo hasta que se le pasaran los efectos de la droga. Cuando despertó y preguntó dónde estaba el encantador Luke, usted le dijo que debía de haberse ido antes de que él llegara. «Supongo que debo de haberme quedado dormida», le dijo ella. «Supongo que sí», dijo usted, «pero ¿no crees que deberíamos empezar a hacer el equipaje? Nuestro vuelo sale mañana por la tarde».

—E imagino que dejé el cadáver en su sitio y me fui tan alegremente a Londres.

—¿Por qué no? No se iba a ir a ninguna parte. Su esposa ya ha dicho que rara vez utiliza ese cuarto de baño. Si intentaba entrar durante las veinticuatro horas que quedaban para que se fueran al aeropuerto, se encontraría con la puerta cerrada.

«Parece que está atascada», le diría usted. «Debe de haberse hinchado la madera durante el verano. Habrá que llamar al administrador para que le eche un vistazo cuando volvamos».

—Está olvidándose de una cosa.

—No me diga.

—Nuestro piso ha sido desvalijado en nuestra ausencia. Han tirado cosas por todas partes, han vaciado cajones y se han llevado joyas y otros objetos de valor. ¿Cómo encaja esto en la situación hipotética que usted está describiendo?

—No le falta razón —dijo Ray—. Incluso se han encontrado dos joyas en la bañera junto al difunto.

—Seguro que estaban allí —dije—. Justo donde las arrojó Nugent cuando simuló el robo.

Nugent me miró de hito en hito.

—¿Que yo simulé el robo? ¿Y cuándo lo hice? ¿Después de secuestrar al hijo de los Lindbergh?

Negué con la cabeza.

—Tengo una idea bastante clara de cómo lo hizo —dije—. La única pregunta de verdad es cuándo arrojó las joyas a la bañera. Fue todo un detalle; me pregunto si fue lo bastante previsor como para hacerlo justo después de disparar a Santangelo o si tuvo que quitar por segunda vez el marco después. Supongo que fue esto último lo que hizo. El asesinato lo cometió impulsivamente, ¿no? Pero el encubrimiento tuvo que planearlo un poco.

—Usted está loco de remate.

—Le diré lo que pienso —proseguí—. El martes por la noche, cuando su esposa estaba dormida, usted se dio cuenta de lo que tenía que hacer. Cogió algunas de sus joyas, entró aquí, quitó el marco del interruptor, arrojó las joyas a la bañera junto al cadáver y volvió a poner el marco. El miércoles estaban preparados para irse a Londres, quizá se encontraban ya en la calle, metiendo las maletas en el taxi, cuando hizo como si se acabara de acordar de algo. «No tardo ni un segundo», le dijo a su esposa. Lo que tenía que hacer no le iba a costar mucho más. Sólo tenía que coger unos cuantos objetos de valor y volcar algunos cajones, tras lo cual podría irse. Ya se había deshecho de la ropa que se había quitado Santangelo antes de... de hacer lo que hizo. Puede que, sintiéndose apurado, la tirara por la ventana para que la recogieran los mendigos, aunque sospecho que encontró una manera aún más segura de deshacerse de ella.

—¿Y qué hice con las joyas?

—Buena pregunta —respondí—. Ese collar es una preciosidad, señora Nugent. Llevo toda la noche mirándolo con admiración. Supongo que no será una de las joyas que le robaron.

—Me lo llevé a Europa.

—No sé qué quiere usted decir —repuso Nugent—, y creo que usted tampoco. La policía tiene un inventario completo y preciso de todo lo que nos han robado. Puede estar seguro de que las joyas que mi esposa lleva no están en él.

—Estoy seguro de eso —dije—, pero me alegra saber que hay un inventario. Ray, no tendrás por casualidad una copia de él, ¿verdad?

—Pues el caso es que sí.

—Y yo también, si es que él no la encuentra —dijo Nugent—. De todos modos, qué más da.

—Bueno —dije—, si encontráramos en este piso alguna de las joyas que se indican en la lista, señor Nugent, no quedaría en muy buen lugar, ¿no?

—Si se ha llevado las joyas —dijo Ray—, no las habrá dejado aquí. No es ningún estúpido, Bernie.

—Es difícil que me las metiera en el bolsillo de pecho, me las llevase a Londres y luego las haya traído —refunfuñó Nugent—. Además, si lo hubiera hecho, no habría podido hacer nada más con ellas, ¿no?

—Es cierto —dije—. Habría tenido que esconderlas en algún lugar del piso. Ya sé qué vas a decir, Ray. El señor Nugent podría haber transferido las joyas a una caja fuerte al regresar de Londres.

—Me lo has quitado de la boca, Bernie.

—Y es cierto que podría haberlo hecho —proseguí—, pero no creo que lo haya hecho. ¿Por qué habría de molestarse, si la policía ya había entrado y salido de su piso en su ausencia? Creo que decidió que las joyas estaban seguras precisamente en el lugar donde estaban. ¿Y qué lugar puede ser ese? —Miré pensativamente a Harlan Nugent—. Algún lugar donde no fuera a encontrarlas su esposa, ya que ella pensaba que el robo había sido de verdad. Un lugar personal, privado. Un estudio, por ejemplo. —Les mostré el camino, y que me aspen si no me siguieron—. Un cajón de escritorio cerrado con llave —dije en cuanto hube encontrado un cajón de aquellas mismas características—. ¿Es aquí donde puso las joyas, señor Nugent?

—Qué fantasía más curiosa...

—Supongo que no tendrá inconveniente en abrirnos el cajón.

—Nada me agradaría más —dijo. Abrió un cajón situado al otro lado del escritorio y rebuscó en su interior—. Maldita sea —exclamó.

—¿Sucede algo?

—No logro encontrar la jodida llave del cajón.

—Qué oportuno.

Soltó juramentos de diversa índole, demostrando que tenía una gran imaginación. Si yo hubiera tenido una llave y alguien me hubiese hablado de aquel modo, habría hecho todo lo que me hubiera pedido. Sin embargo, no hubo manera de encontrar

aquella llave en concreto.

—Bern —dijo Carolyn, bendita ella—, ¿desde cuándo te ha hecho falta una llave para abrir una cerradura? ¿Por qué no utilizas el talento que Dios te ha dado?

—Es que no puedo hacerlo —contesté—. Somos invitados en casa del señor Nugent, y se trata de su escritorio y de su cajón y sólo él sabe qué hay dentro. Ni se me ocurriría abrirlo sin su permiso.

Él me miró.

—¿Puede usted abrir una cerradura sin utilizar una llave?

—A veces —respondí.

—Entonces ábralo, por amor de Dios —exclamó. En aquel momento creo que por fin cayó en la cuenta, lo cual sirvió para redondearlo—. Espere un momento —dijo—. Claro que no tiene derecho legal.

—Sí, señor —dije—. Nos hace falta su permiso.

—Si no nos lo da, el próximo paso sería conseguir una orden judicial —añadió Ray.

Nugent dejó caer sus grandes hombros.

—Pero no es posible... No logro imaginarme... Adelante, maldita sea, abra el jodido cajón.

¿A que no adivinas qué encontramos, querido lector?

—Perdí la cabeza por completo —dijo Harlan Nugent—. Como usted ha dicho, llegué a casa la tarde del martes y encontré a Joan desnuda y tendida sobre el diván de su estudio. Estaba inconsciente y en una postura poco natural. La miré y pensé que estaba muerta.

—¡Oh, querido!

—Había ropa amontonada en el suelo, como si se la hubieran quitado a toda prisa. Era su ropa, aunque también había prendas de hombre. Entonces me fijé en la puerta del cuarto de baño, que estaba cerrada. Suele estar abierta cuando pinta.

—Cuando uso acrílicos, limpio los pinceles en el lavabo.

—Probé a abrir la puerta y, por supuesto, no conseguí abrirla. Le grité a quien estuviese dentro que abriera la puerta. No la abrió, por supuesto. Si lo hubiese hecho, creo que lo habría despedazado.

—De modo que cogió su pistola.

—Del cajón cerrado. Si hubiese perdido la llave un poco antes, Santangelo quizá estuviera vivo. —Pensó en ello—. No —decidió—, habría derribado la puerta y lo habría matado. Estaba completamente obnubilado.

—Pero se acordó de cómo se entraba en el cuarto de baño.

—Sí, me acordé del marco. Y le disparé. No creo que supiera siquiera quién era cuando apreté el gatillo. Me daba igual. Había matado a la única mujer que he

querido jamás, y estaba claro que iba a morir por ello. Luego pensaba llamar a la policía y dejarles que se encargaran de todo.

—Pero ella se reanimó.

—Gracias a Dios —dijo—. Movi6 un brazo, y respiraba. Estaba viva. Yo no sabía qué le había hecho, si la había dejado inconsciente de un golpe o si la había drogado o...

—A veces me daba unas pastillas —explicó ella— con las que los colores ganaban mucho en intensidad. Tenían un efecto estimulante en mi pintura, pero a veces me sentía muy cansada y tenía que tumbarme y echar una siesta.

—El muy cerdo... —dijo Nugent—. No puedo decir que lamente su muerte. Resulta difícil pensar que el mundo es un lugar más pobre ahora que él no está en él. Pero ojalá no lo hubiera matado. Me afectó de una manera espantosa.

—Por eso estabas tan taciturno en Londres, querido.

—Lo ordené todo y me puse a cavilar qué hacer a continuación. Luego Joan se despertó sonriendo y un tanto aturdida todavía, y me preguntó cuándo había llegado y dónde estaba Luke. Le dije que acababa de llegar y que él debía de haberse marchado. Cuando se acostó aquella noche, salí y colgué su ropa en la verja de la iglesia que hay en Amsterdam Avenue. La gente siempre deja ropa allí, y los mendigos se la llevan. No es la primera vez que dejo cosas allí: camisas con el cuello desgastado y pantalones con los fondillos brillantes. Debo decir que he dejado allí cosas mías que estaban en mejor estado que las que colgué en la verja aquella noche. Eran un vaquero sucio y roto a la altura de las rodillas y un jersey tan maloliente que habría tumbado a un macho cabrío...

—Luke nunca vestía bien —dijo Doll, interrumpiendo—. Y a veces se relajaba un poco en lo referente a la higiene personal.

—También me deshice de la pistola. La compré para proteger la casa de ladrones y, por decirlo de alguna manera, ha cumplido su función. La arrojé por una boca de alcantarilla.

—Luego se robó a sí mismo —dijo Ray— y se largó a Londres.

Nugent frunció el entrecejo.

—Juro que no me acuerdo de esa parte —dijo—. ¿Es posible que un hombre haga algo así y se olvide de ello por completo?

—Querido, te encontrabas bajo una gran tensión —dijo su esposa.

—Siempre me he sentido orgulloso de mi memoria —dijo—. Y no es como olvidarse de un número de teléfono.

—Es cierto que bajaste dos maletas, Harlan. Y luego subiste a coger las otras dos mientras yo te esperaba en el vestíbulo.

—Fue entonces cuando debí de hacerlo —dijo—. Habría jurado...

—¿Qué?

—Nada —respondió—. No tiene importancia. Además ¿qué más da? Ya he confesado que cometí el asesinato, que es un delito mucho más grave que hacer una denuncia falsa. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Bueno, supongo que ahora tendré que llamar a mi abogado. Y luego usted querrá dar los pasos de rigor y leerme mis derechos, ¿no?

Se produjo un silencio, y yo empecé a contar en silencio. Uno, dos, tres, cuatro...

—Será mejor que no nos apresuremos —dijo Ray Kirschmann—. Antes de meternos en nada oficial, estudiemos la situación.

Alguien preguntó qué quería decir.

—Bueno, ¿de qué testimonios disponemos? Usted acaba de confesar en una habitación llena de gente, pero nada de esto es válido en un juicio. Cualquier abogado le diría que se retractara, y ahí acabaría todo. Por lo que se refiere a las pruebas materiales, no tenemos nada de nada. Tenemos un marco de interruptor sin caja detrás, lo cual demuestra que alguien pudo ser disparado dentro de una habitación cerrada. ¿Y qué?

»En cuanto a usted, señorita —le dijo a Doll—, no me cabe duda, y probablemente no seré el único a quien le ocurra, de que tiene algo que ver con la desaparición de esos cromos de béisbol. Pero no tenemos los cromos, y usted tampoco los tiene. Puedo suponer que ya han sido vendidos y divididos, que han cambiado de manos tres veces, y que nadie va a volver a verlos. Quizá este caballero, el señor Gilmartin, tenga que arreglar cuentas con usted, ya que fueron sus cromos los que usted se llevó. Si insiste en acusarla, creo que la causa será sobreseída por falta de pruebas, aunque tendré que encerrarla.

—No quiero acusarla de nada —dijo Marty—. Sólo espero que la señorita Cooper no tenga miras tan amplias en el futuro y limite sus actuaciones al teatro y la pantalla. Parece tener un considerable talento y sería una lástima que lo malgastara.

—Es usted todo un caballero —dijo Doll—. Lamento haberle robado los cromos. Estaba interpretando un papel, eso es precisamente lo que estaba haciendo, y creo que me engañé al pensar que esto me proporcionaba licencia dramática para robar. Es un tópico decirlo, pero es posible que esta noche haya aprendido una lección.

Aunque Carolyn me lanzó una mirada para decirme que fuera por ella, al parecer el discurso fue bien recibido por todos los demás.

—Entonces el asunto queda arreglado —dijo Ray—, lo cual nos lleva de nuevo a su caso, señor Nugent. Todo se resume en que no hay pruebas. Por otro lado he de decir que no parece que el difunto vaya a suponer una gran pérdida para nadie. Claro que luego está el asunto de la denuncia falsa que ha presentado a la compañía de seguros, haciendo una reclamación por una pérdida que no es tal.

—Esto es algo que me preocupaba —reconoció Nugent—: La idea de sacar un beneficio económico de la muerte de un hombre. Pero como ya había constancia del

robo, no podía dejar de hacer la reclamación. —Se quedó un momento pensativo—. Podría decirles que ha sido un error, que las joyas han aparecido.

—¿Está seguro de que quiere hacer eso, señor Nugent? De esa manera llamaría la atención sobre sí mismo. Usted está muy involucrado en este asunto y la manera más rápida de salir de él es seguir todo recto. —Con gesto cordial, Ray puso una mano sobre el hombro de aquel grandullón y añadió—: En cuanto a lo de sacar un beneficio de este asunto, créame señor, no tiene por qué preocuparse. Ustedes, amigos, deberían irse. El espectáculo ha terminado y el señor Nugent y yo hemos de quedarnos a solas para resolver algunos detalles a fin de que este asunto siga siendo estrictamente personal.

Había acertado. Fue una semana ajetreada.

Al día siguiente comí tarde y no tuve ocasión de sentarme y hablar con Carolyn hasta que nos reunimos en el Bum Rap después de trabajar. Tardé en cerrar (a causa de un cliente, un devoto coleccionista de G. T. Henry; que su especie se multiplique) y para cuando llegué ella ya estaba dando cuenta de un *whisky* con soda. Le pedí a Maxine que me trajera una cerveza y Carolyn me dijo que le quitaba un peso de encima.

—Con el jaleo que has montado últimamente, Bern —dijo—, empezaba a preocuparme por ti.

—No tienes por qué preocuparte.

—Anoche volví a casa sola porque tenía la sensación de que tú y Patience queríais desaparecer sigilosamente en las sombras de la noche.

—¿Con pies yámbicos? —Hice un gesto de negación—. La invité a una taza de café y la mandé a casa en un taxi.

—Me preguntaba qué pintaba allí, Bern. Intenté imaginarme cómo había podido robar los cromos o disparado a Luke Santangelo y me equivoqué de medio a medio. ¿Por qué le pediste a Ray que la llamara?

—Para evitar tener que contar de nuevo todo el asunto —respondí—. Digamos que le debía una explicación después de todas las citas que he suspendido y las mentirijillas que le he contado.

—Mentiras, Bern. A partir de los siete años, ya no se les llama mentirijillas.

—Por otra parte, supongo que quería alardear un poco. Y pensé que la animaría. Es una mujer agradable, pero está siempre deprimida. Se anima durante un par de minutos para cantar un haiku con la melodía de *Moonlight in Vermont*, pero luego vuelve a sentirse mal y se hunde en la sima de la depresión.

Carolyn frunció el entrecejo.

—¿No es así como llamaban a Babe Ruth?

—No; le llamaban el «sultán bateador».

—Eso es. Resulta difícil acertar con todas esas frases. Bern, has de tener en cuenta que Patience es una poetisa.

—¿Quién sino cantaría haikus?

—Todos los poetas son igual de taciturnos, en particular las mujeres. Menos mal que la mayoría tiene que vivir en sótanos, porque de lo contrario estarían siempre tirándose por la ventana. Aun así siguen suicidándose por todas partes.

—Sylvia Plath, Anne Sexton...

—Eso no es más que la punta del cubito, Bern. La depresión poética en las mujeres es un fenómeno conocido. Tiene nombre incluso.

—La enfermedad de Edna St. Vincent —dije—. He oído hablar de ella, pero esta es la primera vez que conozco a una persona que la sufre. Creo que a Patience y a mí nos ha llegado la hora de la separación. De todos modos, no molestaba a nadie que estuviera allí. Había sillas para todos.

Carolyn bebió un sorbo de su copa y me preguntó qué había ocurrido después de que todo el mundo se fuera.

—Lo que cabía esperar —respondí—. Ray tiene muy buen instinto a veces, lo reconozco. Tenía el presentimiento de que yo podía resolverlo todo y que él podía sacar tajada. Acertó en ambos casos. Ya viste cómo resolví el asunto y luego, cuando te fuiste, él se llevó su parte.

—¿Harlan Nugent le sobornó?

—No fue así como lo expresó Ray. Según él, era preciso invertir algo de dinero para asegurarse de que la investigación no iba a continuar. Pues bien, él puede asegurarse de que eso no ocurra simplemente manteniendo la boca cerrada y no presentando una denuncia, de manera que no son muchas las personas entre las que hay que hacer la inversión.

—¿Cuánto se ha llevado?

—La suma de 8350 dólares para empezar. Ese era el dinero que tenía Nugent en casa. Le pagará más cuando la compañía de seguros le dé el dinero de las joyas. Supongo que Ray se llevará otros dos mil o dos mil quinientos.

—Más de ocho mil.

—Pues sí.

—Esa cifra me resulta conocida.

—¿No me digas? —repuse con acritud.

—Es el dinero que robaste del escritorio de Nugent la primera vez que entraste en su piso, ¿verdad?

—Hasta el último centavo —respondí—. Debe de ser el golpe más estúpido que he dado en mi vida. Entré tres veces. La primera me llevé algo de dinero y unas joyas, pero al final dejé las joyas. La segunda me quedé el dinero y volví a coger las joyas. Finalmente, antenoche, cuando entré por última vez, dejé el dinero donde lo había encontrado y puse las joyas a su lado, en el mismo cajón. Es como ese problema de lógica de los caníbales y los cristianos.

—Yo no me fiaría ni de unos ni de otros, Bern. ¿Qué hiciste? ¿Entrar a altas horas de la noche?

—A las cuatro de la madrugada. Los Nugent estaban profundamente dormidos. Fui como el joven doctor Rhodenbarr, con el estetoscopio en el bolsillo. Habría sido espantoso que me hubieran cogido la única vez que no iba a cometer un robo, sino a hacer una entrega, pero tenía que preparar el escenario.

—Robaste la llave, ¿verdad?

Asentí.

—Te sorprenderías si supieras cuánta gente guarda la llave de un cajón en un cajón cercano sin cerrar. De todos modos es algo lógico. ¿En qué otro sitio la guardarías? No suelo buscar llaves, porque esas cerraduras son muy fáciles de abrir, pero la otra noche la encontré por casualidad y pensé que todo resultaría más convincente si Nugent se viera obligado a decir que no podía abrir el cajón. Así daba la impresión de que tenía algo que ocultar. Y, para sorpresa suya, así fue.

—¿Por qué devolviste los 8350 pavos?

—Pensé que sólo podía haber un número limitado de comodines en la baraja. Anoche, cuando nos fuimos, Nugent ya empezaba a acordarse de que había llevado las joyas de la cómoda de su esposa a su escritorio. Como no había otra explicación posible, su memoria tuvo la amabilidad de llenar los huecos. Pobre desgraciado.

—Bueno, ha matado a un hombre, Bern.

—Y Doll ha robado la colección de cromos de otra persona. ¿Cómo podemos permitir que tales acciones queden sin castigo? Pues bien, lo cierto es que así ha sido. A ninguno de los dos les ha costado ni un centavo. Doll se marchó anoche con la cabeza bien alta y Nugent va a sobornar a Ray con el dinero de la compañía de seguros.

—En un principio era su dinero, Bern.

—Cierto, y luego fue mío durante una temporada. —Me encogí de hombros—. Yo ya sabía que no iba a servir para nada. Esa es la razón por la que quería mantenerme ajeno al asunto. Pero entre la insistencia de Ray y tu presión, ¿qué alternativa me quedaba?

—No fue presión, Bern, fue el consejo de una amiga que estaba preocupada por ti.

—Bueno, pues hubiera jurado que era presión —dije—. Además ha funcionado, de manera que puedes atribuirte el mérito.

—No he sido yo, Bern. Ha sido *Raffles*.

La miré fijamente.

—¿No te acuerdas, Bern? *Raffles* dio un salto en el aire, arqueó el lomo e hizo una serie de cosas raras, y acto seguido tú te decidiste.

—Pues sí, es cierto...

—En resumen, el mérito ha de llevárselo quien se lo merece, ¿no es así? —Hizo una señal a Maxine para que nos sirviera otra ronda—. Hay un par de cosas que no acabo de entender del todo, Bern. ¿Cómo sabías que Joan Nugent estaba drogada e inconsciente cuando su marido llegó a casa? A mí nunca se me habría ocurrido.

—A mí tampoco.

—¿Cómo?

—Lo que pensaba era que ella y Luke tenían una aventura, y que cuando Harlan

metió la llave en la cerradura estaban con las manos en la masa. Pero ¿lo lógico no habría sido que estuvieran en el dormitorio principal? Y en tal caso, ¿no se habría ocultado Luke en el otro cuarto de baño?

—A menos que él estuviera posando, una cosa llevara a otra y al final perdieran la cabeza.

—O a menos que a ella le diera escrúpulos cometer adulterio en el lecho conyugal. No obstante, se puso de manifiesto que ella no tenía ni idea de cómo había acabado el cadáver en el cuarto de baño. Además Luke guardaba todo un almacén de pastillas en su piso, y ella tenía el aire distraído de una persona que alguna vez en su vida ha ingerido una sustancia que altera el estado de ánimo. Todo encajaba.

—¿Qué cabrón debía de ser Luke.

—Bueno, no creo que hayan llegado a incluirlo alguna vez en la lista de candidatos al Premio Jean Hesholt por Acciones Humanitarias —dije—, pero tampoco ha estado presente para darnos su versión de la historia. La impresión que se ha llevado todo el mundo es que el incidente fue casi un ejemplo de necrofilia, pero quizá el asunto no empezó de ese modo. Quizá Luke hizo que se colocara y empezaron a besuquearse; ella se desnudó, se... eh, se abrazaron y entonces el porro le hizo pleno efecto y se desmayó.

—¿Y a él no se le ocurrió detenerse? Supongo que pensó que ella era inglesa. Créeme, Bernie, ese tipo era un indeseable. Fíjate en cómo traicionó a Doll Cooper. Le dejó los cromos de Marty y él se los birló.

—Eso lo hice yo, Carolyn. El maletín de los cromos estaba todavía debajo de la cama cuando dispararon a Luke en el piso de arriba.

—Ah, entonces eres tú el indeseable.

—Supongo que sí.

—Había otra cosa que quería saber... Ah sí, lo de la pistola. ¿No podrían encontrarla?

—¿En una boca de alcantarilla? ¿Sabes cuántas pistolas se arrojan por las bocas de alcantarillas?

—Muchas, ¿no?

—Digamos, para entendernos, que si es cierto que hay cocodrilos en las alcantarillas de Nueva York, la mitad de ellos van armados. ¿Que quieres deshacerte de una pistola? No tienes más que tirarla por una boca de alcantarilla. Es como esconder una aguja en un pajar.

—Yo nunca escondería una aguja en un pajar —dijo ella—. Es el primer lugar donde mirarían. Bern, ¿por qué no dejó la pistola al lado de Luke? Ya sé que no podía meter el brazo por el agujero, pero pudo tirarla de manera que cayera en la bañera, ¿no?

—¿Para que pareciera un suicidio?

—Exacto.

—El problema es que no lo habría parecido —dije—. No si lo piensas detenidamente. Incluso si se las hubiera ingeniado para borrar sus propias huellas del arma, ¿cómo habría conseguido que tuviera las de Luke? Además, si le hubieran hecho a Luke una prueba de parafina, no habrían encontrado ninguna partícula de nitrato en su mano, ningún indicio de que había disparado el arma.

—Ya.

—No sé qué clase de pistola era, de modo que no puedo decir si habría cabido por el agujero. Pero incluso en ese caso, si yo acabara de disparar a una persona y esta hubiera caído en un lugar donde no la pudiese ver bien, y yo no tuviera forma de saber si está viva o muerta, no creo que se me ocurriera arrojarle una pistola cargada.

—Supongo que sería un error —admitió Carolyn—. Bueno... En cuanto acabe esto me voy, Bern.

—¿Ya?

—Tengo una cita.

—¿Alguien que yo conozca?

—No es nada importante —respondió ella a la defensiva—. Sólo una copa rápida y un poco de conversación.

—Así es como Borden Stoppelgard describió su acercamiento a Doll. —La miré fijamente—. Se trata de una persona que conozco, ¿verdad? ¿Quién es, Carolyn?

—Una persona que conocí anoche.

—No será Doll —dije—. Eso es imposible.

—No, por Dios. Marty me mataría.

—Pues sí que parecía gustarle, ahora que lo mencionas. Sobre todo si tenemos en cuenta que ella le robó los cromos de béisbol. Bueno, es un mecenas del teatro. Quizá acabe sintiendo un interés paternal por su carrera profesional.

—O un interés de viejo verde y ricachón, Bern. En cualquier caso, no es mi tipo.

—Patience tampoco. ¿Joan Nugent? ¿Qué vas a hacer, pedirle que te pinte un retrato vestida de payaso?

—Qué cosas agradables dices, Bern...

—Bueno, es que...

—Se trata de Lolly Stoppelgard.

—Lolly Stoppelgard...

—¿No te resultó simpática?

—Mucho, pero...

—Pero está casada. Eso ibas a decir, ¿no?

—Algo así.

—No te fijaste en las miradas que me lanzaba, Bern.

—No.

—Y no oíste lo que me dijo cuando bajábamos. «Llámame», me dijo.

—De modo que la has llamado.

—Pues sí, y al final acabaré con el corazón roto, aunque para eso están los corazones, y el mío ya está acostumbrándose. Está muy bien, ¿no te parece? Bonita, lista y divertida.

—Da pena pensar que todo eso lo haya malgastado con Borden Stoppelgard.

—Bueno —dijo Carolyn—, yo me lo planteo de la siguiente manera: conociéndolo, supongo que me será fácil hacer que lo olvide.

Había acertado. Fue una semana ajetreada.

Un par de días después, estaba hablando por teléfono con Wally Hemphill cuando se abrió la puerta de la tienda.

—Eso es estupendo —le dije a mi abogado—. Te veré entonces. Oye, tengo que colgar. Ha entrado un cliente.

Era Borden Stoppelgard.

—He recibido su recado —dijo—, y he de decirle que hace falta valor para pedirme que me pase por aquí. Menudo espectáculo organizó la otra noche. Cuando salimos de allí, mi matrimonio estaba pendiente de un hilo.

—Lo lamento.

—Bueno, ya está solucionado. Todo acaba olvidándose. Estos dos últimos días ha estado más tranquila. Bien, ¿qué es eso que podría interesarme? ¿Alguna primera edición de Sue Grafton? ¿Algo de Marcia Muller? ¿De qué se trata?

Saqué un cromó envuelto en acetato de mi bolsillo de pecho y lo puse sobre el mostrador.

—¿Sabe? —dijo—. Cuando comenté que había encontrado un cromó de Mostazas Chalmers en el piso de ese idiota de Santangelo, tuve ganas de preguntarle qué había sido de él, si usted o Wendy se lo habían quedado. Pero no me pareció ni el momento ni el lugar indicados.

—Quizá no.

—Entonces ¿quiere venderlo? Es un *¡Un triple de pie!*, ¿no? Es uno de los últimos, de modo que vale unos cuantos pavos. ¿Cuánto quiere por él?

—Mírelo de cerca, señor Stoppelgard.

—¡Por amor de Dios! —exclamó—. Pero si es «¡Un golpe que vale una carrera!».

El número 40. Este es el cromó clave de toda la colección. ¿Dónde demonios lo ha conseguido? —En el momento en que yo le arrebatava el cromó de los dedos, cayó en la cuenta de todo—. ¡Que me cuelguen si...! ¡Usted tiene los cromos de Marty!

—Eso parece —reconocí—. De modo que lo único que tiene que hacer es preparar ese contrato del que hablamos, el que me prorroga treinta años el alquiler actual.

—Mierda.

—¿Qué ocurre?

—Maldita sea. Esta es una situación muy difícil para mí. Ya he vendido el edificio.

—¿Qué?

—Cuando uno está metido en el juego inmobiliario, no se casa con los edificios: los compra y los vende. Cualquier propiedad puede venderse si el precio está bien.

Hace unos días me hicieron una oferta demasiado buena como para rechazarla. De manera que acepté.

—Pero...

—Recibirá un aviso por correo en el que se le indicará dónde ha de enviar el cheque cada mes y todo lo demás. El nuevo dueño de su local se llama Fincas Poulson o algo así.

—Espero que les gusten los cromos de béisbol.

—Puede que ni siquiera se fijen en que el contrato está a punto de expirar —dijo, lo cual no me pareció muy probable—. O le dejen en paz porque prefieren alquilar el local a una persona de confianza. Claro que, por la manera en que acudieron a mí e insistieron en comprar el edificio, yo diría que quieren el local para uso propio. Pero usted es una persona con recursos. Seguro que encontrará una solución.

—Ha vendido el edificio —dije absorto—. Lo ha vendido sin consultarme.

—Maldita sea. ¿Por qué no me dijo nada? ¿Cómo iba a saber yo que tenía los cromos?

—No quería anunciarlo delante de todo el mundo.

—No, claro, pero...

—Y de todos modos usted ya debía de haber cerrado el trato para entonces.

—Sí, pero...

—Pues no hay más que hablar —dije, metiéndome al Flaco Maravilloso en el bolsillo.

—Escuche —dijo él—, sigo queriendo esos cromos. El único problema es que ahora ando un tanto escaso de dinero. Si pudiera guardármelos durante un par de meses...

—¿Lo dice en serio?

—Supongo que eso es una respuesta negativa. ¿Qué me diría si le propusiera un canje equitativo? Tengo unas cuantas cosas que podría quedarse. ¿Le vendría bien un bonito apartamento de dos habitaciones en la parte de Rego Park de Forest Hills...? Oiga, puede decirme que no. No tiene por qué poner esa cara.

—Si voy a tener que renegociar mi contrato —dije— o buscar un lugar al que trasladar mi tienda, lo que necesito es dinero.

—Supongo que tiene razón.

—Y no es que los cromos de béisbol sean difíciles de vender. Se los he ofrecido a usted en primer lugar porque era una manera de conservar la tienda, pero si usted no puede permitírselo, encontraré un comprador.

—Véndame la colección de la mostaza —dijo.

—Pero si acaba de decir...

—El resto de los cromos me importan un comino. Sólo estoy verdaderamente interesado en Ted Williams. Se trata de cuarenta cromos. ¿Cuánto es su valor en

libros? ¿Tres mil dólares?

—Casi cinco mil.

—¿De veras? Me parece mucho, pero ¿qué más da? Le doy cinco mil dólares en efectivo... ¿Por qué no?

—Prefiero vender todos los cromos juntos.

—Pero, por amor de Dios, ¿por qué? Oiga, olvídense de los cinco mil. Tengo verdadero interés en esos cromos, así que le pagaré un suplemento. Le daré seis mil dólares.

—Diez mil.

—Eso es un disparate. Es el doble de lo que valen. Por Dios, cuando un hombre compra objetos robados, espera que le hagan un descuento. No puedo pagarle diez, ni hablar.

—Entonces olvídense del asunto.

—Siete mil. Mañana me arrepentiré de haberlo hecho, pero le doy siete.

—Diez.

—Diez, diez, diez. ¿Eso es todo lo que sabe decir?

—¿Once?

—De acuerdo, diez. No puedo creerme que esté haciendo esto, pero no me importa. Supongo que tampoco querrá un cheque. He de ir al banco. Volveré dentro de veinte minutos. ¿Tiene los cromos en su poder?

¿Qué puedo decir? Me convenció.

Borden Stoppelgard no volvió al cabo de veinte minutos, pero sí al cabo de veinticinco. Diez minutos más tarde ya se había ido, después de haber cambiado cien trozos de papel verde por cuarenta trozos de cartón. Fui a tirar de la cadena (*Raffles* había utilizado el retrete mientras hacíamos nuestra transacción) y cuando regresé encontré a Wally Hemphill atándose el cordón de una zapatilla. Se incorporó, abrió su maletín y me entregó un sobre.

—Esto es lo que querías —dijo—. No ha sido fácil y te va a costar un ojo de la cara, así que espero que estés contento. Ahora eres dueño y señor de todo lo que contemplas, y esto incluye los derechos aéreos y el piso de arriba.

—¿Esta es la escritura?

—En efecto. No sólo eres un zoquete que tiene una librería, Bernie. Ahora eres un zoquete que tiene un edificio.

—Qué bien.

—Tu amigo Gilmartin nos ha prestado una gran ayuda. Así es como lo hemos hecho: Fincas Hearthstone, que es la empresa de Stoppelgard, ha vendido el terreno y el edificio a Poulson, que es la tapadera que hemos utilizado. Luego el derecho de propiedad ha cambiado de manos tres o cuatro veces: pim, pam pum, así de fácil. El propietario actual es Empresas Winesap.

—¿Ese soy yo?

—Así es —dijo—, pero tal como lo hemos organizado, sería difícilísimo averiguarlo. Todo este asunto te va a costar un montón de dinero, amigo mío. No voy a preguntarte de dónde lo has sacado.

—Mejor.

—Has pagado demasiado por el edificio. Ya te lo dije, pero no quisiste hacerme caso. Por el precio que has pagado, tendrías que subirte a ti mismo el alquiler una barbaridad. A la florista de al lado le quedan diez años de contrato y los inquilinos de arriba viven en pisos de alquiler controlado, de manera que con lo que pagan no vas a cubrir lo que te cuesta calentarles el piso. Así que a menos que estés planeando echarles...

—Sería incapaz de hacerlo.

—Me lo imaginaba. Bernie, el edificio no te da ni para cubrir gastos. Va a costarte dinero.

—Lo sé.

—Si hubieras cogido la misma cantidad de dinero y la hubieras metido en un fondo de inversión, ¿sabes cuánto te habría producido en intereses?

—También podría invertirlo en cromos de béisbol —dijo—. Wally, supongamos que las horas que pasas corriendo las dedicaras a un trabajo productivo, ¿no ganarías más dinero de esa manera?

—Sí, claro, comprendo lo que quieres decir.

—El dinero no lo es todo. Voy a quedarme con la tienda, y eso es lo que importa para mí.

—De todos modos —dijo—, el edificio va a perder dinero, y la librería apenas cubre gastos. ¿Cómo vas a pagar el déficit?

—Pues no lo sé —respondí—. Ya se me ocurrirá algo.

Cuando llegó Carolyn, *Raffles* estaba sentado en mi regazo.

—Sólo es un empleado —dijo—. No un animal doméstico, ¿verdad, Bern?

—Acariciarle el lomo a un gato es una manera de ayudarlo a pensar —expliqué—. Es una conocida técnica de relajación. No tiene por qué presuponer ningún cariño.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, pero permíteme que te dé la gran noticia —dijo, y le conté lo de la escritura que me había entregado Wally—. De modo que voy a quedarme con la librería —concluí—. Voy a ser propietario, pero nadie tiene por qué saberlo aparte de Wally, tú y yo. Los inquilinos no tienen más que mandar sus miserables cheques cada mes, igual que siempre. Y tú y yo podemos seguir comiendo juntos y yendo al Bum Rap después del trabajo. Y por lo que respecta al pago del déficit anual del edificio,

bueno, hoy me ha abonado un plazo Borden Stoppelgard.

Le conté lo de nuestra transacción.

—Me apiadé de él —dije— y le vendí la colección de Ted Williams por dos o tres veces su valor. Por supuesto era todo lo que tenía para venderle a él o a cualquier otra persona, porque el resto del material valioso de Marty desapareció antes de que Doll lo birlara. Tenía pensado apretarle los tornillos un poco más, pero me he sorprendido sintiendo lástima por él.

—Bueno, los dos tenéis algo en común, Bern. Sois propietarios.

—Que no se te ocurra llamarme eso, ni siquiera en broma. El caso es que he mirado a ese pobre bobo, condenado a pasar el resto de su vida siendo aventajado por su cuñado.

—Y por todas las otras personas que conozca.

—... e intentando engañar a su esposa y fracasando, y consiguiendo que su esposa le engañe y... bueno, he dejado de presionarle.

—Buen chico.

—*C'est moi* —dije asintiendo.

Tendió la mano para acariciar al gato.

—Bernie —dijo—, no quería preguntarte esto porque sé que es una obviedad y cuando me lo digas voy a sentirme como una idiota, pero... ¿cómo ha resuelto el caso *Raffles*?

—¿Qué?

—No me digas que ahora no te acuerdas, porque sé que no es así. Estábamos aquí mismo, hablando del gato que vivía eternamente y *Raffles* saltó en el aire, arqueó el lomo y se puso a perseguir una cola imaginaria o algo así. No sé qué hizo exactamente, pero lo cierto es que provocó algo y, a continuación, estábamos en el piso de los Nugent y tú estabas diciéndole a todo el mundo quién había sido.

—Vaya.

—Pues bien, ¿cómo ha resuelto el caso *Raffles*?

—Carolyn —dije—. *Raffles* no ha resuelto el caso.

—Bueno, sí, eso lo sé, Bern. No soy idiota. Ya sé que *Raffles* no es más que un gato.

—Exacto.

—Y no sé qué hizo ni por qué lo hizo, pero sé que no es una reencarnación de Nero Wolfe. Sin embargo, lo que hizo te llevó a establecer una relación y... ¿Por qué estás negando con la cabeza?

—Ya lo había averiguado todo —expliqué—. Simplemente no quería hacer nada al respecto, porque no le veía ningún sentido. Pero luego tuvimos esa delirante conversación sobre el gato, *Raffles* reaccionó y se portó como si estuviera sobre un tejado de cinc caliente y yo ya no pude más. ¿Qué sucede?

—Nada, Bern. Sabía que iba a sentirme estúpida por preguntártelo y estaba en lo cierto.

—Bueno, ánimo. Hoy es un día especial. Voy a quedarme con la tienda, Carolyn. Y además vamos a seguir...

—Comiendo juntos —dijo ella—, yendo de copas después del trabajo y teniendo relaciones sin futuro con personas que no nos convienen. Iba a ver a Lolly esta noche, pero ha tenido que anular la cita. Va a hacer algo con Borden.

—Es probable que quiera enseñarle sus nuevos cromos, así que déjame que te invite a cenar. Vamos a celebrarlo.

—Tenía pensado irme a casa y releer una novela de Sue Grafton. Hace tiempo que no leo la de la bailarina de *top-less* a la que le inyectan veneno en uno de los implantes.

—*T de taza*.

—Exacto. Bern, ¿sabes qué me gustaría? Que no lo dejara en el veintiséis. ¿Qué va a ser de Kinsey cuando termine el alfabeto?

—Pero ¿de qué estás hablando? Empezará con las letras dobles. *AA de alcohólicos anónimos*, *BB de pistola*, *CC de cuenta corriente*. Hace unos meses publicaron toda una lista en el *Publishers Weekly*. *ZZ de Top...* No me acuerdo de todas, pero según parece podría tener para toda la vida.

—Bern, es una noticia maravillosa.

—Dentro de cincuenta años todavía estarás leyendo novelas de Kinsey —le dije—. *EEE de espacio económico europeo*. *JJJ de risa*. No hay razón para dejarlo. Tú seguirás lavando perros y *Raffles* seguirá jugando de medio. Y yo seguiré haciendo aquello para lo que he nacido: vender libros y entrar a robar en las casas de la gente.

—Y seremos felices y comeremos perdices, ¿eh, Bern?

—Felices ya lo somos —dije, y alargué la mano para acariciar a mi gato.

Notas

[1] Los títulos de los libros de Sue Grafton que aparecen en la novela están traducidos literalmente y no corresponden necesariamente a los de las ediciones españolas. <<

[2] *Master* en asistencia social de la Universidad de Nueva York. <<

[3] Siglas de *pretty damn quick*, que significa «inmediatamente, enseguida». <<

[4] Juego de palabras intraducible con el nombre *Doll*. <<

[5] Juego de palabras intraducible. En inglés *Geraldine Fitzgerald* equivale fonéticamente a *Geraldine fits Gerald*, es decir, «Geraldine le conviene a Gerald» o «Geraldine va bien con Gerald». <<

[6] *Manny hanny* se parece fonéticamente a *money, honey*, que literalmente significa, «dinero, querido». <<

[7] Editorial neoyorquina. <<

[8] *De mortuis nihil nisi bonum*: De los muertos no digas sino bien (Tácito). <<